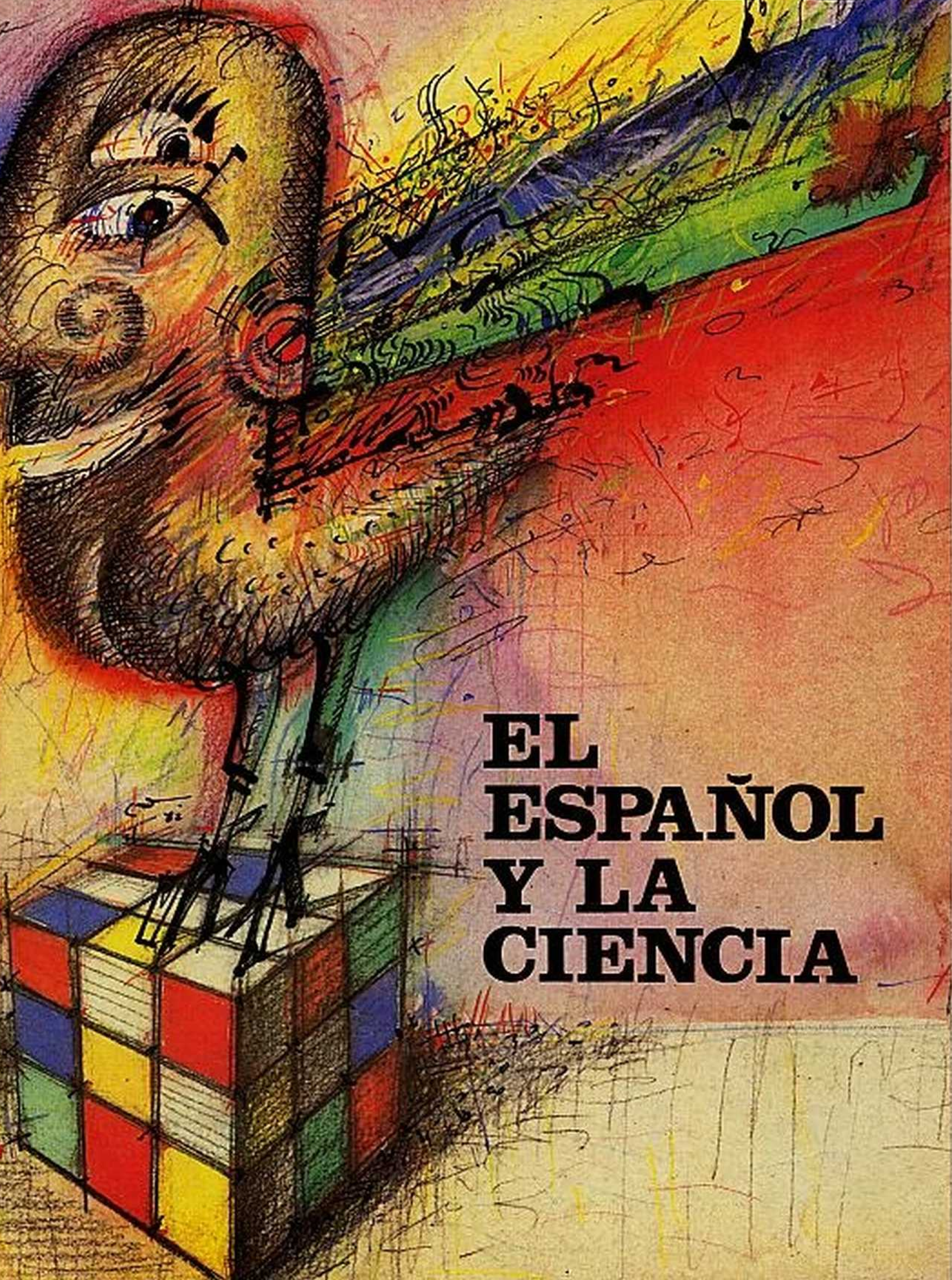
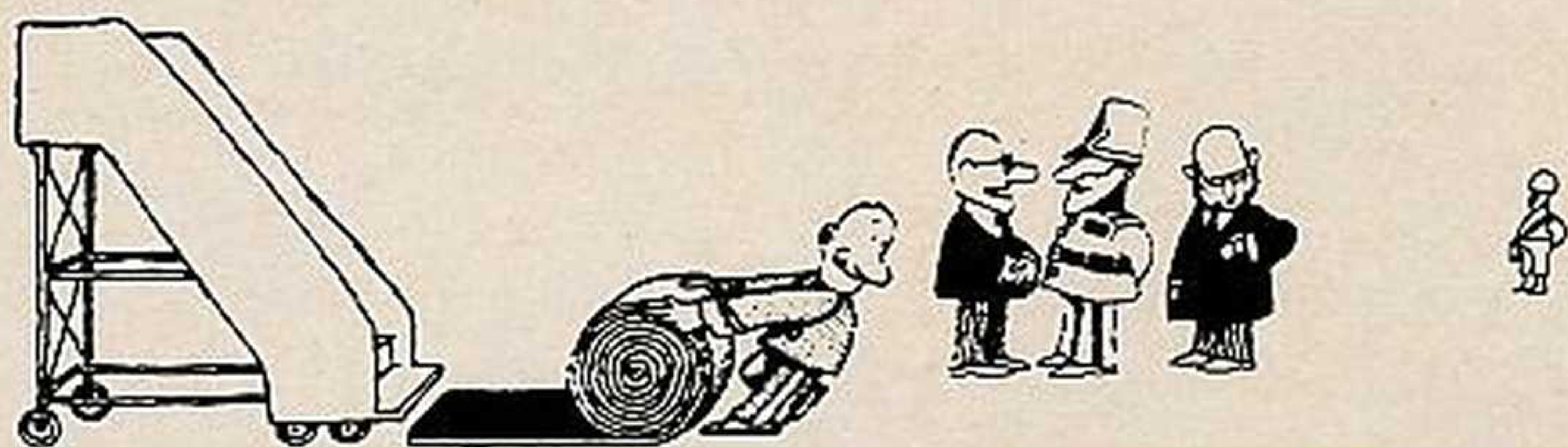
triunfo

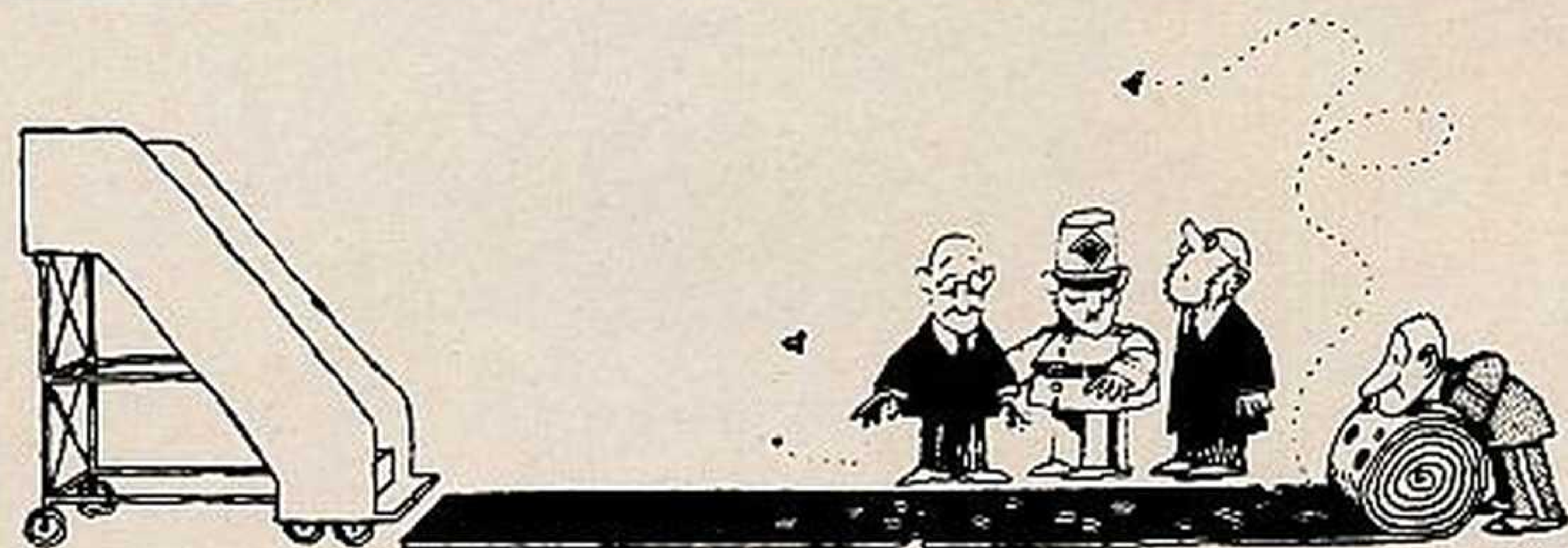
AÑO XXXVI • 6.ª EPOCA • NUMERO 18 • ABRIL 1982 • 200 PESETAS

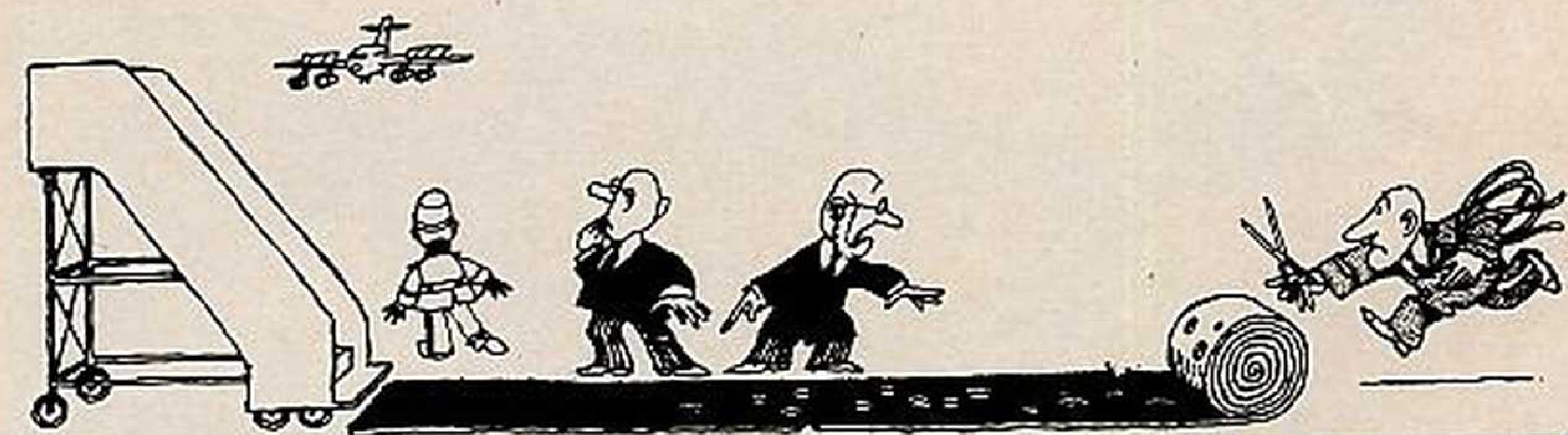


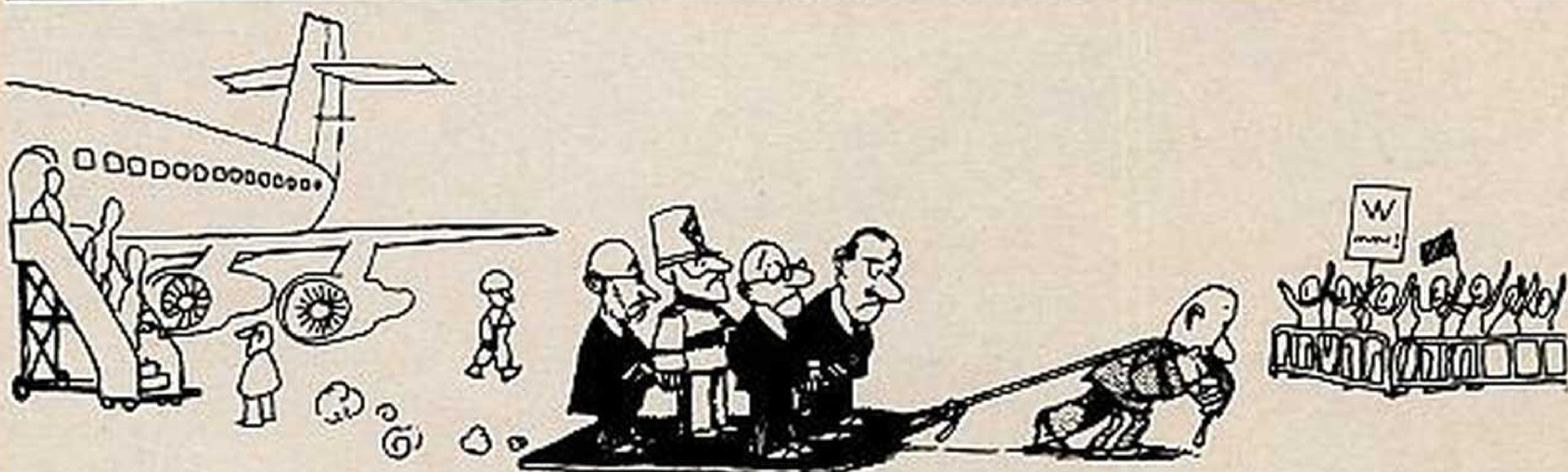
EL ESPAÑOL Y LA CIENCIA

QUINO









triunfo

AÑO XXXVI ★ ABRIL 1982 ★ 6.ª EPOCA

SUMARIO



PORTADA

Joan Cruspinera (Tiana, Barcelona, 1945) ha investigado todos los caminos de las artes plásticas hasta llegar a la acumulación de experiencias y a la seguridad del camino a elegir que hacen de él, ahora, un pintor de primer orden. Su imaginación le ha permitido ilustrar nuestra portada sobre el tema general de «El español y la ciencia» con esta figura en la que se puede ver el símbolo del vuelo necesario del hombre sobre los desafíos técnicos, que no siempre son tan aparentemente inocuos como el «Cubo de Rubik» y su corazón matemático. ■

EL ESPAÑOL Y LA CIENCIA

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. **SUBDIRECTOR:** Eduardo Haro Tecglen. **REDACCION:** Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. **COLABORACION:** Juan Aldebarán, Juan Aranzadi, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Berbén, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Rábago, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Rubio, Robert Sténuit, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. **ILUSTRACIONES:** Fuencisla del Amo, Guillén, Honoré, Ricardo Zamorano. **HUMOR:** Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. **DIRECCION TECNICA Y DISEÑO:** Antonio Castaño. **CONFECCION:** Luis M. Turnes. **FOTOGRAFIA:** Ramón Rodríguez.

REDACCION: Plaza Conde Valle de Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables: PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO E. **ADMINISTRACION:** CEMPRO. Fuencarral, 96. Teléfono: 221 29 04-05. MADRID-4. **SUSCRIPCIONES:** Ver pág. 97. **PUBLICIDAD:** Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3-1.º A. Tels.: 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16. Emilio Becker. Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **IMPRIME:** ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel. 734 71 00. Depósito Legal: M-1.272-1958. ISSN 0211-2868. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, km. 13,350. MADRID-34. **EDITA:** Prensa Periódica, S. A. Cables: PRENSAPER.

ari «TRIUNFO» es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federation International of Periodical Press, FIPP.

EL ESPAÑOL Y LA CIENCIA

Desde hace algunos años un fantasma recorre el mundo: el de que un predominio de la ciencia y de la técnica reduce al hombre a un papel de esclavitud y de dependencia; pasa un ramalazo de nuevo terror por las novelas pseudocientíficas que nos enseñan la rebelión de los robots, o la conversión en dioses de los computadores. La misma palabra cibernética parece encerrar en ella misma una predicción: viene del griego *kubernan*, gobernar, y en el siglo pasado aún se empleaba en un sentido político. Todo esto se añade a un lejano desprecio del español –que «desprecia cuanto ignora», decía Machado– por la ciencia. Quizá obligado. En España se ha seguido condenando a Galileo, y todavía hay escuelas –subvencionadas por la democracia– donde el nombre de Darwin se pronuncia con asco, si se pronuncia. La ciencia apareció a partir de un cierto momento como poco compatible con la teología; la fuerza hizo prevalecer la teología, y no parece haber cesado en su empeño.

Cuando el terror teológico comenzó a amainar comenzó a caer sobre nosotros este nuevo miedo a la máquina y a su capacidad. Ciertas formas de ecologismo –radicales, ingenuas– recuperan el horror de los tejedores ingleses cuando apareció el telar de vapor, y el que respondía a la época en que Mary Shelley escribía su «Frankestein»: el que quiere ir demasiado lejos por el camino de la ciencia se encuentra con el monstruo que le devora. El miedo teológico ha sido sustituido por el miedo a la maldad científica, capaz de construir la serie de bombas –atómicas, nucleares, de hidrógeno, de neutrones...–, y por el miedo social, el de la máquina que deja sin empleo al hombre. No es un miedo abstracto: está sucediendo así. Lo que en otros países se ha superado hace más de un siglo, en España se está sintiendo ahora de dos maneras: como una práctica que altera nuestro tejido social y como un hecho más del complejo de inferioridad del español. Hay que admitir que los intelectuales dejaron de seguir hace años una vía que comenzó a producirse con el krausismo, con la Institución y que tuvo un gran exponente en «Revista de Occidente», donde los artículos científicos alternaban con los que se llamaban, fácilmente, humanistas. El intelectual retrocede hoy ante un magnetófono, se alarma frente a un video y maldice de una calculadora de bolsillo. La izquierda va dejando cada vez más ese poder en manos de la derecha. Que lo utiliza como lo utiliza todo, habitualmente, esa derecha: para una acumulación de riquezas. Y en España, especialmente, como una venganza contra el trabajo, al que nunca ha perdonado.

Empieza ahora una cierta corriente de pensamiento inverso: una cierta manera de volver a comprender que el hombre no es un valor caduco, y que no es sustituible. No hace mucho se ha hablado en TRIUNFO de los genios españoles solitarios: y los hay desde –por lo menos– Cajal a Duperier, pasando por muchos nombres próximos al Premio Nobel. El español no está menos dotado que otros para la ciencia y para la técnica. A condición de que se eduque dentro de ella, que no la rechace como algo entre sagrado y ajeno. En algunos estudios que siguen a estas líneas, y desde un punto de vista científico, se está demostrando que hay ya una aproximación del español hacia una mentalidad técnica, lo cual no significa abandonar otro tipo de valores: y que es el hombre el que investiga, el que procesa, el que analiza y a quien corresponde la capacidad de síntesis. Esta aproximación va a ser todavía un fenómeno lento y largo: no sólo hay que desproveerse de los dos grandes tabúes anteriores –el religioso y el despectivo, el de la derecha y el de la izquierda– sino también acumular una cierta capacidad de trabajo y de perseverancia. Todavía aquí hay una siniestra y desgraciada división entre «letras» y «ciencias» capaz de fijar vocaciones a la fuerza y de cerrar caminos a quienes pudieran tenerlos abiertos.

Es evidentemente más difícil fabricar, alentar y estimular talentos que comprar los talentos ya realizados en patentes o en máquinas que caen sobre una civilización boquiabierta, antigua y paleta. O dejan escapar esos talentos, cuando brotan, hacia países que les ofrecen no sólo más medios de investigación, sino menos desprecio, menos esperpento, menos ridículo. Todavía en España el inventar es una figura de sainete, de relato cómico, al que se ve caminar por la vía certera del manicomio. Hay una obligación de que no siga siendo así, y de que el hombre siga considerándose por encima de la técnica; y con una política capaz de no convertirle en ese triste remedo que alguna vez hemos visto apoderarse del país, el de los «tecnócratas», sino con un sentido humanístico. La ciencia y la técnica no pueden seguir siendo vehículos de explotación o artilugios para desmesurar el consumo. ■





RAMON RODRIGUEZ

Revistas, fascículos, folletos, libros, divulgaciones que en un índice de materias sólo cabe catalogar en los apartados de «ciencias naturales», «ingeniería» y afines, van colonizando poco a poco los quioscos de prensa.

EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

JUAN CUETO

ES un caos aparente. Llevo varios días acechando al quiosquero de la esquina en el instante de colocar las mercancías de la galaxia Gutenberg para seducir la mirada del peatón, y concluyo que aquello está perfectamente estudiado, aunque a primer vistazo parezca un galimatías, un follón. Hay una zona del quiosco –generalmente la izquierda según se mira, pero también puede ser la contraria– reservada para la exposición de las publicaciones que tratan de eso que hemos dado en llamar «la actualidad», sean diarias, semanales o mensuales. Al lado opuesto, todo lo demás, nada de improvisación.

El tipo abre los paquetes altamente promiscuos de las distribuidoras y sin dificultad alguna, con desparpajo insólito, instintivamente, reparte las publicaciones a derecha e izquierda. La actualidad para un lado; el resto, para ese otro territorio aparentemente intemporal.

Rara vez se equivoca desde que lo observo. Sabe el quiosquero lo que se trae entre manos. Basta fijarse un poco en esa diaria hojarasca de portadas, títulos, cabeceras, titulares, colorines, cuerpos tipográficos y pornográficos, rostros, famas, alarmas y mucha digresión impresa que jalonan las aceras del país, para entender que allí también reina el orden a pesar de las caóticas apariencias. Me fascina la naturalidad que le echa el vendedor de Prensa a la compleja división del microcosmos informativo en dos grandes mitades, irreconciliables; articulando sin pizca de pedantería una de esas dualidades tremebundas que traen de cráneo a los graves comunicólogos. El, como los políticos y periodistas, tiene muy claro lo que es *actualidad*.

Por eso no duda en avecindar los adustos periódicos de la mañana con los semanarios del corazón, el sensacionalismo del atardecer amarillento con las austeras revistas del viernes de los misterios dolorosos, la barriga de lady Di con las colas de una Polonia que se muerde la cola, los titulares a cinco columnas de rumores altamente perecederos con la envidiable Prensa flemática extranjera, la grosera dialéctica golpista con la obvia analítica liberal. Porque todo eso es lo que suele escribirse, exhibirse y venderse como «actualidad», por encima de colores, formatos, ideologías, empresas, periodicidades, tonos, tipografías, firmas o estilismos. Versiones y subversiones impresas de la actualidad dominante.

EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

Del amarillo al caqui

Mi zona favorita del quiosco es la que está al otro lado de esa clase de actualidad. Es esa superficie abigarrada que expone publicaciones que fingen intemporalidad, revistas monográficas, fascículos, *digests*, pornografía dura y blanda, coleccionismos, folletos mensuales especializados, best-sellers de la quincena, tebeos y divulgación científica y técnica de alta, baja o ínfima categoría. Ahí es donde leo yo la actualidad que me interesa, y no al otro lado. Porque los signos del presente, opino con todos los respetos, ya no están en esos titulares que intentan desesperadamente mantener por otro día más la atención a costa del juicio más largo y redundante del mundo, en ese coyunturalismo crónico, hiperbólico hasta la obscenidad, administrativo siempre, que cada edición intenta sobresaltarnos con noticias y rumorologías cortesanas de nula resistencia sociológica, en el pelmazo recurso de elevar lo obvio a suprema categoría periodística –elevarlo al cuerpo más estridente– o en ese continuo traficar con acontecimientos de quita-y-pon derivados del mito funerario del centralismo de lo político.

Esa clase de actualidad, la propiamente dicha por aquí, la que maneja el quiosquero y entusiasma a los desgarradores articulistas de la transición –toda una categoría profesional la de estos castizos apocalípticos transicionales, incluso todo un género literario que en su día será necesario proteger adecuadamente, para evitar un brusco incremento en las estadísticas de paro cuando la coartada de la inmediatez se acabe–; es actualidad que dice mucho y mal acerca de ciertos políticos y periodistas españoles surgidos del consenso y que viven de trabajar «full time» la disuasión, pero que no dice absolutamente nada del mundo exterior. Son informaciones que nos hacen conocer gentes, pero no ideas. Es un sensacionalismo que ni siquiera es amarillo, sólo caqui.

Para ojear los signos del presente hay que olvidarse de esa parte del quiosco donde cuelgan las jetas famosas y fechadas y mirar sin complejos hacia la zona por donde asoman las tetas anónimas y sin fechar. Hay que elegir, qué se le va a hacer, entre esa monótona oferta de simulacros de la actualidad, que nacen de exprimir el seco limón de la centralidad de lo político, y la nada desdeñable muestra de las variadas actualidades simuladas.

El quiosco de la ciencia

De pronto, un día, puedes descubrir algo interesante. Por ejemplo, que esa zona tradicionalmente maldita del quiosco ha dejado de tener relaciones con la literatura, si hacemos excepción de la pornografía y los tebeos duros. Revistas, fascículos, folletos, libros, divulgaciones que en el índice de materias del ISBN sólo cabe catalogar en los apartados de «ciencias naturales», «ingeniería» y afines. No sostengo que la cada día más efímera actualidad politiquera deba ser clasificada en el apartado de «letras», sino que el otro lado del quiosco está siendo colonizado por las «ciencias».

Hago un esfuerzo memorístico. Por allí cuelgan *Mundo Científico, Chip, Muy Interesante, Investigación y Ciencia*, fascículos de Zoología, Botánica, Ingeniería Mecánica, Medicina y Aeronáutica, mensuales ecológicos, agronómicos y jardineros, *Hi-Fi, Cómo funciona, Vídeo Actualidad, La saga del vídeo, Vídeo, Allien, Electrónica, Hifimanía, Mundo Electrónico, Elektron, Algo, La Electrónica, Informática...* y lo que se me olvidará.

Noticias procedentes de la otra orilla (Columbia Journalism Review) informan que cada mes se venden en la Metrópoli dos millones de ejemplares de revistas científicas, y que cada cinco meses surgen en el mercado estadounidense dos nuevos títulos. *Science 82, The Sciencies, Discover, Science News, Science and Living Tomorrow* y *Science Digest* son algunas de estas nuevas publicaciones, al margen de las veteranas y millonarias *Scientific American, Psychology Today* o *Smithsonian*. Incluso el grupo *Penthouse* mantiene desde 1978 la revista *Omni*, con más de 800.000 compradores, uno de los productos más lucrativos del imperio couché de Bob Guccione, el hombre que le quitó el sueño y el monopolio erótico a Hugh Hefner, el de los conejitos (el *Playboy*, por ejemplo, cuelga en el quiosco del lado de la vieja actualidad). Todo lo cual quiere decir dos cosas, por lo menos: que no es producto del azar este súbito paso del quiosco de la esquina –de medio quiosco– a la rama de ciencias –hecho cultural no sólo espontáneo, sino conflictivo con la muy literaria mentalidad cultural dominante, como luego tendremos ocasión de reír– y que, como señala la Metrópoli, dicha tendencia irá en aumento.



Los artilugios de moda, los pasatiempos de masas, han dejado de ser de letras: los juguetes de masiva aceptación se derivan ahora de la informática, de las nuevas tecnologías electrónicas y ópticas.

Bit, chip, mic

Pero no sólo ha variado el paisaje del quiosco de Prensa, con todo lo que esto implica de cambio de actitudes consumistas y de ocio. La escenografía cotidiana –para seguir paseando aceras– también refleja el fenómeno de la progresiva invasión científica y tecnológica. Los *gadgets* de moda, los pasatiempos de masas, también han dejado de ser de letras. El cubo de Rubik, el videojuego, el stéreo portátil, la calculadora de bolsillo y el ordenador familiar que se avecina, que por lo menos ya se anuncia profusamente en los periódicos de la mañana.

Es decir: «comecocos» procedentes de la lógica tridimensional. Máquinas de matar marcianos surgidas de la segunda generación electrónica, pluriprogramables, dotadas de un sofisticado microprocesador capaz de retener informaciones prácticamente ilimitadas, sumamente complejas: no es el tipo más hábil quien alcanza el récord semanal, como ocurría con el flipper, sino el que mejor logra descodificar el programa del pequeño cerebro electrónico que funciona con cinco duros. Microordenadores y cal-



RAMON RODRIGUEZ

culadoras individuales de bajo coste, cuya pastilla minúscula de silicio reúne varios centenares de elementos lógicos de gran velocidad, o varias decenas de millares de elementos lógicos lentos, que pueden realizar no sólo pasatiempos matemáticos o tareas domésticas, sino toda clase de funciones lógicas complejas, como registro de acceso en serie o en paralelo, memorias de varios miles de bits, etc.

Juguetes de masiva aceptación derivados de la informática, las nuevas tecnologías electrónicas y ópticas, y soportados por materiales, qué se le va a hacer, que ya nada tienen que ver con la madera y la metalurgia, ni siquiera con el plástico: el silicio, las fibras de vidrio, las burbujas magnéticas.

Nuevo paisaje de lo cotidiano y de lo lúdico dominado por los verdosos caracteres de las pantallas cibernéticas, el logotipo universal de los indicadores digitales, el hiperrealista sonido del stéreo, los negros fondos infinitos del espacio sideral, el vértigo del tiempo real de respuesta, la transmisión numérica, las sendas binarias que se bifurcan hasta la extenuación lógica (extenuación nuestra, no de la máquina), el jardín laberíntico de los circuitos integrados, la barroca arquitectura (móvil, mueble, ubicua) de las redes telemáticas, el parentesco cada vez más carnal con las videoterminales inteligentes. La ética del *bit*, la estética del *chip*, la dietética del MIC.

Del libro de bolsillo a la tecnología de bolsillo

La era del libro de bolsillo, signo cultural de la segunda revolución industrial, la de la civilización de consumo, está siendo sustituida por la era de la tecnología de bolsillo. Y no sólo por la avalancha de divulgaciones y vulgarizaciones científicas que el quiosco registra, sino por el tamaño y autonomía de estos objetos complejos: la calculadora de bolsillo, el ordenador de bolsillo, el stéreo de bolsillo, la televisión de bolsillo, la telemática de bolsillo...

El quiosco, el ocio, las modas, los chismes, los mitos y las liturgias callejeras de la modernidad empiezan a ser de ciencias. Naturalmente, esta mutación también se observa en el aparato metafórico de ciertos escritores que no temen asomarse al exterior de esa actualidad de lo obvio, caqui y encima tautológica, consensuada y disuadida. Se abandona la tropología derivada de las fiebres lingüísticas para acogerse al intríngulis bioinformático. Ya no es asunto de significado y significante, diacronía y sincronía, sintagma y paradigma... Ahora es portabilidad y compatibilidad, software y hardware, transmisión numérica y analógica, entropía y negentropía, logicial y exponencial, unidad de entrada y de salida, MODEM y ADN. Huyen los nuevos intelectuales del modelo científico lingüístico, totem alrededor del cual habían estado danzando durante la década de los 60 por prurito de combinar la ciencia con la literatura, en un esfuerzo desesperado por salvar la marca sagrada de la *escritura*, y se convierten a la religión bioinformática. Seducidos, creo yo, no tanto por el rigor indiscutible del modelo de recambio (los graves caminos inciertos del ADN contra los alegres desfiladeros del significante que no llevan a parte alguna), como por el atractivo de esa complejidad filosófica, sociológica y antropológica que se infiere de los conocimientos biológicos, químicos, físicos o informáticos; y claro está por la revolución social y económica, política por tanto, que implican en sí las mareantes tecnologías que no cesan.

Literatura vaporosa

Resulta demasiado facilón, sin embargo, ironizar a costa de este giro metafórico en el discurso de ciertos escritores en candelero. Sobre todo, si la reducción intenta hacerse desde los presupuestos cochambrosos del humanismo literario decimonónico, como en este país no sólo es costumbre académica, sino de buen tono mundano y garantía de éxito en las tertulias y las gacetillas, esos dos espacios donde a diario se juega la cultura española.

Hace medio siglo, Whitehead dijo que «la ciencia todavía es más cambiante que la teología». Después del Vaticano II, el diálogo marxismo-cristianismo, el regreso al integrismo y otras estrategias por el estilo, en un esfuerzo agotador para no perder clientela, la comparación célebre del filósofo resulta hoy demasiado favorecedora para la teología. Y no porque las ciencias de estos últimos 50 años no hayan evolucionado al mismo ritmo que la teología –lo cual es toda una comparación–, sino porque ya nadie defiende el carácter absoluto, eterno y redentor de la ciencia, como ocurrió a finales de siglo. Mejor dicho, sólo nuestros queridos hombres de letras siguen hablando en términos teológicos del asunto. Ya comenté en otro lugar que esos intelectuales españoles que siguen estimando el modelo literario decimonónico –preferentemente el novelístico– como la forma hegemónica de sabiduría y conocimiento del mundo exterior, la filosofía más perfecta de las posibles, el discurso en el que, según ellos, todavía se habla y reconoce la sociedad de hoy, son gentes encantadoras extraviadas en los inicios de la primera industrialización. No es que desprecien en términos absolutos la ciencia y la técnica, como por ahí fuera se les critica, es que no han pasado de la máquina de vapor, la electricidad o el motor dinamo, es decir, siguen aferrados a la metáfora de la mecánica primitiva, la que procede del XVII, que, como es bien sabido, deriva todas las cosas a fuer-

EL QUIOSCO DE LA CIENCIA BARATA

zas y movimientos lineales (de ahí esa curiosa pasión incontrolada por la linealidad de las prosas narrativas). Son *luddites* y *saboteurs* de las nuevas tecnologías complejas, no de la ciencia antigua, del viejo paradigma que hace décadas que se fue a hacer puñetas. De ahí esas literaturas de válvulas de escape, inercias, resistencias, pulsiones, correas de transmisión, ejes, chispa en ocasiones, muelle, cigüeñal y humos, muchos humos decimonónicos.

Es un problema de tráfico y velocidad, a fin de cuentas. Se mofan –tal es el verbo– con superioridad cultural de los que transitan por las vertiginosas sendas binarias, las intrincadas rutas metabólicas y las laberínticas selvas de los hemisferios cerebrales (por cierto, los únicos territorios que en el planeta aún permanecen vírgenes, los únicos, por consiguiente, donde es posible la aventura), pero lo hacen desde la ventanilla de un vaporoso tren de cercanías que marcha con el proverbial retraso sobre el horario histórico previsto, en una sola dirección y por un ancho de vía inaceptable en Europa.

La muerte del intelectual de letras

El síntoma va más lejos, no sólo es cuestión de cambio de metáforas en el discurso de la modernidad, y no exclusivamente del intelectual, que también andan las parlas callejeras lo que se dice bien informatizadas últimamente, seducidas por esa zona del quiosco que no mantiene tratos con la actualidad de mírame y no me toques. Más significativo que todo esto es el fenómeno de la desaparición del *intelectual universal* de la escena de lo social, lo político y lo cultural; y su progresiva sustitución por lo que Foucault llama *intelectual específico*. O para decirlo como ahora me interesa: es el paso que va del intelectual como *hombre de letras*, especialista en todo y en el todo, en vagos saberes sin límite, al intelectual como *hombre de ciencias*, especialista en una sola rama del saber, generalmente relacionada con la biología, la química, la física o la cibernética.

Ha dejado de ser el *literato* portador de significaciones y valores identificables, el guía cultural. Esa función la cumple ahora el *sabio*. Sartre fue el último de esos grandes intelectuales surgidos de las humanidades clásicas, del gusto artístico-literario, conciencia crítica y universal de su tiempo, militante contra todas las injusticias de la humanidad. La figura del intelectual nuevo no procede del gremio de los escritores (la escritura ha dejado de ser el espacio de lo sagrado, la suprema instancia del discurso social y de lo social); ese mismo papel de Pepito Grillo lo desempeñan ahora los *batas blancas*. Se han interrumpido aquella tradición intelectual que llegó hasta Sartre desde la ilustración. Es la tradición que se inaugura en Darwin, sigue con Oppenheimer y Einstein, a partir de la segunda guerra mundial, la que se ha impuesto a la chita callando; y llega los Jacob, Monod, Ochoa, Laborit, Mayr, Cordón, Luria, Simpson, Jacquard... para citar a vuelamáquina no sé si a los mejores desde el punto de vista de sus respectivas disciplinas, sino sólo a algunos científicos más o menos populares que, de hecho, ejercen tareas típicamente intelectuales, incluso implicados en la crítica política y cultural. Como dice Foucault, existe todo un estudio a hacer sobre el *Dissent* científico en Occidente y en los países socialistas desde 1945; investigación fundamental para conocer la creciente y decisiva influencia del hombre de ciencias en la sociedad contemporánea: «La figura en la que se concentran los prestigios y las funciones del nuevo intelectual no es ya el *escritor genial*, es el *sabio absoluto;* no aquel que lleva sobre sí mismo los valores de todos, se opone al soberano o a los gobernantes injustos, y hace oír su grito hasta en la inmortalidad: es aquel que posee con algunos otros, estando al servicio del Estado o contra el Estado, poderes que pueden favorecer o matar definitivamente la vida. No más cantor de eternidad, sino estrategia de la vida y de la muerte. Vivimos actualmente la desaparición del *gran escritor.*» *(M. F. Microfísica del poder).*

Bajo el signo de Bio

Esta desvalorización del hombre de letras en el mercado de la cultura y de la influencia explicaría en parte el progresivo interés por las disciplinas científicas que manifiestan los huérfanos de Sartre. Sociólogos (Edgar Morin), economistas (Jacques Attali), psicólogos (Serge Moscovici), filósofos (Michel Serres), lingüísticas (Sebeok), antropólogos (Piatelli-Palmarini), etc., colocan sus investigaciones (no sólo sus metáforas) bajo el signo de Bio: la bioinformática, la biotecnología, la biomasa, la bioquímica, la bioantropología, la sociobiología, la bioenergética... Saben que para seguir ejerciendo la función de intelectuales en la sociedad actual no basta con saber contar historias, emociones, es necesario saber contar ideas. Y, querámoslo o no, las ideas en las que se expresa y reconoce el mundo en las postrimerías del siglo son de ciencias sigamos diciéndolo así, como en el bachillerato. Por eso la filosofía contemporánea sólo tiene sentido como *filosofía de la ciencia,* y por eso mismo, también, la mayor parte de las actividades humanísticas tradicionales, las más escandalosamente literatas, intentan revestirse de seriedad a costa del nuevo signo de los tiempos: ciencias de la educación, ciencias de la información, ciencias de la cultura, ciencias de la historia, ciencias, incluso de la literatura.

Naturalmente, no escribo este comentario desde el lado de la ciencia. Soy un gran inculto de esta compleja cultura. Pero tampoco oso hacerlo en contra, como es tan corriendo y celebrado en este país. Sólo constato con curiosidad periférica un fenómeno que puede observarse directamente en los quioscos de prensa, en los ocios de masas, en las figuras de estilo de moda o en el notorio deseo de «reciclaje» de algunos antiguos militantes de la sabiduría literaria. Es decir, en la calle. Lo que parece evidente es que nos encontramos ante un nuevo *hecho de civilización* provocado por el avasallador desarrollo de la ciencia y la tecnología en estos cuarenta o cincuenta últimos años. Estamos irremediablemente afectados por el nuevo espíritu científico, que enriquece nuestro conocimiento del universo y las posibilidades de liberación humana, pero que también puede provocar servidumbres nefastas. La parcelación de los saberes en compartimentos cerrados, la disyunción entre las ciencias de la naturaleza y las «ciencias» del hombre, la manipulación política y económica de los saberes científicos y de las tecnologías por los poderes, en primer lugar por el Estado, o la enorme potencia destructora intimidadora que pueden significar ciertos avances, son algunos de estos riesgos. El mayor de todos, sin embargo, es, como señala Morin, el que los poderes creados por la actividad científica escapan totalmente a los mismos científicos. O con otras palabras: en el seno de la Institución científica suelen reinar las más anti-científicas de las ilusiones, por la ausencia de una teoría del quehacer de los batas blancas.

Pero precisamente porque la experimentación científica implica, a la vez, sabiduría de unos e ignorancia de los no iniciados, desarrollo benéfico de la



«Ha dejado de ser el literato portador de significaciones y valores indentificables, el guía cultural. Esa función la cumple hoy el sabio.»

humanidad y nuevas posibilidades de catástrofe, liberación y servicidumbre, parece recomendable no adoptar aquí la táctica del avestruz en nombre de la vieja idea literata del mundo y del saber. Y eso es lo que justamente ocurre por parte de nuestros queridos *intelectuales*, que alarman a la opinión pública de las diabólicas tecnologías que nos acechan por exclusiva razón literaria, como si la informatización de la sociedad fuera un complot siniestro contra el arte de escribir novelas o versos, o la ingeniería genética tuviera como perverso objetivo el asesinato de las musas.

Los apocalípticos caseros

No es casualidad que mientras en Francia, Italia, Alemania y Estados Unidos, para citar ejemplos concretos, los humanistas de los años sesenta intentan reconvertir sus saberes literarios en científicos, como era caso de los nombres anteriormente citados, aquí ocurre el fenómeno contrario: los filósofos se transforman en novelistas y poetas. Ignoro si esto es bueno o malo, pero desde hace unos años el destino de nuestros inelectuales universales –incluso también a economistas, periodistas, historiadores, sociólogos y antropológos– parece ser lo narrativo. Lo que tampoco se a decir verdad es si esta huida hacia el gusto artístico-literario ha de interpretarse como una retirada estratégica en vista de la complejidad que se deriva del nuevo hecho de civilización que se respira por todas las esquinas de la ciudad, o es que aquí todavía seguimos analogando al intelectual con el novelista, como ocurría en la sociedad decimonónica. En cualquier caso, la oposición ciencia/literatura es una falacia, por no decir es una estupidez mayúscula. Sucede precisamente todo lo contrario a lo que temen los apocalípticos caseros: el relevo del literato por el sabio, del escritor genial por el científico en la tarea intelectual, libera a la literatura de su engorrosa y pelmaza función de subsidiariedad política, social, filosófica, denunciadora, testimonial. La literatura se intransitiva y por fin puede ser lo que siempre soñó y por lo que siempre nos sedujo: sólo literatura. Que critiquen ellos.

El nuevo colonialismo

Claro que el problema que suscita la ciencia y las nuevas tecnologías tiene en España repercusiones bastante menos anecdóticas que las meramente novelísticas o poéticas. Por ejemplo: el surgimiento de un nuevo colonialismo de los de antes de la primera guerra mundial. No hace falta ser un lince económico para saber, pongamos por caso, que de aquí a cinco años la factura informática dejará en ridículo a la factura del petróleo. O que el futuro de la agricultura, de la ganadería y la pesca, de la alimentación en general, dependen de la microbiología aplicada, la ingeniería genética, la biotecnología o la acuacultura, es decir, de la producción de nuevos abonos y alimentos, enzimas y vacunas sintéticas; de la recuperación de desechos por microorganismos para producir proteínas y energía, de la industrialización de la recogida y tratamiento de los nódulos polimetálicos de la explotación de los hidrocarburos de los océanos y yo qué se cuántas posibilidades por el estilo. Sin contar con la posibilidad de nuevos empleos que pueda generar la informática, las telecomunicaciones, las bio-industrias, la electrotécnica y lo que vendrá.

Calle de ciencias, mentalidad de letras

La calle empieza a ser de ciencias, y por libre. La mentalidad del país, la oficial y la intelectual, sigue siendo de letras. El problema principal, naturalmente, es invertir en investigación a ejemplo y escala de los franceses, que pretenden elevar los gastos de la investigación científica a un 2,5 por ciento del P.I.B. en 1985. Pero también es un problema de cultura. Mal pueden los poderes (incluyo aquí, claro, a la oposición) comprender que para despegar económicamente y solucionar el paro es necesario, como en cualquier otro país de la misma envergadura industrial, desarrollar industrias de alta «densidad tecnológica», si seguimos creyendo que eso de la ciencia y la tecnología es algo que está junto a la pornografía en el quiosco. Desconozco si tenemos buenos o malos investigadores, laboratorios competitivos o ideas que vender. Sólo sé que no tenemos esa necesaria mentalidad para enfrentarnos al nuevo hecho de civilización surgido de la revolución científico-tecnológica. Llevamos un año entero llorando de un golpe de estado chapucero y frustrado, después de haber estado toda una democracia –porque seis años son toda una democracia– hablando del futuro en términos agoreros y patéticos, como sólo nosotros sabemos hacerlo. Preocupa más al intelectual español el gesto equívoco de un militar de regular graduación, o el rumor de pasillo parlamentario del pleno, que el progresivo, pero acelerado e irrecuperable desfase científico y tecnológico. Eso es lo que yo llamo una típica mentalidad de letras. La ciencia a un lado, al otro España, y allá enfrente, la zanahoria del 23-F. Acabaremos viviendo de comer sopa de letras, intelectual ludita a la plancha y tejeritos de mazapán de postre. Ay, si no fuera de ciencias la de cosas que podría escribir. ■ J.C.

Investigación

LOS INSTRUMENTOS NO HACEN LA TECNOLOGIA

JOSE M. DORADO

Una constante de nuestra historia reciente, fácil de verificar, es la denuncia de la situación de abandono en que mantenemos nuestra actividad científica. Los niveles de crítica autorizan sospechar que se habla de algo que posiblemente no existe.

Es característica muy común de estas denuncias la comparación con la situación de este aspecto social en otros países. Se usan para ello los más inesperados indicadores cuya homogeneidad, representatividad y confiabilidad los hacen rechazables para cualquier lector reflexivo. Se citan también los pagos que realizamos para importar «tecnología» y se cuantifican en cifras cuya obtención nunca se ha explicado y que aunque se explicase no demostrarían la naturaleza y gravedad del mal que nos aqueja.

Estos bailes de cifras traen al recuerdo aquello de que por encima de 1.000 dólares per cápita todos demócratas. No es sólo con cifras, aunque ayuden, la forma apropiada de plantear y analizar un aspecto social.

Quizá por ello la respuesta a la queja suele limitarse al aumento de alguna partida presupuestaria, dando por cierto que con más instrumentos se produce más tecnología. Esto es falso y por ello este tipo de respuestas debe calificarse de negativo. Salvo escasas excepciones, las instituciones españolas convertidas a golpe de plan de desarrollo en los mejores museos mundiales de instrumental, avalan esta calificación. ¿O es esto lo que se pretendía?

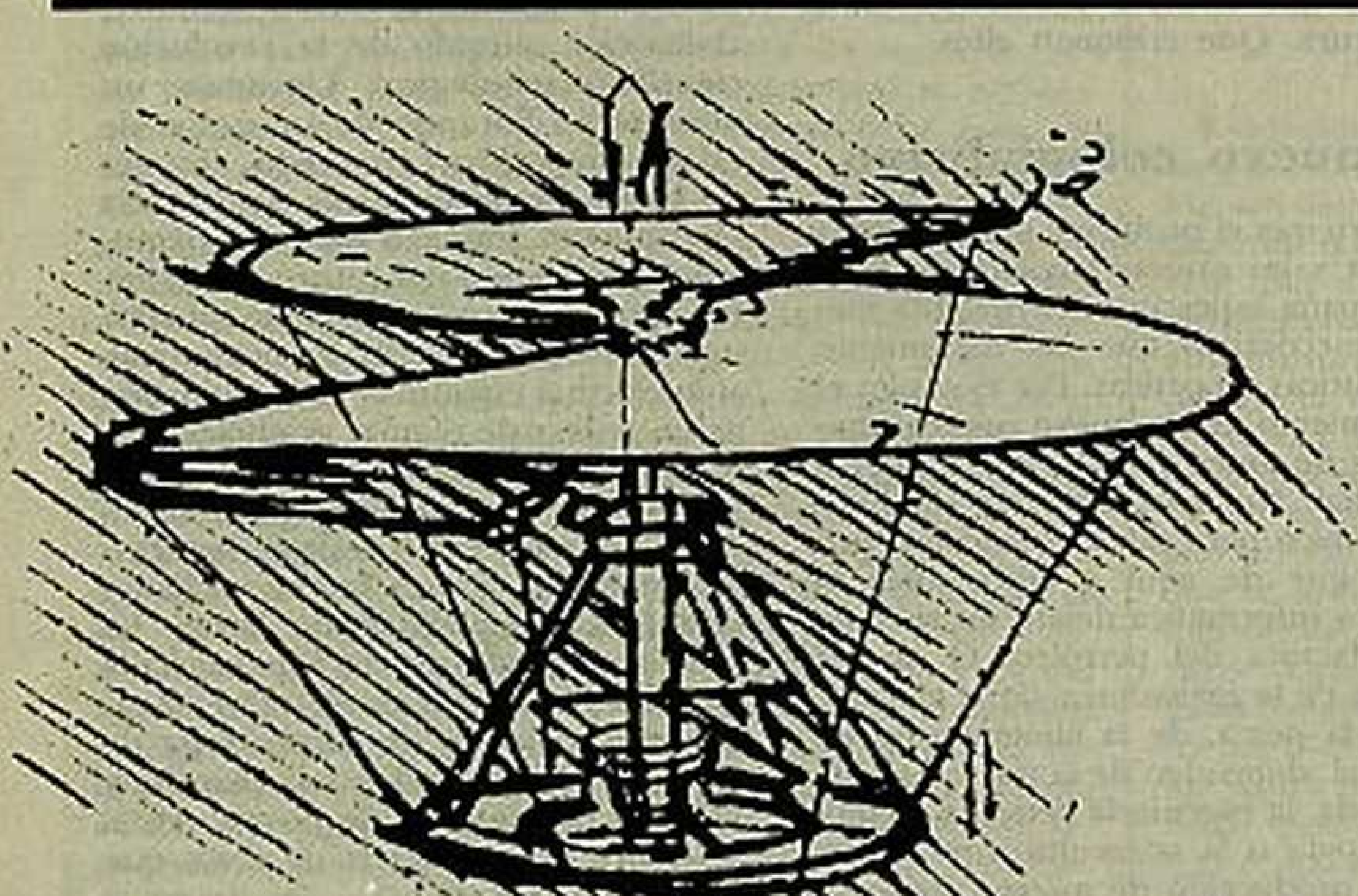
Las respuestas restantes, o sea, los casos en que la denuncia no obtiene respuesta, deben, en lógica, calificarse de positivos pues producen el mismo resultado, pero con coste cero.

Otro planteamiento, recientemente expuesto, es no plantear el problema, pues no existe tal problema. La ciencia no es necesaria pues la tecnología está en el mercado, se compra. Los que así opinan, sin errar totalmente, parecen no comprender el problema.

En esta circunstancia parece recomendable detener toda inversión en esta área a iniciar una reflexión diferente y profunda; y con calma pues estamos arreglando los mismos problemas urgentes desde hace más de un siglo.

Es muy importante que esta reflexión se plantee en términos inteligibles pues los problemas sociales los resuelve la sociedad en conjunto o se quedan sin resolver.

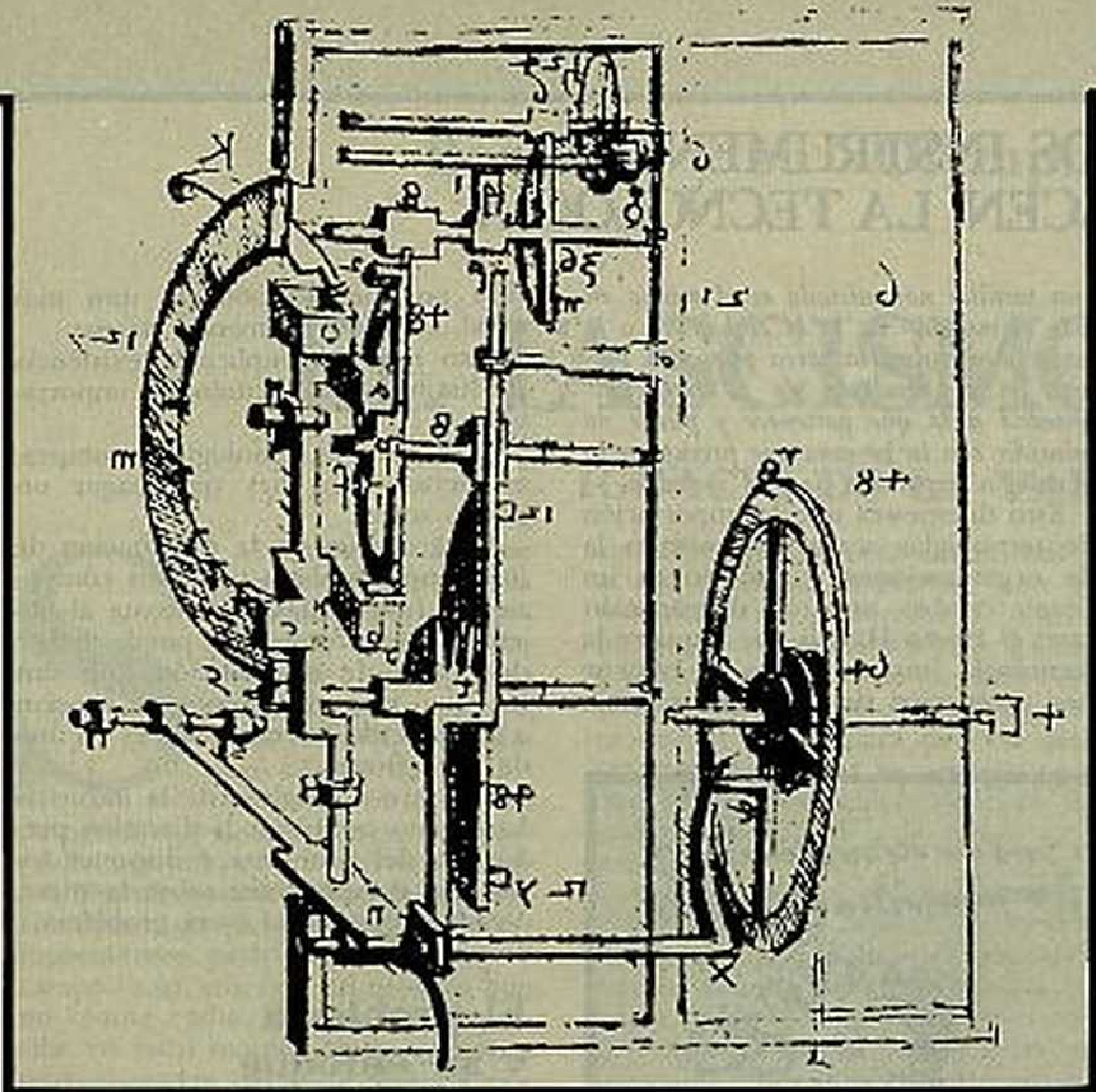
La reflexión que se propone deberá empezar con una definición de los términos que se manejarán y con la del problema que se plantea. Estos términos se limitan, en lo que sigue, a los de CIENCIA, TECNOLOGIA E INDUSTRIA pues incluir otros conceptos como arte, cultura o filosofía, caras todas de la misma pieza, confundiría sin necesidad la imagen que se intenta discernir.



Ciencia y tecnología

El hombre, en su milenaria lucha por sobrevivir, ha creado herramientas y conductas que le han permitido llegar a este presente. Primero fue para recoger alimentos, luego para amaestrar animales y plantas, construir refugios, defender su vida y así hasta disponer de las complejas y poderosas máquinas actuales con las cuales se mantiene una población inimaginable hasta hace pocos años.

La sociedad que creó las primitivas herramientas era muy distinta de la actual, igual que su cultura, pero estas dos sociedades y todas las que entre ellos han existido están unidas a un mismo cordón como lo están las cuentas de un collar y este cordón ha sido, y es, el continuado esfuerzo por so-



gías y herramientas. El proceso intelectual no va sólo en la dirección herramienta-tecnología-ciencia (inductivo) sino también en la contraria: ciencia-tecnología-herramienta (deductivo). La definición de técnica como aplicación práctica de la ciencia no es, según esto, totalmente cierta y en realidad es opuesta a la verdad histórica.

Estos procesos, inductivo y deductivo, son producidos en un principio por la misma persona, el maestro. Sus conocimientos son personales o transmitidos por otros maestros en cuyos talleres y gremios ingresaba. Ciencia, tecnología y producción viven en íntimo contacto.

La revolución industrial trastorna este mundo gremial. La producción es la primera en abandonar el taller; descompuesta en actividades elementales su realización es subcontratada a campesinos y trasladada más tarde a grandes talleres que emplean un número creciente de personas que ignoran qué hacen y para qué lo hacen. Ya no es la voluntad científica y elitista del maestro quien dirige el trabajo, el nuevo maestro es muy distinto del antiguo y éste queda confinado a aquellas áreas no afectadas mayormente por esta revolución. Se sigue denominando maestro o maese al pintor, al músico, pero no al fabricante de herramientas, de máquinas. Es curioso observar que el transplante de esta denominación al interior de la universidad que se realiza en Inglaterra o en Francia, no tiene lugar en España.

El antiguo maestro, desprovisto de su trabajo, pierde la posibilidad de evolucionar y enseñar. Su hijo deberá ser obrero o integrarse en una academia científica, pero esta segunda alternativa queda reservada para las élites que pueden dedicarse a la especulación intelectual. La fecundidad inicial de este enfoque deductivo promueve una demanda creciente de conocimientos científicos y es así como se asienta la enseñanza de las ciencias naturales en las universidades burguesas que toman así el relevo de la función social desempeñada por las academias científicas.

A partir de este momento la innovación queda en las manos de la ciencia y nace una distinción social entre ciencia y técnica que aún perdura. A su sombra se crean conceptos y definiciones que reflejan este nuevo orden (recordemos la antes mencionada definición de técnica). El triunfo de personas como T. A. Edison, no casualmente en América, no logra que se tambalee esta estructura y cualquier intento de ejercer la práctica técnica sin poseer un diploma científico se coarta como delito. Pocos

brevivir, creando y usando para ello medios cada vez más evolucionados y transmitiéndolos de cada generación a la siguiente. Este esfuerzo es, básicamente, un esfuerzo tecnológico y ésta es la trascendencia social del recurso que hoy denominamos tecnología, y hasta hace pocos años artesanía o simplemente arte. Es un mensaje que nos ha llegado desde el origen de la Humanidad.

El hombre primitivo, paleolítico, repetía muchas veces sus herramientas y es lógico pensar que esta repetida fabricación le descubriese los materiales y operaciones de fabricación más adecuados a cada propósito. Estos conocimientos son de naturaleza tecnológica, evidentemente a un nivel artesanal, tenían como propósito inmediato el obtener una capacidad de repetición con el mínimo esfuerzo y estaban dirigidos a sobrevivir o disfrutar de un bienestar.

Cuando, en su evolución, una sociedad dispuso de un número de conocimientos tecnológicos pudo fabricar herramientas complejas integrando en cada una de ellas varios conocimientos elementales. La fabricación de un arco requiere el uso de un mínimo de tres materiales con propiedades diferentes y también la realización de operaciones de preparación y unión. Estas herramientas complejas eran más eficaces y la sociedad que las poseía incrementaba su capacidad de supervivencia. Se había producido para ello, una síntesis de conocimientos elementales y se disponía de una tecnología más compleja. La nueva herramienta no hacía varias operaciones elementales sino otra nueva y no es extraño que las sociedades que no habían participado en este proceso lo revistiesen de aspectos mágicos, sobrenaturales.

Continuó la evolución social pareja al descubrimiento de nuevos procesos y materiales, de nuevas artes, que posibilitaban nuevas herramientas y nuevos conocimientos sobre cómo emplearlas de la manera más adecuada.

Esta manera de evolucionar cambia radicalmente cuando el hombre del Renacimiento decide que todo debe ser medido. La herramienta siempre ha estado en la mente del inventor antes de existir materialmente, pero el método experimental, utilizando el escaso bagaje matemático que lega la Edad Media, produce una síntesis de conocimientos que ya no se concreta en reglas aproximadas sino en fórmulas matemáticas que, con un nivel de síntesis mayor del que porporciona el lenguaje común, predicen los resultados con creciente precisión. Desaparece el mago, el artesano y nace el científico.

La ciencia no es sólo síntesis, en cuyo caso no tendría gran utilidad social sino también plataforma para una especulación que posibilitaba la generación directa de nuevas tecnolo-

LOS INSTRUMENTOS NO HACEN LA TECNOLOGIA

años antes los realizadores de la revolución industrial carecían de estos diplomas.

Se ve por este breve bosquejo histórico cómo de un análisis de los conceptos de ciencia y tecnología caemos naturalmente en la necesidad de analizar el mundo industrial.

Industria-empresa

Veamos la forma en que el hombre actual fabrica sus «herramientas» concepto que engloba todos los bienes que aseguran su superviviencia o le proporcionan un bienestar.

Un análisis completo de la forma en que se obtienen estos bienes incluiría actividades que no se suelen agrupar entre las industriales pero el análisis de éstas basta al propósito, pues todas estas actividades poseen una equivalente organización funcional.

Hay tres factores que conforman funcionalmente la actividad industrial: voluntad, producción y distribución.

La voluntad de realizar una actividad determinada se traduce, frecuentemente en estos días, en la aportación del capital requerido para la adquisición de materias primas, energía y tecnología. Trabajadores, para actividades simples, simpre hay. Esta voluntad, frecuentemente en estos días, tiene como incentivo la mejora y seguridad del capital y puede, en consecuencia, denominarse factor financiero.

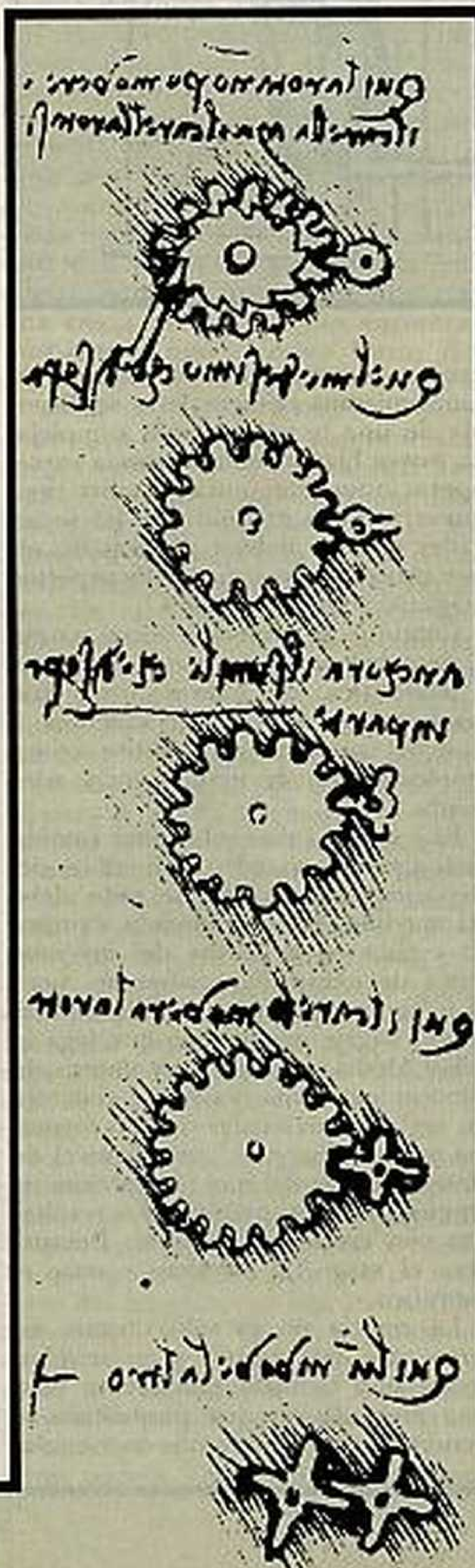
El segundo factor, la producción, requiere recursos que podemos agrupar en tres conjuntos interrelacionados: materias primas/energía, tecnología y capacidad organizadora. La interrelación es clara:

■ *Una tecnología puede suplir una materia prima no disponible inmediatamente por otra a nuestro alcance; puede también reducir el consumo de energía. Esto muestra que la importancia de una tecnología puede imponer el empleo de materias o energía de las que no se dispone. La solución de un problema puede crear otro mayor. Esto es de dominio común.*

■ *la capacidad organizadora debe ser acorde con la cantidad y naturaleza de las tecnologías que se usan. Las catedrales góticas se erigieron con organizaciones distintas de las que se emplearían hoy para repetir la tarea; la organización deseable para una cadena de producción difiere de la aplicable a un trabajo de diseño.*

■ *la tecnología describe los medios y las maneras por las cuales el hombre actúa sobre la naturaleza para modificarla y así como el cambio es definible universalmente –un tornillo normalizado es el mismo en todo el mundo– no lo es el hombre o la mujer que realiza la tarea pues esta persona es el resultado de la particular sociedad a la que pertenece y puede no coincidir con la persona que presupone la tecnología importada de otra sociedad.*

Esto demuestra que la importación de tecnologías acaba imponiendo la de organizaciones y esto no es un simple cambio, sino una degradación pues el Homo Habilis que requiere la tecnología importada no se obtiene por promoción de uno menos hábil, sino por degradación de uno más débil, solución de menor riesgo.



Esto también implica la existencia de límites a las tecnologías importables.

O sea, que la tecnología se compra, es cierto, pero hay que pagar un precio social.

El tercer factor, la distribución de los bienes, también tiene sus componentes funcionales, pero basta al objeto el considerar que puede haber dos tipos de distribución que son los que respectivamente se asocian a un mercado de compradores o a uno de vendedores.

Este breve desglose de la industria basta para completar la disección preliminar del problema y disponer todos sus componentes sobre la mesa. Veamos ahora cual es el problema.

El problema y su enfoque

El problema, básicamente, es el siguiente: qué ciencia y tecnología se necesitan y cómo se van a generar:

En lo que precede se ha visto:

■ *un tratamiento sistemático del problema obliga a incluir la industria dentro del análisis.*

■ *existe una invertebración entre ciencia, tecnología e industria que posiblemente es más aguda en el caso español, por nuestra mayor dependencia exterior.*

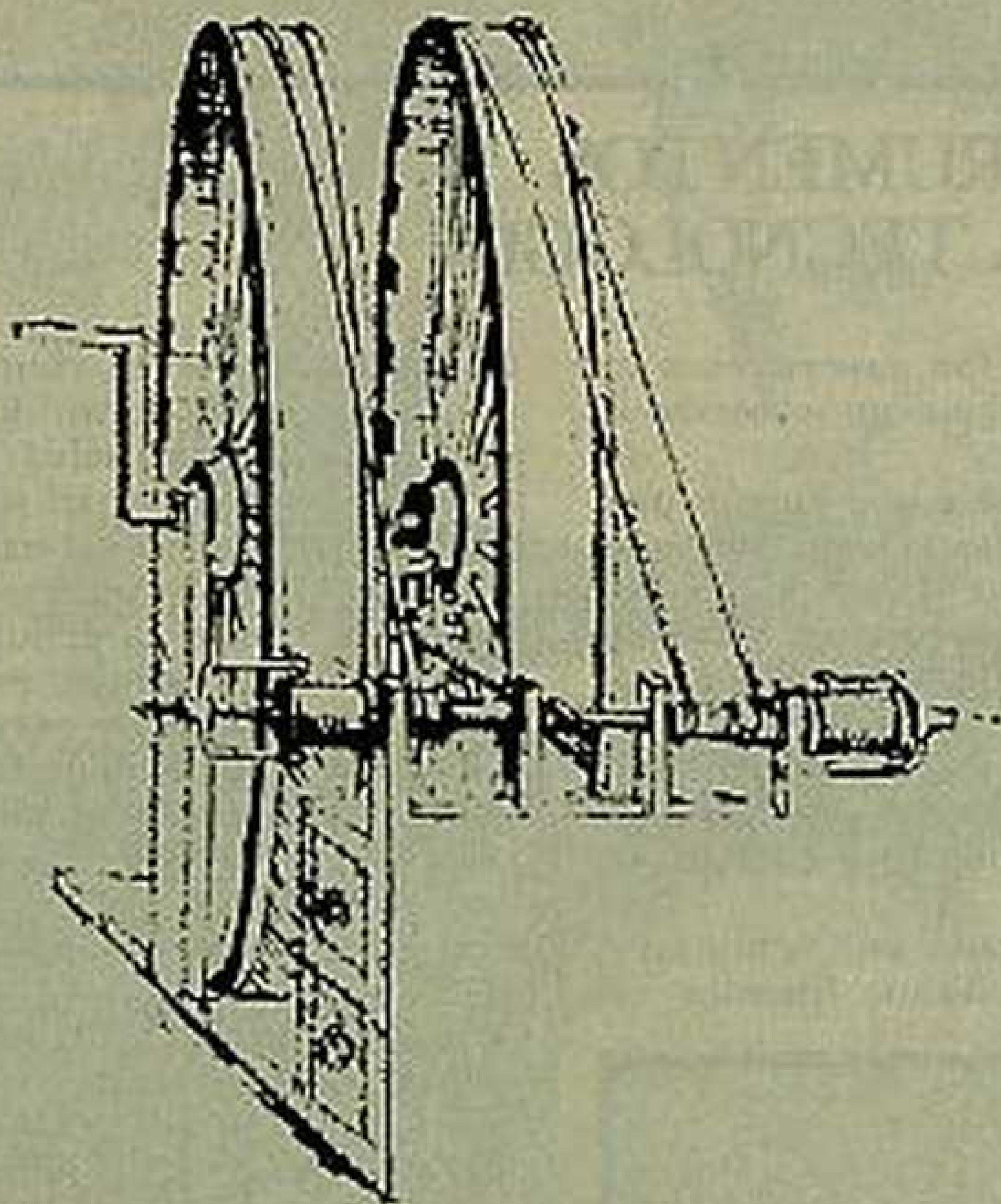
La solución del problema no debe enfocarse como una potenciación de alguno de estos tres campos, cada uno de ellos conoce cómo resolver sus problemas particulares y lo hace mejor cuanto menos se le interfiera. La clave del problema está en vertebrar de nuevo estas tres partes, en buscar primero sus principales articulaciones y luego la causa que hará surgir la voluntad de articulación. El cuerpo así reconstruido no necesitaría de especial atención ni directrices.

Veamos cómo buscar estas articulaciones.

Es un hecho que una sociedad industrializada exige una serie de bienes que garanticen su supervivencia y bienestar.

Es otro hecho que una industria no puede alcanzar objetivos con exigencias crecientes, en un mundo de crecientes limitaciones, sin recurrir al uso de nuevas tecnologías.

Es también un hecho que la obtención de tecnologías exige un recíproco contacto entre industria y ciencia.



Hay pues dos puntos principales de articulación: industria-sociedad e industria-ciencia y esto recomienda centrar el análisis en el campo de las actividades industriales, común a ambas articulaciones.

La primera articulación mencionada, industria-sociedad, plantea el estudio de cuándo el factor financiero (individual) puede llegar a coincidir con el interés social (general). Si esto se logra quedarían articulados dos de los tres grandes componentes. Es ilustrativo a este respecto ver el gran progreso que ha acompañado a las últimas guerras en las que han intervenido directamente los países industrializados.

La segunda articulación, industria-ciencia, presupone la existencia de un nivel científico en la sociedad y plantea el estudio de cómo establecer una comunicación entre estos dos campos que sea interesante para todos.

Articulación industria-sociedad

Esta articulación, tras lo expuesto, equivale a la de los intereses particulares y generales lo cual implica la existencia de condiciones que podemos denominar extremas como por ejemplo, el peligro de extinción ante la agresión de otra sociedad o ante una agresión catastrófica. Quizá por esto la producción de alimentos y el desarrollo de armas han sido y continúan siendo dos plantaformas sobre las que se ha desarrollado la ciencia.

En la actualidad hay condiciones que deberían promover una tendencia hacia esta coincidencia de intereses. En un mundo competitivo en obtener una parte de las materias primas y fuentes de energía –que aunque es incorrecto calificar de escasas sí son de disponibilidad limitada, lo cual a corto plazo es equivalente– si el factor individual y general asumen que la probabilidad de su supervivencia aumenta si encuentran una coincidencia de intereses, se puede generar esta condición. Un desplazamiento del factor financiero nacional en beneficio de uno extraño cerraría grandemente esta puerta a la esperanza.

También promovería esta coincidencia una suplantación del factor financiero por otro factor nacional, como podría suceder en el caso de que produjese una degradación del ambiente internacional próximo, con el consiguiente riesgo de agresión.

Se ve así que hay condiciones que pueden posibilitar esta coincidencia de intereses. El localizarlas, analizarlas y difundirlas es responsabilidad primordial de la comunidad científica y tecnológica.

Sin llegar a estas situaciones que denominamos extremas hay otras que también pueden propiciar esta coincidencia, aunque con menor probabilidad. Si en la interfaz industria-sociedad, en el mercado, la situación dominante es la de los vendedores no puede darse condición favorable, que sí se daría en el caso opuesto. Un mercado de compradores es una condición favorable.

Existen por lo visto factores al alcance de los políticos que pueden promover, sectorialmente al menos (quien pretende investigar todo), una articulación entre los intereses de la industria y de la sociedad.

Articulación ciencia-industria

Ya se ha mencionado la ruptura que la revolución industrial produjo en el proceso de creación tecnológica. Cómo restablecer la unidad rota es el tema de este apartado.

No son las academias científicas, tampoco las universidades ni la industria quienes pueden resolver este problema pues ellas son hijas de la fuerza que lo creó. No significa esto que el esfuerzo que en las universidades e industrias se desarrolle sea desdeñable. Respecto a las academias sólo cabe asombrarse ante lo larga que está resultando la vela de sus cadáveres.

El elemento adecuado tiene que ser una nueva institución, un lugar en el que se restablezcan, actualizadas, las condiciones básicas del taller del maestro. Una institución que participando de las características del mundo industrial y del científico restablezca entre ellos un contacto íntimo.

Deben poseer estas instituciones las características de objetivo definible que caracterizan a las industrias. Deben también poseer su libertad de gestión y estar expuestas a un cierto ambiente competitivo. La naturaleza de sus objetivos tiene que ser un producto industrial que exija participación del científico en su fin y/o en su realización.

En su parte científica, estas instituciones deben mantener un contacto con las universidades, no para requerir un apoyo funcional que sería inconveniente para ambas partes, sino para informarlas de los grandes problemas que plantean las necesidades sociales de cada momento y para estudiar la viabilidad social y tecnológica de las ideas que la universidad genera. El científico no puede mantener un total aislamiento. Todos los países tienen su catálogo de precursores, personas que concibieron algo que ha tenido que ser redescubierto, y este catálogo no debería ser una gloria de cada país, pues muestra la existencia de meritorios esfuerzos desperdiciados en épocas que dejaron sin resolver muchos de sus problemas. No deben ponerse en esta dirección nuestras esperanzas ni soportarse estos planteamientos.

El ejemplo de los logros de instituciones que, como la NASA americana y las principales industrias aerospaciales, presentan alguna de estas caracte-

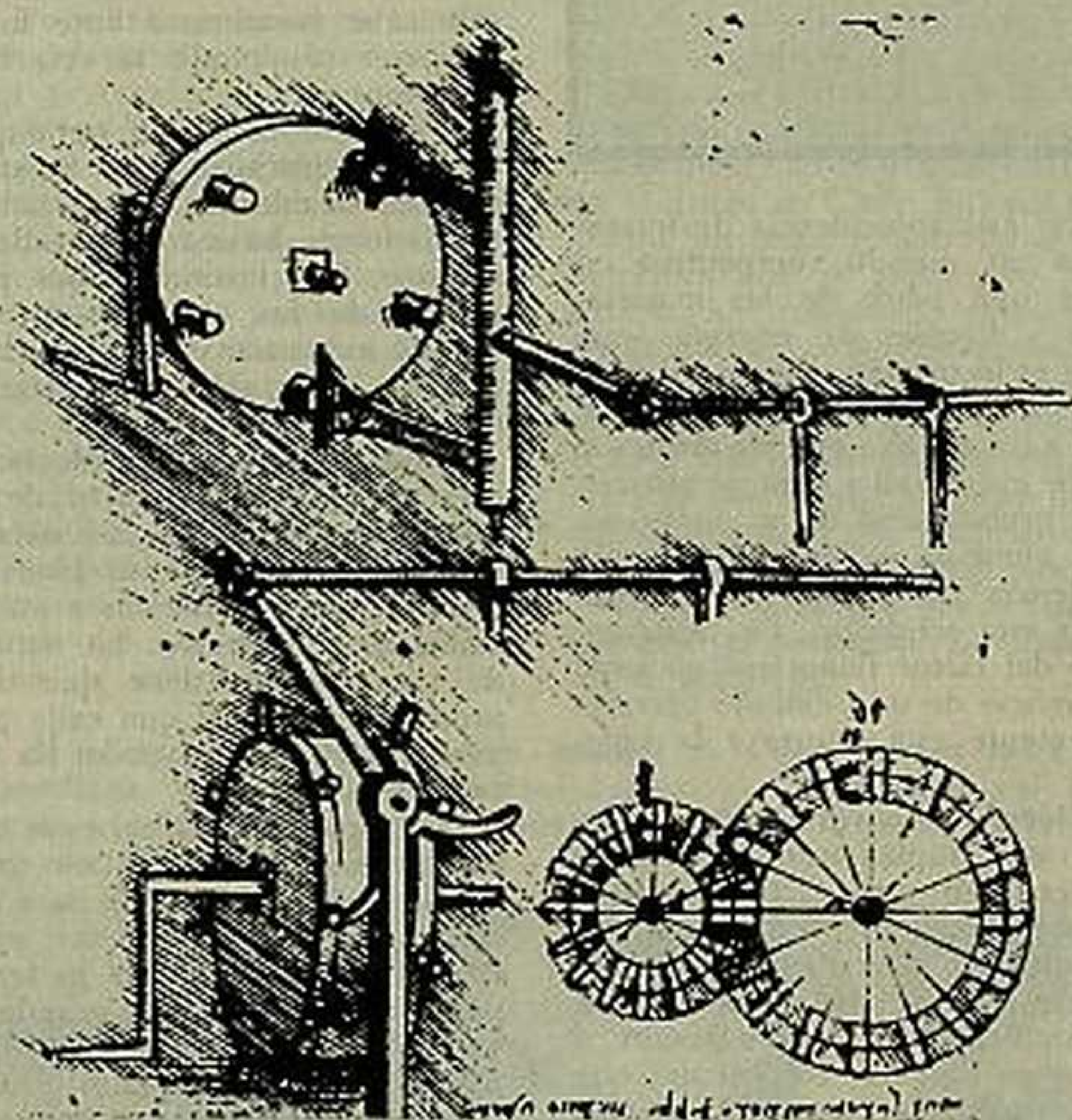
LOS INSTRUMENTOS NO HACEN LA TECNOLOGIA

rísticas que propugnamos avalan lo expuesto. La íntima relación entre el capital público y el privado que se da en muchas de estas industrias, no casualmente de armamento tras lo dicho en el anterior apartado, es otro hecho que se expone a la consideración del lector. Sobre este aspecto se puede recordar el sorprendente resultado de una auditoría a la que, por motivos tan poco científicos como la desaparición de algún dinero, fue sometida una de las principales industrias aeronáuticas europeas: fue imposible determinar en qué proporción se repartía la propiedad entre el estado y el propietario aparente. El hecho de que no se haya intentado modificar esta situación puede aún parecer más sorprendente a una persona poco reflexiva.

Es pues necesario crear un mercado que respondiendo a necesidades sociales promueva un ambiente apto para el desarrollo de estas instituciones. No es por criterios de «grandeur» por lo que los países industrializados fomentan una actividad casi industrial en campos como el espacial, el nuclear, el submarino o el de las energías alternativas. Los retornos sociales de estas actividades son superiores a lo que pueda imaginar un observador no introducido.

Es también posible que ningún país saque de estas instituciones más que una pequeña parte de su posible beneficio y esta sospecha se sustenta, aparte de en los hechos, en la consideración de que los países que las albergan no sufran condiciones extremas como las que se han mencionado anteriormente. Esto no es favorable.

Es necesario añadir una última consideración a lo dicho. Estamos viviendo una nueva revolución industrial, la telemática. Es pues necesario repetir el análisis desde este punto de vista y añadir a las conclusiones las que de esta nueva ruptura se deriven. Pero esto es mejor dejarlo para otra ocasión.



Quién

Se asiste en estos tiempos al espectáculo de la definición de una política industrial sin una mínima atención real a los factores tecnológicos, con total indiferencia a los aspectos científicos y basándose en consideraciones puramente económicas. El que esto suceda en una sociedad industrializada y a las puertas del siglo XXI es verdaderamente un espectáculo.

Pero es lógico que esto sea así cuando se conoce la penuria tecnológica de una administración paleoindustrial.

Y viene esto al hilo del discurso porque también hay que responder a la pregunta de quién va a actuar y este planteamiento haría abandonar toda esperanza a cualquier ser racional.

Se sabe que cualquier esfuerzo corrector deberá venir precedido de una reforma administrativa que no se limite a barajar el organigrama sino que deberá producir una imaginativa ruptura de funciones. Deberá también estructurarse un adecuado y obligado acceso a la información científica, tecnológica e industrial a/de todos los componentes orgánicos del Estado. Un Estado ignorante en estas materias y una Administración obligadamente permisiva no son elementos de garantía para la defensa de los intereses de TODOS en un mundo post-industrial.

Conclusión

Sería pretencioso, irresponsable, listar un decálogo redentor. Basta resumir lo dicho en que:

■ ***las condiciones actuales son favorables*** *a un desarrollo tecnológico, pues hay áreas de unanimidad social objetiva.*

■ ***es responsabilidad de la comunidad científica y tecnológica*** *el identificar, analizar y proponer las áreas de actuación para lo cual hay capacidad.*

■ ***es responsabilidad del Estado*** *el canalizar recursos hacia áreas privadas, tendentes a potenciar las mencionadas articulaciones, lo cual es factible.*

■ ***es responsabilidad del Estado*** *el establecer un nuevo método de gestión que suplemente los criterios de eficacia económica con otros que garanticen la realización de la anterior potenciación.*

■ ***es condición necesaria*** *una adecuada reforma de los órganos del Estado en especial en Administración y las Universidades. Esto vaya usted a saber si es factible.* ■ **J.M.D.**

Los dibujos que ilustran este trabajo son reproducciones de los «Códices de Madrid», de Leonardo da Vinci.

Las razones de Cajal

"LOS MEDIOS SON CASI NADA Y EL HOMBRE ES CASI TODO"

RAFAEL ALONSO SOLIS

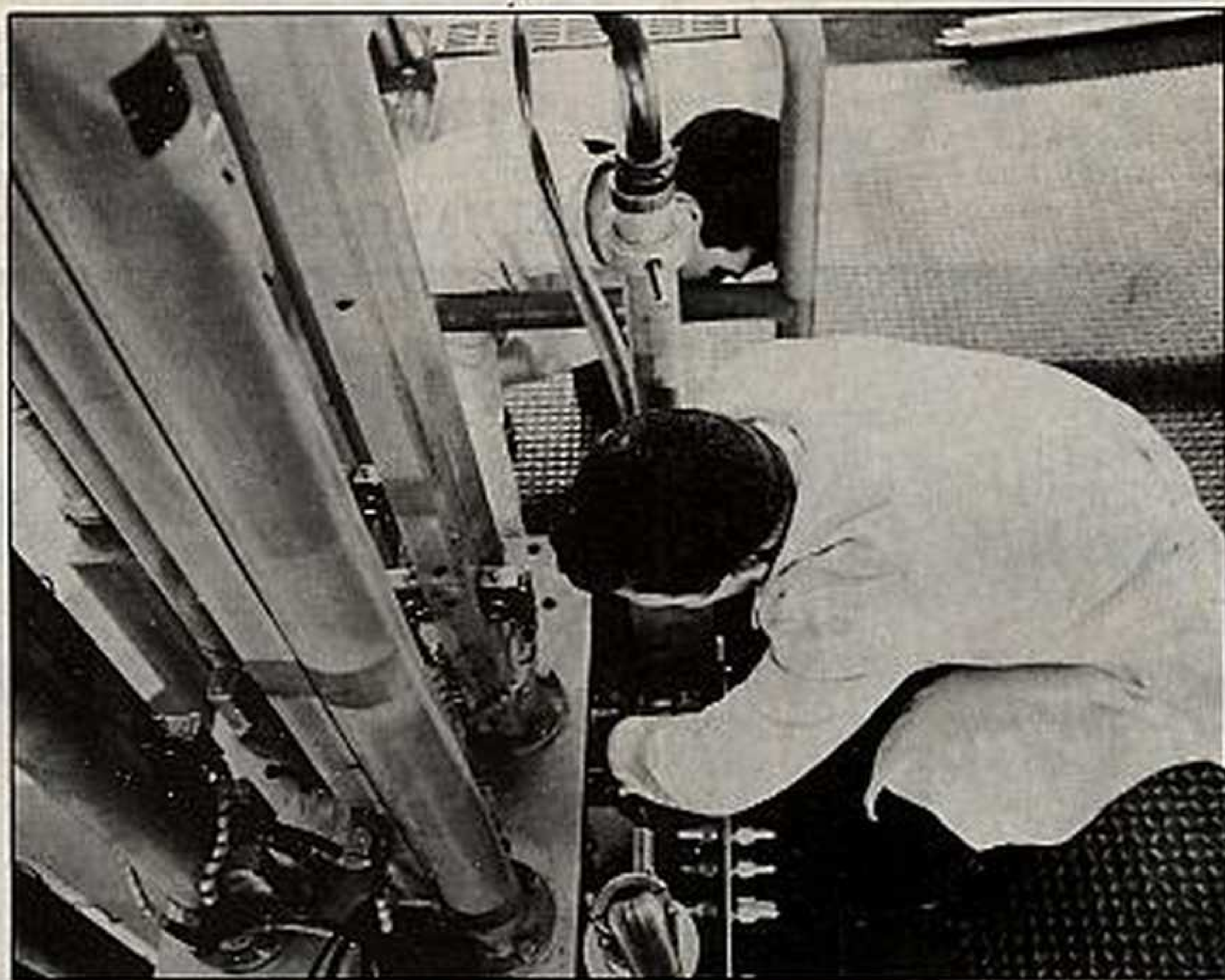
«Hoy nos preocupamos de la autonomía universitaria. Está bien. Mas si cada profesor no mejora su aptitud técnica y su disciplina mental, si los centros docentes carecen del heroísmo necesario para resistir las opresoras garras del caciquismo y favoritismo extra e intrauniversitario, si cada maestro considera a sus hijos intelectuales como insuperables arquetipos del talento y la idoneidad, la flamante autonomía rendirá, poco más o menos, los mismos frutos que en el régimen actual. ¿De qué servi-



rá emancipar a los profesores de la tutela del Estado, si éstos no tratan antes de emanciparse a sí mismos, es decir, de sobreponerse a sus miserias éticas y culturales? El problema central de nuestra universidad no es la independencia, sino la transformación radical y definitiva de la aptitud y del ideario de la comunidad docente. Y hay pocos hombres capaces de ser cirujanos de sí mismos. El bisturí salvador debe ser manejado por otros.»

Si la obra de Cajal conserva plena vigencia en el terreno estrictamente biológico, no es de extrañar que el párrafo anterior –publicado hace noventa años– constituya un planteamiento lucidísimo en la actual polémica sobre el proyecto de Ley de Autonomía Universitaria. Cuando uno de los puntos conflictivos para el acuerdo entre las distintas fuerzas parlamentarias –cuatro ministros, largas horas de pasillo y negociación, y más de 1.000 enmiendas– ha sido el de la selección del profesorado, no está de más volver la mirada hacia las ideas del sabio aragonés, y descubrir en ellas –con la gentileza, pero a la par con la claridad que le caracterizó– una serie de sugerencias, consejos y juicios críticos, contenidos en su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ampliados y retocados ligeramente en la tercera edición de su obra «Reglas y consejos sobre la investigación científica», publicada en 1912.

La actualidad del tema está produciendo una saturación de opiniones que, en general, pecan de reiteración, oportunismo político, pusilanimidad en la definición de posturas, ambigüedad expositiva y obscurantismo –mucho me temo que consciente–. A la vista del texto de Cajal que encabeza este artículo, resulta evidente que los problemas esenciales continúan siendo los mismos, que el análisis objetivo se replantea con casi un siglo de retraso, y que las soluciones apuntadas –y a punto de ser sancionadas por un texto legal producto de un pacto político deshonestamente justificado con el argumento del posibilismo– no parecen ofrecer un atisbo mínimo de mejora real. De nada vale, y nada justifica el que, amparados en la necesidad de una reglamentación legal, se haya llegado a la actual situación de acuerdo que va, indefectiblemente a concluir en la puesta en marcha de una ley claramente regresiva con respecto, incluso, a los anteproyectos iniciales. Y todo ello fruto, por un lado, de la lucha por el poder en el seno del partido en el gobierno, y por otro, del concesionismo de quienes se presentan como alternativa para las próximas elecciones. Las posiciones atemorizadas de los negociadores socialistas me recuerdan la actitud de ciertos profesores universitarios que, partiendo de una supuestamente honesta postura crítica frente al sistema, llegan a la conclusión de que la reforma de la universidad únicamente puede hacerse desde la postura funcionarial. Han olvidado –o han querido olvidar– que el mecanismo de acceso al profesorado permanente facilita un proceso de sumisión, adocilamiento, servilismo y acumulación de deudas, que –en virtud de la plasticidad de los mecanismos cerebrales y, como consecuencia, conductales– origina la transformación guardista de investigación, formación, discusión y actitud crítica permanente, constituye hoy –en su generalidad, que no en sus excepciones– una institución caótica, regresiva, e ineficaz en sus fines. De todo ello hay que responsabilizar a la confluencia de factores tan variados –y a la par tan relacionados entre sí– como son la ineptitud profesional, la precariedad de actitudes honestas a todos los niveles, y, fundamentalmente, la sustitución de lo que debieran ser metas incuestionables que caracterizan su funcionamiento y proyección social, por intereses totalmente ajenos, entre los que habría que incluir los electoralistas, los promocionístico-crematísticos, y los puramente satisfactorios de frustraciones y complejos



del espíritu crítico juvenil en una asimilación absoluta por el sistema, con lo que se asegura la permanencia y continuidad del mismo, de sus defectos, y de las influencias negativas que éstos ejercen sobre el rendimiento científico de nuestra Universidad, **«pobre y discontinuo...»** –según palabras de Cajal– **«... mostrando, con relación al resto de Europa un atraso y, sobre todo, una mezquindad teórica deplorable».**

Hora es de afirmar, sin concesiones ni tapujos, que la Universidad española, en lugar de ser fiel a su deseable e inalienable función de frente vanguardista... ocultos. El resultado es que nuestra máxima institución docente e investigadora es, en estos momentos, el fiel reflejo del dominio de la mediocridad sobre el genio, de la desidia sobre la perseverancia, y del arrivismo cicatero sobre la honradez. Las causas y motivos son harto conocidas por los propios universitarios, por los políticos en el poder, y, lo que es más triste y desalentador, por una oposición que ha perdido el norte de las metas a alcanzar –olvidadas en un edén que comienza a contemplarse como utópico– en aras de un posibilismo electoralista de dudosa eficacia a cor-



to, medio e, incluso, largo plazo.

No puedo aceptar –y en esto discrepo rotundamente de las opiniones expresadas recientemente por Joan Fuster en las páginas de *El País*– que aquí y ahora no podamos «inventar», y que nuestro retraso tecnológico sea debido a falta de medios, pese a que ese factor pueda influir. Una de las primeras cosas que me sorprendieron durante mi estancia en el Instituto Tecnológico de Massachusetts –un centro científico de élite– fue comprobar que el instrumental básico utilizado para la investigación no difería, ni cuantitativa ni cualitativamente, con el existente en los laboratorios españoles. Y es que, probablemente, tenía razón Cajal –una vez más– al afirmar que en la obra científica **«los medios son casi nada, y el hombre es casi todo»**. Así se situaba premonitoriamente frente al estado actual del problema al decir, en 1923, que **«existen laboratorios en España tan suntuosamente dotados que los envidian los sabios más grandes del extranjero»**, y que **«nuestros ministros y corporaciones docentes se han olvidado de dos cosas importantes: que no basta declararse investigador para serlo, y que los descubrimientos los hacen los hombres y no los aparatos científicos y las copiosas bibliotecas»**. Triste es reconocerlo, pero aún hoy se dan laboratorios en nuestro país en los que costosos aparatos, que fueron adquiridos sin una definición, siquiera aproximada, de su finalidad, se encuentran arrinconados, cubiertos de polvo, e inutilizados para su servicio. ¿Cuánto costaron? Mucho. ¿Por qué se adquirieron? Averígüelo Vargas, que diría un castizo, o pregúntese a quien firmó la factura correspondiente sin que nadie, ni antes ni ahora, le pidiera cuentas. Igualmente existen en nuestra Universidad magníficas bibliotecas que, adquiridas con fondos estatales, se encuentran encerradas a cal y canto en el despacho del catedrático de turno, cuando no en su domicilio particular, puede que para ornamentación y satisfacción contemplativa.

Y si la investigación la hacen, fundamentalmente, los hombres, llegamos a un punto crucial en la polémica. ¿De qué manera escoger a aquéllos que se encargarán, no sólo de investigar, sino de enseñar a otros a hacerlo, de formar docentes e investigadores, de ejercer la función de maestros, en una palabra? En realidad, y esto ya se ha dicho, cualquier sistema puede ser bueno o malo, dependiendo de cómo se aplique y de quién lo haga. El movimiento reivindicativo de los profesores no numerarios durante la última década tenía como exigencia clave la contratación laboral y el control democrático de la calidad del profesorado. Desgraciadamente, y como era de esperar, aquel espíritu no ha sido recogido por la LAU, y sólo de forma superficial y en plan de añadido postizo y algo chantajista, se contempla la posibilidad de la contratación. En cualquier caso, ¿quién va a controlar al funcionario, que, por la ahora denominada vía de la «habilitación» –versión moderna, traje nuevo y contenido idéntico, de la oposición–, va a continuar copando el cerrado escalafón docente? Puede que tal control fuera innecesario si la entrada en el Cuerpo de Catedráticos y Adjuntos se basara, estrictamente en la valoración objetiva, justificada, pública y diáfana, de los méritos y aptitudes del aspirante. Pero todos sabemos que, de acuerdo con lo previsto en la LAU no va a ser así. **«En España** –decía Cajal– **muchos parecen ocupar un puesto no para desempeñarlo, sino para cobrarlo y tener de paso el gusto de excluir a los aptos...»**, y aunque el sistema de oposiciones durante el franquismo no haya funcionado al 100 por ciento en su misión de filtro selector que eliminara «rojos», «demócratas», o simplemente «liberales» –en el buen sentido de la palabra–, aunque no haya sido capaz de impedir la llegada a la Universidad de magníficos profesores y excelentes investigadores, es bien cierto que en su conjunto, y favorecido por la corrupción general del régimen anterior, ha institucionalizado un mecanismo de simple y burdo chalaneo, imponiendo –lo cual es más grave– unos modos y maneras en la formación y promoción del profesorado joven basados en el más puro servilismo. El resultado es que lo importante para un candidato a una plaza universitaria no ha sido, no es, y no va a ser, prepararse científicamente, sino aceptar con la máxima sumisión lo que, sin pudor alguno, se ha dado en llamar «las reglas del juego». Los nefastos resultados de estos modos de selección ya fueron denunciados por Cajal –con más diplomacia que yo– en párrafos como los que siguen: **«... entre los alumnos más aprovechados figuran temperamentos de tipo gregario, dóciles y disciplinados, incapaces de iniciativa y que, habiendo aceptado el estudio por ciega obediencia a padres y maestros, acaban a menudo la carrera sumidos en el envaramiento y la fatiga...» «... fabricar órganos dóciles e intercambiables denota que el maestro se ha preocupado más de sí mismo que de su país y de la ciencia...»; «... harto más merecedores de predilección para el maestro avisado serán aquellos discípulos un tanto indómitos, desdeñosos de los primeros lugares, insensibles al estímulo de la vanidad...»**

¿Cómo articular, pues, un mecanismo de selección del profesorado justo y honrado, si los posibles «seleccionadores» se han ido escogiendo a sí mismos por un mecanismo similar al de cooptación del antiguo Consejo Nacional del Movimiento?; ¿cómo asegurarse, sin ambigüedades, que quien valore al candidato a profesor lo va a hacer utilizando criterios limpios, y no por compadreo, exaltación del arrivismo, y aseguramiento de la perdurabilidad de la cúspide y, con ello, del sistema?; ¿cómo, en fin, hay que legislar para que en la Universidad se enseñe, se forme, se discuta, se critique, se investigue y, en una palabra, se cumpla está misión para la que se supone está designada? Mucho me temo que la LAU que se nos viene deje estas preguntas sin respuestas reales, porque resulta obvio que los responsables del parto-pacto legislativo se han agrupado en torno a dos posiciones: la de los que quieren que nada cambie, y la de los que tienen miedo a intentarlo. Mientras tanto, y a la espera de mejores ocasiones, sugiero a los universitarios honestos la lectura reposada de las reglas y consejos de Cajal. A él acudo, para terminar, con un párrafo sin desperdicio: **«... España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores (Universidades, Institutos, Escuelas especiales), orientadas hacia el pasado, por otras nuevas orientadas al porvenir. No reside, pues, el daño en los que aprenden, ni en el Estado que, en la medida de lo posible sufraga los gastos, sino en los que enseñan. De unos salen los otros. Ideal del discípulo será siempre parecerse a su maestro. ¿Cómo superarse si no halla cerca de sí otro término más alto de comparación? Y pues es fuerza romper la cadena de hierro de nuestro retraso, rómpase por el anillo docente, único sobre el cual puede obrar directa y eficazmente el Estado...»** ■ **R.A.S.**

Profesor agregado interino de Fisiología (PNN) de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Laguna.

EL HUMOR EN LA TRANSICION

MANUEL VICENT



SI se ve el franquismo como un rinoceronte, puede decirse que la transición política comenzó en aquellas vísperas de Navidad, días de amor y lotería, cuando el rinoceronte fue herido simbólicamente con la muerte de Carrero Blanco e inició una huida hacia adelante con la bala dentro por toda la jungla, llena de trampas saduceas. La jungla era el espíritu de febrero de Arias Navarro, el plurimorfismo con camisa blanca de Torcuato Fernández Miranda y el incesto de Fraga con el orden en plena calle. Parece que han pasado cien años.

Entonces los humoristas comían angulas en el mejor sentido de la palabra, es decir, comían angulas de verdad, al amparo del último plan de desarrollo. Y además tenían en el palacio del Pardo una fuente de inspiración, un objetivo obvio, innombrable, intocable, que creaba alrededor una trama de guiños, elipsis y contraseñas por donde los humoristas se movían en el filo de la navaja con un pie en la gloria y el otro en el juzgado de guardia. La ambigüedad, la ambivalencia, la sugerencia es la carne misma del arte. En aquel tiempo el fascismo había adoptado ya un talante paternalista y se dejaba hacer cosquillas en el golondrino. Y por otra parte el lector era virgen y progresista. La cosa era bien fácil. Bastaba una alusión a la libertad, un chiste de confesionario o una suave puya a aquel baile de obreros del 1 de mayo, como marionetas colgadas de la dentadura de Solís para que el lector, en plena complicidad, le diera con el codo al amigo de la oficina o al compañero de clase y ambos sintieran el temblor de los fundamentos del antiguo régimen. La última fase de un dogma siempre es la risa. Los estertores del franquismo dogmático fueron acompañados por un coro de humoristas desalmados, que celebraron aquel final de fiesta comiendo angulas.

En aquellos años la revista *«Hermano Lobo»* inauguró un nuevo lenguaje.

Por primera vez la literatura de humor no tenía la intención de hacer gracia ni de mover la risa, sino que desde una atmósfera ácrata partía de un supuesto irónico y sarcástico de la realidad. La revista *Hermano Lobo* estableció un nuevo diseño en los chistes. Los cinco grandes de entonces, Chumy Chúmez, Forges, Perich, Summers y Ops, aquel quinteto de lanceros bengalíes subvirtieron el asfalto con sus dibujos. Cada uno por separado seguía siendo el mismo. Chumy trabajaba un expresionismo brutal de banqueros, cortijeros, capitalistas con hijos ácratas y tiorras de alta sociedad. Forges captaba la lengua hablada de la nueva generación, levantaba un mundillo de contribuyentes con paraguas, montaba un zoológico de funcionarios bordes. Perich latigaba sarcásticamente a los políticos residuales. Sumers hacía de niño malo destrozando juguetes, elaboraba curas con confesionario, dialogaba con paralíticos. Ops dibujaba visiones macabras como expresión de un surrealismo que estaba en la calle y en los despachos. Por separado cada humorista tenía su personalidad, pero los cinco juntos formalizaron un salto cualitativo, se convirtieron en una escuela que atrapó la realidad en sus cinco dimensiones.

De una escisión de *«Hermano Lobo»* nació en Barcelona la revista *«Por Favor»*, donde se incorporó el dibujante Máximo y algunos escritores catalanes. Fue un preparado más politizado e intelectual, menos literario, que percutía en el mismo punto de acidez mientras las instituciones del franquismo se caían a pedazos. Pero el año de gracia de 1975 la naturaleza imitó al arte y en este caso concreto lo superó. El entorno de la muerte de Franco, el ritual patético y surrealista que la rodeó, los acontecimientos políticos y sociales, con la historia ya desbridada, que se sucedieron con aquel vértigo después, dejaron a los humoristas totalmente desbordados. A partir de entonces la política en sí misma cogió su protagonismo, de modo que los dibujantes y literatos graciosos estaban de sobra. Desde ese momento los cronistas más serios fueron los verdaderos humoristas.

Llegó la democracia. El parlamento se convirtió en otra fuente de inspiración. Y comenzó a funcionar la trampa consiguiente, un nuevo cepo saduceo. Si el cronista tomaba en serio las instituciones democráticas y adoptaba frente a ellas una gravedad de pavo podía parecer que defendía a toda costa enjuagues, chanchullos, cobardías, indecisiones, consensos, impericias y otras palabrerías de la nueva gente. Si uno, por el contrario, sacaba partido de humor de aquella jaula de leones y hacía alguna gracieta con cuanto allí pasaba, caía de lleno en la presunción de que estaba en contra de la libertad, de la democracia y de otros frutos europeos que había traído el régimen parlamentario.

En aquellas circunstancias uno se preguntaba si era lícito reírse. No estaba claro el sentido que tenía el humor contra las nuevas instituciones, qué interés podía generar el sarcasmo y la ironía cuando el parlamento era una empalizada de cañas, a merced de cualquier rumor de sables, aquel nido de pichones a la sombra de una navaja barbera. Desde el momento de inaugurarse la democracia los humoristas comenzaron a jugar con la figura del caballo de Pavía. Que si viene, que si no viene. Durante cuatro años de transición política ha sido una clave de suspense dentro del humor. Los cronistas acudían al palco de la Prensa en el hemiciclo de las cortes como quien asiste a una función entre circo y corrida de toros y se sentían decepcionados cuando aquello tomaba una rutina de reglamento y no había agarradas, lances chuscos, cabreos y tarascadas en la tribuna. No se sabe si el humor es de derechas o de izquierdas. Lo que está claro es que le favorece al juego a la contra. Pero a estas alturas, cuando Pavía ya ha asomado el rabo y la democracia aún no ha salido de la primera diarrea infantil, todavía persiste la duda de la rentabilidad del humor como forma de socavar las raíces de la política. El humor nace de la sugerencia, del peligro, de la segunda intención de pisar el parque sagrado. Ciertamente cuando la democracia permite que se la ataque de un modo directo está sentenciando a muerte al humorismo. De todas formas, desde unos años a esta parte sobran los humoristas. Desde que ha venido la libertad los más graciosos han sido los políticos. ■ M. V.

YO. DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU









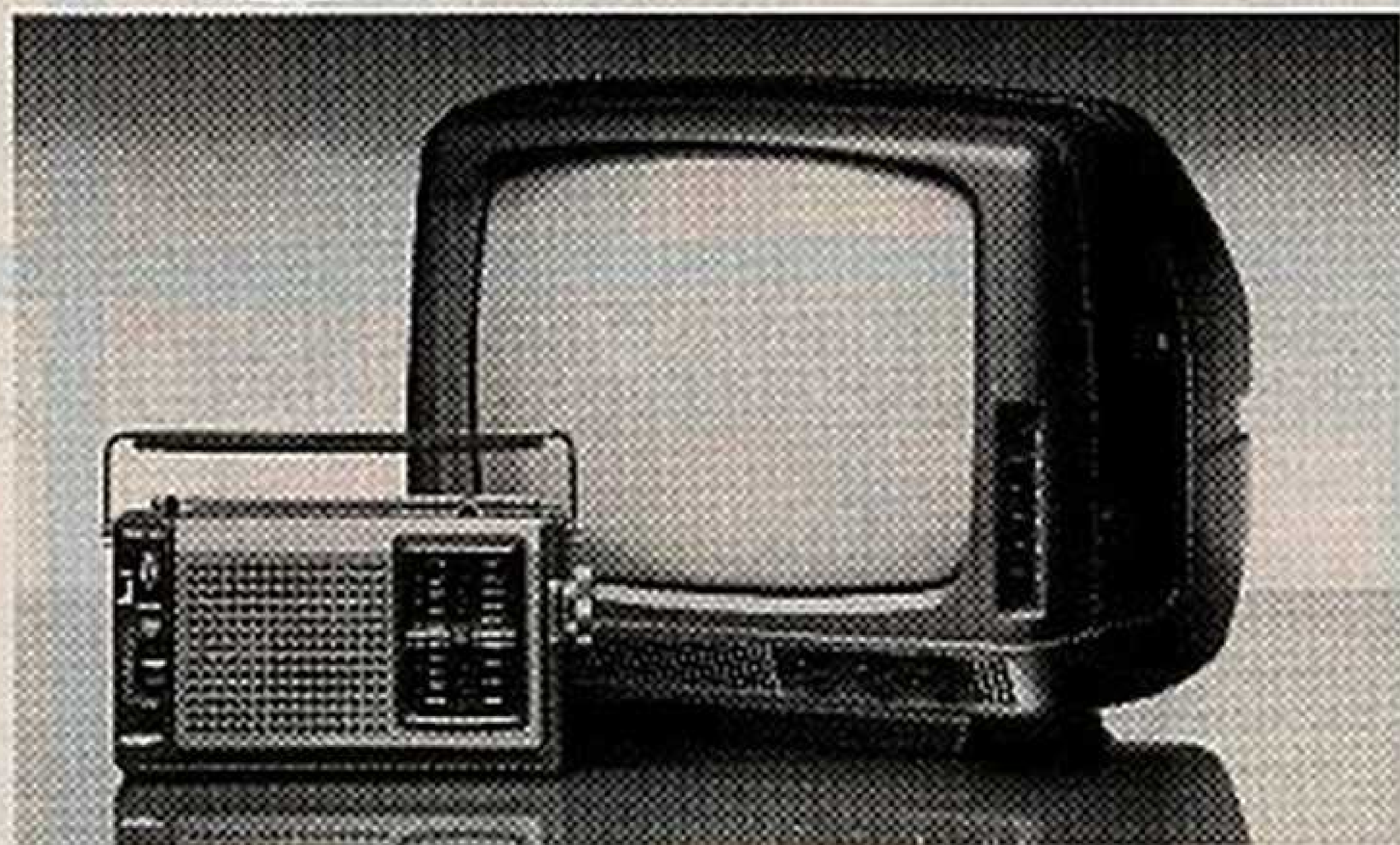








OIGA. YA VERA.



Verá cómo informa, forma y entretiene una empresa de comunicación privada.

Verá cómo trabaja la única empresa de comunicación con implantación local en todas las provincias.

Primera cadena en audiencia a nivel nacional. Y proyecció internacional: Socio de la Unión Europea de Radiodifusión.

Verá por qué nos oyen.

¿Cuándo?

Cuando Vd. tenga la misma libertad de elección en su televisor que en su aparato de radio.

Si ahora nos oye, mañana verá.



Sociedad Promotora de Televisión Privada de la Cadena SER.

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

–¿Es lo mismo «elecciones anticipadas» que anticipar las elecciones?

Podía ser una reflexión hecha en voz alta o una pregunta. Biscuter estaba acostumbrado a este tipo de formulaciones ambiguas que más parecían salir de las arrugas internas del cerebro de Carvalho que propiamente de la boca.

–Pues no pregunta usted nada, jefe. A mí me suena igual a mesas preparadas o preparar la mesa.

–No es escasa la diferencia y te convencerás de ello cuando acabe la investigación que tengo entre manos.

Biscuter entonces entendió el sentido, es decir, la finalidad de la misteriosa y arropada visita que Carvalho había recibido aquella mañana. Una dama embozada. No en el viejo estilo del embozo, pero sí con un foulard hasta la punta de la naricilla y una boina malva encasquetada hasta las orejas. Patricia Hearst, había pensado Biscuter en el primer momento. Pero no era Patricia Hearst, sino Carmen Díaz de Rivera, como pudo observar en el penúltimo segundo de su retirada hacia la cocinilla del despacho de Carvalho. No era su costumbre espiar las conversaciones profesionales del detective, salvo cuando estuviera en peligro su seguridad física y por eso se dedicó a bruñir las cacerolas sucias, a preparar un fondo para una salsa española y a ligar la salsa de anchoas que iba a acompañar a los espaguetis que Carvalho le había pedido.

–Esto no es trabajar en condiciones.

Se dijo Biscuter ante el panorama de estrechez y toda clase de poquedades que le ofrecía la cocina situada en el pasillo tránsito que unía el despacho de Carvalho con el retrete.

–Si uno trabajara en condiciones, entonces el jefe se iba a enterar de quién es Biscuter, qué alma de gran chef hay en Biscuter.

Se oyó la llamada de Carvalho. Biscuter anduvo los tres pasos que separaban la cocina del despacho. La dama inclinó la cabeza, sin prisas pero eficazmente para recuperar la protección del foulard.

–Biscuter, trae morteruelo para dos y una botella de Chablis bien frío.

Entradas y salidas que fueron interrumpiendo una conversación llena de síes y noes y viceversa. Finalmente la dama se marchó y ahora Carvalho se dedicaba a su deporte favorito, contemplar la caida de la lluvia sobre el lomo paquidérmico de Las Ramblas.

–¿Es lo mismo «elecciones anticipadas» que anticipar las elecciones? No, Biscuter, no. No es lo mismo. Me han encargado que investigue cuándo serán las elecciones anticipadas. No te sorprendas por nada de lo que pueda ocurrir en este despacho en las próximas horas.

Y Biscuter se predispuso a la no sorpresa, a pesar de que la primera la constituyó la llegada de media docena de corpachones disuasores en medio de los cuales aparecía Rosón con la cara de los fracasos, es decir, con su peor cara. Los seis guardaespaldas se distribuyeron por el despacho, dos detrás de Carvalho, uno en la puerta de comunicación con la cocina, otro mirando por la ventana hacia la calle, el quinto calentando con su aliento la nuca de Biscuter, el sexto detrás de Rosón.

–Al grano. Estoy acabando con ETA y no tengo tiempo que perder. A las cinco treinta descubriré un zulo y a las seis he de detener a un comando informativo especializado en hacer quinielas de catorce resultados.

–Si le he hecho llamar no ha sido por mi gusto. Y me sorprende que sólo por haberle dicho: *Estoy en el caso de las elecciones anticipadas,* usted se haya movilizado y trasladado a Barcelona.

–¿Qué sabe usted de las elecciones anticipadas?

La simple emisión de estas palabras puso en guardia a los guardaespaldas. Hasta se oyó el ruido de una pistola amartillada.

–Tranquilo, Cifuentes, tengamos la fiesta en paz.

Escupió más que dijo, Rosón, al tiempo que lanzaba una mirada de castigo hacia los policías que permanecían detrás de Carvalho.



–He recibido una confidencia de que serán convocadas en septiembre.

Alguien pone una pistola en la sien de Carvalho.

–No ha-brá-e-lec-cio-nes-an-ti-ci-pa-das. Repítelo.

Ante la orden de Rosón, Carvalho se echó atrás en su asiento giratorio.

–No subirá el precio de la gasolina.

–Muy gracioso. Se cree muy gracioso. Yo soy un ministro del Gobierno y me consta que no habrá elecciones anticipadas. Como no se haya hablado mientras estaba en el hospital. En cualquier caso, no se pase de listo y ojo con difundir el rumor.

Carvalho vio cómo se marchaban los hombres de Rosón y cómo el ministro forcejeaba con uno de los suyos empeñado en tirar una bomba de humo dentro del despacho.

–¡Cifuentes, métete la bomba en el culo, joder! Son como niños.

Sonrió Rosón a Carvalho. ➧

Meditabundo, el detective se planteaba el por qué tanta crispación ante un tema que habitualmente aparecía en la primera página de los periódicos, cada día. Sin duda esta vez tiene fundamento y quien le da fundamento es la persona que me ha encargado la investigación: Carmen Díaz de Rivera. Carvalho se metió la pistola en la sobaquera, se puso una chaqueta de cashmire que Charo le había traído de Londres y salió del despacho. De pronto notó cómo una serpiente brillante pasaba ante sus ojos y se clavaba vibrante en el marco de la puerta. Un cuchillo más afilado que la lengua de Alfonso Guerra, pensó Carvalho mientras lo desclavaba y se lanzaba escaleras abajo en busca de una sombra fugitiva. Era una sombra gorda. Un hombre gordo, pues, que salió a las Ramblas con la suficiente distancia de Carvalho como para perderse entre la multitud. La solución está en Madrid. Pensado y hecho. Sesteaba el puente aéreo y Carvalho no sólo encontró plaza, sino que viajó en compañía de seis catalanes emigrantes por un día y de un madrileño repatriado.

–¿Pepe Carvalho?

–El mismo. Y usted ¿quién es? Mickey Rooney.

–Muy gracioso. Se cree usted muy alto. Vamos. Un racista. Soy agente secreto de la Unión Soviética. Mucho cuidado con lo de las elecciones anticipadas.

Y un puñetazo en el estómago del que Carvalho se recuperó en el lavabo del aeropuerto. Cuando estaba inclinado vomitando los espaghettis con salsa de anchoa que le había ofrecido Biscuter, alguien le dio con el canto de la mano en el cogote.

–No te vuelvas. Ojo con lo que dices sobre las elecciones anticipadas.

–¿La CIa?

Dijo Carvalho apurando la última arcada y sin volverse.

–Tú lo has dicho. Nada de nada. El que avisa no es traidor.

El golpe parecía obra de un fantasma. Nadie en el zaguán de espera madrileño del puente aéreo. Un taxi. A la Moncloa. Nada más salir de la autopista de Barajas, a la altura de Torres Blancas, el primer cartel electoral y luego, uno tras otro. UCD. PSOE. PCE euro, PCE afgano, PCE mongol, PCE africano, PCE con rostro humano, PCE varicoso, AP.

–Oiga. Esos carteles. ¿Es que hay elecciones?

–Yo no entiendo de política.

–Pero usted ve esos carteles, como los estoy viendo yo.

Angustia y pánico en el rostro del taxista.

–Yo... yo...

Nada más pudo decir. Una aguda flecha con la punta pringada de curare se clavó en la yugular del taxista. Carvalho tuvo que apartar el cuerpo e impedir que el taxi chocara con un camión de la basura. En su lugar topó con un camión cisterna de Propano, S.A. Tuvo tiempo Carvalho de saltar del coche, antes de que la explosión se llevara cuatro manzanas de la calle Serrano. Carvalho corrió para poner tierra por medio entre el lugar de la explosión y sus intenciones. Pero notaba esforzados perseguidores a sus talones. Se zambulló en una cola y se puso en cuclillas para pasar inadvertido.

La cola desaparecía más allá de una puerta protegida por dos números de la Policía Armada.

–¿Es aquí donde dan billetes de 5.000 con la cara del Rey?

–No.

Le contestó escuetamente el que le precedía en la cola.

–¿Y eso que usted lleva en la mano, no es una papeleta de voto?

–Usted se equivoca, caballero. Es un certificado de orfandad. Un servidor es huérfano.

–¿Y usted?

Le preguntó Carvalho al de más adelante.

–También. Mi padre murió de una cirrosis en el año de la sequía. ¿De qué sequía? Me preguntará usted. Y yo le contestaré. De la sequía. ¿De qué sequía va a ser?

Todos respondieron con evasivas. Por fin Carvalho se fue hacia un número de la Policía.

–Esto es una oficina electoral.

–Yo soy apolítico. Las Fuerzas de Orden Público somos apolíticas. ¿Ha leído usted el ensayo de Alain Touraine sobre la conducta de las Fuerzas Armadas?

–No, señor guardia, no.

–Allí usted aprendería que las Fuerzas Armadas son un trasunto de la sociedad civil. La sociedad civil es apolítica. Yo soy un guardia armado. Luego yo soy apolítico.

La insistencia de Carvalho provocó un brusco ajuste de la ametralladora a las manos del policía. El detective le saludó respetuosamente y se fue por donde había venido. Corrió hacia una cabina telefónica.

–¿Santiago Carrillo? Quiere hablar con él un viejo conocido. Pepe Carvalho.

–Imposible. Usted aquí tiene ficha de afgano. Carrillo no habla con afganos.

–Yo fui quien investigó su asesinato en el Comité Central y posteriormente conseguí que al tercer día resucitara.

–El camarada Carrillo está encargando un ramo de flores amarillas para el secretario del PSUC.

–¿Por qué amarillas?

–El amarillo es el color de la victoria.

–Dígale que hay una conspiración en marcha. Se han convocado las elecciones anticipadas. Todo el mundo está votando.

–Usted está loco.

–Todo Madrid está lleno de vallas publicitarias convocando a las elecciones.

–Vaya a dormir la mona, provocador.

Carvalho ya dudaba de su razón. Por fin se le ocurrió que sólo Carmen Díaz de Rivera podía sacarle de tanta confusión. Buscó las señas de seguridad que le había dado y se subió a un taxi al tiempo que daba una dirección situada a prudencial distancia del domicilio concertado. Nunca lo hubiera hecho. El breve recorrido entre el apeón del taxi y la casa de la cita fue un viacrucis de acechanzas y atentados. Lanzas caídas de los tejados. Ráfagas de ametralladoras disparadas desde las bocas de las cloacas. Por fin llega ante la puerta de la casa. Pulsa el timbre y una rectangular trampa se abre a sus pies y empieza a caer, caer, caer... Ahora es cuando se te comen los cocodrilos, piensa Carvalho. Pero cae sobre una cama elástica que le hace rebotar varias veces y quedar aturdido y aplastado por el chorro de luz casi sólida que emana de un proyector.

–Mi quelido Calvalo, volvemos a encontlalnos en cilcunstancias poco favolables pala usted.

–¡Fu - Manchú! Pensé que había muerto durante la revolución cultural.

–La banda de los cuatlo me salvó la vida a cambio del secleto de la tlampa y los cocodlilos.

–¿Y Carmen Díaz de Rivera?; ¿qué han hecho con ella?

Era una estupidez preguntarlo, porque Carmen Díaz de Rivera estaba evidentemente atada y amordazada, hasta el punto de que queriendo decir: *Cuidado Carvalho no les diga nada,*



sólo pudo emitir un confuso Hummm, hummm, hummm que Carvalho no consiguió descifrar. Fu Manchú dio unas palmadas, un dakoi golpeó un gong y apareció Javier Ruipérez vestido de mandarín. Fu Manchú no pudo evitar un mohín de fastidio.

–Otla vez me mandan a un tío con el apellido lleno de eles. Javiel Luipélez. Qué falta de considelación.

–Soy un experto en lucha subversiva. ¿Se me requiere?; ¿para qué?

–Ha llegado el peliglosо Pepe Calvalho. Conviene ponel fin a sus peliglosas actividades.

–Lo internaremos en un frenopático hasta que pase todo.

Desaparecieron Fu-Manchú, Ruipérez y los dakois. Carvalho recorrió la habitación cilíndrica en busca de una salida. No la supo encontrar. Los hummm, hummm, hummm de la Rivera continuaban desesperados. Carvalho la desató y la desamordazó.

–Estaba medio asfixiada. ¿Cómo se le ocurrió meterse en la boca del lobo?

–Se están celebrando las elecciones anticipadas.

–¡Maldición! Me lo temía.

–Hay que avisar al Gobierno. Pero ¿y si es el Gobierno quien las ha anticipado?

–No diga majaderías.

–¿El Rey, acaso?

–No mencione el nombre del Rey en vano. ¡Desestabilizador!

–De momento hay que salir de aquí.

Hundió Carmen Díaz un manojo de dedos en su cabellera dorada y extrajo una horquilla. La abrió hasta formar un ángulo recto y empezó a arañar la pared metálica hasta encontrar una hendidura. Clavó las dos puntas de la horquilla en la hendidura y la puerta metálica se abrió. Una larga cloaca apareció ante su vista.

–¡Qué asco!

–Súbase a esa motora. Es cuestión de vida o muerte.

Carvalho saltó dentro de una motora y le siguió Díaz de Rivera. La luz de los cabellos de la muchacha era toda la iluminación requerida para que la motora fuera borda se guiara sobre los canales pútridos llenos de rumores ratiles.

–¡Nos persiguen!

En efecto. A sus espaldas avanzaba un submarino de bolsillo. Dos globos de cristal en el proa servían para agigantar los rostros céreos de Fu-Manchú y Rosón.

–¡Hay que llegar a la Moncloa! Allí estaremos a salvo.

Pero un nuevo contratiempo les aguardaba. Hacia ellos avanzaba el Cuerpo de Cocodrilos Municipales dirigidos por un caimán de Tanzania regalado a Tierno Galván con motivo de un jumellage.

–¿De qué es el bolso que lleva?

–De piel de cocodrilo.

–Láncelo, para que se entretengan.

Carmen Díaz echó el bolso a los cocodrilos, quienes muy sorprendidos empezaron a olisquearlo y alguno de ellos incluso a llorar, identificando por el olor a algún perdido pariente. La vacilación sentimental sirvió para que la lancha pasara por una brecha abierta entre los saurios. Cincuenta metros más allá estaba el muelle de la Moncloa. Hombre y mujer se lanzaron escaleras arriba. Les salió al encuentro Julio Iglesias, que se quedó confuso ante la aparición.

No digan que me han visto. A todos los efectos sigo en Miami.

Se puso un traje de hombre rana y se zambulló en las aguas de la cloaca. Nada pudo contenerlos. Se abrieron un túnel en el aire pesado del palacio hasta llegar al salón donde Calvo Sotelo interpretaba El Concierto en Varsovia al piano, mientras su esposa zurcía calcetines.

–¡Leopoldo! ¡ha convocado elecciones anticipadas!

–Carmen, tranquilízate. Imposible.

–No es imposible, señol Calvo Sotelo. No es imposible. Nada imposible pala Fu-Manchú.

–Leopoldo. Las elecciones anticipadas ya se han celebrado y las has ganado.

Anunció Rosón, que había aparecido detrás de Fu-Manchú.

–Y yo sin enterarme. Sin hacer campaña. Sin comerme una mantecada en Astorga, sin besar niños en Játiva, sin beber vino de bota en Calatayud, sin comer costillas asadas en Sant Pol de Mar en casa de Gutiérrez Díaz.

–De eso se tlataba, don Leopoldo –concluyó Fu-Manchú sin miramientos–. De que usted no consiguiela hacel lo imposible pala peldelas.

Una hora después, Carvalho y Carmen Díaz de Rivera se reunían con Pedro Atares en una reconfortante comida.

–Nos han vuelto a ganar.

–A veces es más cómodo dejarse vencer, Carmen.

–¿Y a mí quién me paga mis honorarios?

Fue todo lo que se le ocurrió decir a Carvalho. ■ M.V.M.

EL DESEO DE LOS "PROGRES" Y LA REALIDAD DE LA "PROGRESIA"

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CUANDO el general Franco decidió pasar a mejor vida, e incluso en las mismas vísperas de que adoptara tal decisión, emergía en nuestro país –junto con la natural eclosión de los partidos políticos y centrales sindicales– un amplio movimiento social gestado a lo largo de los últimos años del «ancien regime» y que no era un organismo político ni un colectivo sindical: la «progresía». Desde el sincorbatismo en la vestimenta a la barba en el rostro, pasando por un lenguaje innovador y unas costumbres renovadoras, los «progres» constituían el principal grupo de opinión en el conjunto de lo que se denominaba y se sigue denominando, no se sabe muy bien por qué en España, como fuerzas democráticas; tanta era su vitalidad y empuje que el escenario político aparecía girando en torno a la dialéctica «progre-carca» en lugar de la dicotomía derecha-izquierda. Lo «progre», un concepto un tanto ambiguo y confuso como luego veremos, ejercía su hegemonía en la política, Prensa, mundo intelectual sin que ninguna otra corriente de opinión, de derecha o de izquierda, estuviese en condiciones, claro está que por razones opuestas, de presentarle batalla con un mínimo de posibilidades.

Cinco años más tarde, todo este universo de la «progresía» empieza a adquirir corbatas de Celine y a desempolvar la Guillette de turno al ver cómo van cayendo las barbas del vecino: de la exaltación de la democracia comienzan a pasar al cinismo más o menos intelectualizado, y la renovación costumbrista ni siquiera pasa por el uso de la ley de divorcio de uno de sus ídolos de antaño: Francisco Fernández Ordóñez. El optimismo y seguridad de ayer es hoy un crujir de dientes, un sinfín de llantos y un coro de lamentaciones: la zozobra se ha apoderado de la «progresía» y los «progres» hablan con un permanente acento jeremíaco sobre el futuro del sistema y del país. Visión jeremíaca que coincide con el hundimiento de las parcelas de poder o de las perspectivas ilusorias con las que se movían; nos hundimos, parecen decir, luego se hunde todo. La pérdida de estas posiciones en todos los terrenos mencionados anteriormente provoca en su seno un nerviosismo demagógico que se derrama sobre todo el escenario político y social.

La aventura no ha durado más de un quinquenio: la realidad, a la que descalifican como carca, se los ha comido por entero, y de la «progresía» no queda ya ni siquiera el esqueleto; todo lo más unos cuantos aprovechados que se arrojan sobre los desperdicios para ver cómo pueden negociar aún con ellos. La derrota de todo este vasto movimiento social, basado a la vez en el chalaneo político, conchabeo ideológico y tráfico de favores, que naciera en los últimos años del franquismo –en el que unos buscaban lavar su pasado azul y otros vendían protección demócrata– es uno de los principales datos políticos, ideológicos y culturales que proporcionan los cinco primeros años del último experimento democrático. A pesar de que todavía la minoría inasequible al desaliento «progre» especula con una visión idílica de las próximas elecciones legislativas, nadie en su sano juicio intelectual puede tener dudas de la agonía de esta poderosa corriente de opinión.

Señas de identidad diluidas

Al margen de los aciertos y errores de esta tendencia social, su descomposición es normal y natural desde que empezaran a diluirse las señas de identidad que presidieron su nacimiento: la desaparición de la dictadura les priva de su principal y única referencia ideológica, la crisis económicosocial difumina el pasado optimismo de las clases medias generado en un momento de expansión y crecimiento, y la progresión geométrica del paro anula el horizonte laboral despejado e ilimitado del que gozaban los profesionales. En efecto, los «progres» nacen al final de un régimen autoritario, agotado biológica y políticamente, desde un sector social determinado, el de las capas medias, y desde el ámbito de los profesionales liberales; regla sociológica que no es puesta en cuestión por las excepciones de la burguesía alta, asimismo, jóvenes profesionales con mala conciencia por haber nacido donde nacieron, y de las clases populares, igualmente sectores juveniles ansiosos de rellenar un vacío ideológico.

De todo este entramado social específico y coyuntural sale un enfoque Far West de la realidad global de nuestro país: los «malos» franquistas y los «buenos» demócratas, o, lo que es lo mismo, la maldad «carca» y la bondad «progre»; en ese contexto la dictadura no es el resultado de una lucha social, sino algo extraño a la naturaleza del proceso histórico. De ahí que, en una primera fase, esperaran que la dictadura sería envuelta por un amplio movimiento popular, dado que carecía de base social; aunque, posteriormente, en honor a la verdad histórica hay que reconocer que supieron dividir a los malos en diversas graduaciones: malos buenos, malos menos malos, malos recuperables, malos irrecuperables y malos al cubo. Pero en esta rectificación, que es la que permite el triunfo de la salida de la reforma, no entra una división análoga de los autodenominados buenos; sólo se amplía el número de buenos y continúa eludiéndose que no todos los buenos tenían los mismos intereses y que representaban planos sociales contrapuestos y, a veces, antagónicos.

De este modo, el movimiento de la «progresía» se configura desde sus inicios como un amplio movimiento nacional que va de una parte de Unión de Centro Democrático al anarquismo intelectual pasando por las múltiples variantes socialistas y los mil y un rostros del comunismo; claro está que no todos los centristas, socialistas y comunistas son partícipes de este concepto –a pesar de que en unos u otros períodos estos



miento rápidamente es rellenada, sobre todo desde las parcelas de poder en el Gobierno o en la oposición, por una concepción autoprogresista: el progreso bien entendido comienza por uno mismo y las luchas por ocupar todos los cargos políticos, desde los más altos a los más bajos, desde los institucionales a los partidarios, centran la atención de las últimas etapas de este movimiento social. Presidencias del Gobierno, secretarías generales de partido, escaños de diputados, presidencias de Diputación, concejalías y alcaldías, son objeto de un duro combate en el que son utilizados todos los medios y armas posibles: desde las mociones de censura a las conspiraciones y desde las calumnias a la corrupción, etc. Al final, mucho antes de que Antonio Tejero entrara en el Congreso de los Diputados, la ausencia ideológica de la «progresía» había sido rellenada con la ideología del poder.

Un balance sin progreso

El balance no puede ser menos progresista y democrático; el reinado de estos «progres» es uno de los factores que han impedido que los partidos políticos se hayan consolidado: líderes de derecha jugando a izquierdas y dirigentes de izquierda representando papeles de derecha, Unión de Centro Democrático convertida en un gallinero, el Partido Socialista Obrero Español en una empresa de aspirante a futuros cargos públicos y el Partido Comunista en un fantasma de castillo inglés para turistas de los Mundiales de Fútbol. La falta de rigor, la ausencia de análisis, que presiden lo que hoy sucede no es de ahora; los espejismos de ayer entroncan en línea directa con el caos político en el que se encuentra el sistema democrático. En ese sentido, el progre ha obstaculizado tanto que la derecha sea derecha como que la izquierda sea izquierda; en definitiva, ha impedido la consolidación de la democracia. Y es que la sociedad española, como cualquier otra europea, está compuesta de clases sociales que necesitan de una representación política adecuada; de lo contrario, nadie podrá apostar nada por el régimen de libertades públicas. Ultima precisión que nos lleva a la conclusión de que mientras no se encierre bajo siete llaves el concepto «progre», restableciendo en la teoría y en la práctica la tradicional terminología de derecha y de izquierda, la democracia no estará consolidada. ■

partidos sufren la influencia de este movimiento— pero sí que casi todos los «progres» figuran en una de estas tres siglas. Es decir, a partir de una realidad objetiva, la necesaria unidad de todo el abanico de grupos democráticos, se extrapola una interpretación de la democracia que tiende a borrar todas las diferenciaciones políticas e ideológicas de la sociedad española en función de una artificial tesis «carca» y una antítesis «progre».

La ideología de la no ideología

En consecuencia con este planteamiento ideológico, que consiste en carecer de proyecto ideológico o de elevar una simple táctica política antifranquista a una categoría ideológica y en la simultánea ausencia de un programa al hacer igualmente de la táctica la estrategia, los elementos más «progres» de cada uno de estos tres partidos son los más acérrimos partidarios de no clarificar ideológicamente el partido gubernamental y de desclarificar ideológicamente a los dos partidos de la izquierda; al margen de lo acertado y correcto de las pugnas sobre las etiquetas que han existido y existen en estos colectivos, tema que no es objeto de este comentario, lo cierto es que entre quienes defienden la superación de viejas definiciones ideológicas se encuentran los exponentes más caracterizados de la «progresía» en cada uno de los tres partidos.

A pesar de que la ideología «progre» empieza y acaba en la indefinición del concepto mismo, o precisamente por ello, este movimiento social ejerce en este quinquenio una influencia considerable tanto en una parte considerable de la derecha como de la izquierda; durante cinco años las fronteras de cada una de estas organizaciones se difumina de tal modo que la realidad oficial está dominada por el eje carca-progre y la realidad real por la pugna inalterable y permanente de las clases sociales. El divorcio consecuente entre la sociedad y las formas e instituciones políticas es tal que los partidarios de la dictadura levantan cabeza e interrumpen en una tarde de invierno los sueños de una noche de verano de la «progresía»: el montaje «progre» termina con la imagen nada tranquilizadora y progresista de un tricornio, pistola en mano, secuestrando a los padres de la Patria.

Esperpento político que es posible a través de la instrumentalización de las pugnas internas del progresismo; la vaciedad ideológica de este movi-

EL almirante Hymar Rickover, de 82 años de edad, considerado el padre de la marina nuclear norteamericana, ha dejado su cargo luego de haber botado 121 submarinos, desde los primeros Polaris hasta el sofisticado submarino nuclear Ohio. El almirante se retiró, luego de pronunciar su último discurso ante el Congreso norteamericano, en el que criticó duramente los programas de armamento, especialmente los nucleares, así como a las multinacionales que dominan el mercado de armas mundial, al que acusó de presionar al Ejecutivo y a los gobiernos de los principales países para obtener mayores beneficios, con graves riesgos de la paz.

De este modo, uno de los responsables (quizá el máximo) de la defensa de los Estados Unidos, entonó su *mea culpa* y se desvinculó de la carrera armamentista. No es la primera vez que el inventor se arrepiente de su invento. Ya constituye casi una tradición que los padres de los inventos más poderosos e influyentes de este siglo, como la bomba atómica o la televisión, procuren desvincularse de aquello que ellos mismos crearon o contribuyeron a inventar, aterrados por el uso que la sociedad ha hecho de esos productos. El invento es libre, parecen decirnos, pero es esclavo el uso que hacemos de él.

El extraordinario escritor mexicano Juan José Arreola lo sintetizaba de este modo: los hombres corrompen, por uso indebido, aquéllas cosas que en principio debían responder a sus necesidades (se refería, concretamente, al uso exagerado y superfluo del teléfono, que ha terminado por incomunicarnos).

El inventor de la bomba atómica renegó de su creación y sintió horror del uso que los hombres podía darle; hace poco, los cables de agencias nos trasmitían la noticia de que el anciano inventor de la televisión vivía casi aislado en un humilde pueblecito, y se negaba a tener televisión: él había concebido el aparato para enriquecer la vida social y cultural de la gente, no para embrutecerla o aislarla. Einstein dedicó los diez últimos años de su vida no a perfeccionar sus teorías o a ampliar sus descubrimientos en el campo de la energía nuclear, sino a luchar ahincadamente día a día, por la supresión de los ejércitos y del armamento, como únicas medidas eficaces para garantizar la paz.

Parece claro que los inventos escapan de los planes y proyectos de sus inventores, y se disparan hacia otros fines y aplicaciones que aquellos ya no pueden controlar. Los inventores están anonadados ante las consecuencias de unos inventos, puros en sus orígenes, pero terriblemente contaminados en la práctica por los intereses en juego, que los convierten muchas veces en lo opuesto de aquello para lo que fueron concebidos.

Así la energía atómica, que podría ser la fuente maravillosa de aprovisionamiento del futuro, es la sombra pavorosa del holocausto (lo mismo da si total o parcial) de la humanidad; la televisión, medio idóneo para educar y entretener, para librar del aislamiento y la comunicación a millones de seres, se ha convertido en el principal agente de alienación de nuestros días.

Cuando un inventor se arrepiente de su invento, es el uso que hacemos de él lo que pone en tela de juicio, ya que ni el teléfono, ni la televisión, ni la energía nuclear son en sí mismos buenos o malos; en todo caso, llevan en sí

LOS INVENTORES ARREPENTIDOS

CRISTINA PERI ROSSI

la posibilidad del buen o mal uso y nos hacemos responsables de esa elección. Que la mayor parte de los inventores renieguen de aquello que inventaron es un juicio definitivo acerca de que hemos elegido el peor.

No es posible –en el terreno de las hipótesis probables, no de las utopías más o menos reaccionarias, a fuerza de regresivas– imaginar un mundo sin los objetos que ellos inventaron. Pero la sociedad que los premió con prestigio, elogios, fama y dinero cuando sus investigadores o intuiciones geniales dieron fruto, es enormemente hipócrita: aplaude al inventor, aplaude el invento y de inmediato se inicia la carrera de los intereses y de la rentabilidad, alejada de cualquier norma que no sea el beneficio. De ahí el desencanto –el arrepentimiento– de quienes concibieron el producto. (El invento no se transforma en *producto* hasta que las grandes multinacionales no lo convierten en eso, fomentando necesidades artificiales o adaptándonos a ellas).

Hay otras formas menos públicas del arrepentimiento; menos públicas que Einstein disertando tenazmente acerca de la necesidad de eliminar el servicio militar, ante un público de jóvenes universitarios, o confesando, atribuladamente, que escribió una carta a Roosevelt recordándole los peligros del empleo de la bomba atómica; menos dramáticas, quizá, que el anciano inventor de la televisión, viviendo olvidado en un pueblecito y rechazando el «monstruoso aparato» que él creó.

Hace un par de años, conocí en Deyá a un físico norteamericano huido de la base Kennedy. Vivía en una vieja masía, sin electricidad. Su pavor ante los aparatos mecánicos y cualquier fuente de energía era tal que escapaba de las casas vecinas cuando alguien encendía la luz o usaba una afeitadora eléctrica. Había participado en las pruebas de varios reactores atómicos, en el desierto de Oklahoma, y sus nervios no resistieron la posibilidad de un holocausto. *Neurosis de guerra*, fue el cómodo y desvinculante diagnóstico que los psiquiatras hicieron de él. Algunos creían que se curaba, bajo los límpidos cielos de Deyá, entre los parterres de flores y el rumor de los cencerros, al atardecer. *No se curaba:* a la luz del día, por la mañana, y a la luz de una vela, por la noche, escribía un libro: un terrible alegato contra las armas atómicas y los experimentos nucleares. Le fue difícil conseguir editor, en EE.UU.: el Pentágono se había encargado de hacer llegar a todas partes el diagnóstico: *neurosis de guerra*.

Es posible que ahora se diga que Hyman Rickover sufre de arterioesclerosis de la misma manera que se han ocultado los últimos escritos de Einstein. Los inventores, seguramente, han aprendido una amarga lección. ■

Shakespeare mudo, celuloide rancio

CHAPLIN GROUCHO KEATON

FRANCISCO UMBRAL

Yo nací, respetadme, con el cine.
(Rafael Alberti)

El cine es el cine mudo. Los primitivos del cine –como pasa en la literatura–, no son nada primitivos, sino que lo saben todo, lo dicen todo, inventan y consuman un arte para siempre. Lo que viene después es repetición y crimen, telefilme y alcoba, sensurround y Dallas. Así, el primer cine, hablado o mudo, arroja tres arquetipos, tres criaturas fundamentales, tres metáforas generales del hombre, que están en los griegos y están en Shakespeare: Chaplin o la sentimentalidad, Groucho o la verbosidad, Buster Keaton o la tenacidad, el hermetismo y la modernidad.

Chaplin

... Y una historia triste sucedió.
(Candilejas)

Charles Chaplin viene del teatro itinerante, que es de donde tiene que venir el teatro y el cine. En el cine, sin voz, exagera sus cualidades mímicas, su gestualidad, y la exageración del gesto le lleva, inevitablemente, a exagerar el sentimiento. Del mismo modo, en literatura, un estilo en catarata (el propio Shakespeare) puede llevarnos a decir más de lo que queríamos decir.

Chaplin ha sido un niño pobre del Londres dickensiano. Será, naturalmente, el adulto de la autocompasión que denuncia la maldad de los ricos gordos –quizá los delgados no sean tan malos–, y finalmente, como nadie hace caso de esta denuncia, se va a tocar el violín de fieltro, su sombrero, con el arco del junquillo. Pero las memorias de Ch/Ch, publicadas en los primeros 60, nos descubren un materialista que, más que unas memorias, ha hecho un Libro Mayor de contabilidad, con el Debe y el Haber de todas sus películas.

¿Sentimentalidad avarienta del judío? Chaplin es marxista. Cuando el cine, que no le ha dado el voto, le da la voz, Chaplin cambia, hace *Monsieur Verdoux* y otras cosas llenas de crueldad, verdad, vengatividad e ironía. El sentimentalismo se había quedado en el gesto (salvo ese *mudo* excesivamente hablado que es *Candilejas*).

Lo cual que *Candilejas*, a Azorín (mediados los 50), le gustó mucho, según los artículos que hizo en *ABC*. Pero es que Azorín era un sentimental reprimido. Sea como fuere, Wall Street devora Hollywood, arrienda la sonrisa de Keaton, la gestualidad de Chaplin, la verbosidad de Groucho Marx. Wall Street ha descubierto en Hollywood la posible factoría de sueños que denunciara el ruso, y, ya que no piensa dar trigo al mundo, le predicará felicidad, democracia, igualdad y sentimentalidad. Se acabó el cine silvano, silvestre, cooperativo, comunitario, («comunista», se decía entonces ingenuamente, antes de que la palabra tuviera una lectura política en Occidente). El cine mudo deja de producir tipos universales por peculiares, peculiares por universales.

Wall Street llena Hollywood de money, money, money y palabras, palabras, palabras. En lugar de grandes tipos shakesperianos de lo vulgar, empieza a producir estrellas, acuñaciones americanas que están entre el dólar y el puritanismo sexual, represivo/provocativo, de todo el cine yanqui posterior. (El puritanismo artístico yanqui se da igual en la novela, pero traspuesto a puritanismo técnico, trabajo elaborado y frío, montaje y distanciamiento: Henry James, Faulkner, Carson McCullers, etc., hasta que





Henry Miller, Kerouac, Mailer y, hoy, Borroughs, rompen con eso y devuelven el inglés a su origen barroco y pecaminoso: Shakespeare).

Todo el celuloide rancio, sí, es un Shakespeare mudo, por su lozanía, su pluralidad de culturas e influencias, su capacidad de crear tipos locales que son universales y su gestualidad, que suple visualmente la metaforización shakesperiana. Chaplin, que abusó de la sentimentalidad, en una especie de demagogia de lo cursi, lo hizo en buena medida arrastrado por la capacidad de gesto y la imposibilidad de verbo. Ya he anotado que, con la palabra, Chaplin es otro.

Les pasa a los pueblos.

Groucho

Marilyn: *Caballero, hay un hombre que me sigue.*
Groucho: *¿Uno sólo?*

La verbalidad de Groucho Marx (sus hermanos no son sino el discurso lacaniano del *Otro*, o sea él mismo), parece muy distante del *mudo*, distante en el concepto más que en el tiempo. Pero viene a ser lo mismo. Puesto que Wall Street ha concedido a Hollywood la palabra, como Dios, a Adán, el don de nombrar, Groucho Marx decide rechazar, anular esa palabra convencional de los financistas y los guionistas, lo que hoy llamaríamos el discurso del Poder, y lo hace mediante el procedimiento, muy financiero, para mayor ironía, de la inflación.

Inflaciona su lenguaje hasta el fárrago, lo mazorral y la incomprensión. Su verbalidad es el cine mudo por otros caminos. Habla tanto que no se le entiende nada, o sólo una pequeña parte de lo que dice, alguna frase suelta, siempre contradictoria del discurso convencional, por añadidura.

La verbosidad de Groucho equivale a la gestualidad de Chaplin: un exceso de mensajes que ya no transmiten nada. Una inflación del mensaje por el medio. Si el *mudo* permite a los *primitivos* autocrearse puros, exentos, ilesos, diferentes, erráticos e inventivos (la sociedad no puede imponerles su idioma, y con él sus mentiras), el invento genial de Groucho, su respuesta a la convencionalidad programada de los guionistas con sueldo base, es llevar la palabra al otro extremo, a la maraña del verbalismo que equivale a otra forma de silencio o que cae también en el silencio.

Se ha valorado mucho la verbalidad de Groucho, que soy el primero en plagiar, pero me gustaría asistir a la experiencia, si es que se ha hecho, de ver su cine sin banda sonora, para que el mimo audaz, el hombre de gestualidad moderna (que es la gestualidad surrealista de Dalí frente a la tradicional de Ingres, por ejemplo) se nos revelase como otro primitivo, libre de la manigua de su prosa.

Nadie ha metido tantas palabras en el cine como Groucho Marx, y esto, que parece una audacia, es más bien una modestia: un restituir el lenguaje al silencio. Ya que nos obligan a hablar, hablemos mucho.

Groucho Marx, así, consuma una doble rebelión. Quizá no una revolución, como se ha dicho, pero sí dos rebeliones: se rebela, en principio, contra la imposición de la palabra por Wall Street (es sabido el rechazo que produjo la llegada del sonoro en los críticos y en el público). Mas, dentro de esa rebelión contra «el señorito», Groucho ejerce la rebelión concéntrica y profunda contra el lenguaje, contra los dialectos convencionales de los negocios, la política, la sociedad, el amor y el cine mismo. Esta es su gran subversión, trasladada años más tarde al teatro por Ionesco. La anulación del discurso burgués por inflación o extrapolación. El público celebra más, en Groucho/Ionesco, la extrapolación, que suele dar el chiste, pero a mí me parece más importante la inflación, que convierte todo el idioma convencional, *natural*, naturalista, realista, en silencio.

(De ahí la inanidad de la literatura narrada y dialogada «naturalmente», de Galdós a hoy, del teatro a la novela: no consigue sino crear un silencio letal; todo lo contrario del *silencio* deliberado y «de mala fe» de Groucho, Ionesco y los surrealistas).

Chaplin, confinado en el gesto, lo inflaciona y, como hemos dicho, hace la demagogia de la sentimentalidad. El sonoro sería el ácido que revelase al verdadero Chaplin. Groucho, confinado en la palabra, a la que ya no era posible renunciar, la inflaciona mediante la verbosidad y la incoherencia. Y añade a la verbosidad una gestualidad exasperada (más cubista que surrealista, diría yo), que es otra agresión a la académica sobriedad del *sonoro*. Si mediante la palabra destruye la banda sonora, mediante la gestualidad corporal reintegra el *mudo* dentro del *hablado*. Subversiona siempre.

Si la verbosidad de Groucho viene del surrealismo festivo, digamos, su gestualidad –eso sí que era expresión corporal– me parece que viene del cubismo, como he anotado. Groucho Marx, así, resulta, por añadidura, una antología viva de las vanguardias de entreguerras.

Keaton

No hay soluciones porque no hay problemas.
(Marcel Duchamp)

Buster Keaton, que éste sí que viene del circo, que es de donde hay que venir para hacer cine o teatro, representa, entre la sentimentalidad de Chaplin/Romeo y la vanguardia de Groucho, también muy shakesperiana con sus *palabras, palabras, palabras*, algo así como lo que representan Paul Klee, Piet Mondrian o Braque en la pintura de aquellos mismos años: el cubismo, el arte como cosa *mentale*, y, social o políticamente, la izquierda *ortodoxa*, el hermetismo, la sobriedad, la clandestinidad, la tenacidad. En la triple respuesta al desafío de la palabra, desafío formulado por Hollywood/Wall Street, hemos visto que Chaplin *contesta* trocando sentimentalidad en corrosividad; Groucho, inflacionando el lenguaje para devolverlo al silencio (a más de reintroducir el *mudo* en el *sonoro*). Y Keaton asume, quizá, la contestación más original: se le puede obligar a hablar, pero no a sonreír. Mas eso pertenece ya a su época posterior, cuando el capitalismo cinematográfico le destruye artística y personalmente (alcoholismo). En sus contratos figura la prohibición de sonreír, incluso en público, con lo que su gravedad no es ya

CHAPLIN-GROUCHO-KEATON

una protesta, sino una cláusula. Aranguren ha hablado recientemente de la admirable capacidad del capitalismo para hacer la digestión de todo, incluso de lo que se le opone.

Sobre todo, de lo que se le opone.

Anteriormente, cuando aquellos creadores mudos y mímicos inventaban libres bajo la luz fija y grande de California, que ellos tornan intermitente como un morse de sol, Buster Keaton decide que, si el cine es un teatro mudo, va a ser también un teatro sin máscara o con máscara de escayola. Sólo sus ojos de muerto inteligente lo expresan todo, lo entienden todo. Keaton viene del circo, como tanto hemos dicho, y en el circo ha sido payaso contorsionista, me parece. Los grandes payasos no hablan y los grandes contorsionistas hacen un payasismo serio. El hallazgo de Keaton está en que somete a contorsionismo, no sólo su persona y su personaje cinematográfico, sino la película toda, los otros personajes, las casas, las cosas, los trenes, las multitudes, los barcos, el matrimonio, el Oeste y el Polo Norte. No hay ritmo cinematográfico más distorsionado ni acelerado que el de BK (realizador, naturalmente), que nos da el mundo como vértigo, el azar como catástrofe, la velocidad como sin sentido filosófico de la existencia y el honor traumático (caídas, golpes, carreras) como expresión exterior de la continua frustración interior.

En medio de este rodar de las piedras y las cosas, que es una versión acelerada e irónica del rodar del Universo, donde, como decía Sartre, los astros se sostienen unos a otros «por mutua desconfianza», lo único quieto, impasible, fijo, es la cara de Buster Keaton.

En *El colegial* hace la crítica del prefascismo juvenil y deportivo de las Universidades norteamericanas. En *Las tres edades* hace una lectura, que yo llamaría circense, de *Intolerancia*, de Griffith. En *El navegante*, la parodia de las películas de aventuras. En *Sherlock Junior* ensaya el cine dentro del cine, con gran acierto. En *Siete ocasiones* descodifica el matrimonio (gran mito de la comedia de Hollywood, con final feliz y novia vestida de tarta), mediante el efecto, tan antiguo y tan moderno, de la multiplicación. Cientos de novias, vestidas de tal, le persiguen por toda la ciudad, anhelantes de matrimonio, hasta que las novias se transforman en piedras rodantes con más dinámica psicológica (persecutoria) que newtoniana. El símbolo burgués y puritano de la novia vestida de blanco, se hace soluble en la multiplicidad, con lo que se torna cómico y falso. Este es un recurso literario y artístico tan antiguo como innovador. La multiplicidad como crítica de la unicidad. Es lo que yo llamaría el babelismo crítico, la desmitificación por la repetición, como en la torre de Babel del Bosco, muy dado a este juego.

Cervantes transmuta una cosa en otra (pellejas en adversarios), recurso clásico, más Homero multiplica islas y viajes, cuando Ulises apenas se ha movido de la puerta de su casa: recurso crítico/poético que es ya modernidad.

Orson Welles multiplica gángsters cojos –es uno sólo– en la insuperable secuencia final de *Shangay Lady*, mediante un juego de espejos. Muchas



novias son ninguna novia y muchos gángsters son ningún gángster.

García Márquez multiplica los Buendía hasta confundirnos poéticamente y hacer la crítica del militarismo de los Buendía por mera proliferación.

Alvaro Cunqueiro, en *El hombre que se parecía a Orestes*, multiplica los posibles Orestes vengadores que han de llegar un día, con lo que descodifica el mito y, de épico, lo traspone a lírico.

Lo anula.

El trasponer lo singular a plural es un recurso poético crítico muy moderno que viene de muy antiguo y que me parece no ha sido estudiado. Sirve para desmitificar el mito, cuando lo hay –la novia ideal, blanca y radiante– y para potenciar lo sencillo, lo cotidiano, lo humildemente impar, poematizándolo: la mujer de *El año pasado en Marienbad*, que llega y llega y llega, una y otra vez, y está siempre llegando, en la sobreimpresión de su llegar.

Así se mitifica a una mujer «usual».

En *El último round*, BK se interna en el mundo del boxeo. En *Our hospitality* evoca poéticamente la América del XIX. En *El héroe del río* alterna su caligrafía de director con su dinamismo de acróbata. En *Go west* realiza la crítica sentimental del western, volviéndose, como hemos visto en otros títulos, sobre el propio mundo del cine, que le rodea, para enriquecer su imaginación y dialectizar su medio.

The General, de 1926, conocida en España como «El maquinista de la General», es el film de BK más ambicioso de planteamiento. Quiere recoger nada menos que la guerra civil americana. Keaton y su tren, cruzando líneas enemigas y ciudades de cualquier bando son la visualización de esa tenacidad personal (Keaton insiste siempre), transferida a la máquina.

Si Carlos Marx habló de «humanizar la naturaleza», Keaton llega incluso a humanizar la máquina (que es todo lo contrario de someterla a una producción masiva y seriada). La guerra es la gran metáfora de este filme. Metáfora mayor de la que nacen docenas de metáforas menores, y metáfora, sobre todo, que permite numerosas lecturas, como toda verdadera invención literaria. La lógica del individuo, que es la lógica de la vida, frente a la lógica de la guerra, que es la lógica de la muerte, me parece sociológica de masas de ahora mismo, que BK plantea ya en este filme, hace más de medio siglo.

Chaplin o la sentimentalidad gestual. Groucho o la verbosidad surreal. Keaton o la velocidad irracional (del mundo moderno). El sentimentalismo y el mimo, la verbosidad, incluso la velocidad irracional –el ruido y la furia– están en Shakespeare. El cine fue el cine cuando fue un Shakespeare mudo. El celuloide rancio es el más fresco. Filmotecas, cinematecas y minicines nos dan hoy, inagotablemente, cine *primitivo*. Este fin de siglo, viejo y artrósico, que ya somos todos, vive cada tarde la experiencia lustral y purificadora de sus orígenes, sumersión en la sombra joven del cine, cuando el cine era la imaginación lozana de un siglo nuevo. ■ **F.U.**



EL ULTIMO CIGARRILLO...

POZUELO

ENCENDIO un cigarrillo y ofreció otro a su compañera, que salía de la cama como de un naufragio: pálida, deshecha, titubeante, desnuda.

–Fúmalo con fruición. Son los últimos cigarrillos de nuestra vida.

–¿Nos van a fusilar ya?

–Todavía no. Pero los ministros nos advierten de que «el uso del tabaco puede ser perjudicial para la salud».

–Y ¿tenemos que atenderles?

–Claro. Si no estamos todos junto al Gobierno en estos momentos delicados, podríamos desestabilizar la democracia y dar lugar a un golpe de Estado. Hay que ser astutos. Por lo menos, hasta que termine el proceso. No conviene ninguna provocación.

«Ah», dijo ella, solamente «ah», y encendió el cigarrillo que le dio ese sabor cobrizo y esa pequeña náusea del primero del día, del de antes del desayuno. Es cuando más se nota que el tabaco hace daño; cuando más gusta. Pensó ella que cuando saliera del naufragio matinal y empezase a ser ella misma –es decir, la otra, la programada para la vida– tendría ánimo para repetirle una vez más la antigua historieta francesa, la de la antigua época de la lucha contra el alcoholismo. Habían puesto carteles en los que se leía: «El alcohol mata lentamente»; y los borrachos franceses, con esa profunda filosofía de su condición, escribían debajo: «Nous ne sommes pas presés». No, no tenemos tanta prisa como para buscar el cianuro rápido; la lentitud del tabaco es suficiente. Por lo tanto, sólo dijo «ah» y pensó que el segundo cigarrillo no le dejaría en la garganta, en el paladar, en los finos capilares de los bronquios, esa grata sensación de derrota, de natalidad, de muerte lenta, de estrago. Y se dirigió a tientas –ciega por el exceso de luz– hacia el termo donde cada noche dejaba el café hirviente para tomarlo tibio a la mañana siguiente, como un medicamento urgente y rápido, sabiendo que la pereza, la abulia y la torpeza del despertar no le dejarían preparárselo. El la seguía y hablaba.

–Deberían también advertirnos contra el café. Sobre todo, el café de por la mañana. Cae en el estómago vacío arrasándolo todo, erizando los nerviecillos. Con el café y el cigarrillo de la mañana comenzamos a elevarnos la tensión arterial; una de las grandes causas de mortalidad en el mundo. Apuró el sorbo y, en efecto, comenzó a sentir las primeras náuseas: estaba viva.

–¿Qué necesidad tenemos de que nos prevengan contra lo que ya sabemos que es malo?; ¿no eres capaz de dejar el café y el tabaco por tu propia iniciativa? –le preguntó.

–No, no lo soy. Tengo menos interés por mí, como persona, que el que tengo como ciudadano. Más bien diría que mi gran vocación, mi gran fuerza como persona la pongo en ser buen ciudadano. El Estado necesita de buenos ciudadanos.

–¿Qué Estado? ¿es que ahora hay un Estado?

–Lo estamos construyendo. Si cada vez que tengo necesidad de un cigarrillo lo sustituyo por el grato pensamiento de que estoy ayudando así a la construcción del Estado democrático el placer es infinitamente mayor.

«Dios –pensó ella, mientras volvía a decir «ah»–, Dios, qué tonto se ha vuelto este hombre. Quien le recuerda conspirando en la Universidad, corriendo como un gamo y gritando como un energúmeno en las manifestaciones, bebiendo y fumando hasta el amanecer cuando discutía de los hallazgos doctrinales de mayo de 1968. Todavía tiene el músculo, la finura, la mirada brillante, el vientre plano, la cabeza erguida de entonces. Todavía tiene esa pimienta alegre de la juventud cuando se mueve. Pero se ha vuelto tonto, irremediablemente tonto.»

–Cuando luchábamos entonces –dijo él, como si hubiera podido leer sus pensamientos– era para que llegase esto. No podemos renunciar ahora. Estaba claro que entonces para ser un buen ciudadano había que ir a la contra; y si nos mandaban la castidad, había que amar a todo pasto; si nos prohibían unos libros había que buscarlos y leerlos por encima de todo, hasta del aburrimiento. Si en-

EL ULTIMO CIGARRILLO...

tonces nos hubieran recomendado no fumar, yo hubiese fumado sin descanso. Hasta el cáncer de pulmón hubiera arrostrado para contradecir la dictadura.

«¿Sería ya tonto entonces, y yo no me di cuenta?; ¿Sirvió de verdad la dictadura para enmascarar tontos?» Y, en voz alta.

–¿De verdad luchabas para que gobernase UCD?

–¡Entonces no existía UCD, y ahora sí!

–No pasa de ser una hipótesis. UCD es una hipótesis de trabajo: nos sirve para medirnos, para buscar otras cosas, para darnos una noción del pasado y del presente y enfrentarnos con el futuro. El Estado es también una hipótesis de trabajo.

–Pues bien, sí: yo luchaba ya por una UCD que no existía: por si existiera alguna vez. Luchaba por todas las fuerzas políticas, por su equilibrio, por sus posibilidades. Tiene más votos, tiene más derechos; y tiene las responsabilidades del Gobierno.

–Entre las cuales está instarnos a que no fumemos...

–Como lo hacen todos los gobiernos civilizados. Como luchan contra el alcohol, y aquí también se va a hacer. Lo ha explicado el ministro, lee aquí: «El ministro, fumador que tiene el propósito de dejar el hábito, como comentó, en su deseo de potenciar las medidas de Sanidad; reventiva, anunció próximas medidas restrictivas en relación con el consumo de drogas y de alcohol». ¡El mismo va a dejar de fumar, ya lo ves!

–¡Ah!

–Y ésta es una cuestión objetiva, no política. Es una medida que no requiere la rebeldía.

–Como la acción judicial iniciada contra Alfonso Guerra por expresar sus opiniones con respecto al «proceso»... Como el juicio contra las mujeres que abortaron en Bilbao... Como la campaña por los polacos...

–¡Verdades objetivas! Ya sabes cómo es Alfonso: un provocador. ¡Cae en todas las trampas que le tienden! Y no me dirás que abortar en Bilbao es una acción política: esas mujeres podrían haberlo hecho todo con más discrección. ¿Me negarás que los polacos tienen una dictadura militar que les coarta las libertades?

–¡Ah!

Se había vestido lánguidamente, perseguida siempre por el conformista, por el hombre que luchó, fue perseguido, sancionado, discriminado y alguna vez apaleado: y que estaba padeciéndolo todo para poder llegar, alguna vez, a ser conformista. ¿Por qué luchaban entonces? No podía ser sólo para ser legalizados, para llegar a un coche oficial o para poder formar un Parlamento en el que tirarse al suelo un 23 de febrero. Tenía que haber algo más, o ella lo creyó y lo creía. Que ese hombre a su lado luchase para dejar de luchar le parecía demasiado triste, demasiado sencillo. ¿No estaban luchando por lo que podría llamarse su vida cotidiana, y la de sus semejantes? La vida cotidiana es, probablemente, el objetivo de toda la historia, de todos los grandes movimientos. Y ahora –este tonto, este profundamente tonto– se deja dirigir la vida cotidiana. «En esto ha transformado su aventura; en un miedo continuo a todo: al tabaco, al aceite, al alcohol, al sexo...» Y le preguntó, de pronto:

–¿Y el sexo?

Tuvo un respingo de virilidad ofendida:

–No creas que tengo ninguna queja –dijo, con alguna perfidia, el conformista–; y creo que no puedes tener ninguna de mí. Pero tampoco debemos dejar que el sexo ocupe la parte esencial de nuestras vidas. Nos envenenaron con eso ¿comprendes? Eran las restricciones, las prohibiciones, el castigo o el pecado los que nos llevaron a alucinarnos con el sexo. Y el pobre Reich, y sobre todo el pobre Freud. Con su formación judía, con su culto fálico... Creyeron que ese «algo» que faltaba en nuestras vidas era el sexo, y que las represiones sexuales ahogaban nuestro impulso vital. En realidad, estaban disfrazando una realidad mucho más amplia. El sexo, el tabaco, el alcohol y ahora las drogas, son alucinaciones que nos impedían ver cómo era el verdadero tejido social que nos oprimía. Era lógico que luchásemos contra esas formas de presión: pero, ahora, cuando ya somos libres, somos nosotros mismos quienes debemos limitarnos y moderarnos, vigilarnos continuamente. ¡Qué más quisieran ellos que nos deshiciéramos por el alcohol, el tabaco y la pornografía, los elementos que nos arrojaban antes fingiendo que los reprimían. Limitémonos, y no nos limitarán.

–¡Ah!

«Limitémonos y no nos limitarán: una hermosa frase para definir nuestro tiempo. La frase con la que nos han ganado. Limitemos las aspiraciones sindicales y laborales, y no tendrán que prohibir los sindicatos; limitemos lo que puede decir la Prensa, y no habrá que quitarle su libertad. Aceptemos que no hay puestos de trabajo y los empresarios no tendrán que cerrar y despedir a los que sobreviven. Aceptemos que procesen a Alfonso Guerra y así evitaremos que le den el «paseo» al amanecer. No nos manifestemos en las calles, y nadie nos pegará en la espalda, nadie disparará bolas de goma contra nosotros. Limitémonos, y si no es suficiente con lo de ahora, limitémonos más. Aceptemos una buena enseñanza religiosa y disciplinaria para nuestros hijos y les evitaremos la angustia de tener que ser revolucionarios el día de mañana. Aceptemos que lo de Polonia es el mayor escándalo que vieron los siglos, y así no nos polonizarán a nosotros.» Y repitió:

–¡Ah!

–De todas formas –dijo él, ante la respuesta de ella– no creo que sea necesario que emplees la dialéctica conmigo. Sacar el tema del sexo, en este momento, es como una provocación... Si quieres una demostración ahora mismo...

«Dios mío, haz que no le desprecie –pensó dirigiéndose a un Dios en el que no creyó ni de niña, pero que siempre le pareció un interlocutor válido–; haz que le odie por esta tontería jactanciosa que acaba de decir, pero no que le desprecie. El odio se acaba pronto, pero el desprecio permanece siempre, y yo no le quiero despreciar...»

–Ahora tengo prisa –murmuró, aceptando con mansedumbre el estúpido desafío–; no quiero llegar tarde al trabajo.

–Eso de ninguna manera. Nosotros debemos dar ejemplo; que se vea que somos los primeros en cumplir.

«Sigue diciendo 'ellos', sigue diciendo 'nosotros'; es un tic que se le ha debido quedar desde entonces. O es de verdad una construcción psicológica que tiene en su sistema de relaciones y que él mismo comprende; pero que ya nadie puede comprender fuera de él. Nadie sabe ya quienes somos nosotros, ni quienes son ellos. Quizá él sea ya un poco ellos... Probablemente porque se cree, o debe creerse, que ellos empiezan a



ser un poco él. No, no es enteramente despreciable, no es despreciable. Es alguien que creyó que había llegado a la meta, y se dio cuenta de que la meta no existe, ni existirá nunca; y se la está inventando. Por eso prefiere ponerse sus propios límites: cree que se los pone él, porque lo están haciendo de manera que él se lo crea...». Pero sólo dijo:

–¡Ah!

–No sé si eres capaz de comprender esta verdad, la de este momento preciso: que nuestra lucha consiste en dejar de luchar. Que no nos vean como enemigos, que sepan que somos capaces de aceptar un orden que ni siquiera está en nuestras doctrinas. Ni barbas, ni pantalones vaqueros arrugados y descoloridos, ni comidillas en viejas tabernas simpáticas: ni llegar tarde al trabajo, ni ser perezosos. Tenemos que comprender cuál es, ahora, el sentido del trabajo, de la cooperación social. Que no nos vean como unos desharrapados o como unos viciosos, como unos marginales. Que vean claramente que tenemos nuestra moral, nuestra ética: y que la moral y la ética de la convivencia no son esencialmente distintas cuando se tienen distintas ideas políticas...

–¡Ah!

«Quizá todo lo que tiene es miedo. Tiene derecho a tenerlo. Las fuerzas que hay por encima de nosotros son ridículas, pero poderosas: tienen en sus manos que nuestras muertes sean ridículas y grotescas; y hasta que sean ridículas y grotescas nuestras vidas, como empieza a serlo la de él. Pero antes no tenía miedo, y era todo peor...».

–La política consiste en esta sutileza. Aceptar una conformidad para modificar la realidad y que los otros acepten la conformidad que les pedimos... «Y yo misma ¿no soy una conformista? Soy una conformista de él: trato de aceptar lo que dice, de no contradecirle. Trato incluso de no despreciarle, y de no sentir odio. Trato de ser precisamente esa mujer que ya no soy, y no podré ser nunca más. Probablemente también tengo miedo. Miedo de volver a luchar y de volver a empezar: con otro, con otros... También me he instalado con él porque ya no quiero luchar; o porque he luchado, yo misma, para no tener que seguir luchando.»

–Y márchate ya, que vas a llegar tarde...

–Y tú, ¿qué harás?

El hombre se encogió de hombros:

–Volveré a buscar trabajo. Tengo un amigo que me ha dicho algo de unos niños que necesitan un preceptor... Unos niños de una familia de derechas, comprendes, que quiere que tengan ese toque de sensibilidad de la izquierda, ese mismo «esprit» que a ellos les falta... No sé de todas maneras si me admitirán. Deben saber algo de mi pasado. Pero es un trabajo que conviene. No ya por el dinero que necesitamos, sino como misión: que los niños de esas familias comiencen a respetar a la izquierda y que, cuando lleguen a hombres, recuerden los principios que nos han escuchado...

«Séneca fue el preceptor moralista, de izquierdas, de Nerón; y cuando Nerón se dio bien cuenta de lo que le había enseñado Séneca, le mandó matar. Ben Barka fue el preceptor del príncipe Hassan, el preceptor de izquierdas de un príncipe de derechas que, cuando llegó a Rey, manejó los hilos para que matasen a Ben Barka en París... Quién sabe si estos niños, en el caso de que existan, sean los que le fusilen dentro de veinte o treinta años, si no les han adelantado otros a los que no puede ser suficiente su conformismo...» Abrió la puerta mientras él le daba sus últimas recomendaciones de cómo debía comportarse en la jornada para no provocar a nadie, para resultar una ciudadana ejemplar, ocultando, incluso, que no estaban casados. Hay cosas que les irritan y pueden producir cualquier barbaridad...

Cuando bajaba la escalera, encendió un cigarrillo. «Es el segundo de todos los últimos cigarrillos de mi vida, de los cientos de miles de cigarrillos que me quedan por fumar todavía; como los que va a encender hoy él mismo, prometiéndose cada vez que es el último, y que a partir de ese va a ser un ciudadano ejemplar... Tonto, tonto, se ha vuelto tonto. Y, después de todo, no veo por qué no puedo empezar a despreciarle a partir de hoy. El primer desprecio de todos los últimos desprecios de mi vida...». ■

BARCELONA EN SU MARKETING MIX.

Cambio, crecimiento, renovación, expansión, recuperación, dependen por suerte de algo más que «la realidad de los hechos»: La fuerza de «lo posible».

A los factores objetivos de intervención que analiza el Marketing Mix no hay nada como sumar las energías subjetivas de la audacia y la motivación. ¿Cuál es la clave del éxito de las 24 manifestaciones anuales que promueve la Intitución *Feria de Barcelona*? Muy sencillo: Que motivan. Estimulan a expositores y estimulan a la asistencia. Los Salones de la Feria se convierten en las cumbres anuales de reunión de cada sector. Participar en un Salón es, sin duda, prepararse para repercutir en los acontecimientos próximos, en ese núcleo de fuerzas y de opinión que es el sector, la clientela, los proveedores, los expertos, los informadores. Y en los Salones abiertos, el propio público.

El Salón en su plan de Marketing.

Repase la lista de Salones que promueve *Feria de Barcelona.* Lo más seguro es que allí encuentre su Sector. Y la fecha en que se reúne. Inclúyalo en su Plan de Acción.

La firma que acude un año, se convierte en defensora del futuro del Salón. Y ello indica que sus objetivos se cumplen.

Que el Mix con Feria, funciona.

Motivación en todos los frentes.

A un Salón se va a vender. A corto, medio y largo plazo. Pero también a informarse.

A captar de forma viva «la reacción» a lo que hacemos —lo que hacen— cómo ofrecemos —cómo ofrecen— qué marcha y qué hay que cambiar.

Unos días, unas horas que dan pistas importantes a los hombres de su empresa, porque permiten medir el pulso propio y ajeno. Y facilitan algo clave: información para actuar.

De otro lado, la semana de Barcelona recompensa los esfuerzos de la lucha comercial. Arte, diversión, turismo, gastronomía, paseos y compras en una ciudad acogedora y festiva pueden hacerse compatibles con asistir a un Salón. Motivaciones paralelas que forman parte del Mix.

Las Cumbres de cada Sector.

En la actualidad, *Feria de Barcelona* organiza y promueve grandes manifestaciones, en su mayoría anuales. Un amplio abanico que habla por sí solo del alcance y responsabilidades de la Institución:

Salón Náutico Internacional y Sector Caravanas, Rodatur, Expomatex, Maquinaria para la confección, Salones coordinados de la Moda en el Vestir y Moda Punto, Construmat, Alimentaria, Equiplast, Hispack, Mostra Hilados, Graphispack, Deporte Invierno, Prêt à porter femenino, Expomóvil, Mostra Tejidos, Salón Internacional del Automóvil, Exposición de Anticuarios, Salón del Comic y del Libro Ilustrado, Feria Internacional de Muestras, Promo-regalo, Expo-Hogar, Expotrónica, Sonimag, Expo-doméstica, Deporte y Camping, Hostelco, Expoaviga, Expominer, Mercado del Vehículo de Ocasión, Expoquimia, Festival de la Infancia y la Juventud.



Feria de Barcelona

La Gran Plataforma

Servicio de Información y Consulta Feria de Barcelona
Av. Reina M.ª Cristina - Barcelona 4
Tel. (93) 223 31 01 - Telex 50458 FOIMB-E

EL CUADERNO DORADO

En España las cosas han cambiado. Más lejos o más cerca –como se quiera– del cambio político, está la gente, el pueblo, el personal que seguramente no es tan espeso ni tan municipal como nos creemos. De esa gente que se viste de otra manera, vive en otras casas, confiesa distintos pecados, se pone enferma de otras cosas y hace el amor con otro punto de vista; de todos ellos, decíamos, hablaremos en el presente trabajo y en otros sucesivos. Los grandes testigos de la vida española desde los médicos a los catedráticos y desde los curas a los modistos nos pueden ayudar mucho a ello.

Los españoles y la Salud

DIABLOS, DROGAS Y DOCTORES

RAMIRO CRISTOBAL

Los médicos

No sé quién dijo que los rayos X son la propia alma de los médicos. Efectivamente, en muy pocas ocasiones existe una tan perfecta identidad, entre el trabajador y su herramienta, como entre el médico y su aparato de rayos. Tanto uno como el otro pueden parecer fríos y apagados hasta que entran en el terreno profesional. Entonces ya no se conforman con lo que sus sentidos les dicen. Como los buenos filósofos tratan de ir siempre más allá, de deducir lo incógnito de lo visible y audible. O sea que, al menor descuido, nuestra identidad ante el médico se convierte en una sospechosa tráquea, en un deficiente hígado, o en un vacilante sistema pulmonar.

Por eso, con los médicos no cabe término medio. Se les reverencia o se les odia. Se les contempla con la emoción de quien todo lo espera de su prójimo o se les cubre de injurias mentales cuando no verbales. La actitud del paciente ante ellos es clásica: mirada baja y boina retorcida entre las manos o mirada insolente, directa y mueca sarcástica.

Lo más triste de todo es que los médicos conocen su triste condición humana y luchan por ser admitidos entre el común de los mortales. Sólo unos cuantos vanidosos gustan de perpetuar el viejo áurea que los siglos les han concedido.

Hoy, para más señas, resulta que la mayor parte de los médicos deambulan quejumbrosos por la vida, sintiéndose traicionados por una situación que ellos nunca pudieron prever. Hoy curar, créanlo ustedes, es llorar. Tal como si fuera escribir, pintar, hacer música o tener ideas de izquierda. Basta un poco de conversación con algún miembro de la honrada profesión de sanar a los demás, para hacerse cargo de su sombrío talante: en sólo cuatro o cinco años han pasado de ser unos semidioses, la vanguardia de la protesta hacia la dictadura y los seres más considerados del país, a ser el blanco de críticas de tirios y troyanos y poco menos que acusados de frenar el proceso democrático a su favor.

Un psicólogo podría explicarlo muy bien: la conciencia colectiva ha sometido a los doctores a un proceso de desmitificación. Resultado: los ídolos han caído rodando por el polvo. Probablemente por eso los pacientes entran en la consulta pisando fuerte y suelen mirar a sus médicos con cierto aire burlón que no presagia nada bueno.

Si esto es así o no, es cosa de dilucidar. De momento hemos reunido unas cuantas opiniones de médicos con experiencia que pueden decirnos mucho de cómo son esos pacientes que hoy visitan al médico. ■

La visita al doctor

Si, como decíamos antes, curar es llorar, resulta que ir al médico tampoco es un plato de gusto. Los españoles están descubriendo con estupor que una gran parte de la vida que le obligan a llevar produce enfermedades. En esto los médicos han sido tajantes: en el tipo de trabajo que hacemos, las viviendas en que vivimos y los alimentos que consumimos, está la fuente de los males. ¿Quiere esto decir que el español de los ochenta está más enfermo que el de hace una o dos semanas? Pregunta de difícil respuesta a la que tratan de contestar cuatro médicos veteranos de distintas especialidades. Son éstos:

Pedro Caba, *Medicina General.*

Arturo Cotarelo, *especialista en enfermedades de las vías respiratorias y analista.*

Fernando Cristóbal Sandín, *pediatra.*

Pablo Muñoz Sotés, *neurólogo, especialista en Patología y rehabilitación del lenguaje.*



DIABLOS, DROGAS Y DOCTORES

Por empezar por un tema plenamente implicado en el problema, vamos a intentar entrar en las principales enfermedades del español de 1982. De acuerdo con sus respectivas especialidades he aquí las respuestas:

■ *«La primera enfermedad, según mi experiencia, es la depresión: más de la mitad de mis pacientes son depresivos. Esta es la gran enfermedad de la España de los años ochenta. Lo que ocurre es que ningún enfermo quiere reconocer que es depresivo y siempre dirá al médico que tiene síntomas tangibles: dolores de cabeza, sudores en las manos, dolores musculares, etcétera. Pero una somera revisión descubrirá que no tiene ninguno de estos males y que sólo entran dentro del grupo de los depresivos. Es curioso que nadie quiera ser depresivo y el que más o el que menos se inventa una dolencia de estómago o de vesícula. También es curioso que cuando el depresivo enferma de veras es cuando desaparece su depresión y desean vivir. Porque si hubiera que definir de alguna manera al depresivo, podría decirse que se trata de una persona que no quiere vivir.»* (Pedro Caba).

■ *«Desde el punto de vista de mi especialidad, es decir, las enfermedades alérgicas y de las vías respiratorias, he de decir que cada vez son éstas más frecuentes. Los problemas de las vías respiratorias crecen día tras día. Y hay en ello una gran conexión con la forma de vida moderna. Está, en primer lugar, el uso de la moqueta en casas muy pequeñas y que por razón del clima han de tener la mayor parte del día las ventanas cerradas; está luego el césped que se usa en esas nuevas urbanizaciones. Esto me parece muy importante: se están plantando céspedes ingleses que sin duda son muy hermosos y resistentes, pero al transplantarse al clima de Castilla, mucho más seco que en sus países de origen, tratan de defenderse reproduciendo rápidamente, es decir, lanzando, cada pocos días, millones de esporas. Ahí está un origen importante de enfermedades respiratorias que en sus casos extremos pueden llegar a ser muy peligrosas.»* (Arturo Cotarelo).

■ *«Yo estoy asombrado por el aumento de afasias. Esto es lo que en términos clínicos llamamos a la pérdida de la posibilidad de comunicarse por medio del lenguaje hablado. Claro está que esto se produce mucho más en los niños que en los adultos, pero aun así es preciso subrayarlo. Si se me pregunta los motivos, diría que, sin duda alguna, los niños están mucho más traumatizados en el colegio. Para empezar las evaluaciones que trataron de ser una alternativa a los exámenes trimestrales se han convertido ellas mismas en exámenes y el niño español, hoy en día, es* ***el más suspendido del mundo.*** *Y esto es muy grave. Esto crea una patología muy grave. En cuanto a los adultos si el medio en el que viven o trabajan se vuelve repentinamente hostil, les produce, de momento, un desconcierto que puede convertirse en rechazo y de ahí a la enfermedad hay tan sólo un paso.»* (Pablo Muñoz Sotés).

■ *«Por lo que concierne a los niños muy pequeños yo destacaría solamente una cosa: el adelanto en las enfermedades infantiles. Ahora los niños van desde muy pequeños a las guarderías y allí es fácil el contagio. Esto puede tener importancia o no, aún no lo sabemos, pero lo cierto es que hoy los niños pasan el sarampión, la varicela, etcétera, muy pequeños. Por otro lado estamos asistiendo ya en los niños en edad escolar a frecuentes accesos de vómitos y dolores de estómago matutino, de carácter psíquico y seguramente provocados por su rechazo a ir a la escuela.»* (Fernando Cristóbal).



La vida alrededor

Tras este diagnóstico de urgencia –depresiones, enfermedades respiratorias, afasias y aumento de síndromes en los niños– están las causas. La caracterización de éstas es bastante clara y en su origen está una nueva forma de vivir:

■ *«No cabe duda de que la vida ha cambiado y en lo que a mí concierne creo que tiene una incidencia directa en las enfermedades de vías respiratorias. Ya he señalado antes la existencia de ciertos elementos como las moquetas y los céspedes, que están en el fondo de muchos trastornos. Pero habría que hablar, también, de la contaminación causada por los automóviles y toda clase de humos. La atmósfera que respiramos tanto dentro de nuestras casas como fuera de ellas es cada vez más peligrosa.»* (Arturo Cotarelo).

■ *«Uno de los temas que habría que investigar alguna vez es el de las casas con piscinas colectivas. Hay un montón de casos de contagios entre niños que provienen de este tipo de viviendas.»* (Fernando Cristóbal).

■ *«Sí, no cabe duda de que ha aumentado el nivel de stress. Hoy la sociedad es más compleja. Madrid era otra ciudad con un millón escaso de habitantes que la que es hoy con casi cuatro millones. La ciudad es más agresiva y todos nos movemos en unas condiciones de competitividad realmente duras. Por otro lado hace unos años la gente estaba más arropada por la familia. Hoy ya no es así y particularmente los ancianos; cada vez es más raro*



que la gente los saque de las clínicas en que están internados para llevárselos en vacaciones. Hoy se sienten, porque lo están, realmente solos.» (Pablo Muñoz Sotés).

■ *«Antes, en la España del franquismo, digamos, había un pasado para unos (los que estaban con el régimen) y un futuro para otros (los que estaban en contra). Además había que sobrevivir y la depresión, no lo olvidemos es una enfermedad de ricos. Hoy parece que la gente se encuentra un poco perdida, como si ya no tuviera pasado y dudara de tener futuro.»* (Pedro Caba).

Tecnocracia y alcoholismo

El paso a una sociedad tecnocratizada al estilo anglosajón, es decir, dominada por cierto tipo de conocimientos y habilidades y sobre todo pragmáticamente confiada de que el triunfo social es la clave de la valía personal, está causando estragos entre los que, por una u otra causa, no pueden sumarse con la suficiente celeridad al proceso. Así lo explican los médicos:

■ *«En los niños, por ejemplo. En la mayor parte de los colegios y salvo honrosas excepciones, los niños forman parte de clases de más de medio centenar de alumnos; los profesores y el centro les exigen un determinado rendimiento y todos los que, por un defecto de lenguaje o afasia o lo que sea, no llegan a ese nivel, rápidamente son apartados, dejados al margen, con las consiguientes consecuencias, claro está. Además el preescolar es un desastre, prácticamente no existe y esto se traduce en que cuando llegan al período escolar, la gimnasia mental y psicológica de los niños es muy distinta y por tanto la exigencia a ellos también debería serlo y no lo es.»* (Pablo Muñoz Sotés).

■ *«Quizás un reflejo del descontento que produce la vida en que vivimos y la exigencia de estar en continua competitividad con los demás sea el aumento del alcoholismo. Hay que decir que tras la depresión, ya citada, el alcoholismo es la segunda enfermedad española. Es frecuente además que el depresivo se convierta en alcohólico y de la misma manera todos los alcohólicos acaban por tener enfermedades muy diversas. Hoy podemos afirmar con toda seguridad que el porcentaje de alcohólicos aumenta continuamente. Antes había ciertos grupos sociales que bebían mucho (intelectuales, trabajadores por cuenta ajena, etcétera) y era tradicional que se bebiera en ciertas regiones. Hoy hemos constatado que bebe casi todo el mundo, incluidas las amas de casa; se bebe en todas las clases sociales y en todas las regiones. Hoy se consume más alcohol por habitante y año en España que en Inglaterra o Suecia.»* (Pedro Caba).

Las mujeres y la enfermedad

Las mujeres, probablemente el grupo social que mayores cambios ha experimentado en los últimos años, son también pacientes peculiares.

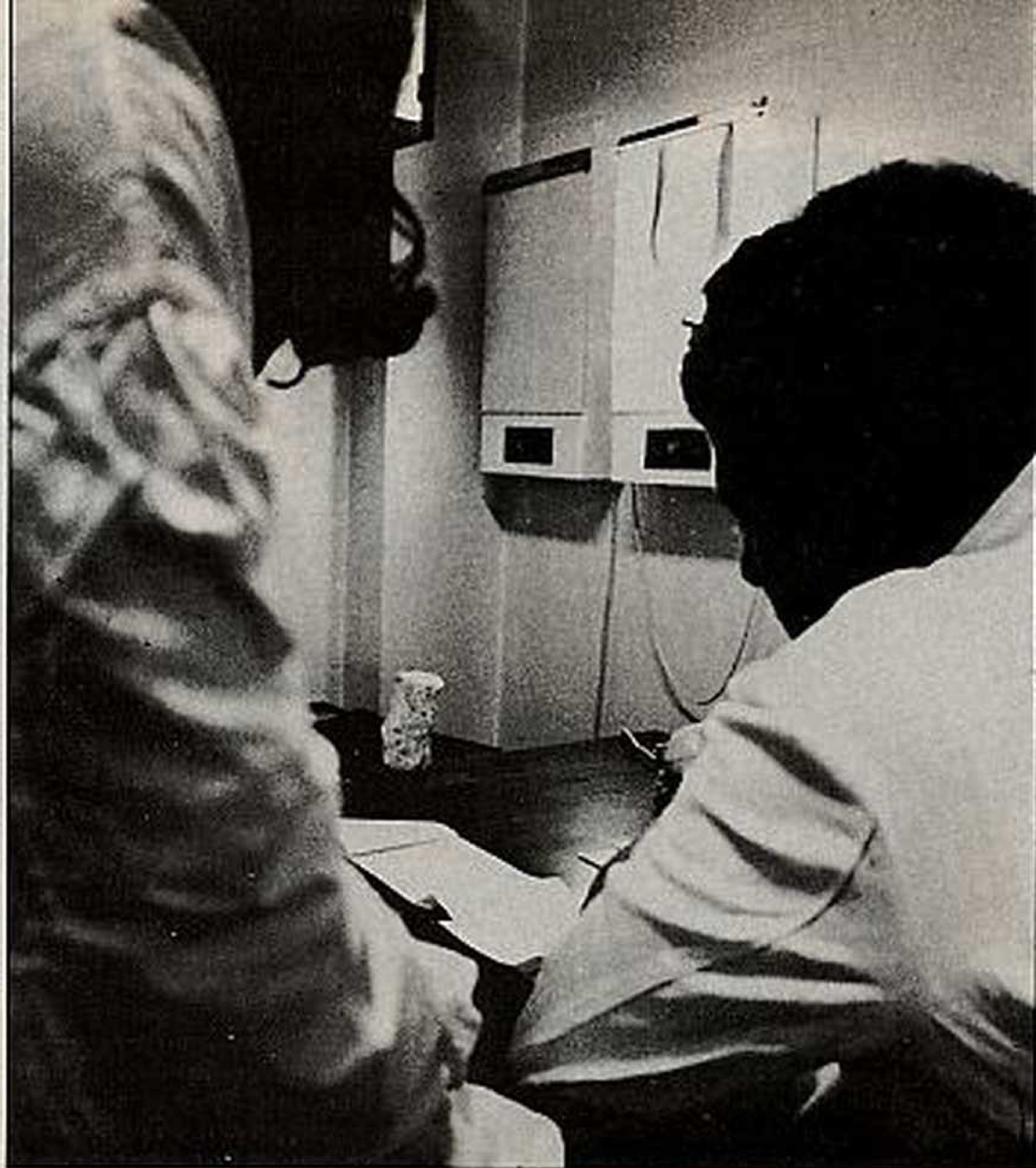
■ *«Las mujeres son el 85 por ciento de los pacientes. Son, sin duda, la mayoría minoritaria que más sufre. Tiene los mismos problemas físicos y psíquicos que los hombres a los que hay que sumar su propia condición femenina. Antes hablábamos del alcoholismo de las mujeres, pues bien, según las estadísticas de Bogani, por ejemplo, la cuarta parte del total de los alcohólicos son mujeres. Lo peor es que no reconocen jamás que beben, sino que «toman una copa» a causa de... su tensión baja o lo que sea. También su familia lo oculta cuidadosamente e, incluso, se ofende si se le dice que está en peligro la vida de su familia si no deja la bebida.»* (Pedro Caba).

■ *«Siempre son las madres las que se ocupan de traer sus hijos al médico. Es muy raro que los padres se ocupen de estos menesteres. Nosotros hemos observado que al principio, la primera o segunda visita que los nuevos padres hacen al médico con su hijo recién nacido, suele venir el padre. Después ya son las madres las que lo harán siempre.»* (Fernando Cristóbal.)

DIABLOS, DROGAS Y DOCTORES

■ *«Sí, las mujeres vienen en seguida. Por regla general, los hombres esperan hasta sentirse más enfermos. Las mujeres vienen en cuanto tienen la menor sospecha. También los jóvenes vienen en seguida. No es raro el joven hipocondríaco.»* (Arturo Cotarelo).

■ *«Ahora la mayor parte de las mujeres trabajan y son fumadoras. Estamos asistiendo a un número creciente de nacimientos prematuros y nosotros consideramos tales, a niños que no suben de un cierto nivel de peso, aunque se haya cumplido el ciclo completo de gestación.»* (Fernando Cristóbal).



El paciente ante el médico

Como hipótesis de trabajo planteé a los médicos la posibilidad de que los pacientes españoles hubieran sufrido en los últimos años un proceso de racionalización de su propia enfermedad. Es decir, hace veinte años la gente caía en la enfermedad y, vagamente, pensaba que se trataba de una mala suerte, de una especie de desviación de su buena providencia. Iba al médico-mago y su curación provenía poco menos que del mismo proceso mágico-divino. Probablemente ahora, la gente achaca su enfermedad a hechos concretos –la mala alimentación, la contaminación, el cansancio, etcétera– y exige del doctor tratamiento adecuado. Estas fueron las opiniones de los médicos:

■ *«Sí, yo creo que es así. Ahora hay más conocimiento en el paciente, aunque sólo sea porque escucha por la radio, por la televisión o lee en revistas, artículos de divulgación sobre las enfermedades. En general éstos están llenos de errores, pero aun así orientan a la gente. En cuanto a la materialización del médico como «gran mago» lo cierto es que nosotros somos un producto de la sociedad y como ella nos exige que seamos así somos. Por mi parte, me procuro desvestir de todo elemento de sacralización y consigo que la mayoría de mis pacientes me llamen por el nombre.»* (Arturo Cotarelo).

■ *«Es cierto. Hace unos cuantos años tanto los niños como los familiares que les acompañaban esperaban su turno del médico hablando en voz baja y muy quietos, en una actitud casi reverente. Hoy en día los médicos tenemos que hacer de 'ogros', salir de la consulta y pedir por favor que dejen de gritar y correr.»* (Fernando Cristóbal).

■ *«Desde luego hoy la gente viene sabiendo mucho mejor lo que les ocurre. Hay una prueba clara de ello: mucha gente viene espontáneamente a que le curen, cosa que era muy rara antes. Además hoy ya nadie se avergüenza de estar enfermo de una u otra cosa. La gente brega más abiertamente que antes con sus defectos.»* (Pablo Muñoz Sotés).

■ *«Indudablemente, España ha cambiado. Aquí se han producido cambios sociológicos y culturales de importancia. En todo esto, también la relación médico-enfermo ha variado. Ahora ya no eres un mago o curandero o milagrero, para la mayoría eres simplemente un experto al que te llaman para que arregle algo, lo mismo que avisan al electricista o al técnico en televisión.»* (Pedro Caba).

■ *«Me planteas si hay una relación amor-odio entre el médico y el paciente. Es posible que un poco sea así. El paciente siempre espera mucho del médico y al mismo tiempo se resiste a descubrirse ante él. Ahora bien el camino para resolver esto no es revestirse de autoridad, sino por el contrario, llegar a la amistad y la confianza.»* (Arturo Cotarelo).

■ *«Hay veces que esto es patente. El paciente se revela contra el médico, hay tensión perceptible entre ambos, respuestas tajantes. Sin duda, al médico se le ha visto muy alto y ahora hay quien cree descubrir que tiene los pies de barro. Como dato curioso te diré que aún hay médicos que tratan de salvar su «status» de gran curandero haciendo preguntas misteriosas para la ficha de los pacientes, totalmente inútiles, claro, pero que causan un gran estupor y respeto. Por otro lado, en mi opinión se ha producido un proceso de racionalización y de irracionalización, a la vez. Desde luego hoy el médico no es ya el mago clásico, pero a veces se le pide que sea otra clase de mago. Se le pide que hable con lenguaje zen y que tengan una adecuada jerga macrobiótica, vegetariana y que recomienden acupuntura. Yo siempre digo lo mismo: entre todo eso y la lamparilla a Santa Gema, escoge lo segundo; vale más barato y la eficacia es la misma.»* (Pedro Caba).

Del comer y el holgar

En donde hay una total coincidencia es en los problemas que plantea la mala alimentación en España, tanto desde un punto de vista tradicional como desde la creciente popularidad de los nuevos productos prefabricados. Una curiosa derivación de este tema está en los conflictos sexuales y venéreos del español de hoy.

■ *««La gente come mucho y mal. Antes tenía una alimentación llena de grasas, superabundante, pero el trabajo y la vida que hacía era mucho más activa. Hoy va en coche a todas partes, sentado y trabaja sentado. Dejando aparte que esta vida sedentaria por sí misma no es muy*

sana y produce trastornos varios, se produce además un desequilibrio claro entre lo que la gente come y debería comer.» (Arturo Cotarelo).

■ *«La publicidad televisada de ciertos alimentos infantiles es bastante disparatada. Y no sólo porque algunos de estos productos puedan no tener las condiciones, sino porque se recomiendan indiscriminadamente y el resultado es que muchos niños se acostumbran a comidas blandas más tiempo del que deberían y tienen un auténtico rechazo por los sólidos a edades que no debería ser así.»* (Fernando Cristóbal).

■ *«Los niños tienen un síndrome digestivo incalificable, que suele cesar al cambiar de alimentación y concretamente al impedirles comer todos esos bollos artificiales que anuncian por la televisión de los que comen cantidades tremendas, diariamente. En cuanto a la población en general no hay más que ver por la calle la cantidad de obesos que hay, para darse cuenta de que éste es un país caótico en lo que se refiere a la alimentación. La dietética aún no se ha descubierto y nadie come verduras. La mayor parte de la gente tiene dificultades para defecar a causa del régimen a base de carnes que hace. En España se come mal, muy mal.»* (Pedro Caba).

■ *«Hay, desde luego, un aumento de las enfermedades de origen sexual. Probablemente hoy el tema sexual es mucho menos tabú y la gente lo practica más. La consecuencia más negativa de ello es un aumento de las enfermedades venéreas. Y lo peor de todo es que los agentes causantes de estas enfermedades tienen una resistencia cada vez mayor a los antibióticos. Tengamos en cuenta que los seres humanos tomamos cada vez más antibióticos en nuestra dieta normal y por tanto los virus que nos atacan ya vienen en parte inmunizados por esta tendencia del organismo. Ahora, para terminar con cualquier enfermedad venérea hay que emplear mucho más tiempo que antes y una cantidad mucho mayor de antibióticos.»* (Arturo Cotarelo).



LA PROFESION

Los médicos españoles trabajan en su profesión muchas horas diarias. La Medicina probablemente se encuentre entre las profesiones que más pluriempleados abarca. Una jornada entre quince y dieciocho horas es la normal para la mayor parte de nuestros doctores nacionales.

Claro está que el médico ya no es aquel apóstol laico que no tenía horas suyas ni de día ni de noche más que para ir a ver a sus enfermos. Hoy se trata de simples pluriempleos a seis horas cada uno, más unas cuantas horas de consulta privada en un apartamento previamente alquilado entre dos o más colegas.

Las clínicas privadas, las empresas, las sociedades médicas y la Seguridad Social son los grandes receptáculos del empleo médico. Desde luego que, como en las demás profesiones, existe un gran paro; solamente en Madrid existen unos 8.000 médicos en paro que se ofrecen a sus colegas más afortunados para hacer cualquier tipo de trabajo aunque este sea más cercano a los que deberían hacer los ATS que a su propio oficio.

La jornada de trabajo comienza pronto. La mayor parte de los médicos madrugan mucho y comienzan su trabajo hacia las ocho de la mañana. Parte de ellos, médicos de empresa, gastan sus seis horas, normalmente tediosas, en convencer a los trabajadores de que no estan lo suficientemente enfermos como para dejar el trabajo. Y es que como decía un médico que había hecho antes este trabajo «los médicos de empresa, al ser pagados por la misma, son empleados suyos y como tales están de su parte. Sólo en casos muy raros se puede convencer al patrón de que ponga medidas más higiénicas y profilácticas en los lugares de trabajo y esto sólo después de argumentarle que así le saldrá más barato, porque se le pondrán menos obreros enfermos».

En la Seguridad Social, ante la ya tradicional avalancha de enfermos de cada día, lo cierto es que el médico acaba haciendo trabajos burocráticos. Una inmensa mayoría de usuarios va a que le receten medicinas, a que le den la baja, a que se la renueven, etc., etc. Solo una minoría va a que le diagnostiquen. Las visitas a domicilio que le corresponden a los médicos son encargadas, en ocasiones, a médicos más jóvenes a los que se paga un tanto por hacer el servicio.

A ningún médico moderno le gusta hacer visitas. En muchas sociedades médicas privadas se paga un tanto por paciente y a veces no llega a veinte pesetas por enfermo. Claro está que es mucho más práctico ver en consulta que ir a visitar. Cinco visitas en una hora, pueden ser veinte duros y, naturalmente, nadie quiere esto.

En fin, tras las seis horas de la mañana, pasadas de una u otra forma, otras seis por la tarde, en la que hay que despachar un buen número de pacientes. A veces el tedio («la mayoría de los pacientes cuentan lo mismo»), a veces la indignación («los pacientes se explican mal y no hay quien les saque lo que les pasa») a veces un agradable islote para conservar, interesarse, por alguna persona inteligente. Algunos médicos con más espíritu y más esperanzas encuentran más de estos últimos con muy buena voluntad.

Al fin, dos o tres horitas en una consulta privada. Se puede ganar dinero, pero tampoco pueden elevarse demasiado los honorarios porque, por experiencia, se sabe que el paciente no vuelve más. Así que se aquilatan los precios y se mide la capacidad de pago del paciente. Además hay que pagar el alquiler del piso y los sueldos a las personas que trabajan allí, desde la ATS que ayuda, hasta la persona que abre la puerta y acompaña a la sala de espera, si es que es distinta.

Entre nueve y diez de la noche acaban su jornada estos profesionales que se han levantado a las siete. Me aseguran formalmente y así lo transmito, que la inmensa mayoría de ellos no sale por más de doscientas mil pesetas al mes. A muchos de ellos, incluso de ideas políticas muy progresistas les ha indignado mucho lo de la ley de incompatibilidades tal como lo ve la izquierda española. ■ R.C.

Sufismo musulmán

POR LA MISTICA HACIA ALLAH

MARIE MORALES

NO resulta difícil reconocerlos entre una multitud de universitarios, vagabundos, ejecutivos, artistas-vendedores callejeros y, en fin, la gran masa heterogénea que constituye la población granadina. El estigma es, generalmente, la pequeña barba y bigote poco crecidos y perfectamente recortados y, siempre, cierto aire de beatitud en el rostro. En cuanto a ellas, la identificación corre aún menos riesgo de confusión. El elemento más significativo y definitorio es el largo pañuelo cubriendo la cabellera en su totalidad, muchas veces hasta media frente a la manera musulmana, o al estilo más europeo. De cualquier forma, este elemento de su atuendo junto al decoro en el vestir en el sentido de cierre hermético de todas las ventanas al cuerpo desnudo –escotes, mangas cortas, faldas o pantalones insinuantes–, te permitiría saber sin palabras que te encuentras ante una faquira de la comunidad sufi Darqawi.

HACIENDO HISTORIA

Recordemos en primer lugar que una comunidad sufi se diferencia de cualquier otra musulmana por su carácter místico y su principio de la autoaniquilación como única forma de unión con Allah. Pretensión ésta descabellada a los ojos musulmanes, así como signo evidente de la soberbia humana. Si en otro tiempo los sufis eran decapitados por los musulmanes ortodoxos aún hoy se dan importantes enfrentamientos entre ambas tendencias hasta el punto de verse expulsados muchas veces los místicos y serles prohibida la entrada en las mezquitas. Existen, además, diferentes tariqas o comunidades sufis, dependiendo del shayj o maestro en la tierra reconocido por cada una de ellas. El caso que nos ocupa se trata de la tariqa que sigue los pasos y enseñanzas de Abd al-Qadir as-Sufi, presumible Qub (maestro universal, el que alcanza la perfección, reconocido siempre a su muerte por el resto de los shays) de la época actual –nunca se da más de uno a un mismo tiempo–, a juicio de sus seguidores.

En cuanto al nacimiento de la comunidad en nuestro país, se remonta aproximadamente seis años atrás, cuando tres personas originarias de Puertollano regresaban de un viaje por Inglaterra, en el transcurso del cual se habían convertido al islam y hecho miembros de esta tariqa. Aunque instalada primeramente en Sevilla, la comunidad –formada exclusivamente por hombres a lo largo de los tres primeros años, tal vez debido al choque que supone para la mentalidad de la mujer occidental la adaptación al rol que se le exige y al que me referiré repetidamente más adelante– se trasladó después a Córdoba y más tarde a Granada donde, a juicio de Abd al-Qadir as-Sufi, la baraka o energía positiva que se transmite de un cuerpo a otro es considerablemente fuerte y permanece en el aire, la arquitectura y las calles de la ciudad, lo que equivale a asegurar de alguna manera que en Granada el espíritu musulmán permanece vivo.



En la actualidad la comunidad sufi Darqawi cuenta con unos 150 miembros de los cuales sólo aproximadamente la cuarta parte son mujeres. Cifra ésta a la que va sumándose una media de cinco a diez personas más mensualmente. Estas personas se ocupan, además de la oración –y del servicio al marido en el caso de la faqira casada– en actividades concretas en sus propios centros de trabajo como son los talleres de orfebrería, cuyos productos se venden por las calles principales de la ciudad, un horno de pan, un laboratorio fotográfico, una imprenta donde se componen los libros que luego se sacarán a la venta y se hacen trabajos de diseño e impresión para la calle. Esto se procura que sea así porque se hace difícil vivir islam y trabajar a un tiempo para el mundo exterior. Como cumplir con las oraciones y desvincularse de todas las tensiones del mundo cuando existen horarios estrictos de trabajo y la adoración indiscriminada hacia tantos dioses en la sociedad que nos envuelve, comentaba un faqir con un simpatizante de la comunidad junto a sus lindos espejos y teteras al estilo árabe, construidos por él mismo, o importados de Marruecos, en uno de los puestos ambulantes de la Carrera del Genil.

Es importante hacer mención, por último, a la recién adquirida parcela enclavada en uno de los flancos del mirador de San Nicolás, magnífico lugar bajo el cual se extiende la ciudad de Granada y desde el cual puede observarse la mejor perspectiva de la majestuosa Alhambra y el Gene-



Vista panorámica de Granada, ciudad en la que se ha establecido la comunidad sufí Darqawi, secta islámica disidente que sigue los pasos y enseñanzas de Abd al-Qadir as-Sufi, su maestro en la tierra.

ralife, reservada dicha parcela para la futura edificación de una mezquita.

Cuál es el soporte económico de todo esto, si existe o no capital exterior que le respalde, éstas son preguntas sin respuesta para los miembros de base de la comunidad, si bien algunas de estas personas reconocen la existencia en un principio de unas ayudas económicas considerables, de origen no muy definido.

ESTRUCTURA SOCIAL

Hacerse miembro de la comunidad es sencillo. Sólo es necesario comunicar el deseo de convertirse al islam al emir o cualquier otro miembro de la tariqa. Ante éste y dos testigos masculinos más como mínimo (o cuatro femeninos, siempre dos mujeres suplantarán la ausencia de un hombre), la persona interesada recitará la sahada o versión original en árabe del reconocimiento de que no existe más Dios que Allah y Mahoma es su profeta. Entonces el emir enunciará un nombre bajo el cual será denominada a partir de ahora la persona conversa. Es el principio de una nueva vida, a partir de ahora todo lo que queda atrás constituye un pasado lejano.

Este ritual hace recordar al baustimo cristiano al igual que la elección del Qub al proceso de santificación en la religión oficial de nuestro país. De hecho existe una larga serie de rasgos comunes entre ambas concepciones de la vida, como iremos viendo más adelante.

Aunque en el apartado anterior me he referido a los miembros de base, tengo que decir que en teoría la comunidad no acepta tal separación. No existe sacerdote o fiel con mayores atribuciones como ocurre en el caso del cristianismo, sino que todos los miembros (sin olvidar que los círculos masculino y femenino son entendidos como realidades diferentes que cumplirán de diversa manera su función y destino) pertenecen a una misma clase. Ello no impide que exista un shayj reconocido a escala internacional (la tariqa se extiende por diversos países de Europa, América, Africa y Asia); un emir en cada ciudad que se ocupa de los asuntos de administración, relaciones entre los miembros, celebración de matrimonios, conversión al islam, etcétera, aunque, en su ausencia cualquier otro faqir capacitado pueda realizar estas atribuciones, así como las del imán, que en principio es el encargado de dirigir la oración. Otra figura relevante es la del mudaqem, cuya responsabilidad es el cuidado de la zawiyya, magnífica casa del shayj a la vez que centro de oración cuando no se cuente con una mezquita, como es el caso actual de Granada.

Todo ello viene a negar de alguna manera el principio de la igualdad y no jerarquía ya que la repartición de funciones se traduce en la práctica en la clasificación además de un reconocimiento especial para con las personas encargadas de ellas. Asimismo existen unas figuras sobresalientes en cuanto a lo que se entiende como la escala de perfección o camino hacia Allah.

Es fácil comprender, por tanto, que entre las mujeres sí existe esa tendencia hacia la igualdad, ya que para ellas no existe cargo alguno (a excepción de ser mujer del shayj, mujer del emir, mujer de...) como no existe valoración de su escala de unión con Allah. La perfección o unión con Allah es aspiración exclusivamente masculina (de hecho no ha existido nunca una mujer Qub. Ni siquiera una shayj, una emir y mucho menos una profeta, en lo que coincide con el resto de las religiones), por el contrario, la mayor posibilidad de acercamiento al Todopoderoso viene dada a través del éxito en la dedicación y servicio al marido. Hay que recordar en este punto que el Corán recoge la voluntad de Allah según la cual «cada mujer que muere, si su marido ha estado contento con ella, entrará en el paraíso».

ANECDOTAS SIGNIFICATIVAS DE LA VIDA COTIDIANA

1.–Prohibida la entrada

No resulta difícil su identificación entre la multitud. Observé su expresión concentrada y ausente bajo el pañuelo de vivos colores y cierto aire exótico. Me dirigí hacia ella, que ordenaba sobre su mesa plegable los pendientes, collares, pulseras y pañuelos similares al que cubría su cabeza, de venta al público. Por favor, le dije, ¿puede indicarme la dirección de la zawiyya? Me miró con cierta desconfianza, lo que me desconcertó un poco en principio. ¿Para qué?, respondió secamente. Le conté. Bueno, está en la Albaicín, me dijo, en San Gregorio Bajo. Pero no podrás entrar, está prohibida la entrada a las mujeres. Me pareció entender entonces por qué le había sorprendido mi interés por la zawiyya, no obstante sonreí incrédula. ¿Tú no vas allí, ni siquiera a hacer las oraciones? Antes sí, me explicó, pero no desde hace algún tiempo, estamos castigadas. Seguí sonriendo, esta vez con simpática curiosidad hacia algo que aún no te acabas de creer. ¿Castigadas, por parte de quién ese castigo? Los hombres, dijo ella con evidente seriedad y manifiesta vergüenza. ¿Pero por qué?, insistí. No sé, no lo sé, repitió una vez otras otra. Mi sorpresa fue grande cuando alguien me explicaba más tarde que el motivo había sido el incumplimiento del servicio de cocina que les había sido encomendado a ellas, para alimento y reposición de fuerzas de los oradores en vías de Allah. Más tarde, sin embargo, comprendí que más que motivo se trataba de la excusa. También esto había sido tenido en cuenta por Allah, y habló por boca del Enviado, «el mejor sitio para la mujer es su casa».

Y es que no es casual el hecho de que no existan más motivos de reuniones comunes que las bodas importantes –las realmente festivas, cuando la novia es una virgen, no una divorciada–, entierros –unión definitiva con Allah– y, en su caso, la oración. Y ocurre que en este último caso existe el peligro de convertirla en una forma de convivencia de sexos proseguida y no de ratos excepcionales como en las otras ocasiones. Y ello no es conveniente. Cuando estás con un hombre, cuando te diriges a él en una conversación sobre ciencia, religión, trabajo, sea lo que sea, inconscientemente le estás transmitiendo tu belleza, y eso es lo que se trata de evitar. Jadiya se detuvo un momento pensativa, luego continuó ¿Entiendes lo que significa el hecho de cubrirse con el pañuelo? Quizá no te has dado cuenta pero el pelo suelto despilfarra demasiada energía. Hace más hermosa ¿verdad? Y como en un intento de ratificar sus palabras se desprendió del pañuelo y trató de hacer volar su pelo en libertad, como para volver a él su natural soltura. El pelo suelto invita a exhibirse, continuó. Obras mal a la vez que provoca que otras personas obren mal. Obstaculiza el camino y hay que protegerse contra eso... Pero yo ya había dejado de escucharla, miraba sorprendida esa nueva imagen de Jadiya en la que descubría a alguien mucho más cerca de mí de lo que las circunstancias nos permitían aceptar. Veinticinco años, Sevilla, Barcelona y un montón de experiencias similares. Y ahora costaba tanto trabajo creerlo.

2.–Obediencia y servicio, protección y respeto

Ellas aceptaban como algo natural la guía del marido o el hecho de que el testimonio de un hombre valga por el de dos mujeres en los procesos judiciales por ejemplo (las mujeres somos más olvidadizas, nos fijamos menos en las cosas), o que en caso de herencia una mujer de la misma línea familiar que el varón reciba siempre la mitad que éste (nosotras tenemos las manos más largas para el despilfarro). Tuve la impresión de que se trataba de justificar de alguna manera lo que denominaban menudencias, ya que lo único importante es la existencia de Allah y su palabra, y cuando El lo había establecido así por algo sería. Allah y sólo El sabe lo que es lo mejor (a menudo se repite en el Corán en diferentes maneras, «El lo sabe todo, tú eres ignorante») e intentar comprenderlo con el cerebro, utilizar la inteligencia, es un gran error. No hay más camino hacia Allah que el del corazón, lo que está perfectamente simbolizado en la flexión humilde, tocando la frente al suelo en señal de abandono de la razón y de entrega absoluta. Hablábamos de todo ello cuando atrajo mi atención especialmente la expresión de una mujer sumamente concentrada y fuera de contexto. ¿Te ocurre algo?, le pregunté. No, casi sonrió. Le pasará, dijo alguna voz por ahí, se va a casar. ¿Te vas a casar?, repetí tontamente. Sí, respondió Hicsan bajando los ojos. Cuéntame, le pedí realmente interesada. No le conozco, dijo ella. Yo no sabía qué pensar. ¿Y cómo es que no conoces al hombre con quien vas a casarte? Hicsan me explicó. Mohammed le había comunicado al emir que quería casarse y que le aconsejara con quién debía hacerlo, así que el emir, o más exactamente su mujer que es quien nos conoce realmente a nosotras, opinó que yo sería su mujer adecuada, y me lo propuso. El y yo fuimos invitados a tomar el té a casa del emir y así fue como nos conocimos y decidimos que estábamos de acuerdo con su voluntad. En estos momentos la inspiración suele venir de Allah así que hay poco miedo a equivocarse. A partir de ahora tenemos que evitar encontrarnos hasta la boda. Así que como no existe noviazgo, y para evitar tensiones, la boda suele realizarse poco después de haberse comprometido una pareja. El emir decide la fecha.

También cabe la posibilidad de que la elección parta del faqir interesado o de la faqira. En ese caso igualmente hay que comunicárselo al emir o su mujer, según de que sexo parta la iniciativa, tras lo cual él lo pondría en conocimiento de la persona elegida (Hicsan, Mohammed te ha pedido en matrimonio. O, Mohammed, Hicsan...). También habría que celebrar la reunión de té para decidir por parte de la persona solicitada si aceptar o no dicha petición. Tras la inspiración de Allah, la boda se celebraría o no (casi siempre suele celebrarse).

Yo no conseguía salir de mi asombro, había enmudecido. Finalmente conseguí reaccionar. Oye, ¿tú de dónde eres? De Valencia. Y tienes más de veinte años. Exactamente veintisiete. ¿Y esto lo ves lógico?, me refiero a esta forma de llevarse a cabo los matrimonios. Me miró pensativa un instante, luego respondió. Tú crees que conoces a un individuo porque has hablado con él días y noches enteras, y a lo mejor hasta habéis hecho el amor. Pero no es así. No sabes nada, o muy poco. Yo sé lo suficiente. Sé que es musulmán, su forma de ver la vida, todo lo que acepta, todo lo que rechaza. No tengo miedo.

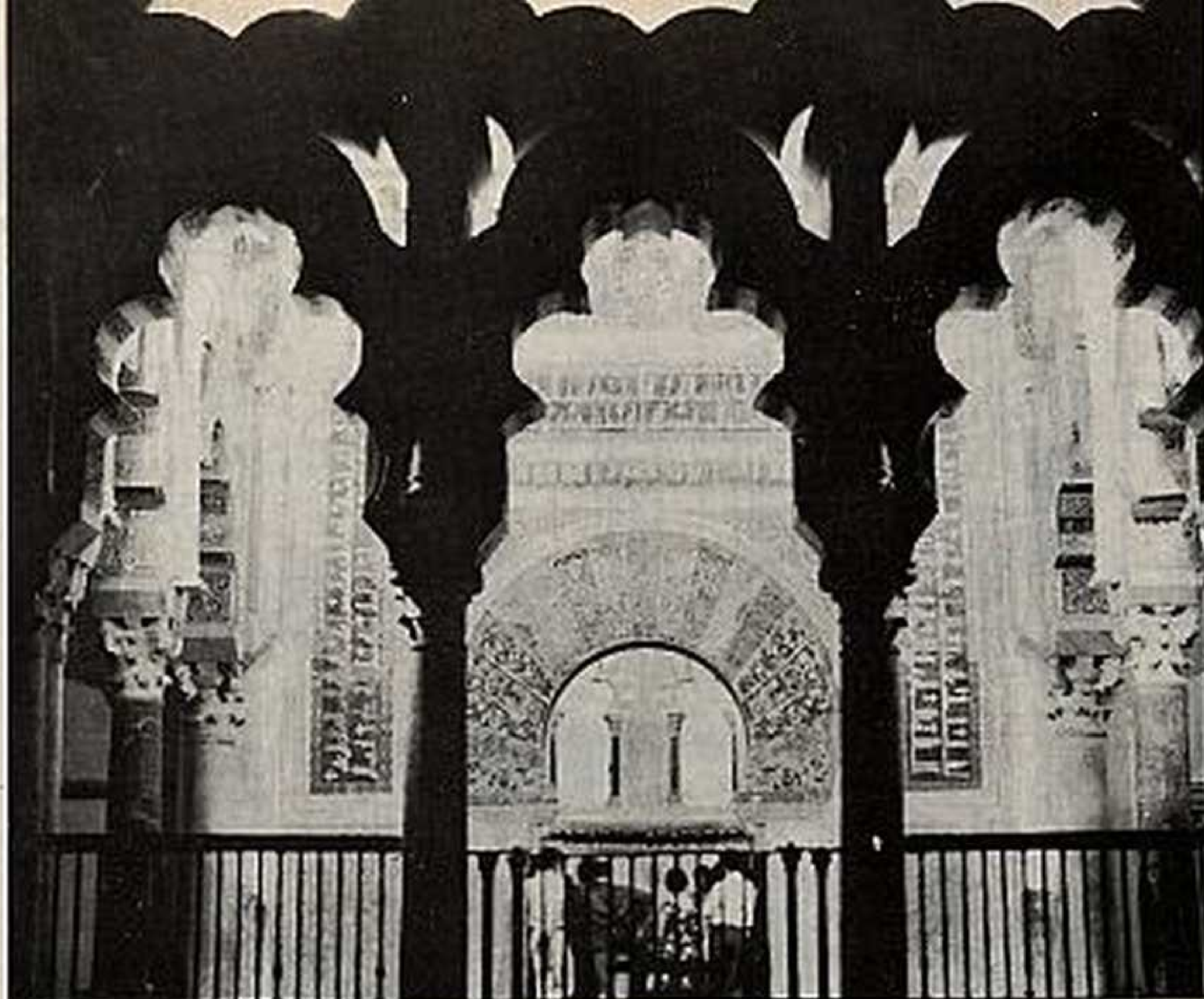
De cualquier modo hay que explicar aquí que las relaciones con el marido nunca van a ser demasiado intensas ni continuadas, un enamoramiento excesivo, meterse demasiado en el pensamiento del hombre equivale a interferir en su camino hacia Allah. Por esto es preferible que los hombres pasen la mayor parte del tiempo reunidos entre sí, en la zawiyya, y lo mismo ocurre con las mujeres, que acostumbran a reunirse sucesivamente en casa de alguna de ellas (hasta hace muy poco, y aún hoy en algunas zonas, ésta ha seguido siendo la tradición en el mundo que en su tiempo constituyera al-Andalus: las reuniones de hombres en el trabajo o en el bar, en torno a unos vinos o unos whyskies, según el poder adquisitivo, y las mujeres en el mercado o a la hora del café. Las nuevas profesiones esencialmente femeninas como son la distribución de productos Avón, Stanhome, etcétera, parecen seguir en la misma línea de perpetuación de esta tendencia, bajo el nuevo colorido de la imagen de la mujer moderna y actual).

Por otra parte, la función de la mujer es seguir al marido y colaborar en su felicidad hasta el punto de aceptar sumisamente y con agrado la existencia de otras mujeres en su casa. La poligamia, hasta el número de cuatro mujeres a la vez, le está permitido al varón. La faqira tiende a ofrecerse incluso a colaborar en la elección de la nueva mujer o mujeres, convencida de que cuanto más se engrandezca la felicidad del marido se multiplicará la suya propia.

Por todo ello, Hicsan no tenía miedo, por el contrario entraba en nuevo plano de servicio a Allah.

La boda debería celebrarse con el sacrificio de un gran becerro que sería ofrecido a la comunidad como manjar en una espléndida fiesta. Ante el imán y dos testigos masculinos como mínimo (dos mujeres sustituirían a cada hombre en el caso de que ninguno de ellos pudiera asistir) el novio se comprometerá a proteger y respetar a la esposa al tiempo que le ofrece un recipiente con leche y dátiles como símbolo de que siempre le proporcionará comida. Entonces ella aceptará el compromiso de obediencia y servicio para con él. La mujer le seguirá siempre donde quiera que él vaya.

La celebración será diferente en el caso de que la novia se trate de una mujer anteriormente casada y divorciada. Se habrán dejado pasar tres meses como mínimo después de la ruptura del anterior matrimonio para contraer otro nuevamente y bastará entonces con que los dos testigos presencien ante el emir o, en su ausencia cualquier otro faqir capacitado, los



La tariqa, o comunidad, sufí se fundó en España hace seis años y reside en Granada desde hace tres, porque en esta ciudad andaluza, el espíritu musulmán permanece vivo. En la foto, la Alhambra granadina.

compromisos adquiridos por ambas partes. No es necesario la celebración de fiesta alguna, en este caso.

3.–Vivir el ejemplo

El hádiz es la narración de las tradiciones de la sumna y la sumna, aunque antes de Mahoma trataba de las costumbres normativas de la antigua sociedad árabe, después del profeta viene a referirse exclusivamente a los dichos, hechos, gestos, hábitos y, en suma, modo de vida del último enviado de Dios, atestiguado por sus familiares y contemporáneos. Y ésta es la base sobre la cual pretende alzarse la comunidad sufí Darqawi ya que considera que este modo de conducirse en la vida, si fue elegido por el Profeta, debe ser el más adecuado tanto en su tiempo como en cualquier otro, transcendiendo a supuestas limitaciones por causas culturales e históricas.

Se trata, pues, de hacer propio el ejemplo de su vida, de ahí, entre otras cosas, que la vida se haga en su mayor parte cerca del suelo, cubierto generalmente por alfombras o moqueta y abundantes cojines. En el suelo las comidas en torno a una gran fuente que será compartida por el grupo de comensales sin necesidad muchas veces de cubiertos (antes de la comida, una fuente con agua y una toalla irán pasando por todo el círculo de comensales sucesivamente, para lavar y secar las manos). En el suelo las oraciones, los cánticos, las reuniones. Por todo ello, por razones estrictamente higiénicas, los zapatos deben ser abandonados a la entrada misma de la casa, junto a la puerta.

La hospitalidad y la solidaridad entre los miembros de la tariqa es notable, en todos los sentidos y en cualquier momento. Suele ocurrir, por ejemplo, que, al final de las reuniones de té o para las oraciones en casa de alguna mujer, vuelen y se entrecrucen en medio de los besos y despedidas las invitaciones para la próxima comida. Aísa puso su mano en mi hombro para llamar mi atención y pedirme que la acompañara en la comida del día siguiente. Naturalmente dije que sí. Me atrajo sobre todo la idea de conocer una casa de matrimonio (ya había estado en más de una casa de solteras y, desde luego, lo que ya no podía caber entre mis pretensiones era introducirme en una casa de solteros). Cuando llegué Aísa ya estaba trabajando en la cocina evidentemente desde hacía un buen rato. Agil y segura se movía entre los cacharros de cocina a la vez que dirigía miradas y gestos de atención del arroz a la verdura hervida, a las salsas y a la revoltosa criatura de seis meses, sobre los mullidos cojines en el suelo. Quise ayudar, pero me explicó que durante los tres primeros días una invitada no puede colaborar en los trabajos domésticos. Luego fueron llegando otras faqiras y, finalmente, la comida estuvo a punto. Y entonces se escuchó el sonido de la puerta al abrirse, tímidos zapatos que escapan de los pies y corren a reunirse en su lugar, junto a la puerta, y voces apenas (el tono de la voz, como el movimiento mismo de sus cuerpos, siempre es lento y suave), y Aísa abandonó un instante la cocina. Cuando regresó supimos que su marido traía consigo a varias personas más de las esperadas.

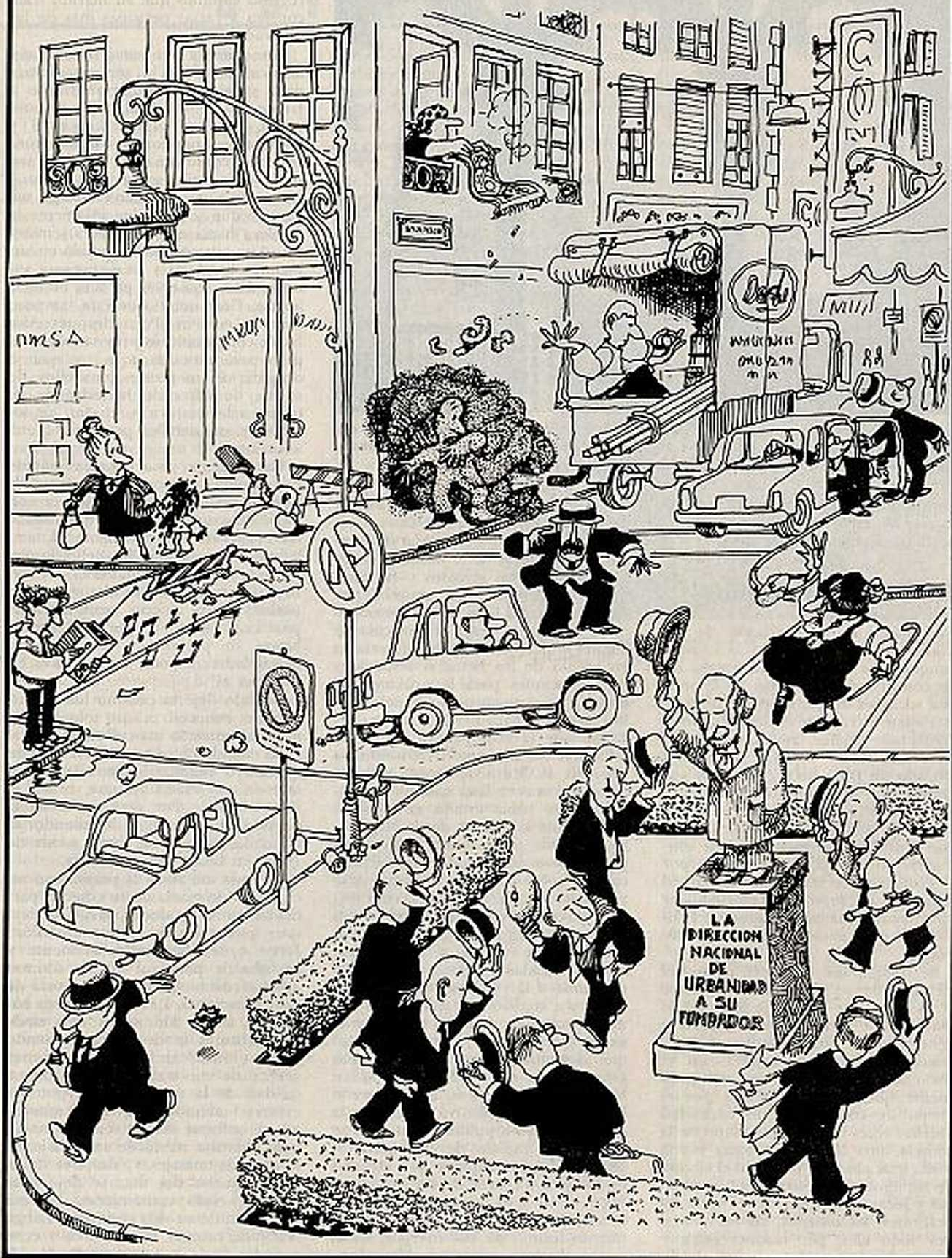
Por primera vez sentí un extraño nerviosismo ante la supuesta inmediata ocasión de sentarme frente a frente con ellos y charlar. Iba a conocerlos, eso era algo excepcional y excitaba mis nervios de forma incontrolable, como imaginé que debían sentir ellas y ellos en las escasas situaciones de encuentro. Sin embargo, me pareció que subían silenciosamente la escalera hacia el piso superior mientras Aísa acomodaba la comida en sus mejores bandejas y se disponía a subirla. Ellos comerían en una estancia aparte. Comprendí que ésta tampoco sería la ocasión. Poco después Aísa había conseguido improvisar algo rápido para nosotras, a la vez que se ocupaba de los postres para ellos, de su té, de ofrecerle la leche de su pecho a la criatura y, en fin, de los ciento y un detalles propios de una anfitriona.

Casualmente yo me había sentado de espalda a la pared, frente a la puerta, de forma que pude ver con claridad a un muchacho que bajaba las escaleras. Probablemente él también observó mi cabello suelto, lo que influyó de alguna manera, pero el hecho fue que él se detuvo en el umbral de la puerta, oculto por la pared, y esperó a que Aísa descubriera su presencia. Aísa se había descuidado un poco, los hombres esperaban el té.

Cuando dejé la casa no había conseguido conocer ni un solo detalle más del universo masculino de lo que sabía cuando entré en ella. Ni siquiera quiénes o cuántos habían estado comiendo a la misma vez que yo bajo el mismo techo. Por otra parte había llegado el momento de abandonar Granada, así que me dirigí a casa de Irene en busca de la mochila.

Antonio me abrió la puerta con un cigarrillo de maría de su cosecha particular entre los dedos, luego se dejó caer pesadamente sobre el sillón. Irene ordenaba meticulosamente y acababa de poner al día los últimos apuntes de bioquímica y, en una de las habitaciones, Liliana y Andrea hacían el amor. Momentos más tarde celebrábamos la despedida bebiendo mate e intercambiando opiniones acerca de mi trabajo, de la buena calidad de la maría, de los grandes errores –menudencias, dijo Antonio– en el enfoque de la revolución cubana. Marina volvió de su trabajo en la casa de masajes y, después de la octava ducha del día, se dejó caer sobre el sofá contándonos las mil anécdotas de su vida cotidiana. Luego acabé de recoger mis bártulos y eché a andar hacia la carretera. ■ M. M.

QUINO



LAS MIL Y UNA EXCUSAS

LUIS CARANDELL

EN tiempos como los que vivimos, las excusas cobran una especialísima importancia. Casi siempre hay un motivo de qué excusarse y, para lo más inexcusable, ha de buscarse siempre una excusa. Se puede decir que la relación humana es hoy una sucesión de excusas que, aunque se basen en hechos ciertos, nunca dejan de ser, para el caso, inventadas.

La vida en las grandes ciudades, pero también en otros lugares donde «las cosas de la vida» no son tan excusables, se ha convertido en un manual de excusas. Si para presentar excusas a nuestros conciudadanos hubiera que enviarles una tarjeta como solía hacerse en tiempos en que el Manual de Urbanidad prescribía las entonces raras excusas, hace mucho tiempo que se hubiera acabado el papel en el mundo.

Hoy no hay que excusar tan sólo la asistencia al banquete de homenaje, la tardanza en la cita, la falta al trabajo o a la escuela, sino que se puede decir que no existe prácticamente ningún acto o condición que no tenga necesidad de ser excusado ante unas u otras personas. Estar o no estar, ir o no ir, quedarse o marcharse son cosas que deben ser constantemente justificadas: Parece como si la misma existencia del hombre fuese puesta en entredicho y, así, deba encontrarse siempre una excusa. Existen incluso profesiones cuyo principal y a veces único cometido consiste en excusar a aquellos para los cuales trabajan. El instrumento específico de la excusa es el teléfono a través del cual las secretarias, y, en casa las esposas actuando como secretarias, exculpan continuamente al jefe o al marido.

Vista a la luz de lo que podría llamarse la teoría de la excusa, la condición femenina resulta considerablemente más «disculpable» que la condición masculina. No necesita ser justificada de una forma tan insistente. La excusa femenina es casi siempre una excusa vicaria, formulada por cuenta de otro. Sólo la mujer incorporada a los trabajos hasta hace poco reservados a los hombres comienza a saber lo que significa socialmente la excusa. La mujer tradicional apenas necesitaba o necesita excusarse como no sea en muy elementales decisiones de si baila o no baila para las cuales los años cuarenta habían inventado excusas tan rudimentarias como «no sé bailar», «me duelen los pies» o «estoy acompañada».

La actitud exculpatoria, sin embargo, corresponde hoy casi en exclusiva al hombre. Existen excusas de novio más que excusas de novia y excusas de marido más que excusas de esposa. Llegar tarde a una cita con un hombre no tiene para una mujer la gravedad que reviste el retraso de un hombre en una cita con una mujer o con otro hombre. La falta de puntualidad no es en España tan grave como en otros países, pero la diferencia está solamente en que entre alemanes o ingleses y una mayor benevolencia en caso de no acudir a la cita.

También hay en España, y cada vez más, gente que se toma muy en serio la puntualidad y que se disgusta mucho cuando no se ve correspondida. Hay en ellos una cierta actitud apostólica de quien intenta, procurando ser puntual y exigiendo puntualidad a los demás, redimir al país de uno de sus peores males. Con estas personas, cuyo rigor puede ser más severo que el que se aplica a la impuntualidad en otros países, el español medio, normalmente algo rezagado y moroso, tiene que estar particularmente preparado para improvisar o inventar excusas. Aquí se tiende a dar a la excusa por haber llegado tarde un cierto contenido dramático. El caos de la circulación tiende a exagerarse en el discurso exculpatorio. Son frecuentes las explicaciones de contenido más o menos catastrofista. Se invoca el mal funcionamiento de todas las cosas y la caótica situación del mundo. Si se pudieran aducir grandes catástrofes o, incluso, la suspensión de las leyes físicas, se haría con gusto. Cualquier desastre que haya sucedido en la ciudad, aunque no haya afectado al que se excusa por su tardanza, es aprovechado por él abusivamente.

El supuesto mal funcionamiento del correo se alega con frecuencia para justificar no haber escrito o haberlo hecho tarde. Y la falta de taxis, la espera del autobús, el tráfico o la noticia de haberse producido un socavón, un apagón o un accidente, aunque sea en lugares distintos de aquellos por los que había de pasar el que se excusa, sirve para explicar el retraso.

La benevolencia con que se trata al que ha llegado tarde necesita también su excusa y «las cosas de la vida» sirven a este propósito. El que está recibiendo las excusas hace un gesto aludiendo a esas vagas razones existenciales que le han tenido esperando al retrasado. El hecho cierto es que muchos españoles llevan lo que podría llamarse un retraso histórico que les impide llegar a la hora a sus citas porque vienen rezagados de las citas anteriores a las que llegaron tarde. Entre cierto tipo de gentes capitalinas la puntualidad es tan rara que, cuando alguien llega puntual, se ve obligado a buscar para ello una excusa.

He dicho que la mujer tiene en general menos necesidad de excusarse

LAS MIL Y UNA EXCUSAS

que el hombre y ello es cierto en todo aquello que no esté relacionado con los trabajos que hoy la mujer desempeña. En las citas, por ejemplo, se admite que la mujer llegue un poco tarde para evitar que sea ella la que tenga que estar esperando, siempre contando con la muy real probabilidad de que el hombre se retrase. Pero son las mujeres las que en España cargan principalmente con la tarea de las excusas, no porque tengan que excusarse a sí mismas sino porque, tanto en casa como en el trabajo, son las encargadas de excusar a sus maridos o a sus jefes.

La gente que no tiene secretaria se ve obligada a mentir por sí misma o a pedir a un compañero de trabajo que lo haga en su nombre. Función capital de la secretaria es decir mentiras por teléfono a los que llaman con la pretensión de hablar con su jefe o, a veces, con cualesquiera otras personas de la empresa. En España se puede llegar a tener a veces la impresión de que nunca nadie se encuentra en su despacho a las horas de trabajo. Es la secretaria la que se encarga de escamotear la presencia del interesado. Una persona es «inencontrable» cuando la secretaria se muestra particularmente eficaz en defenderle de la persecución telefónica. El continuo «no está» llega a equivaler, en el tono de voz de la secretaria a un «no existe», a fin de que el perseguidor cese en su empeño.

Un intermedio entre estar y no estar en la oficina es el «no se puede poner, déjeme el recado», que algunas secretarias emplean como sucedáneo del más cómodo pecado de mentir. Para gente de más categoría se utiliza el «está reunido». Estar reunido puede querer decir alguna vez que el interesado se encuentra en una reunión de la que no puede salir, pero, la mayor parte de las veces, significa que «no está» matizado y más prestigioso que la ausencia. Pasa con esto como con la asistencia a los homenajes a los cuales se puede, en orden de importancia «ir», «excusar la asistencia», enviando un telegrama y «no ir». Que la razón de no poder ir sea cierta o no, no quita al hecho de excusar la asistencia su carácter de fórmula intermedia entre «ir» y «no ir», premiada a menudo por la mención pública del nombre del que excusa su asistencia.

Vivir hoy exige poder utilizar, como suele decirse, las mil y una excusas. O más. ■ L.C.

EL MISTERIO DE LOS JESUITAS

E. MIRET MAGDALENA

LA crisis de los jesuitas ha sorprendido al mundo entero. Unos no se esperaban que el Papa Juan Pablo II fuese a adoptar una decisión drástica, tomando directamente las riendas de la Compañía de Jesús por medio de un delegado papel. El Pontífice lo prefirió así, en vez de aceptar la libre decisión democrática señalada en las *Constituciones* de esta Orden religiosa; Constituciones que fueron redactadas con gran habilidad por su fundador San Ignacio de Loyola. Por otro lado otros muchos tampoco se esperaban la reacción serena, tranquila y silenciosa de todos los jesuitas, cualquiera que fuese su personal postura, en la crisis del apostolado que el Papa quiere resolver *«Manu militari»*.

Sin embargo, cualquiera que conociese bien la entraña misma de la Institución jesuítica hubiera podido pronosticar esta discreta actitud generalizada.

Resultado de esta postura sin histerismos ni rebeliones, ha sido la luz verde que el Papa Wojtyla ha dado por fin a la elección de un general, sin inmiscuirse él directamente en señalar la persona más de su gusto.

Y si echamos una ojeada, a través de los cuatro largos siglos de existencia de la Orden, apreciaremos siempre esta misma postura, que es la postura de la eficacia. Desde el principio estos grandes predicadores de la obediencia fueron inteligente y discretamente independientes en su lucha pacífica con los inconvenientes que les ponía la Santa Sede. Ese es el misterio de los jesuitas: una eficacia tenaz, realista y sin alharacas. En último extremo aprendieron aquella «regla del gran maestro», como señalaba el espejo de profundos jesuitas que fue nuestro aragonés Baltasar Gracián: «Hanse de procurar –decía– los medios humanos, como si no hubiera divinos; y los divinos, como si no hubiera humanos».

Este misterio jesuítico de la eficacia tiene cinco resortes principales: 1) la habilidad; 2) la virilidad; 3) la sutileza; 4) la flexibilidad y 5) el sentido de la influencia. Es verdad que estas cinco cualidades de eficacia han degenerado en bastantes ocasiones, convirtiéndose en su caricatura al pasar de la habilidad a la astucia, de la virilidad a la frialdad, de la sutileza a la hipocresía, de la flexibilidad al pragmatismo y de la influencia al elitismo. Analicémoslas:

1. Ignacio de Loyola fue un gran *estratega* y un hábil *táctico* cuya técnica resumió Gracián en esta máxima expresiva de la acción con los demás, tal como quería el fundador de los jesuitas: «entrar con la ajena, para salir con la suya». Esta es una versión ligeramente cínica de la paradójica máxima del Evangelio, aconsejada como norma de conducta por Jesús: «sed cándidos como palomas, y prudentes como serpientes». Durante siglos se les ha achacado a los jesuitas, por la manera de llevar a cabo ese consejo de habilidad, que fueron los propagandistas de la inmoral pero eficaz consigna: «el fin justifica los medios». Cosa falsa, desde el punto de vista teórico, pero muy real en la conducta cotidiana de la Compañía de Jesús de algunas épocas, de determinadas circunstancias y de bastantes de sus seguidores, como reconoce el jesuita Juan José Coy cuando dice: «¿el fin justifica los medios?..., en la práctica nuestra de cada día estamos diciendo y haciendo que *sí*, que el fin justifica los medios». Sin embargo, hemos de reconocer que, en la crisis post conciliar, los jesuitas están a punto de combatir no sólo en teoría, sino en la práctica esta máxima degenerada de sus consignas de eficacia.

2. Muchos jesuitas que salen a relucir en la literatura parecen más de acero que de carne humana. Unas veces para bien, y otras para mal. En la novela del Padre Coloma *«Pequeñeces»* sale claramente esta figura del *estoicismo viril*, como modelo y ejemplo de jesuitas. En cambio en la obra



San Ignacio de Loyola.

de Ramón Pérez de Ayala *«A.M.D.G.»* podemos leer una estructura análoga de jesuita, pero bajo tintas negativas. Muchos de los jesuitas elevados a los altares han participado de esta característica, que a algunos les parece expresión de energía, y otros creen que es manifiesta frialdad inhumana. Cuando de pequeños nos hacían leer los extraños pasajes de rigidez neurótica de San Luis Gonzaga, van en la línea de esta superrepresión de los sentimientos humanos, producto de este excesivo estoicismo de algunas figuras de jesuitas muy señaladas. Los jesuitas, según el Padre Charmot, son los pedagogos de la energía, porque fueron los más amplios divulgadores del *«poder de la voluntad»* desde los primeros tiempos, en que ya se recomendaba a los novicios la lectura de los moralistas latinos, como Séneca o las figuras de una dura pieza moral del mundo romano. Y así más tarde han sido muchos los jesuitas que han escrito numerosos libros de estímulo al poder de la voluntad, como Boyd Barret, Lindwordsky, Irala, Laburu, etc.

3. Se dice que la Compañía de Jesús tiene como virtud fundamental de su estilo la obediencia, incluso la *obediencia ciega*. Pero sin embargo, la enseñanza de San Ignacio es mucho más sútil: él lo que propugna para sus súbditos es la *«Obediencia de juicio»*. Pero no nos engañemos con tal frase: esa ceguera de nuestro juicio es más bien para los demás, porque los de dentro de la Compañía saben muy bien que lo que él predica es más bien la «obediencia inteligente», como interpreta el arzobispo jesuita monseñor Roberts. Y es que cuando él recomendaba a los jesuitas portugueses acoplar el juicio del súbdito al superior, ponía esta salvedad: «en cuanto la devota voluntad puede inclinar al enten4 dido»; pero todos los jesuitas habían estudiando en sus clases de filosofía escolástica, que al entendimiento no le puede forzar nunca la voluntad, sino solamente «la evidencia de la verdad conocida», como recuerda con sutileza San Ignacio poco después de aquella frase de sumisión. Por eso la historia de San Ignacio está esmaltada de pacíficas rebeldías, como la que tuvo con el *Santo Oficio* de Salamanca a cuyos jueces les dijo «que obedecería en aquello que estuviera dentro de los límites de su jurisdicción», y que cómo no encontraban «ningún error en su doctrina» no le podían impedir «hablar de las cosas de Dios con libertad..., y era libre de ir donde mejor le pareciese», según cuenta el Padre Rivadeneyra en su *Vida*. Y lo mismo le ocurrió cuando en Roma querían oponerse a sus deseos, intentando intervenir dentro de la Orden; en esas ocasiones buscaba la influencia de los cardenales e incluso de la hija de Carlos V, Margarita de Austria, para que el Papa no entorpeciera la marcha interna de la Compañía de Jesús, tal y como quería llevarla adelante San Ignacio.

4. Característica es de los jesuitas como Institución la *flexibilidad* para adaptarse a todas las situaciones, épocas y circuntancias, porque desde el principio quiso su fundador que no se atasen «a ninguna forma invariable de servir a Dios», sino «que todos pueden hacer de todo, en vista del bien común». Incluso, a pesar del militarismo de su organización estricta, Ignacio de Loyola ni siquiera ató a los jesuitas a ninguno de los métodos ni tiempo de oración que tenían las órdenes religiosas hasta entonces, porque lo que quería es que el jesuita «buscara a Dios en todas las cosas», sin convertirse en una especie de monjes en el mundo, ya que en el trabajo «sus hijos deben encontrar a Dios tan fácilmente como en la oración formal». Sin embargo, su continuador San Francisco de Borja cambió las cosas y durante siglos la Compañía de Jesús se acopló, lo mismo en la oración que en la indumentaria, a las órdenes monásticas como señala el Padre W. V. Bangert en su *«Historia de la Compañía de Jesús»*.

5. Su sentido de la influencia llevó frecuentemente a los jesuitas a atender con preferencia a aquellos grupos humanos que eran *«letrados»* o bien *«personas grandes y pueblos»*, como se afirma en las *Constituciones*. En su historia hay un cierto «sentimiento aristócrata», derivado de ese afán de eficacia y de influencia eficiente que es una de sus características más señaladas. La lástima es que en bastantes ocasiones degeneró esto en un cierto «elitismo» y «exclusivismo», que no han beneficiado a la imagen popular de la Compañía de Jesús.

Todos estos elementos constituyen las principales características que han forjado la evidente eficacia que, a través de los siglos, ha tenido esta orden religiosa, que ha preferido llamarse *Compañía* recordando así la fuerte organización, junto con la flexibilidad táctica, que han estado complementariamente unidas en esa Institución. Todo ello ha producido no sólo beneficios, sino también resultados negativos que han sido la caricatura de la quíntuple clave de su eficacia. Eso es lo que se ha llamado *«jesuitismo»*, que fue «característico de un pasado aún muy cercano», como confiesa con nobleza el Padre Coy; pasado «y casi presente» está llamado a la extinción», según puede observar cualquier espectador imparcial. Y el mejor síntoma son las posturas de algunas figuras meritorias que lucharon contra la llaga del *«secretismo»* en la Compañía de Jesús, cuyo primer debelador fue el Padre Mariana en el siglo XVI y, en este siglo, desde el apasionado Padre Miguel Mir, hasta el sereno y equilibrado Padre Diez Alegria. ■



ESPONJA

ALVARO DEL AMO

«¡Ah, la tigre domanda la sua preda!»
(Ernani, drama lírico en cuatro partes, libreto de Francesco María Piave, música de Giuseppe Verdi).

LA abuela Ifigenia cumplía labores de esponja. Consolaba a nueve hijos. Comprendía a tres nueras. Animaba a dos yernos. Sobrevolaba, mediante un batir de alas inquieto o solemne, una tropa muy mezclada de nietos y nietas, sobrinos y sobrinas, primos y primas que, ramificándose interminablemente en afluentes colaterales, parentelas políticas, protegidos de ingente prole y cocineras de siempre que un buen día regresaron a Molina, alcanzaría fácilmente, en aquella época, el medio millar.

Gozaba de una detallada memoria. Jamás confundía las tristezas. Distinguía con perfecta claridad, la pretensión de éste y el pánico de aquella, cada hedor con su nombre, cada síntoma con su rostro. Las historias de amor no se desplazaban hacia las recetas de cocina. No celebró un éxito universitario con carta de pésame. Recordaba con luminosa nitidez, las cicatrices de todos, las decepciones de todas, sin traspapelar un episodio, sin embarullar rivales, contemplando el accidentado mapa orográfico de la intimidad del clan con la calma y la seguridad de quien sale a la terraza, trepa a la atalaya o se cuela en un palco para saborear, una vez más, un paisaje conocido.

Carecía de estilo. No aplicaba un sistema definido. Largos años esquivando remedios. «Cada corazón» —decía, aludiendo a la réplica de una comedia olvidada— «tiene su color propio.» Y añadía, citando libremente el estribillo de un himno popular: «Lo que para unos es algodón, para otros es asperón.» Y buceaba, con la misma suavidad, con idéntica firmeza, en las aguas ensangrentadas de un ataque de celos, en la charca verdosa, turbia en su angustiada transparencia, de una precoz vocación mariana, en el barro estupendo de un ardor póstumo, y en el residuo amarillo que deja en la playa, al retirarse, un océano de tiquismiquis.

No parecía creer en el desahogo. Interrumpía. Mandaba callar colocando delicadamente un trémulo dedo sobre los labios del confesante. Como si adivinara el desenlace de un preludio destinado más a presentar la congoja en el escaparate de una tiendecita famosa por sus bombones de raro licor que a enumerar los detalles de un desastre que exige urgente alivio. Como si disculpara, para ahorrar penalidades al testigo de su propio drama, la alusión al pasaje ineludible donde, en pura lógica, todo ha de darse por perdido. Como si bastaran unas pocas frases para aplicar un

diagnóstico certero, una sentencia definitiva: tal desgarro, que se presenta muy enmarañado y original, no es sino una variante del cariño antiguo que un encuentro casual rescata y reanima; esta melancolía, ofrecida como inédita, apenas se distingue del más puro y clásico aburrimiento; la postración atribuida a la crueldad de la ausencia ha sido de verdad provocada por un simple catarro de nariz complicado ligeramente con un brote alérgico inesperado: la estación donde se produjo la despedida, en penumbra de abril a noviembre, es una selva de flores y enredaderas.

Siempre viste de claro. El peregrino atribulado, el súbdito triste, el descendiente lloroso que acude en busca de ánimo, de aliento, de calmante para la sorda molestia que corroe el costado desde que se casó la hermana, de apósito para el purulento boquete que se abrió aquí en el pecho cuando el marido despiadado decidió reconciliarse, encuentra a la anciana en la terraza, sonriendo, sonriente, ante una bandeja (un servicio de té, un juego de café, una jarra de refresco de grosella, copas de vino, licor, agua fría) que pretende adivinar, y adivina, los gustos del mendigo, los caprichos de la nieta, el tónico que el convaleciente bebe a pequeños sorbos mientras contempla la esbelta, plácida y luminosa figura envuelta en un chal blanco, erguida en su blusa de encaje desvaído, una mano larguísima levanta el vuelo desde la falda pálida invitando a sentarse, a acomodarse en la butaca que también varía según el visitante. Vistiendo «como una niña pequeña» (una de sus hijas dedicó, inútilmente, en una ocasión, largo rato a criticar el vuelo de una bata de baño: «Mamá, ¿no te das cuenta», parece, qué sé yo, ¡un faldón!») negaba el luto. Se escabullía de cualquier gesto compungido. Borraba el tono grave. Diluía en rosas (la gama completa: desde el más leve —calificado por la modista como «rubor de nata»— al casi fresa), en verdes (hasta el verde pera, mucho antes del verde mar), en azules (sólo uno, en realidad: el pastel, el azul pastel), en castaños (todas las intensidades del crema, todas las suavidades del ocre), las salpicaduras, los zarpazos, los temblores de cada confidencia. Las insidias, objeto de tal o cual relato, resbalan rápidamente sobre la seda gris perla. La menuda, complicadísima venganza, que articula el avance de este argumento o el arranque de aquel prólogo, se disuelve en el aire antes de motear, de puntear, de agujerear el abanico rojo o el guante negro que sirven, según las estaciones, de contraste, de trazo de color a la tenue indumentaria.

No aconseja. No señala. No legisla. No se inclina, cuando el dilema consiste en elegir, por un pretendiente. No apunta, cuando el drama coincide con un enredado ovillo de renuncias inaceptables y de huídas poco airosas, una solución intermedia. Siempre ha procurado esquivar encargos de mediación. Su escaso talento para la intriga (incapaz de urdir ni siquiera la composición de una mesa de pinacle entre cuñadas que buscan desde finales de junio un terreno discreto donde hacer las paces) había descartado no sólo diplomacias de tanteo (por ejemplo: sondeos dirigidos a vislumbrar la temperatura del entusiasmo de éste por aquélla o, en el gráfico del perdón, el quebrado trazo que se encarga de medir la curva del arrepentimiento del indeciso, del traidor, de la cuitada o del muñeco, de uno u otro sexo, completamente desprovisto de voluntad), sino, incluso, simples recomendaciones de paciencia («Espera a que se le pase el disgusto»), de energía («¡Dilo!»), o de habilidad («Preséntate con un regalito», «Elude el tema de la última convocatoria», «Alaba el cambio de peinado», «No critiques con tanta ira su falta de puntualidad»).

Dice poco. Apenas responde. Una pregunta susurrada, un breve comentario prodigio de ambigüedad, unos cachetitos en la rodilla, en la mejilla, a la altura del codo, muy leves y precisos, mientras desvía la mirada o trajina en la bandeja sirviendo otra taza, otro vasito, «tú lo tomas sin azúcar, ¿no es eso?», y poco más. La obra maestra del difumino.

El atribulado se incorpora a besar el rostro o la mano de la anciana con el resorte del alivio. La acongojada al despedirse observa con júbilo que una rara calma comienza, muy firmemente, a inundarla. El niño que llegó huraño y mohíno regresa brincando. La mocita recupera, al bajar las escaleras, el tinte de su cara, sepultado, hasta hace un instante, bajo una gélida blancura. El joven cruza el sendero con un empaque que despierta, indefectiblemente, el mismo brillo pícaro en la pupila de Roque, el jardinero, que ha agotado su vida en la búsqueda de una rosa verde que jamás injerto alguno haría brotar (tuvo que contentarse con un tulipán azulado de indecible belleza) y el desfile de varias generaciones de señoritos que entran poco menos que trastabillando, pisotean el césped, se enjugan una lágrima en el porche antes de encontrar el timbre, resultan inexplicablemente encerrados en el garaje, y, poco después, abandonan la casa elásticos y erguidos, saludándole desde la verja con alegre cordialidad.

Los adultos disfrazan su sed con las mañas de la etiqueta. Acuden simulando el tedio plácido de una visita. Una laboriosa pamema de sombreros que agitan el aire del vestíbulo acompañando una obviedad sobre la lluvia, de chalecos que se acomodan repitiendo la excusa del pasaba por aquí (exactamente: «Tu casa, mi querida Ifigenia, queda cerquísima de todo»), de paraguas o sombrillas que mordisquean la alfombra un instante cuando ya no puede retrasarse por más tiempo el motivo de la aparición, de zapatos con mil fulgores y medias exquisitamente tostadas que buscan con difícil disimulo bajo la butaca el impulso para romper a hablar mediante un frotar de pezuña y un retorcerse de boa, los ojos turbios bajo el velo mienten sobre la crueldad del sol (no ciega la luz, las lágrimas llegan de otra nube), al tejido adiposo que fortifica el gran vientre donde se aloja el pánico aún le quedan ganas para presumir de orondo, el guante como miniatura de látigo: dedos de lana o terciopelo fustigan brazos de sillón, palmas de manos, botonaduras, bolsos, nudillos, uñas, la atmósfera. El paripé tarda en desmoronarse. Cuando por fin los labios delicadamente embadurnados de sangre o nácar revelan el porqué del viaje y la primorosa perilla vomita el secreto de irrupción tan intempestiva, se mitiga, sí, ciertamente, el esplendor de la afectación, el parloteo hace agua, vacila el cotilleo, aunque, como si la cháchara se resistiese a naufragar, como si el

apurado armazón de grasa y telas de precio, de colonias y pliegues (de piel flácida, de encaje, de paño inglés) se empeñara en defender hasta el fin un baluarte de guiños, la amarga historia que vienen a ofrecer se adornará de circunloquios, de paréntesis destinados falazmente a quitar importancia a lo esencial, de risitas que parecen tantear quién sabe qué complicidades, qué tenebrosos sobreentendidos, de rapidísimos parpadeos, de disgresiones, de juicios morales o de valor, de halagos mezquinos, de mediocres reproches disparados contra un destinatario impreciso. Al abandonar la escena poco queda de la sinfonía de melindres. La emoción del desahogo, la dulzura del bálsamo o jarabe, la voracidad de la esperanza que empieza ya a agitar sus aguas, a susurrar sus falsedades, la súbita ilusión de que la congoja no guardaba proporción con el tamaño de la afrenta, la carne adulta agradece entumecida compartir la carga, se distingue a lo lejos una solución, un arreglo, la confianza lo cura todo, y la dama, exhausta, se retira a pasitos cortos. El caballero, tiemblan las rodillas, el pulso vacila al empuñar el bastón, la última vez salió al pasillo cantando a pleno pulmón, se escabulle, de una carrerilla, por la puerta de atrás.

«Las momias de nuestra edad no necesitamos hablar para entendernos», suele decir el tío Raúl para explicar el silencio (nítido, iluminado por una calma inquebrantable) y la secreta cordialidad (cómo arden los ojos acuosos, qué menudo temblor derrama la jarrita de leche fría, la saliva se endulza en la contemplación cruzada del mechón blanquísimo, la fina mano pecosa, la papada ligeramente enrojecida, la oreja transparente, el arranque de la clavícula de mármol) que emana de las meriendas que, pase lo que pase, celebra la abuela Ifigenia cada día uno para, como dice ella, «los antiguos alumnos», «los loros» (según la tía Aurelia, que llega la primera con obsequios para todos que esconde con ilusionada picardía en la zona reservada a cada cual), «los supervivientes de la hecatombe» (en opinión de Flusi que sigue igual de delgadísima, tan tiesa como siempre, aún aficionada a calificar la niñez de «inundación», la juventud de «precipicio», la edad adulta de «yermo páramo» y el cumpleaños número 75 de «catástrofe», «incendio» o, su palabra favorita, «hecatombe»), «los señoritos mayores» (Coronación tiene también su puesto en la mesa), que, hermanados por una muda solidaridad, cómplices en cuanto comparten muy a pesar suyo un puesto de testigos simultáneos, complementarios, se miran, esquivando recuerdos, negando cualquier chispa de nostalgia, sin nada que añorar, lúcida y, casi, alegremente.

La abuela Ifigenia, instalada con sólida comodidad en su papel de recipiente de desdichas, vivió, como cúspide del consuelo, años de serenidad. Habituada desde temprana edad a presentarse ante los demás como paño de lágrimas, había logrado, no sólo una cierta impermeabilidad frente a lo húmedo y un considerable desdén por lo salado, sino también incorporar a su fragilidad, a su naturaleza impresionable, un componente elástico de gran resistencia, una especie de materia aislante, de capa de parafina, muy adaptable envoltorio que garantizó la salvaguarda de un reducto, si no siempre inexpugnable, sí, al menos, libre de los lazos más turbios, preservado de la pérfida pretensión de tantos enfermos: procurar a toda costa el contagio de quien se aproxima a sus fiebres.

Como las figuras ya clásicas del confesor, del médico o del buen amigo o samaritano (dedicados profesionalmente: al perdón desde la celdilla de madera y alientos que empapan paños violetas; al alivio de dolores y llagas en la consulta blanca o de caoba; el deshilachado reino de la sonrisa, el ánimo y la compañía: taburetes junto al lecho de muerte, tardes lluviosas con ciegos joviales, infusiones indigestas con solitarios insoportables), ella había cumplido, desde aquella tarde en el jardín, su labor de esponja.

Carecía del simplismo entusiasta de quien ejerce la llamada caridad con la obcecación impertérrita del corredor de fondo. Jamás dispuso de la simpatía, meliflua o no, del o de la que irradia ese efluvio que atrae, que convoca, que inspira confianza, admiración o, sencillamente, ganas de merendar con persona tan encantadora. Aborrecía los consejos por su obviedad y a los consejeros por su pretenciosa indigencia. No sentía la menor curiosidad por los gustos, planes, deseos, preferencias, o pústulas de nadie. Los secretos ajenos no despertaban en ella la más nimia emoción. El verbo ayudar apenas entraba en su vocabulario, y siempre a la hora de formular ruegos u ofrecimientos de pura amabilidad práctica: «¿Quieres que te ayude a poner la mesa?»; «¿te importa ayudarme a correr esta butaca hasta el borde de la alfombra?». Desplazaba las confidencias a la categoría de mordiscos. Cuando cualquiera manifestaba el propósito de abrir su corazón, ella no podía reprimir el gesto de taparse, más o menos disimuladamente, la nariz.

Una sinuosa combinación de azar y de silencio condujo la evolución desde la niña que se asombró en el jardín frente al revólver del tío Enrique hasta la anciana que había aceptado tiempo ha su papel de hombro donde tantísimos allegados podían poner en cualquier momento su frente o testuz. Siempre se resistió a admitir el milagro de su influencia. Espontáneamente escéptica y retraída, desconfió año tras año de la fe que despertaba en los demás. Se negaba a considerar un don o carisma lo que ella sabía producto inesperado de la casualidad, del vaivén temeroso respeto-inconfesada aprensión que sus labios mudos provocaban, y de una oscura rutina que venera el reparto de papeles como si de un gesto de sabiduría divina se tratara (Carlitos, con fama de ocurrente desde una fiesta de disfraces donde bromeó sobre el tamaño de su fez en franca desproporción con la minúscula media luna y la enorme borla que lo adornaban, se ve obligado, lustros después, a seguir actuando como graciosísimo sin que

nadie respete su justificado malhumor ni sus frecuentes molestias lumbares; Anastasia, que ganó justa fama de excelente cocinera al iniciarse el siglo ya puede presentar a la mesa la plasta más informe e insípida que será recibida con alborozo; Eduardo será pase lo que pase, aunque ya nadie recuerde la hazaña infantil que motivó el apodo, «Eduardo, el temerario»; y así sucesivamente). Su respiración acompasada nunca se alejó de un último poso de estupor. La aureola irradiaba, obediente, calma y luz dorada, palpable paz y discreto misterio, un cerco capaz de amueblar con minuciosa sobriedad un fortín propio, un espacio reservado a su comodidad, a salvo de la persecución de los desventurados, para ella sola, una tierra de nadie donde reposar, los aullidos llegan muy mitigados por la distancia, la fe que nunca tuvo en su talento curativo no es ya un rincón vacío, sigue sin abrazar, sin entregarse a la imagen o figura de patrona del desamparo, cada dosis de ánimo que infunde deja aún una estela de incredulidad y de sorpresa, la lucidez, que no ha cedido, iluminaba hasta el comienzo del otoño tenebroso, un plácido paisaje de independencia y serenidad.



Ifigenia paladeaba, después de un verano casi solitario, la calma de un bienestar menudo y opaco, protegido por el repliegue, lejos de cualquier esperanza, caldeado por la lista interminable de dolientes que, por mucho que ella misma fuera incapaz de descifrar los atributos de su rarísimo arte, habían encontrado en su presencia alivio, alegría, nuevos impulsos, claridad de juicio, tranquilidad, sueño y confianza, cuando, súbitamente, la combinación o la suma de varias peripecias mínimas, recibidas como insignificantes, pasajeras, abrió una grieta en la muralla de sosiego que, extendiéndose a gran velocidad, vorazmente, amenaza con derrumbar el castillo de tibio y acogedor abandono donde Ifigenia, en su condición de abuela cima, se había definitivamente instalado.

Tres noches seguidas de duermevela (sin causa clara: «He debido coger frío al bajar del tren»), la mudez completa de su modista (el vozarrón de Angela ha ido, en su ausencia, durante el verano, adelgazando y quebrándose hasta apagarse del todo), y un comentario de su nieta Isabel lanzado como simple noticia («Hoy hace exactamente un mes que no sé nada de él»), prepararon el camino a una difusa alarma que, tras segregar durante semana y pico un generoso goteo de inquietud inexplicable, desembocó, una mañana de domingo, en brevísima revelación: «Ifigenia, todo ha sido para mal.»

1

Después de la siesta, que acaba oficialmente alrededor de las cinco y media, y antes de la merienda, que se celebra a las seis en punto, el jardín, el sol declina, acude la brisa fría, el aire amarillea, ofrece su rostro más amigable.

Desierto, o casi, los mayores duermen en sus camas o dormitan en el porche o la terraza, los niños terminan su reposo alargando la languidez de un sopor imprevisto o combatiendo (escaramuzas de almohadas, sobre todo), el jardín acoge exclusivamente al coche de algún bebé que (por su palidez, porque la doncella prefiere pasear, por decisión irrevocable del propietario o propietaria del recién nacido) recorre, despacio, deteniéndose a cada paso, con plácido sigilo, la avenida de piedra que bordea la casa.

Ifigenia se ha escabullido un poco antes. Cuando María Rosa, su hermana mayor, cierra los ojos y la novela cae sobre la colcha, ella, que acechaba, pega un brinco, entorna aún más la persiana de madera, María Rosa suspira, duerme ya, en la penumbra, Ifigenia, en perfecto silencio, sale,

ESPONJA

cierra la puerta («¡No entréis ahí hasta que se despierten!»), baja las escaleras, la entrada principal siempre abierta, no echa a correr hasta alcanzar los primeros árboles.

No ha construido un rincón favorito. Nada de cortezas con hendiduras, piedrecillas señalando espesas matas, raíces que reciben un envoltorio de secretos. Tampoco pretende haber descubierto guarida, osario o palacio de sapos. Cuando pierde el aliento, se detiene, se derrumba, jadea, golpea la tierra, ríe, se postra y mira: el lunes fue una colina pelada, el martes un círculo de manzanos, ayer hormigas.

Huye. Se escapa de la habitación a oscuras con la boca feliz de María Rosa, de la cama junto a la pared, de la biografía que exigen que lea; también de esa carcajada que sólo ella oye y que llega del cuarto de sus padres o de la alcoba de la tía Aurelia y el tío Ernesto o del planchero o del trastero: muy rápida, muy seca, muy brusca hasta que, sofocada por algo, por alguien, muere, muere ahogada; y, sobre todo, del preludio de la merienda: se han repartido ya algunas raciones, se desmigan bizcochos, se mordisquean tabletas, bajan, asoman los primeros adultos, abotargados, párpados blancuzcos, lenguas de estropajo, beben agua, encargan tila para la esposa que aún se despereza en tinieblas, improvisan una compresa de agua fría, un refresco de ron para el marido que, sentado en la cama, no acaba de abrir los ojos, merodean, reprendiendo cansinamente a sus hijos (el consabido «te vas a poner la pechera perdida de chocolate»), confundiendo los nombres de los sobrinos, desperdigándose entre bebés que alguien a esa hora arranca con variable pericia de la cuna y levanta y agita como mostrando un trofeo estupefacto que ríe sin dientes o llora sin consuelo: un turbio, soñoliento tejido de miradas de soslayo (que escudriñan comisuras, cogotes, trenzas perfectas, dientes de leche, mentones verdosos, pestañas suavísimas, chales que se desprenden, toquillas atadas), de gestos desganados (las piernas abiertas y el brazo que traza nada con un palo, dedos ágiles o torpes que se empeñan sin convicción ni éxito en soltar el enconado nudo que sujeta férreamente un babero, codos que se posan a ciegas, rodillas a merced del viento, lánguidas carreras sin prisa ni meta, una catarata de bostezos), se cruzan los planes de la tarde (resulta inaplazable la visita a los Santamaría, hoy se inicia el resucitado concurso bridge-pinacle, «Tú, Luisín, ¿no vas al cumpleaños de Clarita? - ¿Y qué haces que no te peinas?»), una ventana abierta arroja una orden ininteligible o un brumoso ruego, comparecen sonrientes los rezagados, intercambio de amabilidades, de las noticias que nacieron después del postre, un enjambre de bicicletas pretende salir atropelladamente («¿Dónde van esos niños: ¿lo han dicho?»). se sirve el té.

Ese mediodía, en pleno segundo plato, María Rosa se ha levantado estornudando para anunciar que su constipado empeoraba y que subía a acostarse. Ya dormía cuando Ifigenia, poco después, entorna la puerta de su cuarto. Al iniciar la huida, un rápido, fugaz titubeo. El aire radiante. Desemboca en un claro. Hoy no siente fatiga. Se acuclilla, se reclina, se distrae, un mechón de hierba seca junto al esplendor de –levanta la vista; alguien se acerca entre los árboles.

Un hombre de mediana edad, vestido de gris, con un sombrero en la mano. No sigue la dirección del sendero. Avanza en línea recta, con cierta rigidez, sin forzar el paso, como empeñado en mantener, por encima de la excitación o la urgencia, una despreocupación de paseo. De repente, unos veloces bandazos en zig zag, desaparece un instante y, en diagonal, caminando con extraña parsimonia, llega al claro. Es el tío Enrique.

Arroja el sombrero. Suelta el botón de la chaqueta. Rebusca bajo el chaleco impecable. El revólver, antes de posarse en la sien, describe un círculo en el aire.

Ifigenia, fascinada, se incorpora, surge de improviso, el tío Enrique, un violento sobresalto, cae de rodillas, se emociona, se recupera, se acerca, sin levantarse, sobre el polvo y las hojas, hacia Ifigenia que, aturdida por la cruel brevedad de la aparición, observa el cañón, que no brilla ni nunca brilló, del minúsculo revólver que el caballero mantiene aún en la mano cuando la abraza, diciendo:

–Lucrecia, ¡me has salvado la vida!

2

La digna y delicada estampa del suicida, el gesto impertérrito que prescinde orgullosamente de toda originalidad para cumplir en el marco idóneo y con la luz precisa el propósito de intentar un desenlace definitivo, se descompone en el temblor de quien, considerándose salvado o rescatado, se empeña en agradecer al agente de la casualidad su involuntaria proeza. Ifigenia, que se adelantó impulsada por un respingo sin propósito (no pretendió interrumpir la ceremonia, ni procurar que el pariente próximo que confundía su nombre las raras veces que la nombraba continuara identificándola con su hermana pequeña, ni siquiera esquivar un peligro que no sintió, ni mucho menos atajar una alarma que no había recibido), soporta ahora, en el claro ya sin misterio, el júbilo del náufrago. Nada queda de la belleza del instante: la brusquedad de la aparición, la escueta elegancia de la insólita indumentaria, la ironía del desesperado que se inmoviliza para sacar el arma mortal creyendo que nadie le ve como si se burlara del ademán de desplegar un abanico, la fidelidad a las ilustraciones en boga que presentan al personaje apuntando siempre a la sien, la estudiada situación en el claro que aísla y envuelve, rodea y destaca, el atardecer en su esplendor: la pincelada justa de tristeza, la languidez incandescente, las ramas dibujándose con sorprendente firmeza contra el cielo que oscurece. Faltó el disparo. El revólver cae sin que el superviviente, que ahora aplica su rostro contra el pecho de batista aplastando la nariz y cerrando

los ojos mientras contrae la boca con la probable intención de construir un rictus de dolor, parezca advertirlo. El abrazo se prolonga. Ifigenia, de pie, inmóvil, mientras el tío Enrique, aún de rodillas, continúa sujetándola hasta que, lentísimamente, levanta la cabeza, abre los ojos, sonríe y, antes de incorporarse, ofrece a la niña un brillo en la mirada (vívido y gélido) y un pliegue en el labio superior que forman, ella lo comprendería después, la señal de la complicidad.

El tío Enrique suelta al fin su presa, se pone en pie, palmea el pantalón, se agacha cuatro pasos más allá, recoge el sombrero, se vuelve a Ifigenia: está pensando acercarse de nuevo, tomarla quizá de la mano y, como si hubiera coronado con éxito una misión de búsqueda, regresar con ella a la casa, satisfecho y fatigado (por satisfacción y fatiga pasarían, respectivamente, la dicha que le ahoga y la vergüenza que le atenaza), para recibir no sólo las felicitaciones que merece quien recupera lo perdido (una sortija, una niña, una polvera), sino también la distinción que desgaja al guardián del fugitivo: ambos merodearon muy cerca del acantilado: uno destinado a ser engullido, el otro llamado a tender, en el último momento, una mano, una rama, un cabo de cuerda, y rescatar, poco menos que milagrosamente, al diablillo que se alejó. Así, el cadáver de Enrique Gómez Anglada que debía, después de una detonación que nadie probablemente habría advertido, yacer, con una huella rojiza en la sien y una máscara de sereno espanto, en el claro del jardín, del bosque, considera, velocísimamente instalado, aclimatado, aceptando con súbito entusiasmo el verano que hace nada estuvo a punto de abandonar, la estrategia del regreso. Acaba optando por la naturalidad. Se fue a pasear («No vi a nadie, por eso no lo anuncié») y, poco antes del crepúsculo, vuelve, explica vagamente («Ha sido un recorrido delicioso», «Debéis animaros otro día», «¡Hay que hacer un poco de ejercicio!», etcétera), o ni eso, un saludo genérico y se sienta a la mesa: «¿Quién es mano?».

El tío Enrique se pone el sombrero. Ifigenia cree que, al volverse, susurra algo (¿otra vez una «Lucrecia puntos suspensivos»?), pero no, quizá no, se aleja, a buen paso, cruza el claro, no mirará hacia atrás, ha debido tomar el sinuoso sendero: su traje gris asoma y se pierde, una vez, otra vez, de perfil, de espaldas, ¿aprieta el paso?, se esfumó.

Ifigenia descubre, sobre su blusa, un triple rastro de humedad. Toca, con la punta de un dedo, la baba del párpado, bordea, apenas bordea, con el remate chato de una uña, la estela que dejó la nariz exultante, al observar la larga herida de la boca, ve el revólver sobre el mechón de hierba que la recibió al llegar, junto al brillo de una piedrecilla negrísima que, a no ser por el cortejo de diminutas flores muy blancas que la rodean, podría, en la naciente penumbra, confundirse con un sobrio adorno de la empuñadura. Cuando, zambullida en las tinieblas, se inclina a recoger el revólver, no puede imaginar que su tacto va a ser tan tibio, su peso tan ligero y su forma tan capaz de adaptarse, de plegarse bajo unos dedos finos, de agazaparse sigilosamente en el fondo de un cabás, de camuflarse, cuando hace falta, como pisapapeles, como pomo, como encendedor, como atrevido acerico donde pueden pincharse las agujas más afiladas al tiempo que dispone de una cavidad para el dedal o el carrete de hilo más urgente.

—¿Verdad que resulta original? ■ **(Ilustraciones de Fuencisla del Amo.)**



MAESE JAVIER EN EL CAMINO DE DON QUIJOTE

EDUARDO GALEANO

JAVIER Villafañe tenía veintipocos años cuando se lanzó al camino por primera vez. Sus títeres lo acompañaron en aquella carreta destartalada que recorrió los campos de la Argentina, en 1933, ofreciendo alegrías. Armó después su teatro de marioneras en una canoa y anduvo por los ríos; años más tarde atravesó el mundo en una casa rodante. Los aldeas de los Andes venezolanos descubrieron los títeres en los dedos de maese Javier; y cuando parecía que iba a quedarse quieto en Mérida, de un salto cruzó la mar y se vino a La Mancha, a seguir las huellas de don Quijote.

En un viejo carromato tirado por una mula

–Es que no hay quien te pare –comento.

–No soy yo. Son ellos –dice maese Javier, y brotan las marionetas de una pequeña valija: el Caballero de la Mano de Fuego, el Diablo, maese Trotamundos, María, el Capitán, el Mago, el Fantasma tío, el Fantasma sobrino, la Muerte, el Tío tigre...

En Argamasilla de Alba armaron el carretón y contrataron a una mula de nombre Montañesa. Junto a maese Javier, emprendieron viaje, maese Paulino y un titiritero español, Paco Porras, que llegó con su mujer, artista de la guitarra, y su hija que hacía hablar a una gallina y a un cuervo.

–Esos pueblos de La Mancha son para quedarse y caminarlos de a poco. Allí la gente conversa en silencio, mirando cómo sube el humo de la pipa, retomando charlas de hace cien años. En otoño sacan las sillas al sol. Las mujeres tejen sus mortajas, para entrar al cielo vestidas.

Maese Trotamundos

Maese Javier le tenía prometido el viaje a su marioneta preferida, maese Trotamundos.

–Un titiritero no puede traicionar ni abandonar a sus títeres, porque ellos le prolongan la mano.

Maese Trotamundos es el más respondón, el único que protesta, porque en la maleta donde duerme, el cuchillo es de cartón y el revólver de lata. Maese Trotamundos nació hace medio siglo, en Buenos Aires. Nació pálido y de pelo largo; vino al mundo con amplia capa negra, sombrero aludo y corbata voladora. La sonrisa, fría, brotó de la punta de una lima de uñas que la señora de un profesor de lógica olvidó en dormitorio ajeno.





En las fotos, Javier Villafañe, titiritero y trotamundos.

–¿De qué signo es?

–De Cáncer, como yo. Sus primeras palabras fueron: «Respetable público...». Cuando nació representaba unos treinta años y ahora también. No fue hecho de barro, como Adán, sino de papel y engrudo. Como Adán, nació hombre hecho. Nunca ensució pañales, ni gateó. Como Adán. ¿Te das cuenta? Quizás por eso somos tristes, los humanos.

Aquí durmió Rocinante

Sobre el carretón armaron el escenario, entre banderines de circo, flores mil y un gallito rojo que señalaba al norte. Maese Javier temblaba cuando se alzó el telón en el patio de la casa de Medrano, ahí sobre las cuevas donde estuvo preso Miguel de Cervantes.

De Argamasilla de Alba a Tomelloso y de ahí a Herencia y Puerto Lápice. Mientras armaban los retablos, los niños gritaban: «¡Los títeres, los títeres!» Y los viejos:

–¿Y los monos?; ¿dónde están la cabra y los monos?

Sonaba la flauta anunciando el espectáculo, con pregón de afiladores.

En Puerto Lápice, cerca de la plaza donde los títeres dieron de reir, está la venta donde Don Quijote veló las armas durante toda la noche. De allí salió armado caballero. A lado, una caballeriza llena de toneles, con riendas y cinchas y monturas colgando de las vigas:

–Aquí durmió Rocinante.

La vendedora de hierbas

En las afueras de Arenas de San Juan, les habló una vendedora de hierbas. Ella era hija de un cura que quemó los hábitos y guardó las cenizas en un escapulario. La acompañaba un joven cabezotas, manos que tocaban el suelo, sordo, mudo, saltarín.

–Este niño –dijo ella, señalando al monstruo– es hijo de una bruja. Como no conoce el pecado y fue amamantado con leche de higo, él sabe encontrar las plantas que curan. Señalo mi corazón y me trae salvia o espino. Señalo mi hígado y hago gestos de dolor y me trae menta o boldo o diente de león. Me llevo las dos manos al vientre y aparece con cardo santo o anís o mejorana. Para la artritis, me trae cardo de cardones. Si le pido para el cáncer, amapola.

El Diablo trabaja sin cabeza

Arenas de San Juan, Campo de Criptana, Villarrubia de los Ojos, Los Jarales. En el patio de una vieja finca de Los Jarales dieron una función para los gitanos que estaban trabajando en la vendimia. Los hijos de los gitanos nunca habían visto títeres, y ellos tampoco. Voló la alegría por los aires y todo el mundo al teatro; pero en plena obra, maese Javier se quiso morir: el Diablo debía entrar en es-

cena y no le encontraba la cabeza. Estiró la escena todo lo que pudo y por fin hizo sonar una voz aterradora desde los sótanos del infierno:

–¿Y mi cabeza?; ¿dónde está mi cabeza?

–Está... ¡en la cama de la Portuguesa!

Todo el mundo rió; pero era verdad.

Emergió, pues, una llamarada sin cabeza. El Diablo, decapitado, cumplió su papel. Cuando la obra terminó, los gitanos invadieron, regalando racimos de uvas y ofrecieron a María, el personaje principal, un collar que la protegería de todo maleficio.

El más viejo de los gitanos firmó la edición de El Quijote que maese Javier había comprado para la Universidad de Los Andes. En la más invencible de las novelas, habían firmado ya un mulero, un poeta, una cocinera, un alcalde, un cura, un torero, una monja, un músico, un barbero, un viudo, un hostalero y la Portuguesa.

–¿Quién?

–La Portuguesa. Trabajaba todas las noches en el salón de baile del pueblo. Tenía siete pelucas, una para cada noche, y siete vestidos. Era hermosa y triste y su cama estaba cubierta de muñecas.

En esa cama quedó olvidada la cabeza del Diablo, cuando maese Javier ofreció una función a la hija de la Portuguesa que pasaba la semana en un colegio de monjas.

Una carta en el bolsillo

Cuando llegaron a Ciudad Real, maese Javier viajó a Madrid. Volvió del Rastro con un abrigo recién comprado, un poco gastado, pero digno.

En el bolsillo del abrigo, encontró una carta escrita en alemán. Tiempo después, alguien la tradujo. Era una carta de despedida: «Al dibujarte en la nieve, sabía que tu imagen iba a vivir la eternidad de unos minutos. Hay que dibujar en la nieve. Construir con humo y aire, siempre con humo en el aire. Es hermosa Madrid. Me da los últimos soles de mi vida». Firmaba *Friedrich*.

Cuentos de marionetas

Tres días en el corral de comedias de Almagro. Maese Javier ofrece «El Pícaro Burlado», también llamada «Chimpete Chámpata». Actúa a la vez en dos escenarios, corriendo por escaleras de piedra que habían sido trajinadas por mil músicos y cómicos de la legua, mimos, juglares, saltimbanquis...

En Bolaños, en la posada de Paco el Carbonero, un vecino invitó a la comparsa a comer en su casa. Ese vecino les contó la fórmula mágica de la ensaladilla de bacalao, también llamada *atascaburras*.

–Hay que controlar las manos, para que no se vaya ni una pizca de más, ni se quede una pizca de menos. Sobre todo en los aliños, que son los que dan alma.

El vecino elogió la pimienta, el comino, el laurel, el orégano y el humilde perejil.

Terminó la comida y siguió el vino. Maese Javier contó cuentos de marionetas y titiriteros. Contó la historia del colega venezolano que se metió de polizón en un barco y a la salida de Vigo ofreció pagar el pasaje en funciones de títeres. Trabajó durante todo el viaje. Improvisó marionetas con papas, plumas, servilletas, pañuelos y un lápiz de labios.

–Porque un buen titiritero hace títeres sin títeres –dice maese Javier–. El teatro empieza por aquí –y señala el corazón–; sigue por aquí –señala la cabeza– y termina aquí –y levanta las manos, abiertas como estrellas de cinco puntas.

Sobre la inestabilidad del matrimonio

En Puertollano, maese Javier casó con María del Rosario, bailarina de un salón nocturno. La boda duró una semana, siete días y siete noches de fiesta corrida. El divorcio llegó al octavo día, cuando maese Javier le regaló un collar de campanillas:

–Este es el collar que usarás mientras dure nuestro amor, que será eterno.

–¡Mierda de collar! –dijo ella, y lo estrelló contra la pared–. Yo no soy una cabra para usar eso.

Cuentos de niños

En Daimiel conocieron a Caín. Caín era un ermitaño descalzo, que atravesó el pueblo vestido de túnica, morral a la espalda, pelo sin color que le tapaba la cara.

–¡Yo no maté a mi hermano! –gritaba Caín–. ¿Quién puso en mi mano esa piedra?; ¿quién me hizo arrojarla sobre su frente? ¡Yo no maté a mi hermano!

También conocieron, como en todo el camino, a muchos niños. Y maese Javier recogió, como en todo el camino, sus cuentos.

Cuenta María de los Angeles, de seis años: «Había una vez un caballo blanco. Vivía solo en el monte. Nadie podía montar encima de él porque era muy veloz. Ni por la noche podían montar encima de él. Dormía en una cueva que nadie conocía.»

Cuenta Miguel Angel, de siete años: «Hace muchos años, Don Quijote y Sancho Panza hicieron un viaje muy largo y en el camino se encontraron con unos enmascarados y se creyeron que era un cuento y es verdad y sigue siendo verdad en el mundo.»

La fuente de Juvencia

Viso del Marqués, Santa Cruz de Mudela, Valdepeñas, Moral de Calatrava, Manzanares. En Manzanares fueron invitados al cumpleaños de un viejo que cumplía noventa y ocho años con el cigarro en la boca.

–Andaba en bicicleta y corría. Jamás había tomado un remedio. Conocía a un médico, porque era su compinche en los tragos, el dominó y el mús. Tenía una fórmula de vida eterna: no privarse de nada. Decía que beber pone al hígado feliz y al corazón contento. Aconsejaba huir de los tristes y cambiar de mujer. También nos dijo que eran imprescindibles, todas las mañanas, en ayunas, un diente de ajo y el zumo de un limón. ¡Ah! Y sazonar la comida con hierba de cabra, que va en contra de la corriente de los ríos.

Las marionetas dicen adiós a La Mancha

Manzanares, Membrilla, Puertollano. En Puertollano se dispersó la comparsa y en Alcázar de San Juan fue el final.

–Por culpa de él –dice Maese Javier, y señala al Trotamundos, que se esconde en la maleta.

–¿Por qué?

–Se enamoró.

–¿De quién?

–De un golpe, maese Trotamundos destapa la maleta. Despliega su capa negra y alzando las dos manos proclama:

–Estoy enamorado de Genoveva de Brabante! ■ E.G.

Manuel Leguineche

LOS FANTASMAS ROTOS

CUANDO el «jeep» estaba a punto de arrancar, mi madre lanzó su última letanía de consejos, «abrígate, cuídate, no olvides los calcetines de lana...». Mi vuelta al mundo por países donde no era necesaria la lana comenzó en la calle Ferraz de Madrid, frente a la pensión donde vivía. Era abril de 1965, habían florecido los almendros y mi compañero de viaje, Al Podell, ya en marcha hacia Ceuta, tocaba la bocina del jeep para ahuyentar a los pájaros. Cruzamos el Estrecho y ese fue el «point of no return». Al regreso mi vida no volvería a ser la misma vida. La vuelta al mundo en coche partió en dos mi biografía. Como en los anuncios de píldoras adelgazantes hay un *antes* y un *después* de la vuelta al mundo.

Hasta entonces mi vida fue un intento de romper con los fantasmas. Una infancia no demasiado feliz, la atmósfera opresiva del colegio y la Universidad, la búsqueda errabunda de oxígeno en Europa, la necesidad en suma de encontrarse uno a sí mismo. «El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al mundo. Europa ya no me produce efecto. Quiero anchura, dilataciones donde mi vida tenga que transformarse por completo para subsistir. Ya están cortadas las relaciones con lo que me sujeta. Siento en mí la beatitud de la libertad conquistada. No tengo profesión externa; no tengo familia que me preocupe; no tengo obligaciones que llenen mi tiempo; puedo hacer u omitir lo que me plazca.» Esta es la frase de Hermann Keyserling que abre mi libro «El camino más corto». Tenía poco más de veinte años y necesitaba una cura psicoanalítica en forma de viaje, sensaciones nuevas, abandonar mi piel y mudarla como una serpiente. O sea, una evasión rápida de aquel mundo concéntrico, más allá de las columnas de Hércules. No era tan sólo la huida por la huida. Se daba la tentación del vuelo metafísico, la afición al riesgo, la necesidad de sacudirme complejos pero también esa curiosidad de viajar que llevamos dentro desde nuestras primeras exploraciones infantiles. Deseaba una ruptura total con lo conocido. Salí a la búsqueda del paraíso perdido.

La postguerra no fue una bendición para casi nadie. El cura que nos daba clase en la aldea descargaba sobre nuestra cabeza una bendición en forma de regla de abeto. Estuve a punto de sufrir un hundimiento craneal. Fue la mejor manera de odiar las matemáticas. Después de aquellas palizas, evasión de no se sabe qué frustraciones de don Sinforiano, fui incapaz de aprender la regla de tres simple. Estaba condenado a la disciplina de letras. Menos mal que teníamos en la crónica sentimental de que hablaba Manolo Vargues al Atlétic de Bilbao y a Langarica que corría en el Tour aunque llegaba con el control cerrado en las etapas llanas. Mi padre era un franquista patológico, una *rara avis* en aquel paisaje humano de *gudaris* silenciosos y silenciados. En la escuela no se podía hablar en euskera. Vizcaya era una de las provincias traidoras como supe más tarde cuando empecé a encajar aquel *puzzle* de silencios, persecuciones, regresos del destierro o del campo de concentración desde mi perspectiva de hijo de familia de derechas. De la infancia recuerdo vívidamente dos nombre, Churchill y



Manolete. El primero lo pronunció mi madre una tarde no sé a santo de qué. El segundo porque la muerte de Manolete fue psicodrama.

La segunda guerra mundial, la postguerra estaban en las páginas del semanario «Mundo» en las que aprendí, como quien dice a leer. Así comenzó a desarrollarse mi pasión por la historia. Había por casa un libro del novelista alemán Theodor Plivier, «Stalingrado», editada por Destino, que leí una y otra vez con devoción. No sé si aquellas lecturas impulsaron luego mi vocación por vivir y contar las guerras, creo que sí. Pero de la aldea entre montañas, el talo y el morokil, las pruebas de bueyes, los aporreamientos del cura, el txistu lírico y malsonante, los paseos por el bosque para buscar setas, la melancolía del acordeón pasé a un colegio de Portugalete en régimen de internado. Por la mañana nos reunían en la explanada para cantar el «Cara al sol». Me enviaban de casa pan por correo, aquellos panes redondos cocidos en la tahona de algún caserío. Pero el fútbol estaba allí omnipresente y barato para encender energías, estimular la emulación y crecer con la ayuda del Nestrovit mens sana in corpore sano. El fútbol ha sido una de mis pasiones auténticas.

Los ocho años que siguieron se los entregué, en monopolio a los jesuitas. Dadme un niño de siete años y no se me escapará nunca, dicen los teóricos de la Compañía que educaron a Voltaire y a Hitchcock. En efecto. En Tudela (Navarra) el olor a caballería se colaba por las ventanas a la hora de clase, mientras yo me veía sumido en una lucha inútil y extenuadora contra la aritmética. Los años de la adolescencia pasan lentos, largos como un siglo con ejercicios espirituales de una tristeza infinita, algunos goles, clases plúmbeas, buenos ratos y estímulos hacia el periodismo. En la revista del Colegio publiqué mi primer articulado a las órdenes de Ignacio Elizalde. Después, en una publicación de Barcelona, «Jóvenes», salió mi primera entrevista. Fue con el Orfeón Infantil Mexicano. Después un reportaje sobre la muerte de Mussolini. Las consignas de la revista estaban por fortuna dictadas por un admirador de Manolo del Arco: nada de retórica, frases breves, concisión por encima de todo. Escribí cientos de interviús con futbolistas, ciclistas, personajes populares, lo que no me ayudó a vencer la timidez. Es seguro que todos los periódicos del país recibieron artículos o entrevistas con mi firma. Era una dedicación insólita, degradada, una desviación, un peligroso pasatiempo. Radios de galena, flores a María, goles, duchas frías con la puerta abierta. A una chica que se llamaba Camino, el primer amor imposible, le cantábamos «Camino verde», camino verde que va a la aldea. De un viaje a Marruecos mi padre me trajo una máquina de escribir, una «Tippa». Fue el éxtasis.

Durante los veranos en Guernica me encerraba con aquel juguete que producía una letra pequeña, limpia. Era de pulsación fácil. Estudié literatura francesa en la Universidad de Verano de Pau (Francia), Camus, Saint John Perse en clase y el «Paris-Hollywood», bajo las mantas. Había aprobado el preuniversitario. Yo quería ser periodista, una profesión maldita, un peligro social, desaconsejable, según los maestros jesuitas. Porque seguía con ellos. Me matriculé en Derecho en la Universidad de Deusto con misa obligatoria por medio de *tickets* de comprobación y guateques aislados con cuba libres de ron, Philips Morris y Nat King Cole. Para los profesores el periodismo, era una inclinación pecaminosa, de modo que confiscaron la suscripción a «L'Express». Pero me divertía editando un periódico escrito a máquina con las últimas noticias políticas, pocas, y deportivas que circulaba de mesa en mesa a la hora de cenar. Bernardo de Arrizabalaga tocaba la guitarra en su cuarto, entre rugidos de sirena de los barcos que navegaban bajo su ventana. Jugábamos al mus y hablábamos de Carmen Laforet y Miguel Delibes, en voz baja, clandestinamente, no fueran a enterarse los comisarios de la decencia intelectual de la época.

En Bilbao se editaba una revista semanal, «Gran Vía». Su redactor jefe era un chico orondo y muy listo que venía a presentar sesiones de cine club a la Universidad. Era Luciano Rincón. Yo admiraba –y admiro– su erudición, su visión de la jugada, el vuelo crítico de su pluma. Le debo mucho. Publicó mi primer artículo en la revista, un *extra* de Navidad con una portada de Alfredo Amestoy sobre Ava Gardner. No gustó nada en la Universidad. Yo hablaba de la nueva sede de la Unesco en París pero mis obligaciones debían ser otras, el Derecho Romano, el político, el natural. Un día los jesuitas se volvieron locos y dieron entrada a las chicas en la Universidad. Se sentaban, ¡Oh sacrilegio!, junto a nosotros, en aquellas aulas que habían abastecido al franquismo y a los poderes fácticos, de ministros y subsecretarios. Era preciso sacrificarlo todo a una carrera brillante, al futuro Consejo de Administración, a la buena marcha de las fincas de papá. Un día vino a visitarme un chico de pantalón corto que leía mis entrevistas y quería ser periodista, se llamaba José María Iñigo.



Manuel Leguineche, primero a la derecha, en el colegio de los Jesuitas de Tudela.

Ya que Deusto era imposible y mis aficiones no coincidían con los reglamentos oficiales decidí seguir Derecho y Filosofía y Letras en Valladolid. Bernardo me había dado una carta de recomendación para Miguel Delibes. Aquella carta fue mi perdición definitiva. Delibes era un señor huesudo y amable. Aquella misma tarde me encargó una crítica de cine para el periódico que dirigía, «El Norte de Castilla». Desde esa misma tarde entré con frenesí en el periodismo de un diario de provincias. Fue lo que Aguilar llamaría el vértigo de la prensa. Necrológicas, críticas de cine, crónicas deportivas, entrevistas varias, grandes y pequeños reportajes, reseñas de libros. Entretanto José Luis Martín Descalto me invitó a colaborar en «La Gaceta del Norte». Para entonces Luciano Rincón estaba ya en la cárcel. Miguel Delibes era un director



Vacaciones en Uretamendi, encargado de la hormigonera.

estimulante, admirativo, cabal. En el *jeep* oficial yo acompañaba al Gobernador civil de la provincia en la inauguración de fuentes y escuelas. Todo el mundo levantaba el brazo y el gobernador repetía de pueblo en pueblo el mismo discurso con ligeras variantes. Comenzaba así: «Cuando el sol cubre de tinte rosado las lomas...». Después venía una cita de San Ignacio y la unidad de destino en lo universal.

En el periódico se respiraba un ambiente liberal, demasiado liberal para el gusto de Fraga Iribarne, ministro de Información. El equipo de trabajo de la página crítica «El caballo de Troya» estaba formado entre otros por el propio Miguel, Umbral, Pepe Lozano, Martín Descalzo, Campo y César Alonso de los Ríos, Arrizabalaga, Pastor, Pérez Pellón, yo mismo. Un informe sobre Tierra de Campos (Campos de Tierra) en «El Norte de Castilla» irritó sobremanera al ministro de Información.

–Me estás jodiendo el experimento, telefoneó a Delibes.

–La libertad no es un experimento, respondió mi director.

Ganó el ministro de Franco y Miguel perdió la dirección del periódico. Fueron años de entusiasmo, *annus mirabilis*. Jugaba en primera regional con el Azor a patadón y tente tieso. Marcaba algún gol desde medio campo. Iba con Juanito Palencia a echar una partida de mus a la bodeguilla y con Alfonso San José, Leopoldo Mateo y Berruguete a beber *carriazos*, un compromiso entre el vermut y el vino blanco a un bar junto al periódico. Pero Delibes estaba preocupado por mí, la carrera de Filosofía y menos la de Derecho, apenas prosperaban. «No esperes vivir del periodismo, repetía, ganamos unos sueldos muy parvos.» Durante los veranos proseguían los vagabundeos por Europa. Estuve en Inglaterra y como era corriente en la época trabajé como camarero en un hotel. Fui a aprender el inglés y aprendí el italiano de Calabria. Los pinches de cocina nos llamaban con silbidos, como a sus cabras sicilianas para entregarnos bandejas de pollo y porridge. Fue el año del robo al tren de Glasgow. Empezaban a sonar en las radios las canciones de los Beatles.

«En 1963 estuve en Inglaterra y, como era corriente en la época, trabajé de camarero en un hotel.»



Ceferino Maestu y César Ruiz Ocaña me reclamaron a Madrid para trabajar en la Agencia Fiel. En 1962 había sido enviado especial de la agencia en la boda en Atenas de Juan Carlos y Sofía. Pérez Lozano me pidió artículos de internacional para la revista «Vida Nueva». La Universidad estaba en abullición. Nos pasábamos las mañanas a pedrada limpia con los «grises». En febrero de 1965 yo era uno de los cinco mil estudiantes y profesores que avanzaban en silencio, dando saltitos de vez en cuando con objeto de ahuyentar el frío, hacia el Rectorado de la Ciudad Universitaria y para pedir nada menos que la disolución del SEU, la libertad de expresión y la reforma de la Universidad. Había unidades a caballo y camiones cisterna desplegados por doquier con las últimas novedades en técnicas antidisturbios. Los corceles piafaban de impaciencia bajo sus gualdrapas, y los jinetes esperaban tan sólo el cornetín de órdenes para cargar sobre nosotros. La policía montada de Franco se lanzó por fin y escuché la voz de Aranguren, «al suelo». En pocos segundos vi a una monja resbalar a mi lado de un porrazo y entre gritos e imprecacciones cayeron cuerpos, paraguas, carpetas, libros y volaron apuntes. Fue un forcejeo rápido, violento, antes de la gran desbandada de los cinco mil. La desigual batalla duró hasta el atardecer. Las ambulancias recogieron a docenas de compañeros heridos. Según un corresponsal extranjero fue «una de las cargas más brutales que se hayan visto en Madrid desde que terminó la guerra civil».

Eran los felices sesenta. El verano de 1964 mi amigo el fotógrafo suizo Willy Mettler, que luego murió con el hijo de Errol Flyn en un bombardeo en Camboya, me había hablado de una vuelta al mundo en coche con tres periodistas norteamericanos. La oportunidad de enrolarme a la Trans World Record Expedition estaba a mi alcance. Los yanquis llegaron en el *Queen Elizabeth* hasta Cherburgo. Desde allí viajaron hasta Madrid a bordo del «Toyota». Fui admitido después de un examen en el Mesón de la Tortilla entre canciones del *porom pompero* y porrones de Valdepeñas. El jefe, Harold Stephens, acarició el lomo del «Toyota».

–Esta maravilla, nos dijo, nos llevará hasta Nueva York por desiertos, mares, tifones, por el imperio de las estepas hacia donde sale el sol.

Al pasar por Tánger recibí la bendición de mi maestro, Eduardo Haro Tecglen, que dirigía el diario «España». Un par de botellas de «Macha-

quito», unos odres de vino, la hambruna de aventura hicieron el resto. A lo largo de más de dos años de viaje por el mundo vendí píldoras con los mercaderes chinos en Tailandia, un mono se comió mi pasaporte en Bangkok, escribí sobre el comienzo del fin de la monarquía en Libia, cacé el tigre en Bengala, la gacela en el Sahara, y el canguro en Australia, asistí a las fiestas del agua en Luang Prabang invitado por el rey Sivang Vatana, me vi aislado con mis compañeros en una epidemia de cólera en Afganistán, jugué al fútbol con el príncipe Norodom Sihanuk en Camboya y con los pelotaris vascos en Manila, caminé por los Himalayas acompañado del primer hombre que subió con Hilary al Everest, el sherpa Tenzing, fumé la «gancha» con los primeros *hippies* subidos a Katmandu, paseé en elefante por la ciudad india de Jaipur en las fiestas del maharajá, tomé el té con Indira Gandhi, asistí a la cremación del último rey de Bali, pisé el paralelo 38 en Corea, comí sesos de mono regados en copas de cóctel de víbora en Hong Kong, me ofrecerían en venta por 15.000 pesetas a una muchacha tailandesa cerca de la frontera birmana, sentí la amenaza de las tribus patanas en el legendario desfiladero del Kyber, estuve a punto de casarme con Marie Louise en Saigón, volé en helicóptero sobre el Vietnam en guerra y estuve también a punto de ser fusilado en un pueblecito de la India en plena guerra de 1965 acusado de espiar a favor del Pakistán. Ese fue, en parte, el catálogo de mis emociones alrededor del mundo.

Al volver, Javier Aguirre empuñaba en Barajas una pancarta «Viva el Vietnam vasco». Lo primero que hice fue pedir un bocadillo de anchoas, beber a morro una botella de Rioja, ver al Athletic, jugar al *flipper* en un bar de Vallehermoso, los pequeños placeres cotidianos tan añorados a través del paso de desiertos de más de treinta países de los cinco continentes. Pero el globetrotter, el hombre horizontal tenía que dejar paso al vertical, el trotamundos al sedentario, el licor de víbora de Hong Kong a la caña de cerveza en Chamberí. Era una difícil adaptación. Cuando salí a dar la vuelta al mundo me quedaban muy pocas asignaturas para acabar en la Escuela de Periodismo y algunas más para terminar la especialidad de Filología italiana. Al volver descubrí con horror que el número de las asignaturas de Periodismo se había multiplicado por tres, sin duda para habilitar *cátedras*. Tardé más de diez años en obtener el honroso carné de periodista. Hube de aprobar unas cincuenta asignaturas. La última de ellas, la Sociología del profesor Bugeda, me retuvo el diploma los últimos cinco años. Al final se apiadó de mí.

¿Qué hacer? No abundaba el trabajo y menos lo había para los sincarnetistas. César Alonso de los Ríos y Víctor Márquez me llevaron hasta el despacho de José Angel Ezcurra editor de TRIUNFO, y «Teleguía» y TP. Se buscaba director para «Teleguía».



«Tenía poco más de veinte años, necesitaba una cura psicoanalítica en forma de viaje: una evasión de aquel mundo concéntrico, más allá de las columnas de Hércules.» En la foto, en Taiwan.

–¿Sabe usted cuántos son los Beatles?

–No, acabo de llegar de Saigón.

–¿Sabe quién es Engelbert Humperdinck?

–Tampoco.

A pesar de todo, dando muestras de audacia y amor al riesgo, Ezcurra me entregó la dirección de «Teleguía». Fueron los años-eje del pop, el cénit de los Beatles y los conjuntos del género. En Cannes saludé a Paul MacCartney y en Madrid departía con Serrat, Massiel, Aute, Juan y Junior, Paco Ibáñez. Fue toda una experiencia. Las fans de Serrat y de Raphael inundaban la revista con sus cartas y sus llamadas.

Entre el avatar de la aventura y el periodismo había olvidado un pequeño detalle, cumplir con la patria. Una tarde Arrizabálaga me llevó hasta el campamento de Araca junto a Vitoria. Cuando el sargento preguntó por los detalles de mi biografía para rellenar mi ficha fui incapaz de mentir.

–Periodista, corresponsal en Vietnam.

–Menos guasas. Mal empiezas con el Ejército, muchacho, me cortó.

El teniente Yagüe, hijo del general, después de un breve examen comprobó que era cierta mi declaración. A partir de entonces los jóvenes tenientes me preguntaban por Latergui, por las guerras en helicóptero, las batallas de los boinas verdes y toda la épica de la guerrilla y la contraguerrilla. Era un recluta con historia.

En 1969 volví a Madrid en autostop con el macuto al hombro dispuesto a empezar de nuevo. Esta vez fue Joaquín Bardavío, compañero en Tudela y redescubierto a su paso por Calcuta como enviado especial del diario «Madrid», el que me dio la oportunidad. Una cadena de periódicos englobados en Sapisa preparaba un suplemento común, un dominical. Joaquín necesitaba un redactor jefe. A los pocos meses Bardavío pasó a ser el jefe de Prensa de Carrero Blanco y yo me convertí en director. Fue una forma de vivir al pie de los teletipos con un equipo pequeño, pero combativo, doce años fundamentales de la historia inmediata de España y del mundo. Porque volvió a mí el tam tam de Asia, la guerra de Bangladesh, el Yom Kipur, la caída y liberación de Saigón, luego

Durante la vuelta al mundo, Leguineche en Afganistán.

Portugal, Chipre, la Grecia de los coroneles, Irán, Nicaragua, Africa. Una estela de guerras y guerrillas, golpes de Estado, terremotos, elecciones. Ya sin las inseguridades de 1965, con las relativas comodidades de un hotel de algunas estrellas. La dirección de la agencia y los viajes como enviado especial ocuparon mi tiempo y mis energías al igual que la redacción de algunos libros, desde uno sobre Raphael y la sociología de las fans que me valió el enfurecido asalto de éstas hasta «Los topos» con Torbado, «El camino más corto», «La Tribu» o «El Estado del golpe». Había trabajado en Televisión —«Estudio abierto»— como guionista y en Informe Semanal. Me dieron un premio Nacional de Periodismo por mis crónicas de 1979 desde Teherán, Malabo, y Managua. Dimití hace unos meses como director de la Agencia Colpisa, y quizá con la intención de cambiar de metabolismo y guiado por lo que de masoquista hay en mí, he organizado otra agencia, Cover Prensa.



Manuel Leguineche con Miguel de la Cuadra y Nicole Szula: El periodismo, según me confirmó Hemingway una tarde de toros, es una profesión estupenda, con tal que se deje a tiempo. Quizás es una profesión estupenda, a condición de seguir en ella.

La profesión ha cambiado mucho desde aquellos años iniciáticos de Bilbao y Valladolid. Entonces apenas se hablaba de dinero. La crónica de internacional era una forma de tirar por elevación y escapar de las consignas oficiales. Después se pudo decir algo por vía metafórica, elípticamente. Los políticos palmeaban en tu espalda, abandonaban el tratamiento de usted y el régimen se venía abajo. Llegó la democracia pactada. Hemos compartido sus sobresaltos y sus bondades. Los periódicos se hacen ahora con pantallas, no huelen a tinta fresca, Gutenberg ha muerto otra vez. Siento que con ello se va una época de ilusión y lucha en las platinas. Pero tiene que ser así. Quizá ha pasado la era del periodista todo terreno que habla lo mismo del Vietnam que de las regatas en Oxford o la vida de las hormigas gigantes. El periodismo según Hemingway decía, y así me lo confirmó una tarde en la plaza de toros de Calahorra, es una profesión estupenda con tal de que se deje a tiempo. Quizá es una estupenda profesión a condición de seguir en ella. ■ M.L.


UNA DANZA PARA 1982.


EN ESTA DANZA CONMEMORO LA REAGANECONOMÍA.


SIN ADORNOS SUPERFLUOS.


SIN EXCESOS.


SIN DISPENDIOS.


SIN FAVORES.


SIN DINERO.


SIN TRABAJO.


SIN GOBIERNO.


NO, GRACIAS.


UNA DANZA PARA EL ARTE.


EN ESTA DANZA ILUSTRO EL APOYO DEL PRESIDENTE REAGAN A LOS ARTES.







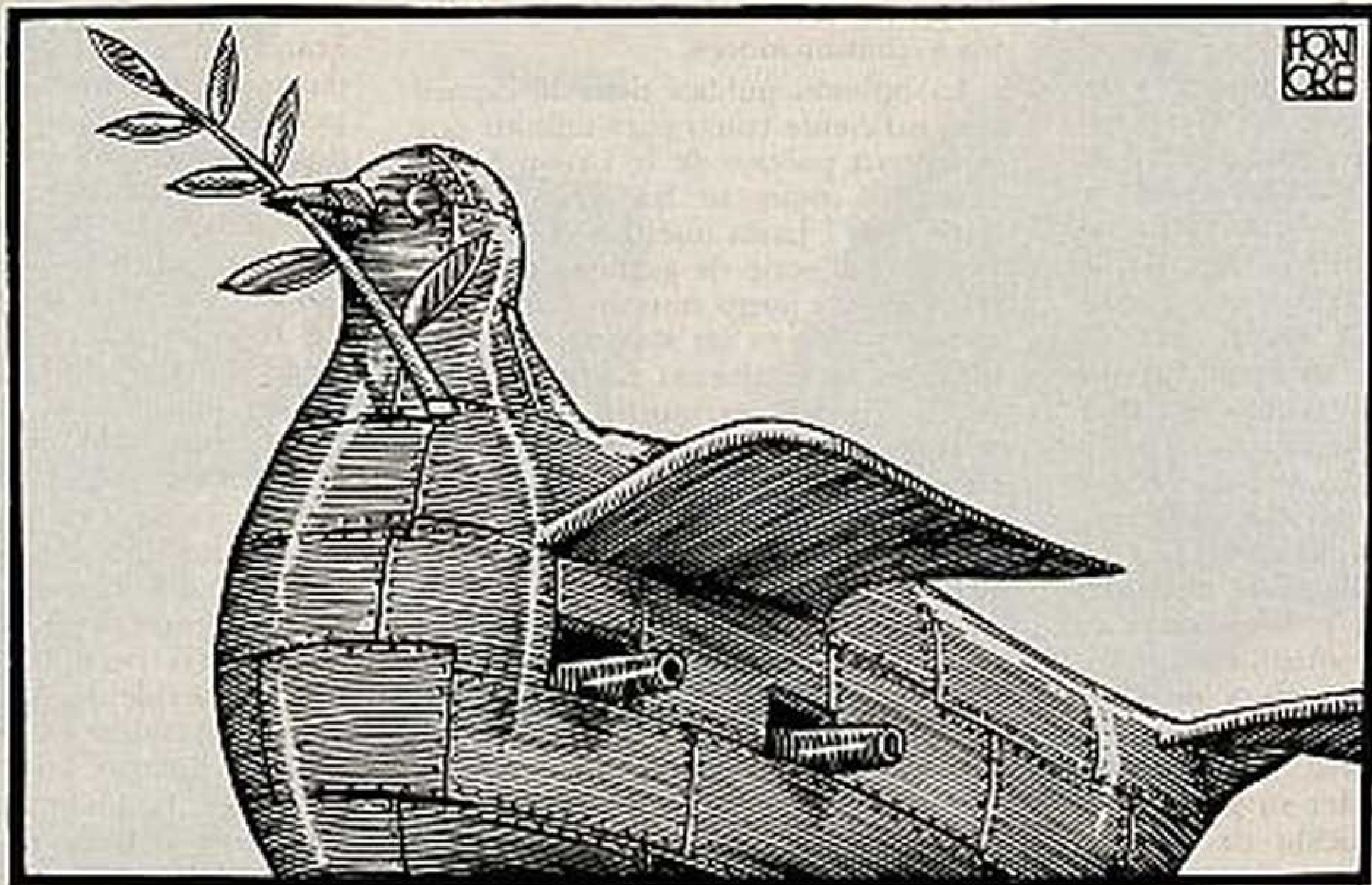



MARAVILLOSO. REALMENTE MARAVILLOSO.






AHORA VENGA A VER CÓMO ES LA DANZA QUE TODOS NECESITAMOS.



LA MALA IMAGEN DE REAGAN

EDUARDO HARO TECGLEN

ES difícil llegar a comprender cómo los Estados Unidos consiguen siempre encontrarse en el lado malo de la política internacional, desde el punto de vista de una opinión pública casi universal; independientemente de sus razones, obligaciones o necesidades. Vivimos cada vez más en un mundo de imágenes; los Estados Unidos, que tienen a su disposición toda clase de técnicas de propaganda y difusión, y una profunda sabiduría teórica en la creación de la imagen, no aciertan con la suya. En el momento preciso en que vivimos hay un hecho muy concreto: la URSS ha sabido presentar una imagen mejor que la de los Estados Unidos. Está representando el papel que el público del mundo –sobre todo, el de Europa– está queriendo ver: el de quien quiere negociar, discutir, hablar, presentar y aceptar propuestas: reducir las armas, reducir las tensiones. Y los Estados Unidos asumen una vez más el papel del *malo* de este gran melodrama: la vuelta al rearme, a la tensión y al dramatismo. No trato ni mucho menos de decir que los Estados Unidos constituyen una nación belicista y que la URSS es pacifista. Los matices son más amplios y al mismo tiempo más delicados. Ninguno de los dos países –de los grupos dirigentes en cada uno de ellos– desea la guerra; los dos saben sobradamente que hoy no hay guerras limitadas entre ellos, ni convencionales, y que un estallido sería probablemente definitivo. Pero los Estados Unidos representan el papel de que para preservar la paz hay que llevar las tensiones al máximo, hay que aceptar la idea de la guerra posible, y la Unión Soviética no. Y cuando Brejnev acusa, como lo ha hecho, a Reagan de conducir una «política de *cow-boy*» está coincidiendo con la opinión que domina no sólo a Europa, sino que se va extendiendo dentro mismo de los Estados Unidos.

Brejnev propone, de una manera espectacular, una especie de dilema: va a congelar por sí mismo –una decisión unilateral– el despliegue de los misiles SS-20 al oeste de los Urales, en dirección a Europa. Si Reagan no considera esta acción y continúa adelante con su proyecto de instalación de misiles equivalentes en territorio europeo –108 Pershing-2 y 464 Cruise, que estarían apuntando a la URSS en 1983 desde Bélgica, Holanda, Bélgica, Alemania del Oeste e Italia– la reacción de rearme de la URSS sería tal que no sólo Europa, sino el propio territorio de los Estados Unidos quedarían también suficientemente apuntados por las armas nucleares soviéticas equivalentes. Amenaza con «una nueva situación estratégica». «Si los gobiernos de Estados Unidos y de sus aliados de la OTAN –dijo en su discurso del 16 de marzo, ante los sindicatos soviéticos– realizan de todas maneras, despreciando las aspiraciones a la paz de los pueblos, su plan de instalación de cientos de nuevos misiles en Europa capaces de alcanzar los objetivos situados en la URSS, podría surgir en el mundo una situación estratégica diferente que aportase una amenaza suplementaria real por parte de los Estados Unidos contra nuestro país y sus aliados. Esto nos obligaría a tomar medidas de respuesta que situarían de una manera análoga a la otra parte, comprendiendo directamente los Estados Unidos y sus territorios.» ¿Qué significa esto? Según algunos la instalación de misiles soviéticos en territorio americano: en Cuba, en Nicaragua –el Departamento de Estado ha respondido ya a esa eventualidad advirtiendo que se produciría una situación gravísima–; según otros, la continua amenaza sobre el territorio de los Estados Unidos por parte de submarinos soviéticos portadores de misiles.

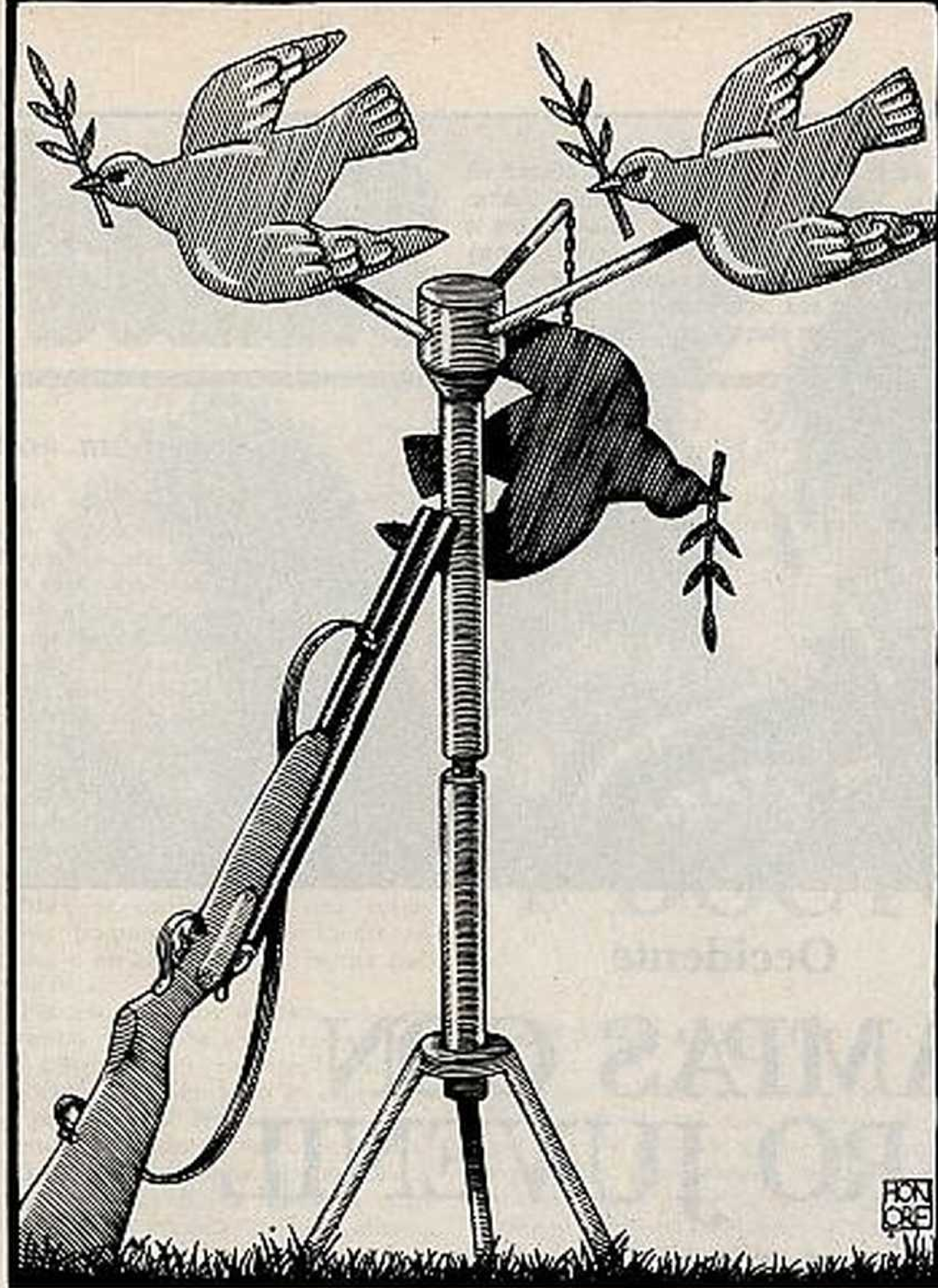
La respuesta inmediata de Reagan ha sido «no». Nada va a interrumpir su rearme: nada le va a forzar a negociar sobre bases que no acepta. El punto de vista del Pentágono es,

como se sabe, que los SS-20 soviéticos han roto ya el equilibrio, y que la única forma de restablecerlo es rearmando a Europa. Dice Washington que los misiles soviéticos de triple cabeza nuclear apuntando a Europa no tienen equivalente occidental: hay en estos momentos 300 misiles, por lo tanto 900 cabezas nucleares dispuestas a estallar. Y, además, que la frase «al oeste de los Urales» indica que al este se pueden seguir instalando esta clase de armas... El duelo de la estrategia verbal está situado desde hace tiempo en esta disparidad: para los soviéticos, sus cohetes son simplemente una defensa frente a las bombas nucleares situadas en aviones y submarinos de la OTAN, a las que añade las bombas «particulares» de Francia y de Gran Bretaña; para los americanos, son una rotura de equilibrio. Sólo acepta Washington suspender su plan de los euromisiles a condición de que los soviéticos no sólo congelen sus instalaciones, sino que desmantelen las actuales. Es lo que Reagan llama «opción cero».

El tema es difícil de calibrar con realismo porque las cifras de arsenales propios y ajenos varían enormemente según las fuentes: la verdad se ha perdido en ésta como en tantas otras cosas. Pero nada impide que haya una proyección de un Brejnev pacifista y un Reagan belicista. Reagan aparece como responsable de la suspensión sin resultados de la Conferencia de Madrid, de haber convertido un instrumento para el entendimiento paneuropeo en un tribunal de acusación contra la URSS; aparece como responsable de la suspensión de las conversaciones de desarme en Ginebra. Y mientras acusa a la Unión Soviética de intervención en Polonia y en Afganistán, perpetra una de las más odiosas intervenciones en los últimos años, la de Centroamérica. El apoyo a la Junta de El Salvador y las amenazas directas contra Nicaragua suponen el error más grave de la «política de imagen» de los Estados Unidos. Hay todavía en el mundo, y puede durar aún mucho tiempo, un cierto estado de conciencia que repudia cualquier clase de opresión. La de Polonia ha creado unas respuestas muy contundentes –dentro de las posibilidades que tienen las opiniones públicas– y hasta unos castigos para quienes la amparan: la pérdida de puntos del partido comunista en Francia tiene mucho que ver con esa opinión. Pero estos juicios matizan, comprenden y equilibran, y nadie es capaz de comparar seriamente la clase de dictadura que sufre Polonia con las matanzas diarias de El Salvador, o con lo que Nicaragua representa de reacción a una de las más crueles tiranías de este siglo –que tan abundantes son–, la de Somoza y sus acólitos y continuadores.

La opinión pública tiene la capacidad suficiente como para admitir que el sistema político de la Unión Soviética, tal como se ha desarrollado desde 1917 hasta nuestros días a través de una serie de avatares mundiales y de un juego interno para obtener el poder es un sistema de opresión; en una inmensa mayoría lo repudia. Pero le es mucho más difícil admitir que el sistema de los Estados Unidos, a partir de la Declaración de Independencia y de los primeros textos sobre Derechos Humanos no supongan la otra cara de la opresión, la garantía de las libertades y el intento de humanización de la política, sino que en muchos extremos pueda resultar una opresión o una ayuda a las opresiones más graves aún que las que ejerce la URSS sobre sus ciudadanos. En la historia ha sucedido ya esta contradicción numerosas veces, y todas han tenido una respuesta negativa por parte de la opinión, incluyendo desde luego la propia opinión de los Estados Unidos, como sucedió en la guerra del Vietnam. Algunos presidentes de los Estados Unidos –y un presidente es quien da la imagen– han conseguido con más o menos éxito la operación de propaganda y envoltura suficientes como para dar a esas acciones un carácter liberador. Se inventó la expresión «mundo libre», y sirvió durante algún tiempo; sobre todo sirvió en una época en guerra fría en la que opinar lo contrario podía estar suficientemente castigado, y en la que la imagen de la URSS era Stalin, que no podía producir ningún enternecimiento. Ya no es así. El sistema comunista está suficientemente repudiado hoy por los resultados que ha obtenido su parálisis a partir de un momento en que llegó a un punto culminante en su progreso, y a partir del cual comenzó a retroceder– y no solamente en la URSS sino en países de historia, tradición, economía y carácter nacional muy distinto. Nadie trata de ensalzarlo frente a otros sistemas u organizaciones de vida en Europa. Pero se trata precisamente de lo contrario: de mostrar el valor de la alternativa actual. Si la alternativa actual produce situaciones como la de Turquía, Chile, Argentina o Uruguay, y conflictos sangrientos como los de El Salvador o Guatemala, y trata de ahogar con todas sus fuerzas experimentos que podrían ser válidos como el de Nicaragua, deja de suponer una verdadera alternativa: deja de ejercer su atractivo. El mundo se ha venido instalando en una serie de proyectos de convivencia y de respeto a los derechos humanos que se fomentaron y oficializaron después de la II Guerra Mundial y que parecieron sentar jurisprudencia en la Carta de San Francisco y en la larga y didáctica sentencia de Nurenberg. Es una filosofía política que ha aceptado sin ninguna duda, y que es la que le opone hoy a la URSS y otras formas fallidas del comunismo. No se le puede convertir en otro mal, ni siquiera considerarlo un mal menor. Cualquier ciudadano del mundo a quien se le diera hoy a elegir entre convertirse en ciudadano polaco oprimido o ciudadano salvadoreño oprimido, elegiría la situación polaca sin el menor género de dudas.

Pero ya se sabe que la conciencia política no suele ser muy valiosa si no va acompañada de una experiencia personal más o menos dolorosa. La experiencia personal de los ciudadanos de occidente, incluyendo los de Estados Unidos, es la de que la política de Reagan les aproxima a una guerra y la política de Brejnev les aparta de ella: sea cual sea la injusticia real de esta proposición. En Europa esa sensación es mayor. Sin contar su agitado y desgraciado fondo histórico de siglos, ha servido en éste para dos guerras mundiales terriblemente destructoras, que le han hecho perder lo que creía que era su función en el mundo. Tiene una gran sensibilidad para detectar la posibilidad de una tercera guerra en su propio territorio. Reagan comete el funesto error de adoptar esa imagen. Como todos los totalitarios –y él lo es como puede, y hasta donde la Constitución se lo permite– imagina unos pueblos místicos y transidos de heroísmo, que son capaces de dar la vida por evitar la llegada de la opresión y la pérdida de las libertades. Probablemente es así, y ha habido algunas demostraciones recientes: el pueblo español fue el primero que se lo jugó todo para no caer en el fascismo –aunque lo perdiera, y lo siga perdiendo– y los pueblos de Europa libraron una guerra ideológica, una guerra civil continental, entre 1939 y 1945. Percibían suficientemente cual era la imagen de Hitler en aquel momento. Pero no perciben esa sensación ahora. Es muy difícil que se consiga hacer ver hoy la imagen de una URSS amenazadora y devoradora, como podía presentarse en la época de Stalin, cuando lo que se ve es una potencia a la defensiva, que ha ido perdiendo en los últimos años de su historia toda su capacidad de expansión –la pérdida de China, la de los comunismos occidentales, la sublevación de las democracias populares– y toda posibilidad de evolución dentro de lo positivo. Brejnev no da, por mucho que se haga, la imagen de un Hitler o de un Stalin de nuestro tiempo; Reagan sí la da, por muy injusta –repito– que esta imagen pueda ser. El europeo está perci-



biendo directamente unos males que proceden de los Estados Unidos: desde su propio estado financiero –el dólar está exportando su inflación a las otras monedas aliadas– hasta su economía general –el alza del petróleo le aparece como consecuencia directa de la política de Estados Unidos en Oriente Medio–; ve sus presupuestos comidos por el esfuerzo militar que ordena Washington, y sus posibilidades comerciales con la URSS cada vez más limitadas por la presión de Reagan y su política de sanciones. No es difícil suponer que se está atribuyendo a los Estados Unidos el paro obrero que se extiende sobre la comunidad y una serie de situaciones indeseables, como la del Irán, que repercuten sobre la vida diaria. Europa está respondiendo con unas elecciones que se van inclinando hacia la izquierda.

El punto que parece en estos momentos como de mayor interés es el de la pérdida de imagen del propio Reagan en los Estados Unidos. Pierde puntos cada día: ha perdido ya un porcentaje muy elevado desde el momento de su elección. Hay razones de política exterior bastante claras, que le llevan a un enfrentamiento casi permanente con el Congreso. El Congreso –la Cámara de Representantes y el poderoso Senado–, a pesar de todas las maquinaciones y todos los juegos políticos que cualquiera conoce –simplemente, por la frecuentación del cine producido por los propios Estados Unidos– es una representación bastante aproximada de la opinión pública, y los congresistas saben que en este año se enfrentan con las elecciones de «medio término» –que renuevan parte de las cámaras y de los puestos de gobernador– y que la fluctuación de votos puede arrojarles a la nada. Entre las captaciones de opinión que hacen los congresistas no están sólo los temas de política interior sino los de política exterior, que en Estados Unidos se confunden más que en otro país cualquiera –es una cuestión de los Imperios– y la política exterior de Reagan no está gustando. Si Europa comenzó unos pacifismos fuertes –y sus políticos están muy al tanto de ello, en los lugares donde aún se cree en que los votos son determinantes–, en Estados Unidos llega ya el olor de guerra: de una guerra como la del Vietnam –en Nicaragua, en El Salvador, en Guatemala–, cuyo recuerdo aterroriza a todos; y la frase de Brejnev les recuerda a punto que una guerra general no va esta vez a respetar su territorio, como fue su privilegio en las dos grandes guerras en las que intervino en este siglo. Edward Kennedy ha tomado ya la antorcha de este movimiento, que podría ser la de su campaña electoral en 1984 –si llega a ella, si traspasa las barreras del partido–, pero que antes de esa fecha puede convertirse en un gran movimiento nacional.

Por el momento todavía parece que una gran parte de la opinión pública de Estados Unidos sigue considerando como cobardes ignorantes a los aliados europeos que en lugar de reconocer la protección de los Estados Unidos, sin los cuales estarían ya bajo la órbita de la URSS –es una suposición naturalmente errónea, pero que todavía representa un papel– rehúyen el esfuerzo de guerra o por lo menos la entereza necesaria para castigar a la URSS por su acción en Afganistán, o para recuperar una Polonia que a todas luces quiere tener el sistema de vida que considera mejor, y que es un cierto occidentalismo, o quizá un neutralismo como el de Austria, Finlandia o Suiza. Pero poco a poco se va configurando la imagen de que la aventura de Reagan está llevando a país a un futuro sin muchas salidas, y que lo que tiene que intentar Estados Unidos es una concrección del «mundo libre» que no sea solamente un recurso semántico, sino una realidad. La política de Reagan es demasiado antigua: está tratando de reparar lo que ya no funcionó en la larga época de Eisenhower, y recuperar la tensión parafascista que despertó el senador McCarthy. No corresponden al mundo de hoy.

Algunos están viendo ya que Reagan da vagos pasos hacia atrás con respecto a su propia doctrina. Eso no hace más que ocasionarle nuevas pérdidas en los porcentajes de opinión.

El problema, evidentemente, es el propio Reagan. En una prudente prospección del futuro podría imaginarse que Reagan no va a representar un papel determinante en las elecciones de 1984 –y su edad tampoco se lo va a permitir–: podría encontrar una salida digna que permitiera a los republicanos lanzar al combate otro candidato. O se expone a una derrota. ■ **E.H.T.**



Occidente

TRAMPAS CON EL PARO JUVENIL

THOMAS G. BUCHANAN

¿A qué clase de jóvenes contratan los patronos hoy, cuando las cifras de desempleo se acercan a niveles récord en Estados Unidos y en la Europa Occidental?

Recientemente se ha publicado un informe sobre un proyecto modelo francés de ayuda a los jóvenes de ambos sexos que buscan colocación. Es ilustrador como indicación de la clase de programa que cabe esperar que apoyen los regímenes políticos conservadores y las empresas privadas en el decenio de 1980.

El proyecto se aprobó en 1979, durante la administración Giscard. Comportaba un programa de capacitación en el área de París, de enero a octubre de 1980, cuyo objetivo era preparar a jóvenes sin empleo como «Técnicos en Ayuda a la Producción», el cual debía crearse especialmente para ellos en empresas comerciales privadas. El curso estuvo dirigido por un organismo privado de formación profesional, la ACEREP, y subvencionado por el gobierno francés y el Fondo Social Europeo.

¿Qué es un «Técnico en Ayuda a la Producción»? Esencialmente, es la clase de especialista que solía clasificarse como «experto en eficiencia»; término que estaba estrechamente relacionado con la idea de «aumento de la productividad» y de incremento de la explotación de los trabajadores, y que desde la segunda guerra mundial ha sido sustituida generalmente por el de «Departamento de Métodos». El objetivo, no obstante, es el mismo: reducir los gastos –principalmente los de la nómina– mediante la introducción de métodos más eficaces.

Dicho sin rodeos: el tipo de solicitante que las empresas están ansiosas de contratar hoy es aquel que le ayuda a producir más con menos empleados.

Cuando el Ministerio de Trabajo de Giscard concibió en 1979 el plan de ayuda a la formación de jóvenes sin empleo para este tipo de trabajo, lo primero que hizo fue convencer a cierto número de empresas, como la fábrica de neumáticos Michelín o la empresa editorial Hachette, a fin de que facilitaran la parte de capacitación en el empleo a los jóvenes seleccionados que hubiesen terminado con suficiencia un curso preliminar de instrucción teórica. La condición era que, si el trabajo del alumno resultaba satisfactorio, la empresa «consideraría» la posibilidad de darle un puesto permanente.

El segundo paso fue reunir un número suficiente de aspirantes a «Técnicos en Ayuda a la Producción» que justificase la puesta en marcha de un curso de formación especial patrocinado por el gobierno. Un portavoz de la ACEREP reconoce con tristeza que, a pesar de la activa campaña llevada a cabo por las instituciones estatales del empleo para reclutar jóvenes en paro, «las plazas convocadas despertaron escaso interés», y fue necesario poner anuncios en los periódi-

En furgonetas, todas las ventajas las tiene Mercedes.

Las furgonetas Mercedes están pensadas para conseguir el mayor rendimiento, con la menor fatiga para el hombre. Con todas las ventajas de la técnica Daimler-Benz.

Seguridad Mercedes.
Sus sistemas de frenos de disco en las ruedas delanteras y su suspensión independiente a las cuatro ruedas, son lo más avanzado entre los vehículos de su clase. Su diseño, acabado y técnica rinden más y dan más seguridad.

Comodidad Mercedes.
En sus cabinas, pensadas para una conducción totalmente relajada. En su visibilidad y manejo, como en los mejores turismos. Y en su especial facilidad para la carga y descarga de las mercancías más difíciles por la amplitud de sus puertas y por el cómodo acceso a la plataforma de carga.

Potencia y mecánica Mercedes.
Motores Diesel Mercedes-Benz de 58 CV Din y 72 CV Din, elásticos, duros y sin vibraciones. Modernos cambios y transmisiones. Bastidores exclusivos y resistentes que admiten las más variadas carrocerías y estructuras.

Asistencia Mercedes.
A través de su amplia Red de Servicio. Un servicio que va más lejos del eficaz mantenimiento del vehículo. Mercedes-Benz, en servicio, tan completo como en técnica.

Garantía Mercedes y valor estable.
Todas las furgonetas Mercedes tienen la garantía de un año o 50.000 km y 100.000 km para el motor, en su primer año, incluidas piezas y mano de obra. Y desde el momento de la compra, con Mercedes, la seguridad de que el valor de su vehículo se mantendrá estable.

Con Mercedes usted tiene más posibilidades de elegir: Modelos hasta 1.000, 1.300, 1.500, 1.700 y 2.500 kg. Y, dentro de cada modelo, la versión que necesite: Para mercancías, pasajeros, mixto, con plataforma alta o techo elevado... Siempre a su medida.



Mercedes-Benz

Su buena estrella
en todos los caminos

CONSULTE AL CONCESIONARIO MERCEDES-BENZ DE SU PROVINCIA



TRAMPAS CON EL PARO JUVENIL

cos para poder llenar la primera clase. Se recibieron unas treinta solicitudes. Tras algunas pruebas para determinar su «aptitud para el razonamiento lógico», fueron seleccionados veinte aspirantes, si bien dos de ellos desistieron poco después de su primer contacto con los profesores, quienes concluyeron que no estaban «convenientemente motivados» para esta clase de trabajo. Los dos eran de origen norteafricano: los únicos norteafricanos que habían presentado solicitud. A otros dos candidatos no franceses, sin embargo –los dos refugiados anticomunistas de Vietnam del Sur–, se les apreció una «motivación» satisfactoria, y de hecho demostraron saber complacer a sus futuros patronos más que la mayoría de los aspirantes de origen francés, pese a que uno de ellos tenía serias dificultades para comprender el francés. Su buena disposición para ejecutar cualquier tarea que se le encomendara sin hacer preguntas compensaba por lo visto su desventaja lingüística.

Los alumnos recibieron, en la mayoría de los casos, el 90 por ciento del salario mínimo garantizado por la ley francesa durante los diez meses que duró el curso. Dicho costo fue asumido por el Ministerio de Trabajo, incluidos los dos meses en que estuvieron trabajando a jornada completa en puestos normales para patronos particulares. Por tanto, es evidente que la administración Giscard jamás pensó destinar tal programa a un número considerable de jóvenes franceses como medio de combatir el desempleo, ya que esta carga era excesivamente grande para los fondos públicos. Lo que se pretendía era simplemente aumentar la productividad –y consiguientemente los beneficios– de las empresas francesas mediante la utilización de un puñado selecto de jóvenes «técnicos» reclutados del dócil ejército de los parados. La mayoría de ellos pertenecía a la clase media baja, aunque no era de origen obrero; y la ACEREP afirma que, para los miembros elegidos de este grupo, «el principal problema técnico consistía en la adquisición de habilidad, única garantía para alcanzar el objetivo inmediato de todos ellos: ganarse la vida, encontrar un empleo, dejar de estar parado». El puesto para el que se habían preparado suponía una promoción social: les colocaba al lado de la dirección, más que al de los obreros –cuyo esfuerzo se les había enseñado a evaluar–, y no tenían que estar junto a una máquina con el cronómetro en la mano, como en los viejos tiempos, sino con ese instrumento más discreto y anónimo que es el ordenador electrónico.

Poco menos de un mes después, tres miembros del grupo inicial decidieron que no querían la clase de trabajo que se les ofrecía. Otros dos lo dejaron por la misma razón antes de terminar el período de capacitación, y dos más rechazaron los puestos que habían encontrado por iniciativa propia. Ahora sólo quedaron once de los veinte candidatos iniciales. Después de más de seis meses de aprendizaje técnico fueron enviados dos meses más, individualmente o por parejas, a adquirir experiencia práctica en empresas privadas que habían accedido a completar su preparación y, si quedaban satisfechos con el desempeño de sus funciones, darles un puesto permanente.

Seis de estos alumnos fueron contratados, y cinco no. ¿Qué diferencia había entre ellos?

Los candidatos a los que se les ofreció empleo, salvo una excepción, eran todos varones. La discriminación por el sexo empezó en la evaluación efectuada por los mismos instructores, y sigue en el juicio de los eventuales patronos. Las candidatas contaban de 18 a 26 años y tenían una formación escolar igual al menos, y en uno de los casos muy superior, a la de los varones. Esta alumna, de 26 años, poseía título universitario, mientras que de los varones, sólo dos habían terminado la enseñanza secundaria. Sus instructores la juzgaron «activa, dispuesta a participar, y muy capacitada para el trabajo»; pero desconfiaban de su tendencia a «ejercer un liderazgo autoritario» en la clase, aun cuando se concedió que «aceptaba puntos de vista distintos de los suyos, si estaban bien apoyados en razones». La excesiva capacidad de dirección, por tanto, no era considerada una ventaja en una joven. En cambio otra joven fue calificada muy bajo precisamente por lo contrario: aunque admitían que su trabajo era satisfactorio, dijeron que se dejaban «eclipsar» demasiado por el candidato masculino en la empresa a la que fue asignada: era demasiado «modesta». A una tercera la criticaron los instructores por «considerarse mejor que los demás candidatos» y mantenerse socialmente demasiado apartada. La cuarta fue acusada de «unirse a las demás chicas»... ¡y no, por lo visto, a los chicos o a sus instructores masculinos! La quinta, por otro lado, tenía mucho éxito en los contactos sociales con los campañeros masculinos y generalmente se las arreglaba para que le hicieran sus propios proyectos de trabajo. «Raramente entregaba trabajo personal», pero «tenía siempre buenas excusas». Era habladora, poseía «poca capacidad para escuchar a los demás», era «más bien confusa» en sus ejercicios escritos, tenía «dificultades» con las matemáticas, estaba distraída con frecuencia y, en general, sus conocimientos fueron calificados de «superficiales». Fue la única a la que el patrono que le había facilitado la formación práctica le ofreció un puesto de trabajo al finalizar el curso: es de suponer que ocultaba aptitudes que a él le atrajeron. La joven del título universitario abandonó antes de terminar el curso para aceptar el primer puesto que pudo encontrar: su padre estaba sin trabajo, y ahora era ella el único sostén de la familia. A la joven «modesta» no se le ofreció puesto alguno, aunque había realizado correctamente todas las tareas que su patrono le asignó; más tarde encontró otra colocación sin relación alguna aparente con la formación recibida. La joven demasiado «apartada» de sus compañeros masculinos de clase provocó la misma reacción en la empresa a la que fue asignada. Dominaba completamente el trabajo que se le encomendaba; pero al parecer «se comportaba como una extraña» con los hombres con quienes trabajaba, y no fue contratada. La joven que se había mostrado más encajada en clase, sobre todo en sus relaciones con las otras chicas, fue la que realizó el mejor trabajo de todos durante el período de prácticas; pero la empresa había decidido no contratar más empleados; así que, a pesar de sus conocimientos, no se le ofreció nada. No obstante, la ACEREP le encontró más tarde un puesto con otro patrono, con una función semejante a la que había aprendido.

En contra de lo que cabía esperar, fueron las pequeñas empresas, más que las grandes, las que se mostraron más receptivas para contratar a los alumnos de la ACEREP. Seis de los ocho que realizaron sus prácticas en compañías con un personal de menos de 100 operarios fueron incluidos en nómina al concluir los dos meses de prueba, mientras que ninguno de los tres candidatos enviados a empresas grandes recibió oferta de trabajo. El organismo a cargo del curso infirió que los pequeños patronos se veían habitualmente «obligados a llevar a cabo demasiadas tareas para una sola persona, y demasiado variadas para lograr un cierto grado de eficiencia».

No se pueden permitir contratar expertos especializados en estrategia comercial, administración financiera y control de producción para que les ayuden, como hacen las grandes empresas, pero estarían dispuestos a aceptar a un joven auxiliar con cierto nivel de formación ténica en cada uno de dichos campos. Las grandes sociedades, por otra parte, buscan ingenieros altamente especializados para que se encarguen de cada uno de esos departamentos, más que jóvenes con una capacitación polivalente.

En el caso de los alumnos de sexo masculino, la institución encargada de su formación considera que entre los factores clave de los candidatos que consiguieron empleo estaban la «motivación» y la «madurez». Se infiere que



la motivación incluye un grado de presión que fuerce al alumno a obtener un puesto: la falta de ayuda económica por parte de los padres, por ejemplo. La madurez se define como la capacidad de ser «aceptado» en la empresa, durante el periodo de prácticas, no sólo por la dirección, sino por todo el personal. Los candidatos que consiguieron colocarse fueron los que mostraron una «actitud positiva dentro de la empresa» y «jugaron limpio» ayudando a la dirección a reducir gastos y mejorar el rendimiento de sus compañeros de trabajo. Su recompensa, según la ACEREP, fue conseguir un empleo con «perspectivas de estabilidad (si la empresa sigue siendo próspera), y perspectivas de progreso (si la empresa se expande)». Los candidatos que no lograron colocarse, concluye el organismo encargado de la formación, fueron los que «no mostraron ningún interés por la profesión de Técnico en Ayuda a la Producción», y eran meros «ejecutantes pasivos» de las órdenes de la dirección; por otra parte, uno de ellos fue calificado de demasiado «agresivo». En general, los candidatos que carecían de ayuda financiera de sus padres, y por tanto estaban desesperados por encontrar trabajo, mostraron más «entusiasmo» por la profesión de expertos en eficiencia que aquellos que no tenían «obligación inmediata de ganar para vivir».

El proyecto modelo fue, de hecho, un microcosmos de los problemas a los que se enfrentan los jóvenes en paro del mundo actual, y particularmente de la elección de soluciones colectivas e individuales para su situación. En todos los países se observa hoy un descenso de la militancia en los sindicatos laborales. A primeros de noviembre, los obreros de la British Leyland hicieron caso omiso de las recomendaciones de sus propios enlaces sindicales y votaron a favor de la aceptación de un aumento salarial del 3,8 por ciento, lo que con el ritmo de crecimiento de la inflación significa una sensible reducción del salario real. Como a millones de obreros ingleses, les inmovilizó el temor de ir a sumarse a los tres millones de trabajadores que han perdido ya su empleo. En 1978 se perdieron casi treinta millones de jornadas de trabajo a causa de las huelgas en la industria británica; este año, el total no excederá probablemente los cuatro millones, y los sindicatos británicos revelan un descenso correspondiente en el número de sus afiliados. El mismo fenómeno está ocurriendo en Estados Unidos, donde el desempleo alcanza ahora su más alto nivel desde hace cuarenta y un años. En tales circunstancias, los jóvenes en paro constituyen una reserva potencialmente decisiva. Su mera presencia en el mercado de trabajo produce un efecto disuasorio sobre los trabajadores militantes de más edad. Por otra parte, los gobiernos se sienten particularmente inquietos ante la posibilidad de que los jóvenes sin trabajo caigan en la delincuencia criminal o en formas revolucionarias de acción política. No será la izquierda, precisamente, la que salga ganando de tal eventualidad. La Alemania nazi no es el único ejemplo de una tendencia, por parte de una considerable proporción de jóvenes parados, a buscar una solución derechista a su problema.

Otra lección puede encontrarse también en el experimento francés de la administración Giscard: es el papel desempeñado por los países subdesarrollados en el decenio de 1980. Las grandes empresas comerciales han mostrado siempre propensión a alejarse a las áreas donde los sindicatos son fuertes y a establecer sus fábricas en zonas rurales. Hoy, un fiel reflejo de esa política es el establecimiento de sucursales por parte de los conglomerados multinacionales en países donde las disponibilidades de mano de obra barata compensan la falta de experiencia tecnológica. Siempre se puede formar a unos cuantos técnicos para tal fin; dado que no cuentan con otros puestos a los que optar en su propio país, tenderán a permanecer en la empresa que les formó. En el proyecto modelo francés, es interesante observar que los dos argelinos, procedentes de un medio impregnado de nociones europeas de lucha de clases, rechazaron el tipo de empleo que se les ofreció (al mismo tiempo que fueron rechazados ellos por sus instructores); mientras que los dos refugiados del Vietnam del Sur demostraron ser los candidatos ideales para la tarea de ayudar a la dirección a explotar a los trabajadores europeos.■ **T.G.B. (Traducción: F. Torres Oliver).**

ARTE Y MILITANCIA DE JUAN GENOVES

CARMEN FERNANDES RUIZ

En este país conocemos más la militancia de Genovés que su pintura, sus carteles que sus cuadros. Postales y carteles salidos de su mano sirvieron durante años para reunir fondos de apoyo a reivindicaciones laborales, para liberar presos políticos y para cualquier fin que acercara un poco más al país a la democracia, y ello sin caer en el panfleto, a pesar de que sus obras y su estética han estado dirigidas fundamentalmente desde la militancia política. Sin embargo, su obra artística por antonomasia no se exhibe en España desde 1965, por exigencias de una multinacional norteamericana del arte. En febrero de este año se han visto varias de sus últimas obras en la magna exposición colectiva de ARCO y en la galería Rayuela, para lo que ha sido necesario el conciábulo de tres galerías.

–¿Qué supone para un artista tan vinculado a lo que le rodea este alejamiento?

–Bueno, la sociedad capitalista hace uso de mí como artista, creando una mitología del artista, con la que no estoy de acuerdo. Pero tampoco los partidos están sabiendo ver la auténtica dimensión de la cultura; no saben aprovecharla o no quieren. Personalmente, he sido incomprendido en mi militancia política y en el fondo soy un desclasado. No he querido que se hiciera uso de mí como mito-de-pintor-famoso. Y cuando he ayudado a preparar una fiesta, he cargado tablones, pintado rótulos, no he tenido pereza en coger un letraset. Poder ser uno más en la lucha política es como un lujo que me he gastado, pero no he sido comprendido. No han visto qué mérito tenía y, a lo mejor, ha sido una inocencia mía, una inocencia de la que no me avergüenzo porque hay que ser honesto, a pesar de todo. La gente en sus declaraciones públicas parece que no se equivocara nunca y yo me estoy equivocando honestamente todos los días, incluso pintando. Sigo una maroma y a lo mejor me caigo, pero me agarro otra vez de la maroma y subo. Políticamente, he sido un «naif» y lo sigo siendo. Pero me gusta ser uno más, como en la agrupación de mi barrio, que me critiquen, que opinen. Para mí fue todo un triunfo que una vez me criticaran allí por un artículo que publiqué en un periódico. Pero que los artistas no sean comprendidos en su militancia política es grave, porque la cultura es la primera arma para cambiar la sociedad. Creo que la cultura tiene el auténtico valor del cambio y lo he comprobado en la práctica. He dado charlas con militantes de barrio, hablando simplemente de cultura, de tipos de cultura, muy pragmáticos y desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche nadie se ha ido. En cambio, he visto reuniones hablando de política en que la gente no paraba de mirar el reloj, sin hacer ninguna labor efectiva. Hasta ahora, todas las experiencias artísticas que he conocido en barrios y pueblos han sido 100 por ciento positivas.

–Como aquellos murales que se hicieron hace años, ¿no?

–Sí, fue una experiencia preciosa, porque la gente colaboraba; cada pintor tenía su método, el mío era hacer las líneas maestras y dejar que lo rellenaran de color. Hicimos cosas muy bonitas y cada año la gente del barrio las vuelve a repintar, para que no se pierdan. Pero los dirigentes políticos no han visto la fuerza de la cultura. Me refiero a la izquierda, que la derecha ya sabemos cómo la utiliza. Los partidos de la izquierda o no ven la fuerza que tiene o no quieren aceptarla en toda su dimensión.

–¿Cuál sería la mejor forma de ayudar desde el Estado a la cultura?

–Bueno, hay que reconocer que el Ministerio de Cultura ha hecho algunas cosas loables, como las grandes exposiciones que son de mucho prestigio. Pero la segunda parte debería ser organizar salas de exposiciones para la gente joven, hacer talleres no sólo en el terreno profesional, sino en el de los barrios y proporcionar locales para desarrollar la cultura. Hay muchos locales del Estado abandona-





«Desde 1965 he querido representar el espacio del miedo, un miedo masticable, físico, donde está el hombre y la multitud...» (Foto: Ramón Rodríguez). A la izquierda «La esquina», Juan Genovés, 1981.

dos, como el Hospital de San Carlos, donde no costaría nada hacer unas salas en las que por rotación vayan exponiendo los más jóvenes. Ahora, con esta exposición mía, me he dado cuenta del rosario de chicos que va por las galerías enseñando sus telas para ver si pueden exponer. Debe haber talleres, además, donde los pintores trabajen juntos. Hay un concepto elitista, muy burgués, sobre la necesidad de estar sólo para crear grandes obras. Y es un concepto de moda incluso entre la gente –llamémosle– progre. Cuando uno está solo ve cosas muy ciertas que la mayoría de las veces son mentiras. La gente que pinta necesita tener una militancia organizada o dedicarse a la enseñanza, lo que sea, pero siempre en colectivo. La soledad es una cosa muy antigua.

–¿Esa es la razón por la que perteneciste a grupos como Los Siete, Parpalló, Equipo 57 y Hondo desde que saliste de la Escuela hasta que comenzaste a militar políticamente?

–La constante de los grupos viene porque he visto lo brutal de la soledad del artista. Estar solo como yo estoy aquí, dando vueltas, pensando solo, como en una jaula, no es una forma lógica de trabajar. Uno se ha de relacionar con gente, y porqué no en el arte. Se ha de trabajar en equipo.

–¿Qué encuentras en los grupos, además de convivencia: unidad estética, discusión...?

–Para mí, entonces era importante también no estar solo en el sentido estético. No es que se exijiera un tipo común de pintura, pero si un objetivo común. Se hablaba mucho, se discutía, sobre todo en Hondo. En este ambiente convencional del artista solitario parece imprescindible que el arte sea competitivo, que los artistas sean enemigos y que haya una carrera a ver quién es el mejor. Me parece absurdo y me lo seguirá pareciendo. Yo dejé de participar en competiciones en 1973 o así por esa razón. El arte no tiene nada que ver con concursos, premios y demás. No creo que haya vara de medir para el arte, ni artistas mejores ni peores. Simplemente hay artistas diferentes. A mí me ha pasado juzgar mal a un artista y tener que rectificar después, porque tratado íntimamente era fenomenal.

–Recientemente he leído una entrevista en la que comentabas la diferencia entre panfleto y pintura. ¿Podrías concretarlo un poco?

–Bueno, el panfleto va unido a la demagogia y yo procuro siempre no ser demagogo. Siempre he creído en la obra bien hecha. Si hago una forma tiene que estar justificada por algo que logre el mayor impacto con unas reglas. Incluso las cosas que he hecho durante el período de la clandestinidad, como una que recuerdo de una huelga de Pegaso con 46 despedidos –la he encontrado el otro día entre unos papeles–, en que yo hice 46 señores, dentro de un espacio aislado, con el cartel de «Solidaridad con los despedidos». Se vendía, por cierto, a cinco duros. Y como ése he hechos cientos; nunca eran una copia. Es una pena que haya perdido casi todas mis cosas de entonces.

–En tu obra hay una constante de miedo, que sale con una forma estética u otra. ¿Después del cambio político nacional continúas sintiéndolo?

–Desde el año 65 he querido representar el espacio del miedo, un miedo masticable, físico, donde está el hombre y la multitud, formada por seres microscópicos, pequeños. En estos últimos años, inconscientemente, la figura la he ido agrandando y en la última exposición de Nueva York, en 1981, las cosas eran totalmente fragmentos, una mano... Es una experiencia curiosísima. Me ha dado rabia descubrirlo, me ha dado tanto miedo llegar a pintar la nada, con esa ampliación progresiva, que inmediatamente he cambiado. He tenido miedo a esa trayectoria mía, fiel ¿a qué? Y entonces me he dado cuenta de que tenía abandonado el mundo del color. Me preguntabas si el miedo continúa y, sí, continúa. Este es el país del miedo. Pero además, esto que he hecho no es sólo de España, es de todo el mundo. Y el artista tiene obligación de dar testimonio de esto.

–Ese miedo físico nació quizás en los recuerdos de la guerra, naces en 1930...

–Sí. Nazco en un barrio de trabajadores, el barrio obrero, como se llamaba en Valencia, y mis primeros recuerdos fueron desde luego la guerra civil. Hay unos sucesos tremendos porque el barrio pillaba exactamente entre los dos bandos. En el campo del Mestalla está el bando republicano y al otro lado el barrio tocaba los cuar-

teles. Recuerdo que yo tenía seis años y un día las balas pasaron por encima de nosotros entre las ventanas, que nos metimos bajo las camas. Al día siguiente ganan los republicanos y sacan a la gente de los cuarteles y los veo enfrente mismo de mi casa, con la cara a la pared, porque les iban a disparar. Es una cosa que se me queda grabada. No le doy importancia, pero luego, al cabo del tiempo, vuelve y aparece en mis cuadros.

–También te dejarían huella los bombardeos de Valencia.

–Sobre todo porque vivíamos en aquella zona. Otros recuerdos que me han marcado es que durante la guerra iba a un colegio comunista, que se llamaba La Pasionaria. El ambiente era muy simpático, de camaradería con las maestras; no había profesores porque todos los hombres estaban en el frente. En fin, se acaba la guerra y en el espacio de una semana pasamos de entrar diciendo «Salud, camaradas» a «Ave María purísima ¡Arriba España!» y levantábamos el brazo. Me acuerdo del pánico a las monjas y los curas, vestidos de negro; yo no los había visto nunca. Y ahí empieza mi primer contacto con el miedo. Ahora estoy revisando mi obra para hacer un libro y me doy cuenta de que en mi vida la sensación de miedo es una cosa tremenda. Con aquellos primeros recuerdos empiezo a considerar el miedo como una cosa física y existente. Y lo reflejo en mis obras incluso cuando he querido hacer cosas digamos alegres.

–¿Comienzas a pintar, a lo mejor, como una forma de desahogar ese miedo?

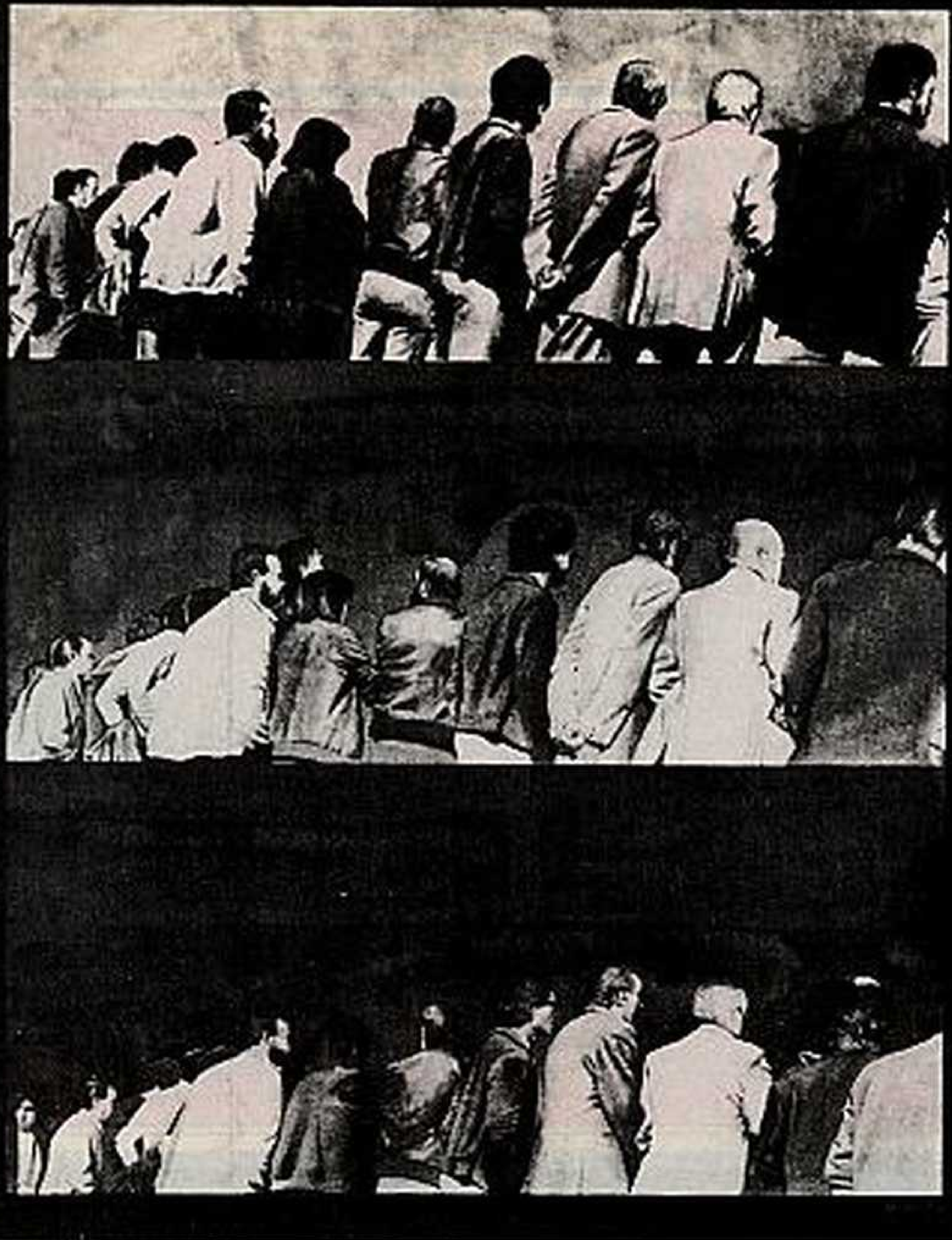
–Sí, yo he pintado desde siempre. Mi padre era artesano y alguna afición quizá de ahí me viene. En Valencia, en el barrio, hay mucho ambiente artesano: pintores de abanicos, grabadores, y siempre me he visto rodeado de gente así y no he tenido que plantearme la profesión. En la escuela era el niño que pintaba bien. Pero donde realmente nace mi vocación es en una carbonería que ponen mis padres, después de la guerra, en la que yo trabajaba llevando el carbón. Y yo pintaba en las paredes con el carbón; me hago famoso porque pinto unos coyotes y unos guerreros del antifaz monumentales en la pared. Y la gente venía a verlos, más que a comprar el carbón. Después, también contaba historias del barrio. Luego hubo un señor que era pintor y dijo «este niño vale mucho», como les ha pasado a casi todos los que hoy son pintores, vamos. Y me meto en la Escuela de Bellas Artes jovencísimo, con quince años; no tenía aún la edad, me llamaban «el chiquet». Que fuera artista, para mi familia era una cosa muy buena, porque eran muy socialistas, progresistas y veían en el arte como un progreso. Mi abuelo, que era serrador, era compañero de Pablo Iglesias en Valencia: tenía el carné número cinco del Partido y cuando Pablo Iglesias iba a Valencia se acercaba a verle. Así que la cultura en mi familia era una especie de religión.

–¿Qué quedaba de la tradición cartelista valenciana, que en cierta manera tú continúas, tras los Renau, Fontseré, etcétera?

–En aquella época había desaparecido todo. Mis padres queman todos los carteles del Partido Socialista y se produce el fenómeno que ha registrado toda la generación nuestra de posguerra y es que los padres dicen: «no hay que hablar de política a los niños». Había un miedo tremendo. Eso, claro, es una cortina tremenda. Yo me he enterado de lo que era mi padre, de lo que era mi abuelo, mu-

«Poder ser uno más en la lucha política es como un lujo que me he gastado, pero no he sido comprendido; en el fondo soy un desclasado». (Foto: Ramón Rodríguez). A la derecha, «de espaldas», obra de 1982.





dos metros y medio. Luego tenías que irte de Valencia. Y te venías a Madrid, porque a Roma no podías. Gané también la pensión de El Paular. En Madrid pierdo el contacto un poco con Valencia, tengo un estudio miserable con Julio Alvarez y Antonio Vázquez. Julio Alvarez formó luego parte del Equipo 57 y Vázquez está ahora en Suiza, no sé qué será de él. Con ellos fundamos la Exposición al Aire Libre, que Alvarez ha mantenido porque es muy perseverante.

–Esa exposición reunió a casi toda la generación de jóvenes, ¿no?

–Aquello fue muy bonito, se hizo en la Casa del Pobre y del Rico (ya desaparecida, en el Retiro). Ibamos desde Cuatro Caminos llevando los cuadros en un carrito de mano. Luego vino el papeleo, los permisos. Del Ayuntamiento nos mandaron a Cecilio Rodríguez, que estaba en su despacho, muy viejecito, rodeado de gatos, miles de gatos, y que nos decía: «Y eso ¿qué es, qué quieren hacer ustedes?» «Queremos exponer la pintura para que la vea la gente.» «Pero ¡qué barbaridad! y ¿donde van ustedes a guardar los cuadros?» Una cosa surrealista.

–¿Vendíais?

–Algunas cosas, pero muy baratito, muy baratito. A mí me compró un modisto y también unos norteamericanos, que ya empezaban a venir por aquí. Pero lo más divertido era el ambiente de chachas, niños, soldados. Luego hacíamos recitales con Gloria Fuertes y un cubano que apareció por aquí.

–¿Tampoco esta vez os clausuraron?

–No, fue milagroso. Yo siempre he ido un poco así. Lo recordabámos Julio Alvarez y yo el otro día. Pero como no éramos una oposición muy seria, pues nos dejaban.

–¿El pintor vivía la represión de alguna manera distinta de como la vivían los demás ciudadanos?

–Bueno, la censura la llevábamos por dentro. Por ejemplo, nos pareció un atrevimiento el que en 1954, o así, le pidiéramos un dibujo a Picasso. En cierta forma, sí: estábamos politizados. En cuanto a la Exposición al Aire libre, ahora pienso que el sitio para ver pintura no es la calle; esa es una posición guerrillera, pero el cuadro necesita su entorno hay que verlo con calma, no cuatro cuadros juntos. Para mí, un cuadro es una máquina de pensar, si no, no es nada. Hay que hacer que el público se acostumbre a pisar las moquetas, o lo que sea, de las galerías. El plan guerrillero vale muy poco. Ahora, la experiencia de ARCO ha sido impresionante. La cantidad de gente, la gente joven que había. Estoy pensando mucho en éste fenómeno porque me he fijado muy bien y he ido a ver cómo miraban los cuadros y

cho después. Incluso ahora que mi padre es mayor, tiene esa cortina de silencio, un mecanismo del miedo. Y la Escuela de Bellas Artes tenía un vacío impresionante. Sólo Sorolla.

–¿Y creáis el grupo Los Siete para salir del aislamiento?

–Los Siete fue muy simpático, dentro del ambiente tan terrorífico de Valencia. Eramos muy ingenuos políticamente. Hacíamos recitales con obras de Miguel Hernández y nos parecía estupendo. Por cierto que María Cuadra, que tendría catorce o quince años, hizo su primer acto público con Los Siete, recitando a Miguel Hernández. Y no pasó nada; o fue por chiripa o nos vieron las caras de inocentes, porque ni siquiera lo prohibieron. El grupo se creó para animar culturalmente Valencia y encontrar una salida como pintores, porque si no íbamos a acabar haciendo fallas o abanicos.

–¿Qué pintabas entonces?

–Pues una pintura decorativa. Estaba loco con el «novecento» porque ¡claro! al llegar a 1925 se acababa la Historia del Arte. Bueno, mucho antes, porque no conocíamos el cubismo. Con decirte que al director de la Escuela le llevábamos una lámina de Van Gogh, así (con dos dedos) y nos decía «eso fuera, ese hombre está loco, vosotros estáis locos, fuera de aquí», con las manos en la cabeza. Y eso cuando los franceses ya lo tenían en los calendarios (termina riéndose). Era una incomunicación total.

–Erais todos fugurativos, claro.

–Claro. No conocíamos la pintura abstracta. Entonces no se podía viajar fuera. Eugenio Sempere, que era de unos cursos anteriores a mí, salió a Francia y vino hablándonos de «pintura abstracta». Eso hacia el 53. Hizo una exposición y aquello fue tremendo. Recuerdo nuestros encuentros con él, discutiendo todavía si la pintura era sólo pintura porque no representaba nada. Habíamos llegado al abstracto sin pasar por el cubismo, sin experiencia de los impresionistas, a los que en la Escuela los profesores llamaban «Manet y Peuet», manita y piececito en valenciano. Los Siete duró tres años o así. Y luego me vengo a Madrid, gano la Diputación.

–¿La beca de la Diputación?

–Sí. A Sorolla en su tiempo le sirvió para ir a Roma, pero en mi época eran como 8.000 pesetas al año, una miseria. Nos presentamos 50 artistas, 50 compañeros, y la gané yo. Una lucha desenfrenada por una sola plaza. Había que pintar un cuadro de

«Distancias», J. Genovés. 1970.

«Narración», J. Genovés, 1982.

he visto que *leían* la pintura, es impresionante. Es un fenómeno nuevo, debe ser que a los jóvenes les enseñan los profesores jóvenes lo que es la plástica. Aunque también había otros que sólo miraban, sin verlo bien.

–Y del plan guerrillero, pasaste a Parpalló, que era un grupo de Valencia.

–Sí, Parpalló tuvo mucha trascendencia y yo mantenía mucha relación con Valencia. Luego, en el 57 expongo en Alfil.

–Por primera vez.

–Sí, y Faraldo, del YA, me pone por las nubes en una crítica que escribió un domingo. Y pasó una cosa curiosísima: el lunes se me llenó de gente aquello, vendí muchísimo. Empezaba también el interés por la pintura porque entonces era lo más libre ¿no? Era cuando comenzaba El Paso, que aún no tenía mucha proyección. Así que vendí mucho y comencé a poder vivir de la pintura.

–¿El grupo Hondo nace un poco como defensa contra el informalismo?

En 1961 estamos en el grupo Hondo que, como experiencia, fue muy interesante. Yo era figurativo, algo anarquizante, pero figurativo. Pero a partir de El Paso aparece en España el *informalismo*, en la elite artística –que yo distingo mucho de lo que es la calle, porque hay tendencia a considerar la pintura como una cosa total y es muy pequeña–. Y el informalismo crea academia: todo el que no lo sea, ni es pintor ni es nada. A través de Angel Duarte me relaciono con los miembros del Equipo 57, que venían de París y tenían un estudio en la calle Luna, muy grande y tal. Y como que me perdonaban la vida porque era amigo suyo, por ser figurativo. Me acuerdo que hacían planteamientos como «la pintura, ya sabemos lo que es; la escultura, también. Pero ¿y el teatro?; ¿el teatro, qué?». Arreglaban el mundo así, en plan teórico. Ellos, el Equipo 57 está un poco olvidado en España ahora, pero por ahí fuera siguen siendo conocidos. Estan en todo el cinetismo, en todos los catálogos sobre el tema están sus obras. El grupo Hondo estaba formado por Mignori, Jardiel, Gastón Orellana y yo. Aunque nuestra pintura era un poco diferente, nuestra actitud mental era muy parecida, en el sentido de que ya estaba bien de academias, de costras lunares, de chafarrinones que, en parte, protegía el status franquista; lucía mucho porque era una cosa de vanguardia y al mismo tiempo no decía nada. El Paso tuvo una actitud muy digna porque se dieron cuenta de que el Estado jugaba a ayudarles. Les llevó a la Bienal de Venecia, González Robles, encantado de que España es-



«La escalera», J. Genovés, 1982.



«El preso», realizada en 1965.

tuviera a la cabeza de la vanguardia; en el extranjero se les protegió también porque se les vió interés, garra y que era una pintura de protesta antifranquista. Así que con tanta academia, Hondo fue una rebeldía total. A nosotros nos interesaba introducir la presencia humana. Recuerdo que la duquesa de Chinchón, de Goya, era para nosotros una cosa excepcional, tenía casi una palpitación, presencia humana. Hondo fue un fracaso total. El Paso se sintió despreciativo y la demás gente también. Caímos muy mal y fue una pena porque hubiera sido una continuación de El Paso, como muchos críticos han visto después. González Robles nos dijo tajantemente que no quería grupos; por esa época, El Paso le había puesto ya a escaldar porque se iba marcando los éxitos a su costa. El decía que sabía mucho de pintura porque estaba dando clases en El Pardo. Como Comisario de las exposiciones españolas era de un autoritarismo... Así que nos llevó aislados, hicimos un cataloguito pequeño, lo dimos a los críticos, interesó muchísimo, pero no se vio el grupo junto. Luego, Hondo se deshizo y entonces sí, de verdad, me politizo.

–¿A través de qué cauces?

–Pues del Club de Amigos de la Unesco. Dejo de pintar porque lo veo inutil y para ganarme la vida dedico a hacer joyas.

–De alguna manera, así te acercaste un poco a la escultura ¿no?

–Pues sí, porque luego me dedico a hacer cosas en relieve, con trapos y tal y me planteo la pintura desde otro punto de vista, echo las estéticas por la borda, me planteo una exposición exclusivamente con una finalidad política. La hago en la Dirección General de Bellas Artes, a base de hombres solos y multitud, las dos cosas con técnicas distintas, la figura en relieve. La exposición tiene un suceso político enorme porque ya había empezado el movimiento en la Universidad (1965), era el momento de Aranguren y Tierno Galván, totalmente de acuerdo en la oposición al régimen. El catálogo de la exposición con toda la obra estaba en los tablones de anuncios de todas las facultades y fue el delirio. Pero tiene un éxito artístico, que es lo que yo no me esperaba, porque no me había preocupado nada lo artístico, aunque tampoco entonces hubiera podido hacer panfletos.

–¿Cómo la valoras ahora, al cabo de los años?

–Todo el tema era el hombre y la multitud, me lo planteo así. Y quizás antes tenía que haber echado por la borda tanta teoría vacía, que me había atado como con una especie de cañamazos. No podía moverme y aquello me dio una libertad tremenda de teoría estética.

–Este es el momento en que comienza una etapa que no termina hasta hoy en que sólo se te conoce como cartelista, como militante, porque das la exclusiva a una de las más poderosas compañías multinacionales del arte, a quien no interesa organizar exposiciones en España.

–Bueno, en 1965, Robles ve mi exposición y deciden hacer como con El Paso, me absorben. Qué casualidad que a la mañana siguiente de inaugurarse la exposición, varios periódicos de Madrid la sacan en portada. Si lo hubiera expuesto en una galería, me habrían cerrado. Así que le den la vuelta: dicen «la inquietud del hombre de nuestro tiempo, visión fotográfica». Y a González Robles le viene muy bien, para que se vea que en España hay libertad. Me lleva a Venecia con cuatro cosas en un rincón, le dice a la gente que soy un chico que no pinta nada. Bueno, allí me dan un premio y no había nadie, ni el embajador, ni nadie; yo allí, solitario con mi premio que no era ninguna tontería, pero en medio de un desconsuelo horrible. En cambio, a Le Parc le dieron otro premio y los argentinos estaban como locos, le sacaron a hombros. Claro, Argentina no era lo que es ahora. Así que me dieron un montón de tarjetas de galerías así (señala un palmo) y yo no conocía nada del arte internacional, ni de negocios. Venía de una posición miserable, me vino cuando menos lo deseaba porque la cuestión para mí era política, simplemente, política. Me acuerdo que estaba Canogar en la misma pensión que yo y por la noche iba a decirle «¿qué te parece, por cual me decido?» Y entonces apareció la galería Marlborough, todos decían que era la multinacional más poderosa y que no fuera tonto. Y a partir de ahí, hago exposiciones en Nueva York, Londres, etc.

–El impacto que produciste ¿vino porque tratabas un tema válido en cualquier parte, la soledad del hombre frente a la multitud?

–No, realmente, creo que fue porque no había nada que se le pareciese. También se trataba del caso concreto de España, pero empecé a tomarle asco al asunto, porque veía que realmente eso estaba pasando en todas partes y no sólo en España: el drama del hombre y del hombre frente al miedo es una cosa mundial, pero me colgaron el cartelito como a todos en el mundo del arte.

–¿También por parte de la galería?

–Bueno, no defiendo totalmente a las galerías porque para mí el ideal de publicidad es otro, pero hay mucho de tebeo en todo. Naturalmente, las galerías tienen el poder y lo desarrollan. Honradamente, tengo que decir que la galería Marlborough jamás me ha exigido ningún tipo de pintura.

–Durante estos últimos años ¿qué relación tiene con la gente?

–Pues he seguido en Madrid, salvo algunas temporadas; estuve en Londres casi dos años. Y tener una galería me ha permitido seguir con mi militancia política, que nunca he dejado.

–¿Cómo nace el Sindicato de Artistas Plásticos?

–Esto empieza en el 68 y va paralelo al trabajo de mi obra. Parece rarísimo, pero esta vez tampoco nos cierrran. Y eso que estabamos a lo mejor seiscientos pintores reunidos en la Escuela de Bellas Artes. Se hablaba de todo, pero no vino la policía. Hicimos un encierro como unos ochenta artistas plásticos en el museo de El Prado, para protestar por que a Moreno Galván (crítico de TRIUNFO) le habían metido en la cárcel (por participar en un intento de homenaje a Picasso en la Universidad). Nos encerramos en una sala redonda donde tenían entonces a la familia de Goya, las majas y demás. El pánico nuestro, esa sensación que llevo siempre materializada encima, venía por el miedo que daban los cuadros de Goya en la oscuridad. Se iba haciendo de noche y veíamos aquellas figuras.... no nos dieron la luz. Es una experiencia que no se me olvidará nunca. Además veíamos a lo lejos del corredor a la policía formada. La prensa no informó, salió una noticia pequeña. Vino Javier de Salas, que era el director de El Prado y lo quiso arreglar por el lado sicológico «que podíamos hacer daño a los cuadros, que íbamos a tener la culpa si la policía nos echaba». Y entonces pensamos que los cuadros eran nuestra protección, así que había que arrimarse ellos. Pero los grises nos rodearon y nos fueron sacando. Nos quitaron el carnet... pero a Moreno Galván le soltaron.

–¿Hasta qué punto estaba politizado el Sindicato?

–Desde luego, lo estaba; el más fuerte era el Partido Comunista, que era casi el único, pero a la comisión de cultura del partido y a todos los que estábamos en el sindicato lo que nos preocupaba era la cultura. Nos interesaba que el artista estuviera poseído de ciertos derechos sociales, como en países como Dinamarca, Holanda, Noruega. Allí el artista está casi mimado por el Estado, lo que no es ningún privilegio; es darle a la cultura lo que debe dársele por derecho social. En la primera etapa del sindicato no sé si se tomó más bien como oposición al régimen–naturalmente que lo era– y aquellas cosas parecían muy lógicas. Pero con la venida de la democracia parece que los artistas se han convertido en *arcángeles*, estamos por encima de los humanos y no necesitamos derechos sociales. Si te pasa algo en una mano, bueno, pues a morirse de ham-



«Contra la pared», Juan Genovés, 1965. En esta etapa, el pintor echa las estéticas por la borda y se plantea la exposición con una finalidad exclusivamente política.

bre. Y eso los que vendemos pero ¿y los que no venden ni por casualidad?

–En los últimos años de la clandestinidad, cuando aparece tu cartel del abrazo para pedir la amnistía, la represión era más leve ¿no?

–No, en los últimos años me tuvieron durante seis días en la Puerta del Sol y se pasaba mal, muy mal. ¿eh? Vinieron por el cartel, precisamente, pero me dio la sensación de que andaban buscando algo más importante, como si yo fuera a tener a Dolores Ibarruri debajo de la cama. Y me revolvieron todos los papeles –desde entonces no encuentro nada– me sacaron con una pistola al pecho, delante de mi hija de ocho años. Sacaron a los vecinos de sus casas para que fueran testigos de que yo era comunista y tal. Y esto en el 76. A unos compañeros que estaban sacando los paquetes del cartel de la amnistía los pescaron y a mí no, porque andaba repartiéndolos en otro lado. Curiosamente, ahora están pidiendo la amnistía en Uruguay y por allí con ese mismo cartel. Lo han reimprimido.

–¿Cómo vino la elección de la imagen para ese cartel? Porque lo más obvio hubiera sido una cárcel y gente saliendo, en lugar de ese abrazo, que casi parecía una premonición de la etapa de transición actual.

–La primera idea que tuve fue como un cuadro con barrotes en perspectiva unos puños que salían. Pero lo que salió, el abrazo, fue una sorpresa. Incluso creo que fue en la comisión de cultura –que estábamos en la clandestinidad– y comentándolo, salió que por qué una cosa tan directa. Así que no fue totalmente mía la elección.

–Hablando de carteles ¿qué te parece el impacto del Guernica como cartel?

–Bueno, yo creo que a pesar de que hay cosas tecnicamente mucho mejores de Picasso, el Guernica tiene una emoción contenida impresionante. Ahora, el uso suyo como cartel, también lo desfigura un poco. Y se me cayó el alma a los pies cuando lo vi tan encerrado, como esos cristos yacentes que hay en las iglesias de los pueblos. Yo lo he visto muchas veces en Nueva York y en París y es que aquí no se ve, la luz está mal, no te puedes acercar. Y la pintura hay que palparla. Además no se puede apreciar las tonalidades, para mí es un cuadro de blancos muy matizados; y aquí no se ven. La pintura es muy esclava de su entorno.

Se está preparando para el próximo otoño una gran exposición retrospectiva de la obra de Genovés, en las salas del Centro Cultural de la Villa de Madrid. El proyecto inicial era hacer coincidir la muestra de su última obra con esta antológica, pero ha sido muy laborioso conseguir reunir obra que está distribuida por todo el mundo, en colecciones particulares, museos, galerías, etc.

–Se creía que se podría hacer en cuatro años, pero ha sido imposible. Y quiero que la muestra represente bien las etapas, porque siempre he intentado crear cierta dialectica en cada una. El del abrazo, por ejemplo, pues forma parte de una serie que tiene una especie de broche, en fin, hay que verlo, porque las palabras para explicar la pintura no sirven. El cuadro hay que leerlo, no creo en etiquetas ni en teorías. Como decía mi amigo Benau: «desengáñate, que los que no se ha manchado todos los días de pintura los pantalones, no pueden saber auténticamente nunca lo que es la pintura». Todo el mundo puede leerla, pero nosotros como los maquinistas con las locomotoras, sabemos más. No leo nunca críticas sobre cosas mías, pero sí lo que dicen los pintores. Ultimamente, he leído lo que dice Mondrian, un místico increíble, que interesa muchísimo ¿no?

Y Juan Genovés se despide hablando de la mala conservación de los cuadros del museo de El Prado, que están estropeadísimos, pero nadie quiere decirlo, las partículas metálicas que se han impregnado en el barniz, el bióxido de carbono de los coches, la mala colocación. Respecto a esto, me hace notar el entorno que ultimamente da a sus cuadros, a modo de paspartú, para ayudarles a crear su propio ambiente. Abandonamos la torre de trabajo de Genovés, dejándole envuelto en sus meditaciones, en su soledad, enterrado en líneas de pintura y diseños tempranos. Allí queda el artista encerrado consigo mismo, bien a su pesar. ■ C.F.R.

Leonardo Sciascia

NOVELA POLICIACA Y NOVELA POLITICA

FEDERICO CAMPBELL

QUIEN en los últimos años ha llevado a la novela policiaca hasta sus últimas consecuencias formales y de contenido –aspectos que son uno y el mismo– responde al nombre de Leonardo Sciascia. Nacido en Racalmuto (Agrigento) en 1921, el autor siciliano ratifica en cada uno de sus libros, cómo el reciente *Negro sobre negro,* que sigue siendo un autor «molto bravo». Ha conseguido, a partir del esquema de la novela policiaca convencional, elaborar una reflexión –indirecta, implícita, con la riqueza de la ambigüedad significativa propia del lenguaje novelesco– sobre el poder de la época.

Para Sciascia, escribe Claude Abroise, la novela policiaca «se vuelve una forma peculiar de reflexión sobre el sistema político. Así, quien se dispone a tratar un delito de mafia sabe que la colisión entre delincuentes y personas que representan al Estado no es casual, no sabe qué hacer con un caso trivial y clásico de corrupción de la autoridad legítima». Y es que la «forma» de la novela negra, según este crítico, siempre tiene «evidentemente un significado político, en cuanto producto ideológico. Lo que hace Sciascia es incluir directamente la política en la trama novelesca». Pero en sus novelas no se resuelve el misterio, no sólo porque el Estado no va a juzgarse nunca a sí mismo, sino porque en el aspecto práctico el investigador –a diferencia del detective omnipotente clásico– está condenado a una «amarga impotencia».

Si la novela policiaca ha llegado a convertirse, como afirma Giorgio Galli, en el tratado político de nuestro tiempo, en muy considerable parte se debe a la obra de Sciascia. No serían necesarias sus explicitaciones ensayísticas o periodísticas (como cuando dice en *Negro sobre negro* que «ninguna verdad se sabrá en relación a los hechos delictuosos que tengan, así sea mínimamente, concernencia con la gestión del poder») porque es algo que da el personaje de una de sus novelas, por ejemplo, el profesor Laureana de *A cada quien lo suyo,* o algo que se expande por entre las líneas de *El día de la lechuza* y muy claramente en *El contexto* y *Todo modo.*

La imaginación de Sciascia se enciende muy penetrantemente en *A cada quien lo suyo* –título que, como es sabido, alude al concepto de justicia invocado por Justiniano– y hace encarnar en el profesor Laureana al viejo maestro de provincia, bienintencionado, poseedor de un sentimiento instintivo de la equidad, que al principio por mera curiosidad intelectual –literaria, se diría– se va interesando en el enigma de un homicidio solapado a la postre por toda la sociedad de su pueblo hasta «desparecer» (a la manera mexicana o argentina) por haber deshebrado los pormenores del misterio.



Fotograma de la película «Todo modo», de Elio Petri, que traslada al cine la novela homónima de Leonardo Sciascia.

No coincidencias: deducciones

Imaginémonos por un momento una ermita, un convento antiguo convertido en hotel, algo así como un monasterio remozado de las monjas en el desierto de los Leones o la hacienda de Montefalco en las afueras de la ciudad de México. Tengamos esta imagen en la cabeza, veamos que un fin de semana empiezan a llegar automóviles oficiales, coches lujosos con chóferes y guardaespaldas, y que de ellos descienden «destacadas personalidades de la Iglesia, la política y las finanzas, vinculadas por un mismo deseo: un reparto más lucrativo del poder». El objeto de su reunión es un retiro espiritual.

Mientras van y vienen rezando el rosario se produce un disparo en la oscuridad y alguien cae. En las noches subsiguientes tienen lugar otros crímenes y nadie resulta culpable.

Imaginémonos que con este tipo de personajes (con nombres ficticios, por supuesto) se escribe en México una novela y meses después en la realidad se dan acontecimientos más trágicos que los novelados y que al autor se le juzga adivino, hechicero, provocador y responsable de un libro presuntamente premonitorio.

Es capcioso relacionar las cosas de esta manera, pero valga la irreverencia para imaginar, dramatizar o hacer sentir el efecto que causó en Italia *Todo modo,* la novela de Leonardo Sciascia. Trasladada al cine por Elio



Escena de «Excelentísimos cadáveres», de Francesco Rosi, versión cinematográfica de la novela de Sciascia «El contexto».

Petri, se hizo aparecer (por el maquillaje, la actuación, el tono) al actor Gian María Volonté con el pelo canoso y la mirada lánguida de Aldo Moro varios meses antes de que este fuera asesinado por las Brigadas Rojas.

Preguntándose si el cine italiano estaba realmente por encima de toda sospecha, en 1978 el semanario parisiense *Le Point* reparó –no sin malicia; más bien con ánimo tendencioso y durante los días del secuestro de Moro– en la «violencia política» de las «más recientes» películas de Italia y provocadoramente acusaba de provocadores a los cineastas que las estaban haciendo. No se detuvo allí la especulación de *Le Point:* insinuó también que el título de una de esas películas era un juego malintencionado de letras: *Todo modo:* Aldo Moro.

–Después del asesinato de Moro –dijo Sciascia al periodista Max Gallo en *L'Express*– he sentido, como Borges, el terror de la escritura. No me siento responsable de lo que sucede, pero mis novelas lo han anunciado. Se trata de previsiones sacadas de un análisis de la sociedad italiana. Y la realidad ha confirmado mi diagnóstico.

Todo modo (la frase es de Ignacio de Loyola: «... todo modo, todo modo para buscar y hallar la voluntad divina») adopta el marco de la novela policiaca pero no sus soluciones típicas. Al escenario nocturno de ese retiro espiritual en una ermita siciliana, Sciascia ensarta una cadena de complicidades entre los miembros del poder y hace concurrir a banqueros, obispos, directores de periódicos, diputados, ministros, senadores, dirigidos todos por un alto personaje eclesiástico, don Gaetano. Cae muerto un senador y luego otro, y luego otro y más tarde don Gaetano. Un inspector de la Policía se persona y a la mañana siguiente, sin saber qué hacer o sabiendo que nada puede hacer, pide a los ilustres supervivientes que abandonen el lugar.

–Si dejo al lector el cuidado de descubrir al autor de los crímenes –respondió Sciascia– es porque de esa manera se puede hacer ver que en los pasillos del poder es donde se encuentra el gran capital que arma la mano de los asesinos, y que no importa a quién se le encomienda matar... Si en mis libros no se sabe quién es el asesino es porque yo mismo lo ignoro y porque, en última instancia, como en *Todo modo,* podría ser yo. O el lector.

En una entrevista que le hizo Héctor Bianciotti en *Le Nouvel Observateur,* Sciascia explicó, mutatis mutandis, que «al morir, Aldo Moro adquirió una inocencia que nos ha hecho sentir a todos, a mí mismo, culpables». Fue un gesto de humor macabro el que las Brigadas Rojas hayan abandonado su cadáver entre el edificio de la Democracia Cristiana y el del Partido Comunista italiano, el cuerpo del hombre que justamente intentó un acercamiento entre ambos partidos. Ese es el verdadero mensaje de las Brigadas Rojas. Cuando vivía, «Moro me hacía pensar en Kutosov, el general de Ejército ruso que desarrolla Tolstoi en *La guerra y la paz.* Kutosov adoptó la estrategia de permitir que Napoleón se adentrara en Rusia para después aniquilarlo. Moro estaba a punto de hacer lo mismo con el PCI: dejarlo entrar a compartir el poder del Estado para luego atarlo a ese poder y desprenderlo de la base.

–Yo no creo en nada –añadió Sciascia–, sólo en las coincidencias.

–Ahora en Italia se le considera a usted un poco como un brujo –le preguntó Bianciotti–, pues cada uno de sus últimos libros contiene pequeñas profecías que la actualidad se encarga de ilustrar y de conformar.

–No son profecías –contestó Sciascia–. Son deducciones.

–¿Sería usted el Sherlock Holmes de esa increíble novela policiaca que es la Italiana de hoy?

–Sherlock Holmes, no tanto, no tanto. Era demasiado riguroso, demasiado técnico. Más bien sería una especie de Maigret: lo que me interesa no es el culpable, sino la exploración de una situación, de un «contexto».

–¿Le gusta pasar por ser un escritor comprometido?

–Claro que sí, yo soy y me siento «comprometido», pero conmigo mismo... Los dos escritores comprometidos más grandes que conozco son Gide y Bernanos... El primero, que se sentía comunista, escribió la verdad sobre la Unión Soviética, y el segundo, que era católico, escribió contra el mundo católico que exaltaba la cruzada de Franco. Por eso que vivan los intelectuales comprometidos, pero a condición de que se comprometan siempre contra el príncipe, contra las iglesias, contra los poderes...

El engranaje es el contexto

En una de las escenas claves de *El contexto,* que llevó al cine Francesco Rosi bajo el título de *Cadáveres ilustres;* (1) el inspector Rogas conversa con un exconvicto que purgó una condena sin haber sido culpable.

–Pero usted era inocente –dice Rogas–.

–Sí, inocente... Pero, ¿qué quiere decir ser inocente cuando se cae en el engranaje? No quiere decir nada, se lo aseguro. Es como atravesar la calle y ser atropellado. Inocente y atropellado.

–Pero no todos son inocentes –agrega Rogas–. Me refiero a los que caen en el engranaje.

–A como anda el engranaje todos podríamos ser inocentes.

–En ese caso también podría decirse: a como anda la inocencia, todos podríamos caer en el engranaje.

Lo que sostiene Giulio Einaudi sobre esta obra de Sciascia alude asimismo a un mundo que también se deriva de la lectura cotidiana de pe-

(1) **Nota:** En España, la película se proyectó con el título de «Excelentísimos cadáveres».

Leonardo Sciascia

riódicos: «El juego dialéctico de alusiones y resonancias, el rebote de preguntas y respuestas, el gusto corrosivo de la ironía hacen de *El contexto* –novela siempre animada por una inteligencia solapada y chispeante– una suerte de reflexión que tiene por tema la sustancia, la modalidad y la arrogancia del poder, la degradación de la convivencia civil, la imposibilidad de la justicia. En una palabra: la crisis de civilización que hoy estamos viviendo.»

Parodia de novela policiaca, ficción más realista que un reportaje descarnado y vivo, *El contexto* proyecta un ambiente en el que el poder brutal y omnipresente –el de la violencia legal, el de las satánicas e irrefutables «razones de Estado», el de un país que condena pero imita las formas de la mafia, el de una nación gobernada por gangsters– marca y decide el destino de individuos y grupos. Más allá del artificio narrativo del género detectivesco aflora la alegoría de la pasión política, y la «razón del poder» sustituye a la razón de Estado.







El inspector Rogas se propone investigar la muerte de varios magistrados del Tribunal Supremo, asesinados en una sucesión enigmática. Busca la relación entre los diferentes homicidios, las ciudades en que se han cometido, los juicios que en sus carreras han tenido los jueces sacrificados. Por el método deductivo de la eliminación, va procediendo en torno de cada caso de error judicial que culminó en la condena injusta de un inocente. Localiza a tres o cuatro ex reclusos, les pregunta por los jueces muertos y en su pesquisa se queda con uno: Cres. ¿Quién es Cres y dónde se encuentra?

Acusado de tentativa de uxoricidio, Cres sufre cinco años de prisión sabiéndose inocente. Su esposa le había acusado de haber intentando asesinarla con arroz negro (un postre a base de chocolate) que provocó la muerte de su gato cuando le dio una probada. Pero Cres desaparece al salir de la cárcel. Rogas, intrigado, lo busca y de pronto descubre, por azar, que el ex presidiario vive en el mismo centro del poder, algo así como en la Casa Blanca de ese país imaginario. El inspector palidece ante la magnitud de su descubrimiento, se sabe poseedor de un secreto incomunicable y, como temía, otras fuerzas judiciales empiezan a asediarle. Opta entonces por entrevistarse con el jefe del Partido Revolucionario, se cita con él en un museo y, frente al «Lázaro Cárdenas» de Velázquez (cuadro también imaginario), ambos caen desangrados por balas disparadas desde las tinieblas.

Pero precisamente no es la intención de Sciascia, al esquivar los convencionalismos del acertijo policiaco, resolver este misterio. Por incomprensible, por inaveriguable, deja en blanco la solución de ese problema. Y en eso está, en su exclusión, lo que quiere decir: la impunidad macabra del Estado incuestionable triunfa sobre todo idealismo.

En ese país «imaginario» en el que la persecución y la tortura se encuentran del lado de la justicia formalizada, el inspector Rogas se topa con un maniático de la ley y el orden: el presidente Riches del Tribunal Superior, enemigo de Voltaire, Sartre, Bertrand Russell, et al, y dueño de una utopía, una civitas dei, un falansterio donde «no existe el error judicial». El alto magistrado vive la fantasía del poder.

–¿Era inocente o cree que era inocente? –dice Riches–.

–Creo que Cres era inocente –respondió Rogas–.

–Pero, ¿se ha planteado usted alguna vez el problema de juzgar?

–Siempre.

–¿Y lo ha resuelto?

–No.

–Precisamente: no lo ha resuelto. Yo sí, obviamente –añade Riches–. Y lo he resuelto en el acto mismo de juzgar. Tomemos por ejemplo la Misa: el misterio de la transustanciación, el pan y el vino que se convierten en el cuerpo, la sangre y el alma de Cristo. El sacerdote puede ser indigno, pero el hecho de que esté investido del orden sagrado hace que en cada celebración se realice el misterio. Nunca, óigame bien, nunca, puede suceder que no se produzca la transustanciación. Pues igual es un juez cuando celebra la ley: la justicia no puede dejar de manifestarse, de transustanciarse, de cumplirse. Inevitablemente. El error judicial no existe.

Pero los grados de juicio, las apelaciones...

–Postulan únicamente la existencia de una opinión digamos laica sobre la justicia. Que un acusado haya cometido o no un delito es algo que para los jueces nunca ha tenido la menor importancia.

El *thriller* político se torna, pues, en un mero pretexto para dar marcha a la acción. Y lo que fue una tensión al principio sostenida –el aparente rompecabezas-trampa de las facciones detectivescas– al final se distiende. Como una fuerza sorda pero no ciega: el diabólico poder del Estado como una furia de Dios en la tierra. «Empecé a escribir *El contexto* divirtiéndome –ha dicho Sciascia–, pero cuando lo terminé ya no me divertía tanto.»

Refiere que la historia empezó a moverse en un país imaginario en el que ya no tenían curso las ideas, en el que los principios «eran cotidianamente escarnecidos, donde las ideas se reducían en política a puras denominaciones en el juego de las partes que el poder se asignaba, en el que sólo contaba el poder por el poder mismo».

El contexto no es, obviamente, una invención salida de la nada. De la nada, nada sale. Pero una vez más la realidad excede a la ficción y Leonardo Sciascia, a los 59 años, ya no se hace ilusiones y la sustancia de su novela «quiere ser la de una fábula moral sobre el poder en el mundo, sobre el poder que cada vez nos degrada más bajo la impenetrable forma de una concatenación que, aproximadamente, podríamos llamar mafiosa». ■ F. C.

La denuncia de «Missing»

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

Ariel Dorfman

Jack Lemmon y Sissy Spacek en la película «Missing» (Desaparecido), del realizador Costa Gavras.



EL 17 de septiembre de 1973, seis días después del golpe que derrocó a Salvador Allende, un joven escritor y periodista norteamericano, Charles Horman, que vivía en Santiago de Chile fue sacado brutalmente de su casa por soldados. Las autoridades negaron su detención. Durante el mes siguiente la mujer de Horman, y luego su padre, que voló desde Nueva York, se dedicaron a buscarlo.

Quienes viven una situación tan incierta y precaria, tienen que asegurarse de que no les quede tiempo para la imaginación, tienen que llenar sus días de actividades para no anticipar en la cabeza aquellas prácticas que la realidad, con escalofriante autonomía, puede estar cumpliendo en ese mismo y paralelo momento.

Hicieron, entonces, lo que parientes de familiares detenidos hacen en países como esos: persiguieron rumores, examinaron diferentes veriones de los atemorizados testigos, golpearon puertas influyentes en espera de información o una intervención benévola. Visita-

«Missing» –versión cinematográfica del libro «La ejecución de Charles Horman. Un sacrificio americano», de Thomas Hauser–, narra la historia de un periodista norteamericano desaparecido en Chile seis días después del golpe militar del general Pinochet. El cadáver de Charles Horman fue encontrado un mes después. En las fotos, dos escenas de la película.



ron hospitales y, finalmente la «morgue». Pero más que nada, porque eran norteamericanos, y Ed Horman, el padre, poseía amigos poderosos en Washington, presionaron a su embajada en Santiago para que acuara. La embajada –lo que no es una novedad para nosotros, pero sí lo fue para ellos– estaba más interesada en celebrar la asonada militar y sorber discretos cócteles con los nuevos gobernantes que en proteger la vida de sus ciudadanos, especialmente si habían mostrado una propensión izquierdista. Los funcionarios no echaron a andar la maquinaria considerable de sus contactos para salvar al joven ni para ubicar su paradero. Comenzaron por poner en duda su detención, luego sugirieron que se habría auto-secuestrado para embarazar a Pinochet, y terminaron agenciándose a un periodista británico que juró que, según información confidencial, dentro de poco Charles saldría clandestinamente del país.

Después de un mes, mientras se acumulaba la evidencia extra-oficial de que Charles ya había fallecido, los Horman se hallaban en el punto desde el cual habían partido. Al otro día, 18 de octubre, sus temores se vieron confirmados: se había identificado el cuerpo de Charles Horman.

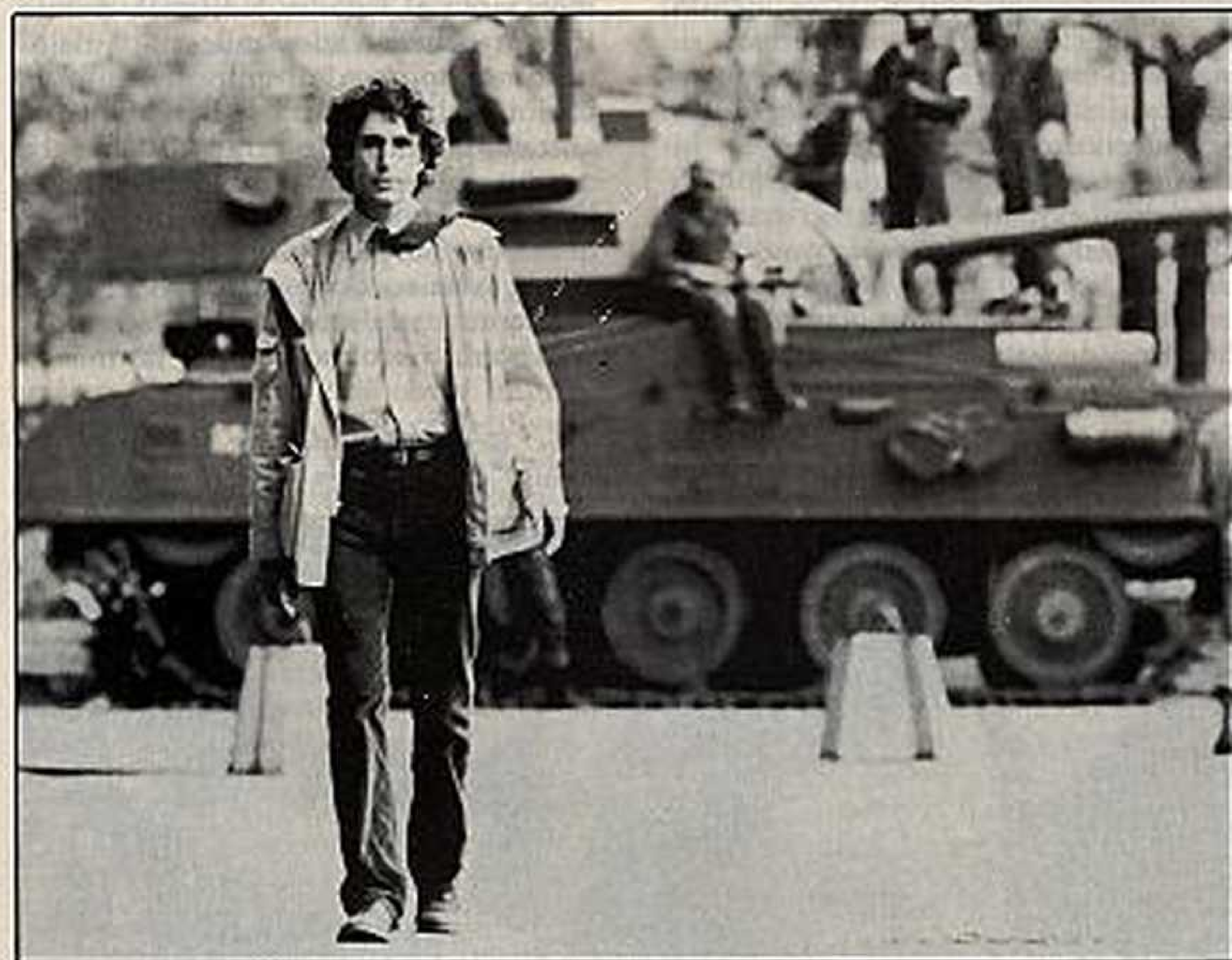
Que su esposa y padre fueran norteamericanos les evitó muchos sufrimientos habituales en estos casos. Las autoridades no los insultaron, no los maltrataron, no les detuvieron. Cuatro

semanas bastaron para averiguar la verdad. Y sólo seis meses más tarde –ya es demasiado– tuvieron el privilegio de recibir de vuelta el cadáver.

Pero que Charles Horman fuera norteamericano no pudo eximirlo de morir la misma muerte de tantos que fueron arrestados en Chile en esos días.

Por el contrario, como ha tratado de probar Thomas Hauser en su libro, *La ejecución de Charles Horman, Un sacrificio americano (The executions of Charles Horman, An american sacrifice*, Harcourt, Brace, Jovanovich, New York, 1978), es posible que se le asesinara *porque* era norteamericano. El día antes del golpe, por casualidad, Charles y una amiga habían quedado varados en Viña del Mar, el balneario chileno donde se planeó el movimiento militar de septiembre, según el general constitucional Carlos Prats en una entrevista que le dio a Marlise Simons en Buenos Aires en 1974 unos días antes de que, a su vez, lo silenciaran haciendo volar en pedazos su auto. Al parecer, en su corta estancia, Charles descubrió pruebas concluyentes de que la CIA y el Pentágono habían participado en la destrucción de un gobierno con el cual, después de todo, los Estados Unidos conservaban lazos diplomáticos, por tirantes que fueran. Según Ed Horman, la eliminación de Charles fue, a partir de ese momento, inevitable. No sólo la embajada había ocultado y encubierto, mientras pudo, su muerte sino que además la aprobó o dio la orden concreta de llevarla a cabo, a través de algún consejero militar de alta graduación.

Estaba el padre de Charles tan convencido de esto que entabló una demanda por daños de cuatro millones de dólares contra Henry Kissinger (entonces secretario de Estado de Nixon) y funcionarios de la embajada, culpándolos de complicidad en la desaparición de su hijo. Decidió suspender su querella transitoriamente cuando el gobierno norteamericano no quiso entregar documentos sobre el caso, aduciendo que su divulgación pública atentaría contra «la seguridad nacional».



Al parecer, Horman durante su estancia en Chile descubrió pruebas concluyentes de que la CIA y el Pentágono habían participado en el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende. En la foto, el actor John Shea, que da vida a Charles Horman en el film.

Pese al escándalo, la verdad es que el caso se conocía poco, fuera de algunos círculos especializados en asuntos latinoamericanos.

Ahora, todo el mundo lo comenta. El departamento de Estado ha emitido una declaración inusitada protestando su inocencia absoluta. Flora Lewis ha intentado, en el *New York Times*, desde un artículo escrito en París que no tiene tampoco precedentes (ella no es especialista en la materia) negar validez a las acusaciones de Horman y Hauser. A su vez, Alexander Cockburn, del *Village Voice*, ha sugerido que las fuentes que Flora Lewis citó para rebatir la tesis de una conspiración contra Allende, y contra Horman, no son dignas de crédito. Se supone que la polémica continuará.

Tanta controversia no se produjo cuando mataron a Horman ni cuando el padre entabló juicio ni cuando salió el libro. Que haya surgido precisamente ahora se debe a otro factor: en este instante, ese caso está al alcance de cualquier norteamericano que quiera darse el trabajo de viajar hasta el cine local y desembolsar unos dólares, o que se sienta atraído por actores tan taquilleros como Jack Lemon y Sissy Spacek.

Porque ahora la historia de Charles Horman ha tomado una forma masiva y cinematográfica. Costa Gavras acaba de estrenar *Missing (Desaparecer)*, su primer film producido por una compañía norteamericana. Algunos nombres han sido modificados para proteger a los responsables, y el film fue rodado en México (puesto que la República de Chile no daba exactamente facilidades), pero sigue la versión del libro con minuciosidad, y lo hace con miras a agarrar de las solapas al norteamericano medio.

Para eso, la trama está construida sobre un doble enigma. En un primer nivel, como ha sugerido el mismo Costa, «al público se lo convierte en un detective, puesto que tratan de resolver el misterio, junto a los dos seres que más amaron a Charles Horman. A ellos, como al público, se les mentirá, se les hará dar vueltas en banda, se les conducirá por callejones sin salida, dándoles falsas esperanzas, tergiversaciones, *shocks*.». Pero en otro nivel, hay un misterio más profundo que debe resolver Ed Horman, algo más que juntar los hilos y fragmentos de una desaparición y el hallazgo de un cuerpo. El padre debe buscar el significado que se esconde detrás de ese hallazgo.

Cuando comienza la película, ese significado no se encuentra a su alcance. Es un hombre de negocios, conservador y convencional, que cree en el «American way of life» y que no duda de que los representantes de su gobierno están a su servicio o al de cualquier otro ciudadano en apuros. «Algo estúpido debe haber estado haciendo, para meterse en este lío», le dice, duro y hostil, a su nuera, implicando que el castigo, por drástico que sea, tiene que corresponder a algún tipo de transgresión. Está bloqueado, incapaz de acceder a las motivaciones de su hijo. Los guionistas (Costa Gavras y Donald Stewart) se han preocupado de exagerar estos rasgos, que no podemos encontrar en forma tan

acentuada en el personaje real, tal como se presenta en el libro de Hauser. Ahí Horman explica que había diferencias entre ellos, pero que lentamente se estaban arreglando, habiendo llegado a una especie de tregua: «Cuando... renunciaron a sus empleos y se fueron a Chile», dice «yo no aprobé en forma completa, pero por lo menos comprendí y fui capaz de aceptar qué estaban haciendo». En la película no podría haber enunciado esas palabras conciliadoras, porque se enfatiza y amplía –a propósito– el conflicto generacional, tratando de que el padre represente todos los prejuicios de quienes no pudieron aceptar ni la actitud de sus hijos frente a Vietnam, ni el estilo de vida que la acompañó. «Si se hubiera quedado en casa, donde debía, esto no hubiera sucedido», dice Horman en el film, agrediendo nuevamente a la esposa de su hijo, dándole a entender que ellos se buscaron ese descalabro. Si se hubiera quedado en EE.UU., en vez de partir en misiones de buena voluntad por el mundo, si no se hubieran rebelado contra los valores ancestrales, él estaría cuidando a sus nietos en vez de buscar un cadáver.

De manera que, en el film, Ed Horman ha perdido ya a su hijo. Lo ama, pero lo perdió hace muchos años. Ahora debe perderlo nuevamente, en forma física y definitiva. Pero esta muerte lo transformará. En forma paradójica, lo forzará a recuperar a su descendiente, buscarlo como algo más que un cuerpo o una transmemoria, intentando recrear el mundo desde el punto de vista del desaparecido. Si esto no le hubiera sucedido a su hijo, «usted estaría en su casa satisfecho e ignorante», un funcionario de la embajada le dice, hablándole en realidad directamente al público. Lo que ellos habían estado haciendo en Chile lo han hecho para protegerlo a él, su *business*, sus hábitos cotidianos y mentales.

Ed Horman no podrá, por lo tanto, recuperar a su hijo si no pierde su país o por lo menos lo que ese país ha simbolizado siempre para él. Se va situando en la incómoda perspectiva de Charles, educado restropectivamente por el hijo cuyas opiniones no respetaba, casi tomando su lugar en el universo.

–¿Qué es lo que pasa con este mundo?, pregunta Ed Horman, una vez que comienza a darse cuenta de que están masacrando civiles desarmados y de que a él se le está engañando.

–Estás hablando igual que Charles, le respondió su nuera.

Y cuando el film termina, él pronunciará, como si fuera su propio hijo y tuviera que renacer para comunicarse con él– la invectiva contra la nación en que ambos nacieron, inculpando a su gobierno de asesinato e intervención.

Su viaje es el más persistente de los viajes de que están poblados el cine y la literatura norteamericanas, el viaje en que alguien se aleja de la inocencia. Desde Twain a Fitzgerald, desde Melville y Henry James a Coppola, desde Hemingway a Peckimpah, es un tema que se repite obsesivamente.

Un viaje, en todo caso, que ya habían tomado Charles Horman y su mujer, y tantos otros, cuando se entregaron a una causa en un país como Chile, robándole un poco de luz al Sol para iluminarse, para encontrar un sitio donde entregarse a los demás. Para participar en la construcción de otro orden económico y social, tuvieron que romper con los valores que prevalecían en su propio país. Lo hicieron en nombre de otra visión de América, expandiéndose no hacia el Oeste como era el sueño yanqui del siglo XIX, sino hacia adentro, hacia una frontera ética que también era herencia de su nación. Creían que era más importante exportar la democracia que las balas.

Pero las balas terminan matando al exportador de democracia, y Ed Horman tiene que reconocer que las dos formas de su futuro, su hijo y su tierra, son irreconciliables, y que él deberá elegir entre ambas, que son –en el fondo– dos visiones de su patria, dos direcciones posibles.

Tomar el lugar de su hijo muerto significa, entonces, criticar su propio pasado, examinar los presupuestos con que él –y por lo tanto el espectador– se acerca al Tercer Mundo, a lo que su Gobierno hace en el Tercer Mundo.

No será una tarea fácil.

Hay un momento en que Ed Horman visita el Estadio Nacional, donde fueron concentrados miles de prisioneros después del golpe. Tiene la ilusión de que podrá hallar a su hijo entre la multitud desarrapada. «No era mucha mi esperanza», explica él en el libro de Hauser, pero justo en ese momento un joven salió de las graderías y comenzó a correr hacia mí. Estaba a una distancia y no lo podía ver bien, pero corría de la misma

(D-I): David (Keith Szarabajka) y Frank (Joe Regalbuto), dos de los miles de prisioneros concentrados en el Estadio Nacional de Santiago tras el golpe.





Costa Gavras representa así las calles chilenas en los días que siguieron al pinochetazo.

desgarbada manera que Charles... piernas y brazos aleteando. Por un momento glorioso, pensé que lo había hallado. Después el tipo se aproximó y me dí cuenta de que no era mi hijo...». En el film, el guión le brinda a ese joven doble de Charles una frase muy trascendental. Le grita a Horman: «Mi papá no puede venir a buscarme al Estadio». Y luego ese preso político se dirige al coronel Espinoza, encargado del estadio, y le solicita irónicamente que se sirva darles helados a los detenidos esa noche.

La escena, tal como está filmada, es emocionante, aunque absurda. Nadie en su sano (o insano) juicio se hubiera atrevido a burlarse de un soldado ni menos del comandante de un campo como ese. Un mes después del golpe, ya habíamos aprendido a bajar la cabeza y murmurar que sí, nos habían enseñado a comunicarnos con insinuaciones y chistes, nos habíamos autoentrenado para no mirar nunca a nadie directamente en los ojos cuando le hablábamos.

Así que tal conducta es inverosímil. Lo que no significa que carezcan de profundidad sus palabras. Por un breve momento, el film ha presentado el punto de vista de aquellos que, como Charles, corren peligro, pero que no gozan de inmunidad ni de previlegios.

Habiendo pronunciado esa verdad consternante, desaparece de la pantalla. Si hubiera pronunciado las palabras en la realidad cotidiana, hubiera desaparecido... de este mundo.

¿Qué hay de él?

¿Qué hay de los miles y miles de desaparecidos cuyos parientes siguen buscando, años más tarde, a sus padres, hijos, hermanos, esposas?; ¿qué hay de los millones que sufren represión –por no hablar de opresión–, que no disponen de un padre norteamericano que ejerza su influencia para salvarlos?

Ellos están ausentes de las pantallas norteamericanas.

Son otras desapariciones las que interesan a los espectadores.

En Bostón, la mañana del 15 de mayo de 1980, un niño de seis años de edad, Alex Solky, «le dio un beso de adiós a su mamá y partió a la escuela, calle abajo. Nunca llegó a la escuela, y desde el momento en que dio vuelta a la esquina, supuestamente desapareció de la faz de la tierra».

Así comienza la novela de Beth Gutcheon, *Still Missing (Desaparecido... Todavía)* (Putnam, New York, 1981). Durante nueve meses extenuantes y crueles, Susan, la mamá de Alex va a tener que transformarse en detective aficionado. Tal como los parientes de los desaparecidos en países como Chile, Argentina, El Salvador, Guatemala, y tal como los Horman. Pero las razones son diferentes. En países como los mencionados no se tiene alternativa, puesto que es la policía misma la responsable de los secuestros. Los profesionales, para hacer las pesquisas, tendrían que investigar a sus superiores.

La historia de cómo Susan desconfía de la policía –que cree que el niño está muerto y arresta al hombre equivocado–, es una buena base para un film. Y, en efecto, dentro de poco, los productores de *Kramer contra Kramer* harán la versión en celuloide de la búsqueda de Susan Selky.

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

En EE.UU., hoy es fácil identificarse con una madre como ella. Esa mujer no ha hecho nada para merecer ese destino terrible. No tiene otras armas que su propia testarudez para defender al descendiente de fuerzas oscuras e incontrolables que lo han atacado, que le pueden caer encima a cualquiera en un universo amenazante e inestable.

Ed Horman puede promover simpatías parecidas. Es evidente que se reconocerán en él millones de padres fracturados por la guerra de Vietnam y el modo en que dividió al país.

Pero ¿pueden los norteamericanos ir más lejos? La compasión que sienten por Ed Horman, ¿pueden tranferírsela a su hijo díscolo? Y más importante, y es la pregunta decisiva: ¿puede importarles la desaparición de todos aquellos que murieron junto a Charles Horman, aquellos por los cuales, simbólicamente, él dio su vida, sus compañeros en la muerte?

Va a ser difícil.

En Estados Unidos vivimos una realidad donde la desaparición de un niño en Boston constituye un best-seller y un film en Hollywood, mientras que la desaparición de treinta padres al día en Guatemala casi no se percibe.

Y es así, porque quienes han desaparecido en América Latina (y ojo, no son los únicos: también hay casos en Uganda y las Filipinas, en Afganistán y Etiopía), desaparecieron muchos antes de que el Ejército los viniera a buscar. Nunca estuvieron presentes, nunca merecieron en los ojos occidentales una forma visible de humanidad. Llegaron tarde a la distribución de palabras y maquinaria, y en el supermercado planetario que los futurólogos nos proponen sólo servirán para aprovisionar de playas o materias primas a las naciones opulentas.

De ahí la importancia de *Missing* en un momento tan crucial como este para la política exterior norteamericana.

Su metáfora central les anuncia a los norteamericanos que esta situación no puede seguir así. Si ellos siguen apoyando dictaduras, seguirán cosechando hijos muertos.

La única manera en que pueden evitar más ejecuciones como la de Charles Horman, es que no apoyen a los que apretaron el gatillo.

Sin que 'ellos se den cuenta, la secuela silenciosa de *Missing* ya se está filmado; directamente y sin Jack Lemon o Sissy Spacek, se está filmando en la desnuda realidad que se llama centroamérica. ■ A.D.

Entrevista con Costa Gavras

LA DOBLE MORAL AMERICANA

RAMON CHAO e IGNACIO RAMONET

TRIUNFO.–¿Cómo surgió la idea de «Missing»?

COSTA GAVRAS.–Lo interesante es que fueron los propios americanos los que pensaron en mí para hacer esta película. Me enviaron el libro, que al principio no me interesó.

–Porque le resultaba demasiado político...

–Porque me parecía un requisitorio demasiado directo contra la embajada de los EE.UU. en Chile. Y lo que me animó, en primer lugar, evidentemente, es que quería hacer algo sobre el problema de los desaparecidos. Amnisty Internacional me había enviado una serie de documentos, pero no veía la forma de abordar el problema desde el punto de vista cinematográfico.

–Explíquenos el proceso de la película.

–Los americanos habían hecho lo que suelen, es decir, habían comprado los derechos del libro y habían escrito un guión, sin tan siquiera hablar con el realizador. Ese guión se basaba en la vida de Charles Horman. Es decir, que le plantaban en América Latina, donde tomaba conciencia de los problemas políticos, llegaba a Chile y allí se instalaba. Y en el momento del golpe de Estado, lo ejecutaban. A mí ese guión no me interesó; me pareció un tanto primario. Pensé que sería más interesante el caso de un americano que llegase en pleno golpe de Estado, y que tuviera la posibilidad de visitar todos los lugares. Y luego, eso que les dije de las dos generaciones, padre e hijo, sus diferentes formas de ver las cosas, sus concepciones del mundo, etcétera... Y otro punto que quise evitar, es que el padre, al final, se convirtiera en una especie de izquierdista; sigue siendo lo que era, un americano medio que cree en la democracia, que cree en su país.

–Lo que nos parece nuevo en esta película es la forma en que se refleja todo el proceso del golpe, a través de la visión de un personaje. Hemos visto ya tantas imágenes de aquellos días en el cine, en los noticiarios, que esta visión interiorizada resulta muy eficaz.

–Es cierto, porque la experiencia del golpe al padre no le interesa en absoluto; la observa desde una ventana, como un turista que, además, puede desplazarse sin inconvenientes. De modo que la aventura del pueblo chileno está siempre en segundo plano. He intentado que esta película resalte la tragedia de una familia dentro de la tragedia de un pueblo. La tragedia del pueblo sirve de telón de fondo a la tragedia de esta familia, pero ambas discurren de forma paralela. Por eso, cuando me ofrecieron el guión, yo contesté que no me interesaba, y les hice uno nuevo donde insisto en la búsqueda del hijo por parte del padre; una búsqueda doble, pues lo busca físicamente y lo encuentra al final, puesto que lo admite tal como era. Pues ese hijo, diplomado por Harvard, tenía una gran carrera en perspectiva, y rechazó ese porvenir brillante.

–En este aspecto, el padre es una persona íntegra, que cree en los ideales cristianos y en la democracia americana.

–Eso es; el padre le inculca su visión del mundo, su honestidad, los derechos humanos, etcétera...

–¿Por qué eligió a Jack Lemmon para encarnarlo?

–Porque representa para mí al americano medio típico, un excelente actor y que, políticamente, no se distingue por su extremismo.

–Esa es la vertiente ejemplar de la película; vale decir que si un americano cree sinceramente en las virtudes de su democracia y de la religión, no puede dejar de escandalizarse ante semejante actuación de su país; así se pone de relieve la hipocresía del discurso político americano.

–Eso es; hay en los EE.UU. dos discursos; el que se elabora para el pueblo americano y los actos, absolutamente opuestos.

–Y en la película usted plantea los dos, sin juzgar, lo cual le da...

–La fuerza de las cosas, pues es tan flagrante... Pero en lo que le decía de la moral americana, de la doble moral, el hecho de que me la hayan encargado ellos, y el éxito que está obteniendo allá es la prueba misma de lo que les decía referente a eso.

Lo más importante es que pude hacerlo con toda libertad. Me han



Costa Gavras dirigiendo una secuencia de «Missing». «He intentado que esta película resalte la tragedia de una familia, dentro de la tragedia de un pueblo.»

dejado elegir los actores, pude hacer el guión a mi manera y montar la película a mi antojo, tres condiciones que reúnen la regla de oro de todo director.

—Y que se lo hayan encargado a Costa Gavras; pues usted es el autor de «Z», de «Estado de sitio».

—Es cierto. «Estado de sitio» fue considerada en los EE.UU. como una película antiamericana. Y ésta también, al principio. Ahora parece que menos...

—¿Por qué no se cita a Chile en la película, así como tampoco a Allende?

—He querido que el espectador descubra él mismo el país donde eso haya podido ocurrir o que podrá ocurrir, lo cual puede dar que reflexionar. De todas formas algunas claves doy, pues se cita a Valparaíso, se habla español, etcétera. En lo referente a Allende me planteé que si quería hablar de él tendría que entrar en la lógica de mi personaje. Ahora bien, como dije, al padre de Charles Horman le importaba un bledo tanto Chile como su política, el socialismo o el golpe de Estado. Por otra parte, hablar de Allende suponía analizar a fondo su personalidad, su política, su actitud y consideré que no era el momento ni tendría tiempo para ello. Por otra parte, el análisis que pudiese hacer, así como las pruebas sobre las intervenciones de la CIA, no existían en el momento del golpe, sino que llegaron a posteriori. Por lo cual me parecía una manipulación hablar de estas cosas en el momento del golpe. Esencialmente fue eso. Recuerdo que poco después del golpe nos reunimos con Franco Salinas y otros amigos para ver qué se podía hacer; luego, con la viuda de Allende y con sus hijas, pero pensamos que no era posible abordar el tema de Allende y de la Unidad popular sin ir al fondo del problema, y que tal vez no había llegado el momento de eso. Y que, al fin y al cabo, era una labor que les concernía a los cineastas chilenos.

—Hay otro aspecto en su película que la aleja de otras del mismo tema; es decir, nada de sentimentalismos ni de efectos fáciles.

—Es cierto; he querido evitar la hemoglobina, la violencia gratuita, etcétera; eso debido a lo que les dije antes, de que me ceñí siempre a la visión del padre. Todo está absolutamente documentado, pero no quise hacer efectos aun con una base real. Por ejemplo, me resistí a rehacer la ejecución de Charles Horman, Se sabe, más o menos, cómo fue ejecutado, pues cuando llegó su cuerpo a Nueva York lo examinaron dos médicos, y aunque no hicieron ningún informe, declararon que tenía varias balas en el cuerpo y otras en la cabeza. De forma que yo muy bien podría haber reconstituido la ejecución, pero no lo hice porque no había testigos directos.

—Es la segunda película que hace usted sobre temas latinoamericanos. ¿Por qué ese interés por ese continente?

—Porque yo procedo de un país del Tercer mundo. Los primeros diecinueve años de mi vida los pasé en Grecia, y considero que América Latina es el laboratorio del Tercer mundo. Lo que sucede ahora en América Latina, sus relaciones con los países colonialistas, es un adelanto de lo que va a suceder en otros continentes, como Africa, pues son unas relaciones muy avanzadas. Me explico: en primer lugar, en el aspecto intelectual, Amé-

rica Latina está muy adelantada se halla próxima al mundo europeo; lo mismo sucede en el terreno político, que basta que las condiciones sean favorables para que los regímenes políticos sean democráticos; ahora bien, en el plano de la dependencia, su situación es igualmente, y desgraciadamente, ejemplar, por el dominio que ejerce EE.UU., Diré, además, que mi interés por América Latina empezó a partir de Grecia. Había en Grecia un embajador norteamericano llamado Puriefoy que fue quien instaló en el poder a Caramanlis, y una vez hecho esto se fue, ¿a dónde? a Guatemala, cuando Castillo Armas derrocó a Jacobo Arbenz con su ayuda, evidentemente. Yo le fui siguiendo las huellas y hablando un día en México con Cardoza y Aragón, y luego investigando por varios países de América Latina, descubrí que la técnica ya era otra, no tan directa como la que habían empleado antes, sino que utilizaban los norteamericanos a los «consejeros». Consejeros de pequeñas agencias, como la AIT y otras muchas. Y el nuevo ejemplo era Mitrione. Así que abandoné las trazas de Puriefoy para seguir las de Mitrione, ejemplo para mí del representante de la intervención moderna. Fui a Uruguay, hablé con mucha gente, escuché grabaciones de discusiones de los Tupamaros, fui a la Librería del Congreso y encontré toda clase de información, como los emolumentos de esos individuos, y allí conocí a un policía que se pasó a nuestro lado y me proporcionó una información importantísima. Así descubrí cosas increíbles como las actividades de Fort Briggs, que todos conocemos: todos los jefes de Estado del mundo occidental, al menos los jefes de los ejércitos, de los servicios secretos y a veces los jefes de Estado, pues aquellos se convierten en éstos, han pasado por Fort Briggs, empezando por Papadópulos en Grecia, el presidente de Brasil después, y si examinamos sus currículums, veremos que todos se instruyeron allí. Y los policías pasaron por la Academia de Washington. ¡Y descubrí incluso que también por allí anduvieron militares y jefes de policía yugoslavos...!

En esto de la información los americanos son realmente sorprendentes. Y una prueba más es lo que hacía Charles Horman en Chile. Editaba un pequeño periódico a base de las informaciones que se publicaban en los EE.UU. los traducía al español y los publicaba, así como los dibujos y las caricaturas de la Prensa americana. No se puede considerar que fuera un trabajo subversivo pues se trataba de artículos que habían salido en periódicos tan importantes y conservadores como Wall Street Journal, etcétera.

—Lo cual no impidió que la embajada cubriera su asesinato. La doble moral. ■ **R.Ch-I.R.**

Rodaje de «Estado de sitio», primera película de Costa Gavras sobre tema latinoamericano. «Considero que América Latina es el laboratorio del Tercer Mundo: sus relaciones con los países colonialistas adelantan lo que va a tener lugar en otros continentes, como Africa.»



Boadella y su «Olympic Man»

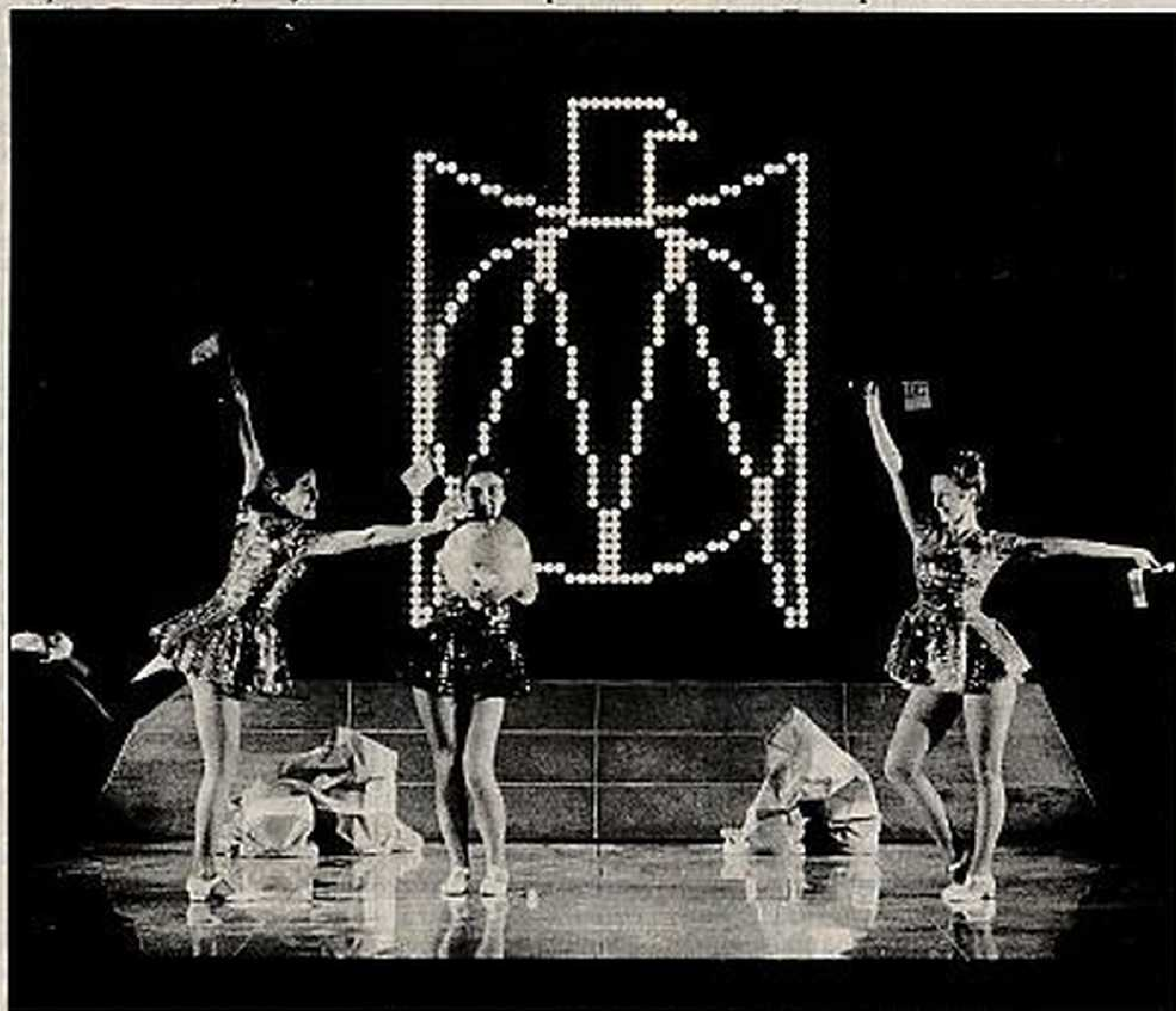
EL FASCISMO FRIO

IGNACIO DE LA VARA

Si el teatro se hubiese inventado despues de la televisión, del vídeo y del cine, sería probablemente un hallazgo trascendental para volver a reunir las sociedades; saldría de su invento con una capacidad de agresión y de entusiasmo considerables, apoyado en sus virtudes genuinas. Podría mostrar el acto de creación simultánea con las necesidades de sus espectadores, podría lograr cubrir un campo vacío, entregar un mensaje que no remite nadie. Es algo que se percibe en estos momentos en ocasiones muy contadas. Una de ellas, ahora mismo, en el último espectaculo de Boadella, «Olympic Man Movement». Pero el teatro viene después, está cansado, desconcertado; es mimético, repetitivo, tiene miedo de todo y, sobre todo, de su propia muerte. Boadella defiende esta idea del teatro como rito para adultos, capaz de hacer salir a la gente de sus casas para encontrar «personajes que no hablen desde un plástico, que se puedan equivocar, que sean tangibles, que puedan interrumpirse» porque es «uno de los pocos ritos que le quedan a una sociedad liberal» («Pipirijaina», núm. 21). Hace unas cuantas noches el director de cine Manuel Gutiérrez Aragón, conversando en la radio con José Sacristán, imaginaba en cambio que todos los géneros literarios pueden sumarse, formar un total: no importaría que un film pudiese ser llamado literario o novelesco, o que de una pieza de teatro se dijera que tenía un ritmo cinematográfico («La Gran Noche del Teatro», Radio 1, sábado 20 de marzo). Es una actitud mucho más amplia, mucho más abierta: el no reconocimiento de fronteras, preceptivas o limitaciones de preceptiva. Pero está hecha desde una situación distinta: el cine, con toda su actual debilidad industrial, con sus dificultades de desarrollo, es precisamente una totalización del mensaje dramático como lo fue en otros tiempos el teatro. Por el momento, parece que el teatro, para poderse asentar, para recuperar lo perdido, tiene que hacer una especie de cura termal que le repose y le centre en sí mismo.

«Olympic man» es una obra que parece salirse de la retórica habitual del teatro, por la serie de libertades que agrupa y por los medios a los que acude. Probablemente Gutiérrez Aragón habrá sentido confirmadas sus tesis si ha visto en esta obra cómo una pantalla gigante da fondo al escenario, con una incorporación electrónica de imágenes y signos, y cómo la literatura se aparece en monólogos o discursos a veces largos. Y, sin embargo, todo está hecho sobre el teatro y sin ser nada más que teatro. El inventor de esta obra, Boadella, escoge ya un género que parece ajeno: el mitin. Se supone que esta obra es un mitin político en el que sobre una plataforma adecuada se presenta un movimiento político totalitario: se dan los suficientes datos como para considerarlo heredero del gran nacismo juvenil y corpóreo de los primeros tiempo de su poder, entreverado por unos ramalazos de un comunismo de propaganda –sobre todo, como el ejemplo más reciente, el chino de las grandes concentraciones gimnásticas en los estadios– y, desde luego, nutrido por una democracia que se hubiese cerrado en sí misma, hecho conservadora, puritana y vigi-

«Olimpic Man Movement», de Albert Boadella. «Se supone que esta obra es un mitin político en el que sobre una plataforma adecuada se presenta un movimiento político totalitario».



lada: el idioma inglés empleado con abundancia y algunos otros datos remiten a una tendencia americana en la que Reagan podría ser, ahora, el «Big Brother» de la anticipación novelesca. Un movimiento bastante posible. Allí están la bandera gigante, el himno, los jóvenes inmoviles y cuadrados, el saludo; el culto a la fuerza, a la violencia necesaria. El mitin está presentado por los jóvenes militantes; la pantalla electrónica, movida por un minicomputador, nos da la versión de su propaganda: slogans e imágenes. En una de las primeras acotaciones de la ora se habla ya del «tufillo paramilitar», de «los violentos colores de la bandera o el diseño del escudo, que no es precisamente pacifista», como elementos para infundir sospechas (en el espectador). Este es el desarrollo de la obra: los jóvenes proclaman sus consignas y sus verdades, y de cuando en cuanto se retiran para mostrarnos efectos prácticos: cómo se prepara a los bebés para su futuro, cómo en las decadentes cátedras de la democracia se habla sin sentido, cómo el falso deporte –el fútbol– se nutre de publicidad, de falsos héroes que son retrasados mentales. O la representación de Miró: un pintor que ha roto las formas, y que es tan fácil que se puede hacer pintando: los muchachos y las muchachas del «Olympic Man», con un lienzo y unos colores, van jugando y componiendo un Miró casi perfecto. El mitin termina como es debido: arriando la gran bandera y subrayando todo por el himno. Las últimas palabras encierran la moraleja: «Si pensáis que estamos solos, no os confieis. Ese adolescente que tenéis en casa, insatisfecho, inactivo, que se esconde detrás de una flauta con tonadas pacifistas, ese también es de los nuestros. Ese funcionario sumiso, silencioso, que trabaja en el anonimato, también nos espera. Esas mujeres que luchan ferozmente por dignificar su condición de mujeres; su agresividad es también la nuestra. Aquel joven militante que dispara su arma en un deseo ingénuo de justicia, basta con que desvie su disparo para ser uno de nuestros héroes. Al que está cayendo, démosle un empujón definitivo». Boadella ha dicho que trataba de ser objetivo, de mostrar solamente un hecho para que el público opinase por sí mismo. Es, naturalmente, una ingenuidad. Es lo suficientemente acusatorio como para que no haya lugar para la neutralidad, y hasta en estas últimas palabras no vacila en incluir un cierto feminismo, unas relativas revindicaciones juveniles y hasta algún terrorismo en la especie de fascismo que nos muestra. Un fascismo tocado de la deshumanización, de la rigidez uniforme, de la asepsia con que a veces se ha imaginado la sociedad del porvenir, y que no corresponde en la realidad con su naturaleza sórdida.

En un simple examen de esta obra se podría imaginar que se trata de un teatro *nuevo*. Aquí está roto el escenario; no necesita de su habitual concección «a la italiana», sino que le basta con cualquier espacio. Las unidades están rotas, y parece que lo está el tradicional despliegue de exposición, nudo y desenlace. Los personajes apenas requieren toques de caracter: uniformes y uniformados unos, caricaturizados otros. La electrónica presta su invento para dar la sensación de alejamiento del teatro, e incluso contribuye a la acción interna despertando ese continuo temor de lo electrónico como nuevo enemigo o como avanzadilla del fascismo maquinal. Sin embargo, cuando se considera la obra con una cierta perspectiva nos encontramos con la más evidente forma del teatro a la antigua usanza. Sobre todo, el de la revista con cuadros y «sketches». ¿En que consistió y consiste aún lo que queda de la revista? Un hilo narrador, nacido con cualquier motivo, en torno al cual se engarzan los «números». En la revista se nos podía llevar al Brasil o una noche en Versalles. En esta obra se nos presentan típicos números de revista: la creación del cudro de Miró es una idea que podrían realizar las chicas del «Holly-day on Ice» maravillosamente –y seguramente le habrían pagado muchos dólares a Boadella por esta idea–. El número de futbolistas nos lleva directamente a las antiguas invenciones del Teatro Martín de Madrid, o a alguna de las actuales del «Molino» de Barcelona. El número de los bebés podría aparecer con éxito en una revista vienesa; y la pantalla electrónica quizá este ya funcionando o a punto de funcionar en el Palladium de Londres o en el Lido de París. El esquema de creación es exactamente el mismo.

No digo nada de esto con ánimo peyorativo, sino al contrario: el espectáculo de Boadella me ha parecido bueno, inteligente, ingenioso y hábil. Lo que querría indicar es que no está *fuera* del teatro, ni es una innovación sensacional, sino algo que funciona como tal teatro contemporáneo y como una muestra de que la antigua preceptiva puede convertirse en actual y moderna a condición de que se tenga talento. Que es el caso de Boadella y de sus comediantes. Todo ello está realizado con tanta sabiduría como exactitud. Hay un totalitarismo interno en toda la representación, un adiestramiento muscular y una exigencia de exactitud: es lo necesario para dar al exterior esa sensación de totalitarismo político que quizá nos aguarde.

Es evidente que la sensación que puede producir «Olympic Man», ritualizado de esa manera, introducido directamente en un público vivo y existente, sólo puede conseguirse en el teatro. Es decir, que el ardid –legítimo– consiste precisamente en no acudir a otros elementos más que los que dicta el propio teatro: unos actores y un texto, y un esquema de organización teatral inventado hace muchos años. Lo que necesita todo eso es introducir un pensamiento, una idea, incluso una malignidad, y son esos los elementos que ha puesto Albert Boadella.

Podría discutirse su ideología. Pero eso ya dependerá de las ópticas personales que, a pesar de la beligerancia que traspasa la declaración de neutralidad de Boadilla, pueden seguir existiendo. A mi me da la sensación de que la noción de fascismo frío –o de totalitarismo frío, puesto que la intención de ataque de Boadella va más allá del mero fascismo–, no procede directamente de una experiencia vital –y él tiene motivos para conocerlo–, sino de una versión libresca del aparato totalitario. El distanciamiento es demasiado grande. El totalitarismo no está solo en la exaltación del cuerpo, en el «olimpismo» (parece como si Boadella quisiera atacar al mismo tiempo varios objetivos que, aún siendo condenables, están a alguna distancia unos de otros), en la exactitud y en la norma rigida. Eso, en todo caso, es una utopía del totalitarismo, o la muestra que él mismo ha querido dar de sí mismo en sus propagandas. Es decir, el fascismo que desnuda Boadella, que critica Boadella, es la visión del fascismo dada por sus teóricos. Queda dicho antes que su realidad es mucho más sórdida. Cualquier vistazo a las realidades totalitarias de nuestros días, allá donde se encuentren, y se encuentran en muchos sitios –están evidentemente en nuestras calles y en nuestros campos– ofrecerá algo bastante más monstruoso.

Pero este no es más que un punto de vista personal. Otros habrán sentido otros. Es también uno de los privilegios del mensaje dramático, y éste sí que lo comparte con el cine y con la televisión. ■ I. de la V.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

FEBRERO

25

Tengo que dejar de fumar. Los ataques de tos de cada mañana empiezan a preocuparme. Dice aquella falsa psicoanalista cuando me persigue que lo mío es defensa frente al mundo, una pequeñez mental, miedo a despertarme. Ha querido incluso que el portero no suba los periódicos, procurando, la pobre, buscar un despertar más inocente. No habla del juicio del 23-F. Se enrolla sólo con «Cumbres borrascosas», la Biblia y algún otro libro insólito. Todo, menos los titulares periodísticos. Terapia absurda de amiga buena.

Por otra parte, hace días que no nos sorprenden los editoriales. Su preocupación es, pues, inútil. El juicio, que comenzó el pasado 19, no ha ofrecido noticias sorprendentes, una vez que ya hemos aceptado como normal que «Diario 16» no informe. La expulsión de su representante sigue comentándose entre amigos, periodistas y dispersos, pero sólo es ese diario quien todavía recuerda el grave incidente: «Quienes hace justamente un año, y con la fuerza de las armas, ultrajaron a los poderes legislativo y ejecutivo, secuestrando a sus depositarios, parecen haber querido festejar tan infamante fecha con un nuevo agravio, esta vez al poder judicial. Nada más elocuente para expresar su visceral aversión a todo lo que significa el Estado de derecho.»

El mismo periódico destaca en su portada la lectura de la declaración del único civil procesado, Juan García Carrés, en la que niega cualquier vinculación con el 23-F. Nada sabía, nada hizo. Con él, termina hoy la primera parte de la vista. Para precisar (que nada de esto lo tengo claro), hoy ha concluido la lectura de los folios del sumario que interesaban al fiscal. Continúa la defensa, consiguiendo que se acepte como prueba la relación de servicios y méritos de Milans del Bosch, a la que añade la presentación de un informe que el CESID (Centro Superior de Información de la Defensa) remitió a la Capitanía General de Valencia unos días antes de la consumación del golpe y en el que se relataba una supuesta conversación que Ignacio Gallego había mantenido con los dirigentes de Comisiones Obreras. Gallego alertó a los demás sobre la posibilidad de un golpe de Estado y organizó unos ataques a los cuarteles porque «armas no nos faltan».

En medio de una tos, me entero que Santiago Carrillo, en rueda de Prensa, ha anunciado hoy que solicitará del Gobierno una investigación sobre el CESID por haber elaborado un informe tan «radical y absolutamente falso»; se sorprende, además, que sólo tres días antes del asalto al Congreso, el CESID se molestara en enviar ese informe cuando ignoraba todo lo que al golpe se refería. ■

26

El ministro de Defensa se ha comprometido hoy a dar una explicación el próximo martes. No habrán terminado entonces los chistes que ya pululan por Madrid imaginando a los afiliados a Comisiones asaltando cuarteles, tanques y centinelas, con Camacho al frente. Son chistes bobos de borrachos tiernos, que fuman como carreteros y acompañan la noche. Me inquieta que fumen tanto y, en filípicas horrendas, les repito monsergas de la cuarentona. ■



Dibujo de F. Rubio publicado en «Diario 16» (23-2-82).

27

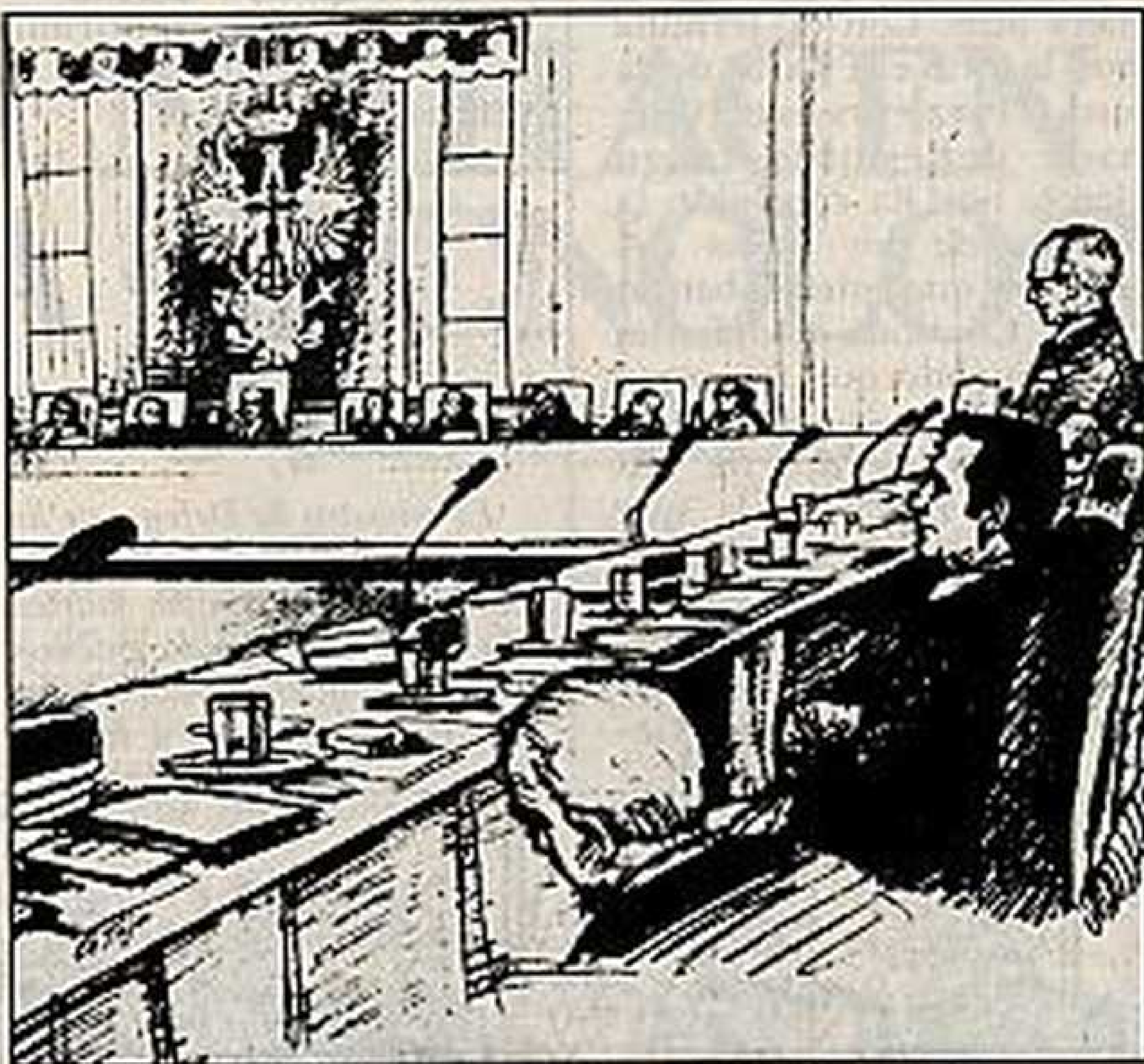
Publica hoy «El País», en su portada, unas declaraciones de José María Gil-Albert, fiscal general del Estado, en las que asegura que no será posible aplicar un indulto general en la causa del 23-F: «Una medida de este tipo está expresamente prohibida en la Constitución», dice. Sorprende, me inquieta la razón de estas declaraciones. ¿A quién y por qué las da?

Se están leyendo ahora los testimonios de Armada. Varias personas le vieron a la misma hora del mismo día en que Tejero asegura que se entrevistaron. Martín Prieto, que hace unas excelentes crónicas para «El País», sospecha ya la posibilidad de que la «novela» que se ha ido tejiendo en las seis jornadas habidas hasta ahora, acabe demostrando que ni Tejero estuvo en el Parlamento. Siempre se ha dicho que la televisión mentía, pero jamás sospeché que hasta ese punto.

Hay que verla de todas formas, aunque quedarse horas, por no saber dónde ir, lamido por una perra pegajosa, y recibir una información cada vez más hermética, más preocupante, es un triste ejercicio diario que la loquera, mujer de letras y diligencia, no entiende en absoluto. Ni le importa. Se queda mirando a Garrigues Walker cuando le nombran presidente de la Federación de Clubs Liberales de España, rebuscando sólo en su cara molestias antiguas y secretas, sin importarle qué significan esos clubs liberales ➧

donde gente tan variopinta, de ucedeos a opusdeistas, de disidentes del PSUC a antiguos ministros, han unido su inquietud ante las próximas elecciones andaluzas. Es rara esta freudiana que quiso ser poetisa. Canta cuando ve a Hassan II haciendo una visita «privada» al Rey y no se sorprende de que los periódicos ignoren el motivo de tal entrevista.

Sólo se conmueve esta apasionada amiga cuando lee que algunas mujeres, víctimas del síndrome tóxico, han abortado en Londres una vez que aquí nadie les ha cumplido lo prometido. Tienen que leerlo porque Televisión no lo dice. ■



Dibujo de G. Teja, publicado por «El País» (24-2-82).

28

Umbral asegura hoy que mañana no será marzo, que ya nunca será marzo, sino febrero siempre, veintitrés de febrero para toda la vida. La reflexión que los cronistas hacen esta mañana de domingo (con la obligada excepción de «Diario 16») insisten en la organizada confusión que presencian en las sesiones del juicio, en la sorprendente serie de «pruebas» que manejan los defensores con el fin de demostrar que los procesados sólo entendieron del bien que su acción prestaba a España; el caos político que, según ellos, reinaba antes del 23-F, ha sido corregido en parte gracias a la actitud que los partidos han adoptado tras el sustazo del golpe.

Todos salimos a la calle, ayer hizo un año, para explicar que no era precisamente esa defensa de lo legal lo que nuestra legalidad admitía. Salió España a la calle, pero ello no cuenta en el juicio; sólo son válidas referencias a pasados conocidos, a conflictos hinchados. Puede que acierte Umbral, como casi siempre, y mañana no sea marzo. Ni siquiera hablan ya de los almendros.

Fraga sí cree en la primavera. Ahora nos dice, desde grandes y caros carteles, que él sigue trabajando «en las soluciones que quieren los españoles», sintetizando su V Congreso de Alianza Popular. Hasta Herminia, la psiquiatra pasota ha reaccionado: «será de los españoles que le votan», digo yo. A veces, por ligar, se fija en algo. Intenta incluso entender a los muchachos ultraderechistas que se agrupan habitualmente en el juicio, de forma que sólo son noticia cuando los periodistas les echan de menos, pero se le hace difícil cuando oye estallar los artefactos que colocan al alcalde de Alcalá de Henares, o cuando destruyen la estatua de cera del Rey del museo de Barcelona, o cuando se manifiestan y pegan a los que colocan carteles de partidos legales. Hoy han detenido a siete de esos chicos.

Y han condenado a un mes de prisión al líder jornalero andaluz Francisco Casero por haber presidido una protesta contra el paro. No pueden detener el paro, le detienen a él. El ministro de Trabajo ha advertido hoy, para complicar el tema, que puede interrumpirse el sistema de trabajo comunitario con el que se trataba de paliar en algo el problema de Andalucía. ■

MARZO

1

Efectivamente, no se sabe bien si es febrero o marzo. Por un lado, aseguran los titulares que el juicio durará aún dos meses (otros dos febreros), pero algunos informadores se sienten optimistas al ver que el presidente del Tribunal ha impedido la lectura de un informe publicado el pasado año en «El Alcázar» en el que se hacía una contabilidad de los atentados terroristas ocurridos en España hasta entonces. Tampoco ha autorizado la lectura de un texto de Emilio Romero, publicado tres semanas antes del 23-F, en el que se decía que «si UCD no proveyera, existiría entonces la vía de un hombre ajeno y políticamente bendecido». Lenguaje críptico que no impedía una referencia directa al general Armada.

Ha cortado por lo sano el presidente para abreviar el proceso, pero éste no ha cambiado esencialmente. Continúa la cadena exculpatoria de los acusados, afirmando todos que actuaban por orden superior, llegando la insinuación incluso a los Reyes, según las oscuras declaraciones de Torres Rojas que sugiere que la Reina veía con buenos ojos una «reconducción» del sistema democrático. Nada tiene que ver la Reina con decisiones de tal tipo, pero gracias al rumor, la confusión aumenta, el tiempo se estira, los civiles se ocultan. (García Carrés continúa enfermo y no aparece en la sala).

El general Armada es el tema del día. Su abogado defensor ha hecho leer declaraciones de los capitanes generales de Zaragoza y Canarias, coincidentes en decir que la «solución Armada» fue propuesta por Milans.

La red se eterniza, y uno fuma. No veo a Herminia y sus amigos. Mejor en casa, con la perra solterona. Ha muerto hoy Fernando Fernández de Córdoba, el actor que leyó el parte oficial anunciando el final de la guerra civil. Busco su biografía, y las de Paco Martínez Soria y Antonio Casas, también fallecidos esta semana. Viejo cine español tan espantoso y, a veces, entrañable. No sabíamos quién era Buñuel, seguimos sin saberlo realmente (vivir tarde es también vivir mal), y ahora publica en Francia un libro sobre su vida.

Comienzo la novela de Marsé, fascinante ya desde el principio. «Un día volveré» es capaz de apoderarse de uno y hacer olvidar la lectura confusa de

los resúmenes del juicio, tan inútilmente obligados estos días. ■

3

No hay forma de entenderlos. Es esfuerzo de quienes los redactan no compensa la confusión de la noticia misma. Sigue aún oscura la existencia de la reunión preparatoria del golpe en una oficina de la calle del pintor Juan Gris de Madrid. Tejero asegura que Armada estuvo allí, y éste lo niega. Ya lo sabíamos. Pero ahora se dice también que esa oficina pertenece a ASEPROSA, empresa de la que es consejero delegado un hermano del comandante Cortina, responsable, según el sumario, de los contactos de Armada con la CESID. Se asegura también que ASEPROSA mantuvo relaciones directas con el Centro Superior de Información de la Inteligencia. En el piso de Juan Gris, además, tiene su bufete uno de los abogados defensores. Han irritado estos informes al hermano de Cortina y, a nosotros, nos ha dejado más perplejos, si cabe.

Pero pronto todo esto queda disminuido, seguimos en cualquier febrero, con la noticia que llega de Trebujena, allá en Cádiz, donde se acaba Andalucía. Un muchacho de dieciocho años, cuando acompañaba en moto a un amigo, ha muerto por los disparos de un guardia civil. Alguien había robado en un chalé y la moto cruzaba el pueblo, ruidosa, macarra, con los amigos en paro. El guardia civil disparó. Disparó y mató. Antonio López, diecisiete años, quedó herido y le condujo a la Comisaría mientras Ignacio Montoya se moría en el suelo. ■



Dibujo de J. L. Verdes, en «El País» (10-3-82).

4

Andalucía sale indignada a la calle, queriendo saber por qué. Una huelga de dolor que el Gobierno Civil de Sevilla, no entiende ni acepta; ha multado con 500.000 pesetas al alcalde de Lebrija por colocar un crespón negro en la bandera nacional, y ha amenazado a los comercios que cierren sus puertas en señal de duelo con otras multas de 250.000 pesetas. No puede Andalucía llorar sus penas ni Televisión se interesa por ellas: ha omitido cualquier referencia a la tragedia. ■

5

En Madrid, por los barrios, aparecen carteles, «Delito: ser joven», escritos con precipitación, con rabia. Ignacio Montoya era analfabeto, había escrito «no sabe» en la firma de su carné de identidad.

Sí sabía leer Manuel Dumont, el granadino de treinta y cuatro años, piloto civil, ayudante de mecánico dental, que murió ayer del disparo de un policía en vacaciones con quien discutió a la salida de un bar nocturno. Muertos andaluces de balas reglamentarias y gratuitas, un dolor raro, de impotencia que contagia.

Quieren que la gente se reúna, como antes, como en la Junta Democrática, para ver si las cosas pueden verse mejor sin temer las elecciones, sin complejo de legalidad. Se llama ARI. Asociación para la Renovación de la Izquierda, y hay ya un buen número de miembros, disidentes del PCE sobre todo.

Nos llamamos por teléfono para decirnos lo que sabemos: los periódicos no informan suficientemente sobre esa ARI. Hay dudas, interés, pero a lo mejor es pronto. Mejor quedar, por el momento a la copa de siempre. La Telefónica, además, advierte que subirá sus tarifas un nuevo 15 por ciento.

Antes de llegar a la copa, hay papeles lanzados desde los coches que vuelan por los aires: «¡¡Español!!», dicen. Están juzgando a tu Ejército por los 40 años de paz y prosperidad los mismos asesinos culpables de la guerra. Les guía su incapacidad, su odio, su rencor, su estómago insaciable. Te prometieron paz, trabajo, libertad. Te dan inseguridad ciudadana, paro, hambre, droga, robos, crímenes, mierda», y firma Unión Militar Española.

No hay optimismo en el bar. Muchos sufren plantones y alguien asegura haber oído que van a procesar a Alfonso Guerra por unas declaraciones que hizo el mes pasado diciendo que compartía el temor de que los juicios del 23-F fueran una farsa. Hasta el disc-jockey tiene hoy dolor de cabeza y pone la música bajito. Se fuma tanto que mañana toseré.

Es mejor de cualquier forma que oír hablar otra vez de la novena sesión del juicio en la que el abogado de Tejero implica a la CESID en el asalto al Congreso, mientras que el defensor de Cortina intenta demostrar qué hizo exactamente el comandante, buscando testimonios que le exculpen, sin embargo, un guardia civil a su servicio viene ahora en su contra ya que alguien le oyó ufanarse de haber contribuido a intentar el golpe. ■

6

Despertarse con tanta resaca, alertado por los propios carraspeos, toses y angustias es bastante duro. Dicen que el Gobierno ha prohibido la venta de tabaco a los menores de dieci-

séis. Es su problema. Mirando yo el espejo con tanto cansancio como estupor, no puedo engañarme. Encima, si te van leyendo que la jornada de ayer –décima del juicio– estuvo «cargada de reiteraciones, apuntaciones ya sabidas, sin aportaciones relevantes y dedicada a resaltar aspectos de los encausados menos relevantes». Capitales y tenientes que acudieron al Congreso por la «obediencia debida» a sus superiores, provocados por el «estado de necesidad» que vivía el país, que fueron correctivismos en todo momento... Es una retahía de teorías falaces, excesivas para estas horas de la mañana. De modo que me acuesto otra vez. Es sábado. ■



Dibujo de J. Gallego, publicado en «Diario 16» (17-3-82).

7

Hoy ya ni me levanto. Me entero, sí, de los cuatro policías nacionales que quieren estudiar vasco en una euskaltegui oficial; se han negado los alumnos y, el director del centro, en difícil equilibrio, ha asegurado que no puede tolerar discriminación alguna. La radio entrevista a menudo a los cuatro policías, que dan su única versión: que quieren aprender, que no quieren provocar, que ni siquiera van a llevar las armas a la escuela, que irán normales, a estudiar mucho... Los domingos, la información es machacona y unilateral.

Un poco más explícita cuando se refiere a la aprobación del proyecto de ley sobre incompatibilidades. Los médicos, si el Congreso no lo impone, volverán a replantearse la situación de cada año, una vez que la mayoría de los que trabajan en la Seguridad Social van a poder seguir atendiendo su pluriempleo. Sólo 10.000 médicos no podrán compartir varios puestos de la Administración. Los 50.000 restantes harán lo que les parezca mejor.

Opto por quedarme en casa. Ya sé bastante de lo que va a ocurrir.

8

No esperaba, la verdad, que apareciera hoy en la portada de «Diario 16» las fotografías de dos encapuchados que en un acto al que asistían más de 10.000 personas en homenaje a Telesforo Monzón, quemaran una bandera española. El titular y los comentarios («No quemarán la libertad»), parecen una exageración. Dos personas sobre 10.000 no es un porcentaje a tener en cuenta. Los doscientos militantes de Fuerza Nueva que intentaron asaltar ayer el Ayuntamiento de Parla, muy cerca de Madrid, ofrecen una proporción más escandalosa. Cierto es que fueron repelidos por la policía, acostumbrada ya a estos actos vandálicos en el cinturón de Madrid desde que comenzara el juicio.

Que hoy, por cierto, se reanuda con el interrogatorio a Milans del Bosch «Interrogados» y no «procesados» se llama ya a los golpistas. Milans asegura que se preparaban tres golpes distintos: uno, de los coroneles, otro de los tenientes coroneles y un tercero, de la Guardia Civil. No tuvo más remedio que involucrarse en el de Armada para impedir otros perores. Da un golpe para evitar el auténtico, el definitivo, pero no facilita datos del único que conocemos (¿qué conocemos?) Hace gala incluso de no decir los nombres que aún se ocultan, nunca los dirá «con un entendimiento del compañerismo más acusado que el entendimiento de la razón de Estado», como dice Martín Prieto. Su actuación ha sido la más esperada, la más atendida; incluso ha pasado inadvertida por ella la presencia –por fin– de García Carrés, a quien los cronistas no ven tan enfermo como para guardar cama continuamente. ■

9

Más vigilados están los presos de Carabanchel. El domingo intentaron fugarse cinco aprovechando la visita de sus familiares. Dicen que eran presos comunes, pero también se sospecha que pudieran estar involucrados militantes de ETAm. La fuga fue interrumpida, y pudo, por lo tanto, el director general de Instituciones Penitenciarias hacer una declaración triunfalista: «la mejor prueba de que el centro está controlado es que una evasión se ha abortado en media hora».

Tardo más tiempo yo en deshacerme de Herminia, la falsa psicoanalista (parece que estuvo liada, hace años, con un médico de verdad), que ahora reparte sus teorías según el estado de ánimo de cada mañana. Hoy se presenta enloquecida porque quiere conocer a Alain Delon, que ha venido a promocionar la primera película que ha osado dirigir. Esto del sexo sigue teniendo los resortes de toda la vida y uno, cada vez, corresponde menos a los estímulos ajenos. Cuando hay que aguantar las confidencias eróticas es que ya se ha perdido la oportunidad. Nunca la busqué en este caso, bien lo sabe el personal.

La loca interrumpe violentamente ese ratito agradable de la mañana, antes de que suene el teléfono, se despierte la perra y uno puede dedicarse a inventar la vida.

Delon habla y habla de su fascismo, de su película, de sí mismo: «Visconti era extraordinario, pero comunista. Una pena», todo lo contrario del general Armada, que nada dice en el interrogatorio de hoy, nada que pueda aclarar realmente qué hizo en la preparación del golpe. Su palabra se enfrenta a la de Milans y la red de oscuridades aumenta. Sigue tejiéndose la teoría del consentimiento tácito del Rey y de la actividad del comandante Cortina, que puso en marcha el proyecto. Armada fue al Congreso a título personal, a intentar convencer a Tejero para que abandonara el asunto, ofreciéndole un avión para que saliera del país, pero nadie le mandaba, a nadie traicionó. Milans le observa y le discute. Armada insiste: nada le había

dicho el Rey, nada le dijo él a Milans.

Mientras tanto, el hijo de Milans, es condecorado con la medalla del mutilado (con su pensión económica correspondiente) porque años atrás sufrió una lesión en una pierna mientras montaba a caballo. La orden viene esta vez firmada por el nuevo subsecretario de Defensa, el civil Eduardo Serra, y tiene por lo tanto los parabienes que no obtuvo el intento de conceder la misma condecoración al general Milans, unos meses atrás, cuando Oliart, que leyó la noticia en los periódicos, impidió que la medalla se concediera a uno de los inculpados en el proceso del 23-F. Ahora, en plenos interrogatorios, consideran más oportuna la concesión de la medalla al hijo. ■

10

Finalmente, los diputados han tenido que jurar o prometer la Constitución. Jurar es poner a Dios por testigo, prometer es utilizar como garantía el honor personal. Sagaseta opina que es un requisito inútil puesto que el propio Franco había jurado, como militar, la Constitución republicana, y ello no le impidió años más tarde levantarse en armas contra ella.

El Parlamento, de cualquier forma, ha tenido hoy una anécdota más trascendente. Por vez primera, UCD ha sido derrotada en una votación. La ausencia de ministros y diputados ucedeos y la falta de apoyo de los socialdemócratas han impedido que el partido del Gobierno denominara «Reino de Valencia» la nueva autonomía valenciana. La votación consideran que más que de una derrota ucedea, de lo que aquí se trata es la posibilidad de disolver las Cortes y convocar urgentes elecciones generales de cara a las elecciones andaluzas y al oscuro panorama que se desprende del juicio del 23-F. Nada entiendo de este maquiavélico mecanismo, pero esos observadores están seguros de que existe. No lo niego, pero no lo entiendo. Ni creo que ya me importe mucho.

Lo contrario de lo que le ocurre a muchos periodistas con la huelga en las academias de lengua vasca provocada por la inscripción de cuatro policías nacionales. Un despliegue informativo, creo que exagerado, matiza hoy que esos policías pueden estudiar euskera en sus acuartelamientos sin necesidad de provocar el evidente malestar de los demás alumnos. ■

11

Pero, como dice Armada en sus declaraciones, «en este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira». Nadie podía haber previsto que el juicio diera paso a confesiones de tal naturaleza y que, en cambio, no se autorizara el solicitado careo entre Milans y Armada, que condujera a una clarificación de sus versiones contrapuestas. No están sujetos a juramento, pueden citar poemas creyendo que son refranes, pueden referirse al catecismo del padre Ripalda como si allí se encontraran verdades indiscutibles; cuando le preguntan a Armada si los demás procesados mienten al sostener teorías distintas a las suyas, el general responde que no lo cree: «Yo entiendo por mentir lo que dijo el viejo Ripalda: que es lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar.» Los demás no mienten al decir lo contrario, «no señor, no puede usted sacar una conclusión que no es exacta». Y así vamos. ■

12

Aquí es muy fácil calificar los acontecimientos históricos con frases triviales. Rosón, por ejemplo, dice que la muerte del muchacho de Trebujena es un «hecho lamentable». Lo ha definido así de simplemente en el Congreso, cuando los diputados le piden cuentas. Con un término tan vago, tan insuficiente, Rosón cree superar la tragedia.

Los diputados se miran incrédulos. Sin embargo, cuanto oyen, cuanto ven, parece cierto. ■

13

Y eso que tienen derecho a pedir cuentas, no como el cónsul de Estados Unidos en Barcelona que ha protestado porque en Zaragoza la Filmoteca Municipal ha programado un ciclo de cine soviético de los años treinta. La ignorancia del cónsul sólo es comparable a su descarada ingerencia en la vida cultural de nuestro país. No debe estar satisfecho con que la tercera parte de la programación cinematográfica comercial provenga de Estados Unidos, ni debe parecerle suficiente que nuestra amada televisión viva fundamentalmente los telefilms y las viejas películas de Hollywood. El representante del imperio quiere, además, que se ignore completamente cualquier otra cinematografía o se mantengan contactos con alguien que él no controla. Es un escándalo increíble, que pasa sin pena ni gloria. Habría que haber imaginado el suceso al revés. Qué gusto hubiera dado a bastantes editorialistas poder decir lo que ahora callan.

Estamos acostumbrados a los silencios. La decimocuarta sesión del juicio, con interrogatorios al general de División Luis Torres Rojas, continúa la escalada del silencio. El general prefiere «no haber existido» antes que devenir en delator e identificar a los asistentes de la reunión presidida por Milans preparatoria del golpe. Implica, eso sí, al general Juste otorgándole toda su responsabilidad en los hechos protagonizados por la Acorazada Brunete n.º 1. Además, creía que el Rey autorizaba el golpe, y todo como siempre. ■

14

Otra vez el domingo. Pasan las semanas y aquí no cambia nada; el mismo rito



Trabajo de Martinmorales, publicado por «El Periódico de Catalunya» (17-3-82).

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

al despertarse, con la misma pesadez de nuca, con las mismas toses y noticias. Dicen que han detenido ahora a siete militantes de Falange Primera Línea, que repartían los panfletos que el otro día volaron sobre mi cabeza firmados por la «Unión Militar Española»; tres de ellos estaban vinculados al asalto al bar San Bao, de Madrid, ocurrido hace un par de años. Mucho tiempo han tenido para hacer más cosas. Quizás a ponerse en contacto con esos jóvenes sevillanos, que ahora son acusados de promover el nazismos, robar armas, y «escarmentar a los alcaldes rojos de la comarca de Osuna».

No puede Rosón dar su versión de los hechos porque, inesperadamente, ha sido internado en una clínica madrileña para sufrir una operación quirúrgica. ■

15

Es día de estrenos y hay que ir al cine. Poco tienen que ver las películas con lo que nos ocurre ahora en la realidad, pero difícil era incluso para el cine prever la cantidad de dimes y diretes que reflejan a diario los procesados del juicio más largo y confuso de la historia. Veo que hasta los amiguetes van dejando poco a poco la lectura de las sesiones de cada día, cansados de intentar leer entre líneas lo que en las propias líneas está ya clarísimo: cada aportación confunde más las anteriores, cada frase exculpatoria implica a los demás sin que algún nombre nuevo se ofrezca a la audiencia, sin que se acaben de unir los datos y componer una historia siquiera verosímil. Pedir la auténtica es ya excesivo.

El cine nos cuenta las locas aventuras de unos camellos recuperando su alijo de drogas en «Buscando a Perico», o las desventuras de un director de cine que no consigue desprenderse de una siniestra jovencita quinceañera en «A contratiempo». Sólo «Gallipoli», la primera película australiana estrenada comercialmente en España, nos habla del horror de la guerra y del disparate de una batalla perdida de antemano pero que, según los militares que la dirigen, es fundamental para respetar el honor de la tropa y cumplir las órdenes absurdas que han recibido. El cine puede interpretarse siempre de muchas maneras, pero tiene al menos la ventaja de que las imágenes son iguales para todos. Las declaraciones del juicio, en cambio, precisan de análisis fatigosos que acaban haciendo dudar de que lo leído es cierto.

Sigue hablándose de la posibilidad de que procesen a Alfonso Guerra y hoy comienza el retrasado juicio contra las once bilbaínas presuntamente implicadas en casos de aborto. Todo tan normal, tan lógico.

Muere hoy a tiros un guardia civil en Guipúzcoa. Dicen que ha sido ETA-m. ■

16

Parece que se retirará el proyecto de ley de Autonomía Universitaria una vez que las presiones populares están tomando cada vez más fuerza. Calificada de «gravísima afrenta a la autonomía universitaria», atacada por su favoritismo hacia los viejos profesores que transforma en vitalicios, despreciada por haberse hecho de espaldas a los auténticamente implicados en sus decisiones, la LAU tiene mala prensa desde su origen y el PSOE, responsable junto a UCD de su redacción, no tiene aún palabras para explicarse. Federico Mayor Zaragoza, ministro de Educación, que no ha conseguido que figure la LAU en el próximo orden el día del Pleno de Congreso asegura que la ley continuará su trámite y que confía en su rápida aprobación. Todo, menos oír a los disidentes, gran mayoría, que comienzan hoy una huelga que rápidamente se califica de impopular. Aquí es minoritario lo que no coincide con la chapuza oficial. ■



Dibujo para EFE de J. Serrano (17-3-82).

17

Las mujeres acusadas de abortistas no entienden las preguntas del fiscal. Una de ellas no vivía realquilada, «sino de habitación», otra ignora qué es la matriz, una última asegura que la policía le pegó. Sólo saben, sólo supieron, que no podían tener más hijos, por enfermas, por pobres. No tuvieron la oportunidad de ir a Inglaterra donde todo es tan normal y tan limpio, donde todo es tan frecuente. Las pobres mujeres de Bilbao pagan la hipocresía de quienes están dispuestos a creer que la verdad social es como la definiría el padre Ripalda, como la escribiría Campoamor. El juicio contra las abortistas de Bilbao ha convocado las protestas de mujeres de toda España, disueltas muchas veces con violencia por la Policía, silenciadas por quien instruye en el juicio, acostumbrados como estamos a que en los juicios se aplaudan y festejen las declaraciones golpistas de los acusados sin que se arme tanto follón.

Y luego quieren que uno esté de buen humor, y no fume, no beba, se quede quieto y escuche. Estás arruinando tu salud, dice la pobre loca que no lee periódicos e ignora que las úlceras tienen otro origen. ■

18

Ella lo hubiera comprendido mejor si hoy supiera que han impuesto multas por valor de 25 millones de pesetas a los promotores del homenaje a Telesforo Monzón. Veinticinco millones, digo, y leo bien, mientras que cuatro son los millones de multa impuestos a un vendedor de aceite adulterado.

Habría entendido algo si entendiera la importancia de la expulsión sufrida hoy por el periodista Miguel Angel Aguilar de los locales del Servicio Geográfico del Estado donde se está celebrando la vista del juicio del 23-F. Le hubiera dado la primera tos de la mañana si hubiera sabido que la «culpa» de Aguilar es la de haber hecho algún comentario privado fuera de las dependencias y que los demás periódicos tratan de no comentar demasiado el asunto para no complicar más las cosas.

Se hubiera quedado de piedra mi amiga la ingenua optimista si supiera que el defensor de Torres Rojas hizo un exordio sobre la personalidad de Tejero a quien felicitó en pleno juicio «con respeto, admiración y envidia» siendo aplaudido por la concurrencia, hoy más amplia que ningún otro día dado que el interrogatorio de Tejero es el protagonista de la causa.

El coronel, según dice, se

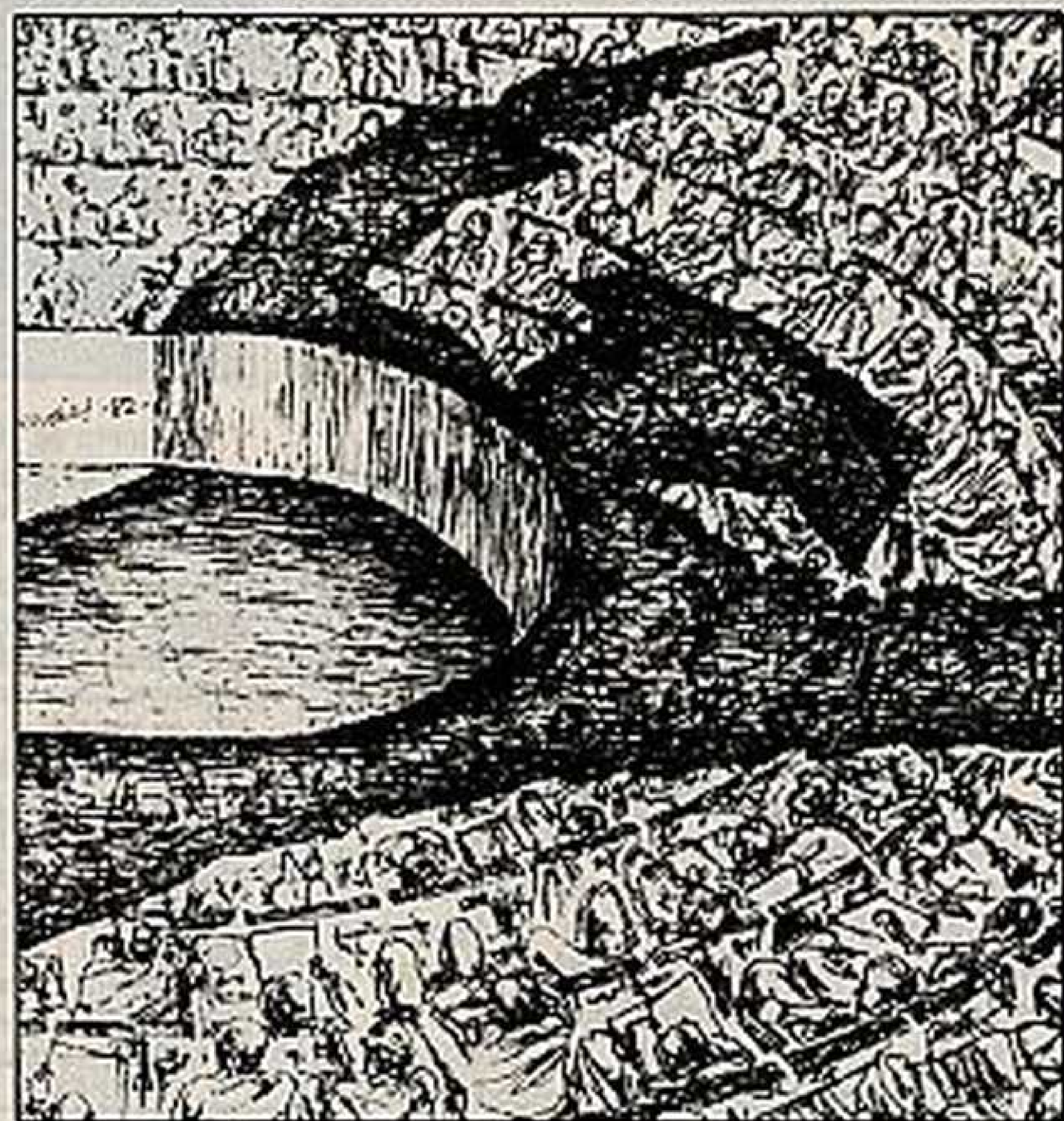
había dedicado intensamente a estudiar los anteriores golpes de Estado habidos en España, buscó sus errores y aciertos, no vio nunca a García Carrés, no cree que Torres Rojas supiera exactamente lo que hacía, aunque la verdad, él no sabe tampoco muy bien lo que pasó y está esperando que alguien le cuente de una vez qué planes, qué personas, formaron el intento de derrocar la Constitución. No oyó el mensaje del Rey porque no le interesaba y, naturalmente, creía que Juan Carlos I estaba de acuerdo porque Armada lo había sugerido.

Quienes esperaban este interrogatorio, confiando en que Tejero, que ahora aparece como la figura clave de todo el enredo, dijera cuanto sabe, se han quedado otra vez de piedra, fumando como carreteros, pero sin llamar ya por teléfono porque, como se había amenazado, las tarifas han subido un 15 por ciento y nadie tiene nada que decir. Para comentar que qué barbaridad, como decimos todos, es mejor quedarse otra vez en casa, cada vez más refugiado y pequeñito. ■

19

Algo nos anima la condena «enérgica» que Calvo Sotelo, González y Carrillo hacen de la campaña difamatoria que contra el Rey se está organizando en el juicio y aumentando en actividades incontroladas de jovencitos ultraderechistas. Aunque Alianza Popular no se haya sumado a la protesta, reconforta saber que alguien reacciona ante algo.

Pero queda todo en suspense cuando te dicen que brota de nuevo el síndrome tóxico, como un mal antiguo que nunca desaparece. Ahora hace un mes que empezó el juicio, ya sabemos que la trama civil no va a aparecer nunca, que incluso García Carrés va perdiendo importancia en la supuesta reconstrucción de lo sucedido, que incluso algunos sospechan que su enfermedad es útil para ello. Estamos, pues, como al principio, acostumbrados a que lo normal sea una catástrofe. El principio tuvo algo que ver con el síndrome tóxico. En el estamos de nuevo, en esta historia capicúa, que produce úlceras porque no hay quien deje de fumar. ■



Dibujo de J. L. Verdes publicado en «El País» (18-3-82).

EL OPEL ESPAÑOL SE LLAMARA «CORSA»

Richard C. Nerod, presidente y consejero delegado de General Motors España, S. A. ha anunciado que el modelo Opel que General Motors España fabricará en la planta de Figueruelas (Zaragoza), se llamará Opel «CORSA».

Este nuevo modelo Opel CORSA será el modelo más pequeño de la conocida gama Opel, formada por el Kadett, Ascona, Manta, Rekord, Senator y Monza. El Opel CORSA tendrá las mismas características de alta tecnología y diseño que sus hermanos alemanes.

El Opel CORSA se presentará en España a finales de 1982 a través de la Red de Concesionarios de General Motors España, S. A., así como en Francia y en Italia, países en los que el segmento de coches más pequeños es muy importante. Unos meses después, cuando la planta esté en plena producción, se lanzará también en otros países europeos.

El señor Nerod ha informado también que los últimos trabajos que se realizan en la planta de Figueruelas progresan dentro de los plazos previstos y se están terminando de instalar los robots, que serán elementos auxiliares en la fabricación del Opel CORSA. Por otro lado también se están instalando los transportadores mecánicos que llevarán las carrocerías y los componentes del Corsa entre las diversas naves de que se compone la planta.



EL FURA 127, EL COCHE MAS VENDIDO EN ESPAÑA

En enero de 1982 se matricularon en la península y Baleares un total de 36.671 coches, de los cuales 33.885 eran de producción nacional, cifra un 2,5 por ciento superior a la del año precedente. Las ventas de Seat crecieron por encima de la media, un 4,1 por ciento situándose en 9.461 coches. Comparando con la cifra de enero 1980, se da el caso de que Seat es la única marca que mejora posiciones, con un 7,2 por ciento de incremento, lo que confirma la línea general de recuperación comercial de dicho fabricante.

Por modelos, el coche más vendido es el Fura 127 hecho que ya ocurría el mes anterior, diciembre, tras su presentación en Lanzarore a la Prensa especializada. Concretamente del Fura 127 se vendieron 3.763 unidades, seguido en su cilindrada por el R-5 con 3.736, Ford Fiesta, 2.268 Citroën Visa (1.723), R-6 (1.196 y R-7 (387).

En la categoría de los utilitarios, el más vendido fue asimismo otro Seat, el Panda, con 1.140 coches, seguido del R-4 (638), Dyane-6 (270) y Citroën 2 CV (151 vehículos).

Otra cilindrada muy competida es el llamado «segmento C» en el que el Seat Ritmo consiguió una cifra de 2.474 coches vendidos, precediéndole el Escort con 2.598 y siguiéndole el Talbot Horizon con 1.912, Renault-14 con 1.864, R-12 Citroën GSA con 680 unidades, etcétera.

En general, a la vista de estas primeras cifras del año y el avance del mes de febrero, puede considerarse que el volumen de matriculaciones está estabilizado en el nivel del año anterior y que en 1982 se venderá también una cantidad muy próxima al medio millón de coches.

EL NUEVO TALBOT «SAMBA»



Ha sido presentado en España el TALBOT SAMBA dentro de la gama de vehículos pequeños y utilitarios entrando con fuerza a competir en ese segmento del mercado que representa el 40 por ciento de las matriculaciones de nuestro

Se comercializará en dos versiones base distinguidas con las siglas LS y GL. Aunque ambos modelos son prácticamente iguales al modelo francés, el fabricante español ha introducido algunas variaciones de potencia motor adaptándolas a la geografía española.

El motor de la versión LS puede utilizar gasolina de 90 octanos y da una potencia de 55 CV DIM y logra una velocidad máxima de 151 km hora. En la versión GL para gasolina de 96 octanos se puede conseguir una velocidad máxima de 155 km. hora con sus 58 CV DIN.

Distingue a ambas versiones su economía de consumo, que según normas europeas es en el LS 5,7 litros a los 100 km. rodando a 90 km. de media y 7,8 litros a los 100 km. rodando a 120 km. de media. En el GL el consumo es de 5,3 litros a los 100 km. a 90 km. hora y 7,5 litros a 120 km. hora.

RELACIONES PUBLICAS • RELACIONES PUBLICAS •



TBWA INAUGURA OFICINAS EN MADRID

Con motivo de la inauguración de sus oficinas en la madrileña Plaza de Callao (Gran Vía, 39), visitaron Madrid los señores Tragos y Ajroldi, fundadores del Grupo TBWA, quienes aparecen acompañados por Fructuoso Moreno (director financiero), Ramón San Román (director general) y Moisés de Santiago (director creativo).

TBWA España, S.A. forma parte del Grupo Internacional de Agencias TBWA con oficinas en: París, Londres, Milán, Frankfurt, Bruselas, New York y Amsterdam. La facturación del Grupo TBWA Internacional en 1981 alcanzó la cifra de 25.000 millones de pesetas, manteniendo su liderazgo como Agencia Europea e Independiente.

Ambas versiones llevan una caja de cambios de 4 velocidades, y la versión GL puede pedirse opcionalmente caja con 5 velocidades.

La carrocería es de dos volúmenes, con dos puertas y portón trasero de fácil acceso al maletero con una capacidad muy aceptable, que se puede ampliar al plegar los asientos traseros, e incluso aumentarla al desmontar estos asientos, en una operación realmente sencilla.

Las reducidas dimensiones exteriores sólo 3,50 m. de largo y una excelente manejabilidad, hacen de él un perfecto vehículo ambivalente para ciudad y carretera con enorme facilidad de aparcamiento.

El acabado interior es perfecto y bien cuidado en los detalles. El acceso a las plazas posteriores está muy bien resuelto con desplazamiento controlado de los asientos delanteros y memoria para que vuelvan al sitio exacto donde antes estaban.

La instrumentación del tablero es completa y responde a los últimos adelantos ya presentados por esta marca en modelos superiores.

Digno de tener en cuenta es la capacidad del depósito de combustible que con sus 40 litros da una autonomía para largos viajes.

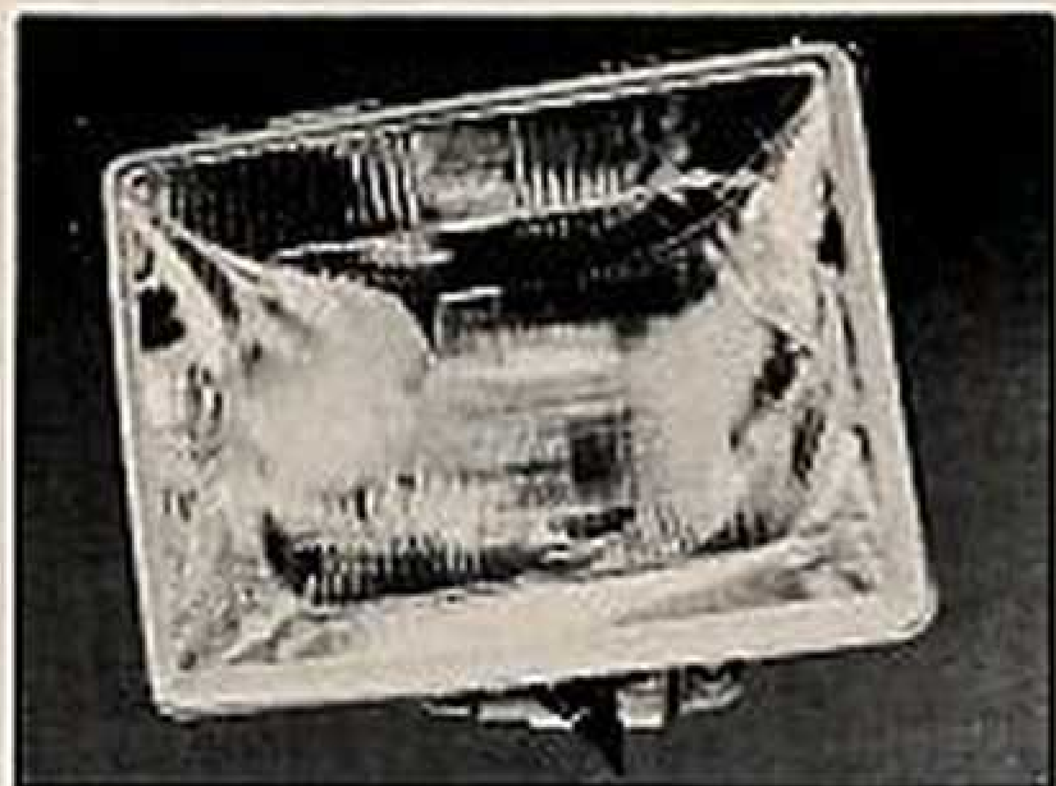
Los precios de venta de estos modelos serán.
TALBOT SAMBA LS: 424.500 F.F.
TALBOT SAMBA GL: 458.000 F.F.

La opción de la caja de cambios de cinco velocidades costará 10.800 pesetas.

AL 100 POR CIENTO DE SU PRODUCCION EL TALBOT SAMBA EQUIPADO CON FAROS CIBIE

Siempre con el deseo de ofrecer seguridad en la iluminación, P.A.S.A.-CIBIE ha dotado el modelo Samba de Talbot con proyectores encuadrados en la línea CAFC (cristal adaptado a formas carrocería) al 100 por ciento de su producción.

De forma rectangular y de gran tamaño, dicho faro ofrece al conductor (ya sea en una de sus dos versiones: código europeo o halógeno



H4 con luz de población) una visibilidad amplia y confortable. Posee igualmente un corrector manual, de nuevo diseño, patentado por Cibié, el cual podrá ser utilizado fácilmente por el conductor y evitar de esta forma los deslumbramientos ocasionados por un reglaje inadecuado.



"PREMIO HOLANDA" 1982

En el edificio Philips de Madrid, se ha fallado el XIV Premio Holanda, fase española del concurso europeo Philips para jóvenes científicos e inventores, que organiza dicha entidad, en colaboración con la Cadena S.E.R., con objeto de fomentar entre la juventud española la afición por la investigación y la ciencia. Fueron presentados un total de 60 trabajos, de los que son autores jóvenes en edades comprendidas entre los 14 y 21 años.

De la totalidad de trabajos presentados, fueron seleccionados 11 para la final, por un comité clasificador, compuesto por relevantes personalidades de la Cienca española. El Jurado nacional, en el que estaban representadas distintas universidades españolas a través de sus rectores, destacados investigadores y doctores de las distintas ramas de la Ciencia que componían los temas de los trabajos, estudió detenidamente todos los trabajos y mantuvo largas conversaciones con los autores de los mismos. Posteriormente se procedió a las distintas votaciones para otorgar los premios.

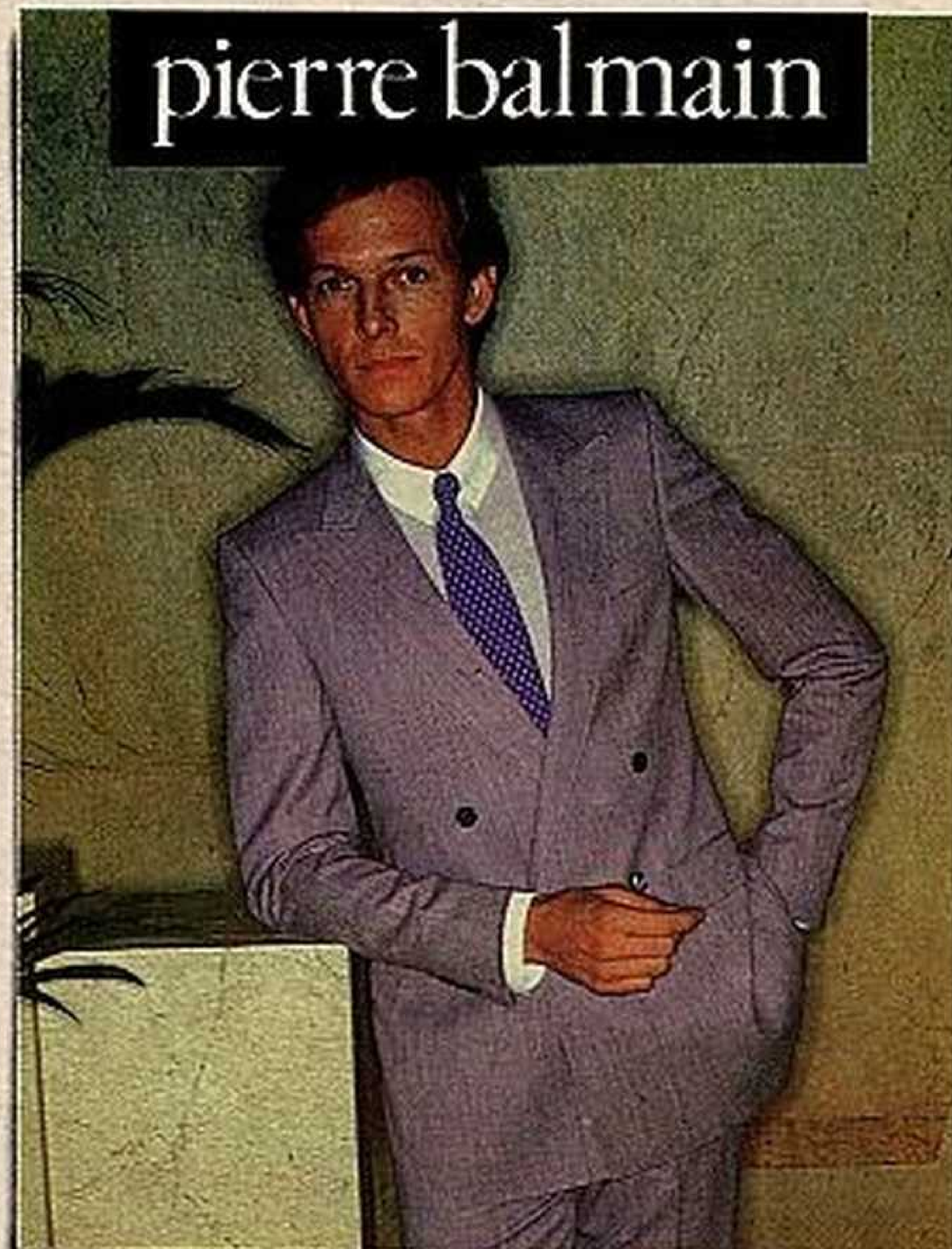
Los dos primeros premios de DOSCIENTAS CINCUENTA MIL PESETAS cada uno, cuyos ganadores representarán a España en «El Nobel de la juventud» que tendrá lugar el próximo mes de mayo en Eindhoven (Holanda) y en el que serán proclamados «los mejores científicos de Europa», entre los representantes de 14 países, fueron obtenidos por Félix Sancho Guindo, 20 años, de Madrid y por Arturo Serna Ballester, 19 años, de Murcia.

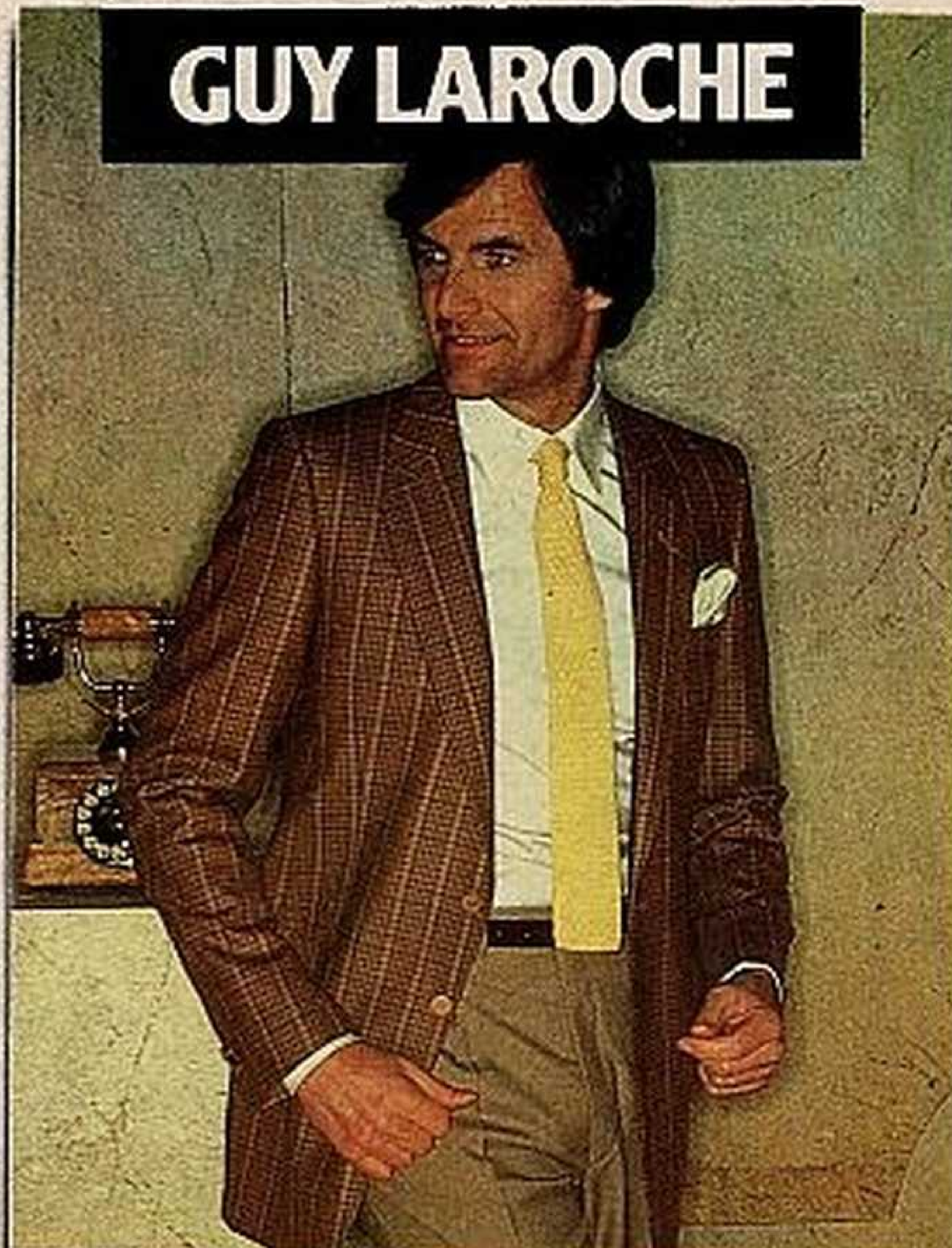
El primero obtuvo su galardón por el trabajo **«Estructura de una comunidad biológica del Guadarrama»**, que analiza la estructura de un biotopo bioma concreto, donde cada especie desempeña una función específica y en el cuál la acción humana ha repercutido negativamente. El ejemplo considerado ha sido la Sierra de Guadarrama (Sistema Central), del que se han detallado aspectos geológicos, botánicos y faunísticos, así como la incidencia del clima sobre la flora y fauna. Seguidamente se han establecido las especies biológicas para proceder al estudio de sus interrelaciones. Al final del trabajo se discute la situación actual del bioma y las perspectivas a medio y largo plazo para el mismo.

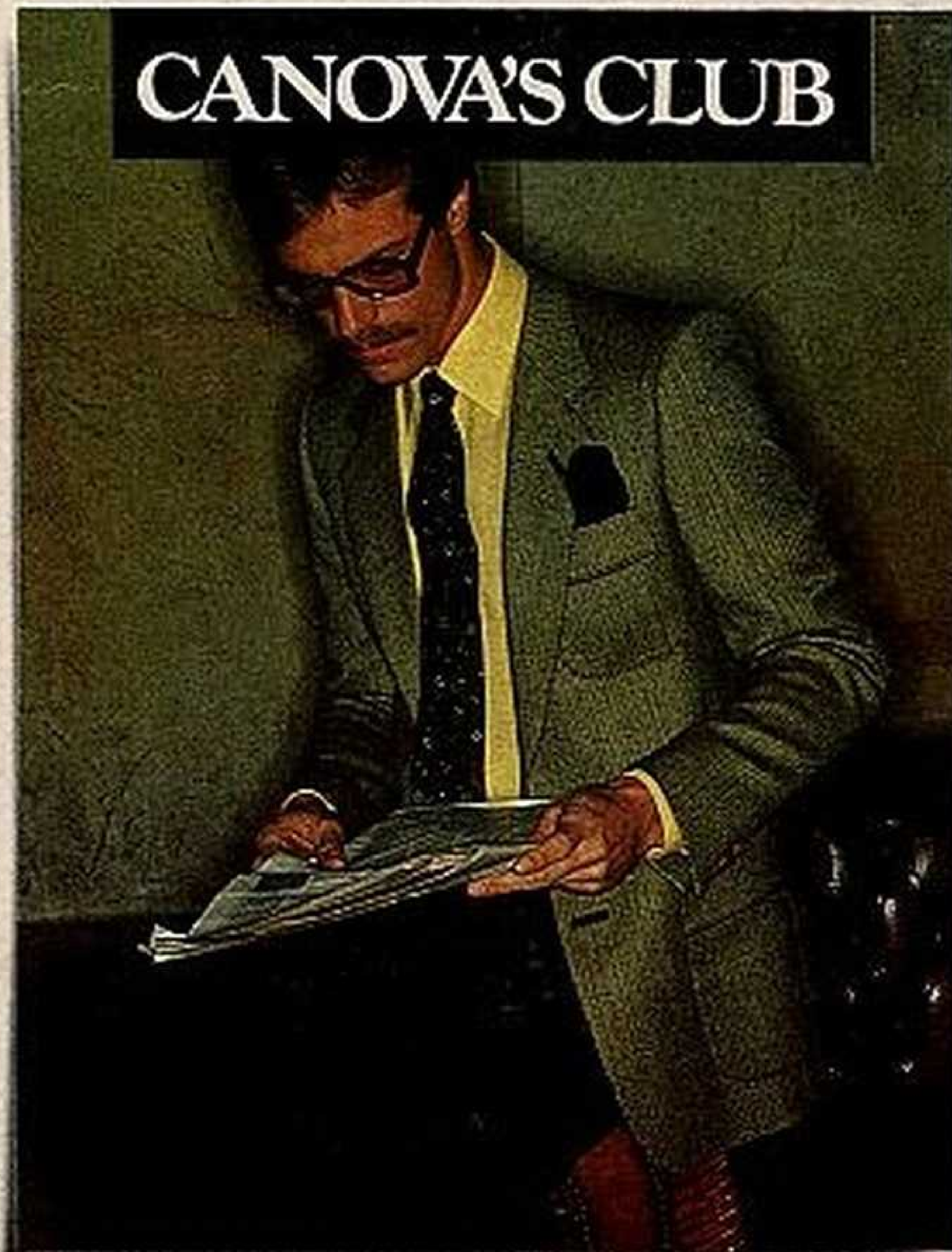
El objetivo del trabajo presentado por Arturo Serna, titulado **«Determinación de la morfología de las galaxias mediante datos fotométricos»**, es proporcionar un método que permita hallar la forma de las galaxias, incluso de aquellas tan lejanas que sólo pueden observarse como simples puntos luminosos. Para ello ha estudiado cinco propiedades fáciles de medir directamente y que están relacionadas con el brillo galáctico. Así, mediante análisis estadísticos ha hallado una serie de expresiones matemáticas que, reproducen a partir de esos datos fotométricos, su forma exacta. Además, la utilización de fórmulas para describir la apariencia de las galaxias, proporciona un criterio válido para clasificar correctamente estos objetos celestes.

La entrega de Premios se celebró a continuación en el Salón de Actos del edificio Philips con asistencia del ministro de Educación, don Federico Mayor Zaragoza, que clausuró el acto. Pronunciaron sendos discursos don Enrique M. Meijer, director general de Philips en España, y don Antonio Roig, director general de Política Científica del Ministerio de Educación, que actuó también como presidente del Jurado Nacional del Premio Holanda. Los premios fueron otorgados por dichos señores, juntamente con el embajador de los Países Bajos en España y del director general de la S.E.R., don Eugenio Fontán. ■









Boutiques Internacionales para el hombre.

Venga a ver una moda que no tiene nadie.
Sólo El Corte Inglés.
Pierre Balmain, Guy Laroche, Cánova's Club,
Boutiques Inglesa e Italiana...
Una selección de creadores de primera línea mundial.
Para que Vd. sienta el privilegio de vestir las creaciones de unos grandes maestros.

El Corte Inglés
Nº1 EN MODA